TÚ ME *enseñaste* LO QUE ES EL AMOR



MARTA FLORES

TÚ ME *enseñaste* LO QUE ES EL AMOR

MARTA FLORES

Primera edición.
Tú me enseñaste lo que es el amor
©Marta Flores
©marzo, 2026
©Imágenes por Freepik
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Epílogo

Capítulo 1



—Estoy agotada —le dije a Sole.

Me dejé caer en una de las sillas de la cocina.

—Llevas en pie desde las seis de la mañana y no has parado ni un momento —me contestó.

Frunció el ceño.

—Di más bien que no me han dejado parar.

Puse los ojos en blanco.

—Ni que fueran a venir los reyes, por Dios. La señora Amparo, siempre se pone histérica cuando dan alguna fiesta, pero lo de esta ya es pasarse. Me zumba la cabeza de oír sus gritos dando órdenes.

Removía la cazuela que tenía puesta en el fuego y de la que salía un olor delicioso.

Y es que mi Sole tenía unas manos para la cocina, que ya quisieran muchos chefs de esos que ganan estrellas. Solo con el olorcillo que me estaba llegando, mis tripas rugieron como si tuviera un león dentro.

Que por otra parte era normal, pues ni comer me habían dejado.

—Vaya niña, ¿qué tienes ahí dentro, una manada de lobos hambrientos?

Soltó una risilla.

—Como para no tenerlos, ni parar a comer me ha dejado la coronel, estoy con un café y un trozo de bizcocho que me he comido a escondidas mientras gritaba a los de las flores —le contesté, haciéndola reír más.

—¿Has conseguido enterarte de que es lo que se celebra mañana? Porque yo por más que he intentado poner la oreja, nada, no he tenido suerte.

Se lamentó, haciéndome reír.

—No, parece que es secreto de estado, porque nadie suelta prenda. Tanto misterio no me huele nada bien.

Era cierto que los jefes no compartían con nosotras nada que tuviera que ver con su vida privada, ni lo que hacían o dejaban de hacer. Pero que no hubieran hecho ni la más mínima mención a qué era lo que se celebraría al día siguiente me olía a cuerno quemado.

—Nos tocará esperar a mañana para enterarnos al igual que el resto de los invitados— dijo Sole, enfurruñada.

Porque no había cosa que más le gustara que un buen cotillero y en esa casa otra cosa no, pero historias teníamos para escribir un libro.

—Le preguntaré luego a Nico, aunque no se si me lo contará, lleva unos días de lo más raro —le dije.

Sole me miró con preocupación.

—¿Cuándo se lo vas a decir?

Se puso a mi lado para acariciarme la espalda.

—Dejaré que pase la fiesta, ahora están todos como locos y no sé porque él esta estresado. Algo que no entiendo porque las fiestas de la señora Amparo nunca le han gustado, siempre huye de ellas como de la peste. Pero con esta, está ayudándola en todo lo que le pide.

Le contesté con pesar porque sí, el secreto que guardaba en mi interior tendría que seguir siendo eso, un secreto un poco más.

—Espero que se lo tome bien.

Vi en su cara que no estaba muy convencida de que eso fuera a pasar.

—Me quiere ya lo sabes, el otro día me dijo que tenía intención de hablar son sus padres para contarles la verdad. Pero supongo que con el lio de la fiesta ha pensado dejarlo para cuando todo acabe. Y es lo mejor porque la que se va a liar va a ser de aúpa.

—No dudo que te quiera, solo hay que ver cómo te mira, pero…

Ese pero no me gusto ni un pelo y no pensaba quedarme con la duda de lo que pensaba Sole, entre nosotras no había secretos y esa ocasión no sería una excepción.

—¿Pero qué? Dime lo que piensas Sole, sabes que tu opinión es muy importante para mí —le pedí

—Nerea, lleváis dos años juntos a espaldas de todo el mundo, Nicolas debería haber dado un paso al frente hace tiempo, no sois dos niños, él ya es un hombre hecho y derecho que tiene su propia casa en el centro, aunque siga viviendo aquí, y tiene un buen trabajo. Si tanto te quiere, que eso de verdad que no lo pongo en duda, hace tiempo que debería haberse enfrentado a sus padres, haberte sacado de aquí y haberte dado el lugar que mereces a su lado.

Las palabras de Sole me dolieron y no porque fueran duras o porque criticara la forma de actuar de Nico, sino porque dicen que las verdades duelen y esa que me acababa de decir era una verdad como un templo.

Tenía razón en todo y eso no se lo podía discutir. Bastante discutía con Nico sobre el mismo tema una y otra vez.

Llevábamos meses así, yo diciéndole que estaba cansada de esta situación que cada vez era más difícil para mí. ¿Por qué tener que esconder tus sentimientos? No poder acariciar, reír o simplemente hablar a la persona que quieres delante de su familia y del resto del mundo era muy duro.

Desde que empezamos a salir juntos, bueno si a eso se le podía llamar salir, porque exceptuando mi habitación y alguna salida muy lejos de su casa y de las personas de su entorno, no nos veíamos más.

Él solo me decía que esperara un poco más, que estaba preparando el terreno para poder vivir nuestro amor sin que su familia interfiriera.

Los dos sabíamos que nadie se lo iba a tomar bien, sus padres eran unos esnobs de mucho cuidado y que su hijo hubiese elegido, como compañera a la chica del servicio de su casa, les iba a sentar como un tiro.

—No te puedo quitar la razón porque la tienes, yo soy la primera que está muy harta con esta situación. Creo que Nico está esperando a que su padre le nombre Ceo de la empresa para contárselo. Creo que tiene miedo a que si se lo dice antes le niegue el puesto. Ha trabajado mucho para conseguirlo.

Intenté excusar un poco a Nico, aunque en el fondo supiera que no tenía justificación, cuando quieres a una persona supongo que haces lo que sea por ella.

—Ese puesto debería de dárselo independientemente de lo que decida hacer con su vida privada, es verdad que ha trabajado mucho para conseguirlo, en eso estoy de acuerdo contigo —me contestó mientras sacaba un plato.

—Lo mismo la fiesta de mañana es para anunciar que el señor Eduardo le pasa el testigo a su hijo nombrándole Ceo —le dije esperanzada.

Porque si eso era así sería una noticia maravillosa. Nico tendría el puesto que quería y merecía y ya no tendríamos que esconder más lo nuestro.

—Puede ser —me dijo Sole, quedándose pensativa un momento—, sí, creo que puede ser eso, por eso andan todos como pollo sin cabeza. Desde luego es un acontecimiento para celebrar por todo lo alto —añadió.

—Sí es eso me alegraré mucho por él, bueno por los dos, porque eso significara que por fin podremos llevar la vida que queremos juntos y hacer realidad todos los planes y sueños que tenemos —le dije contenta.

Porque cada segundo que pasaba, más segura estaba que la fiesta era para anunciar el nombramiento de Nico como nuevo Ceo.

—Que ganas tengo que lo hagas público para que esas arpías te dejen de tratar como a la Cenicienta —me dijo Sole, recalcando bien la palabra arpías.

Me hizo reír.

—Toma anda, cena algo, porque me da que en nada vienen a buscarte para que hagas algo más, como si no hubieras hecho ya bastante hoy.

Me puso el plato con el guiso delante que me hizo hasta salivar.

—Espero que me dejen comerme esto, porque si no las muerdo un ojo, no sé quién está más insoportable si la madre, la hija o su amiguita. Que sinceramente no sé qué pinta aquí dando órdenes también como si fuera la dueña de la casa.

Le contesté, antes de meterme la primera pinchada en la boca que me hizo suspirar de lo bueno que estaba.

—Ese trio de tres valen para mandar a diez ejércitos juntos, a cuál más insoportable. Que cierto es el refrán que dice: "dios las cría y ellas se juntan".

—Me han hecho limpiar las alfombras del salón dos veces, me he tenido que morder la lengua que ni te imaginas cuánto. Coño, si esas alfombras están más limpias que el día que se estrenaron, hasta se podría comer en ellas. ¿Y qué me dices de los cristales? He limpiado esos cristales más entre ayer y hoy que en el último mes junto.

La hice reír por las muecas que puse mientras hablaba.

—Pues eso ha sido hoy, veras mañana por la mañana, nos van a dar una, que tela… A mí ya me ha avisado que como cena no tengo que preparar porque han contratado un catering, tengo que estar contigo limpiando por la tarde.

Puso los ojos en blanco.

—Pues prepárate porque nos tenemos que poner el uniforme ese horrible que el cuello de la camisa llega casi hasta las orejas, ni las monjas de clausura se tapan tanto.

Resoplé.

—¿Esa mierda nos tenemos que poner para limpiar? Si apenas puede una caminar con eso ¿Cómo nos vamos a agachar para limpiar o subirnos a la escalera?

Me miró con terror después de lanzarme la pregunta.

—Para limpiar no, el uniforme es para después, para cuando empiece la fiesta y ayudemos en el jardín a los camareros del catering. Ellos servirán y nosotras vamos recogiendo las copas y los platos vacíos.

Sole asintió con resignación, que remedio, no os quedaba otra.

Capítulo 2



Seguí comiendo con ganas el plato que Sole me había puesto, que me estaba sabiendo como el mejor manjar del mundo mientras ella seguía recogiendo los cacharros que tenía en el fregadero.

—¿Vas a querer postre?

Se secaba las manos en un paño de cocina, cuando terminó con el último cucharón.

—¿Qué pregunta es esa? Cuando he dicho yo que no a un postre y más si es tuyo.

Me llevé un buen trozo de pan bien mojado de salsa.

—Cierto, que tonta, no sé cómo se me ocurre preguntar tal tontería a la reina golosa.

Puso los ojos en blanco.

Sacó de la nevera un cuenco individual de natillas, hechas por ella claro, con su galletita y su canela por encima que me hizo hasta jadear cuando me lo puso delante.

—Ahí tienes, cómelas despacio y disfrútalas que tú eres capaz de tragártelas como los pavos de lo ansias que eres con el dulce.

Sacó una cuchara y me la dejó al lado del cuenco para cuando terminara de comerme el guiso, siguiera sin descanso con el postre sin tener ni que levantarme.

—Voy un momento a la despensa a mirar si hay mermelada de naranja amarga, solo queda un poco en el bote que hay aquí y como nos quedemos sin ella, cualquiera aguanta las quejas.

Se quitaba el mandil y lo dejaba colgado en el gancho que había en una esquina de la cocina.

—Sí, que lo mismo si un día no hay cinco clases de mermelada en la mesa ese día se cae el mundo.

Volteé los ojos.

—Ahora vengo.

Salió de la cocina riéndose.

Mientras me termino este guiso maravilloso y sigo con las natillas, porque esas no las perdono ni, aunque venga a llamarme el mismísimo Papa de Roma, voy a poneros al día de quien soy y porqué estoy trabajando y viviendo en esta casa.

Creo que es lo mejor para poneros en situación antes de seguir con mi historia que se las trae, pero eso lo veréis más adelante.

Mi nombre es Nerea Ruiz y tengo veinticuatro años, vivo en casa de los señores Castillo desde que tenía quince años, pero no siempre han vivido en esta mansión, porque eso es lo que es, una mansión fea y monstruosamente grande y si no que me lo digan a mí, que soy la que la limpia a diario.

Antes de vivir aquí en Madrid vivían en Sevilla, aquí vinimos hace nueve años porque el señor Eduardo Castillo decidió montar una empresa de telefonía móvil aquí, en la capital del país.

Nuestra vida era muy diferente en Sevilla allí las cosas eran más calmadas y mucho más sencillas. Eduardo siempre fue un hombre ambicioso o eso decían mi madre y Sole.

Cuando sus padres murieron quiso vender el negocio que heredaron él y su hermano para coger el dinero y venirse aquí, a Madrid, porque según él y su queridísima esposa, era donde estaba la gente de dinero y clase a la que ellos estaban destinados a pertenecer como iguales.

Valiente chorrada, lo sé, porque la clase no la hace el dinero si no otras cosas de las que, sinceramente ellos carecen. Pero, en fin, dejemos eso de momento, porque lo iréis viendo poco a poco.

El caso es que su hermano no tragó porque no quería que el negocio de sus padres desapareciera, tanto le presionaron que al final pidió un préstamo y le dio su parte para que se fueran a Madrid con viento fresco y lo dejaran vivir en paz.

El hermano de Eduardo se llama Eloy y es catorce años más joven que él, teniendo Eduardo cincuenta. Era un crio cuando tuvo que tomar esa decisión de quedarse allí solo en Sevilla con el legado de sus padres y con una deuda millonaria, pero con mucho trabajo y sacrificio hoy en día la empresa que tiene está mejor que nunca, dando unos beneficios incluso mejores que cuando la llevaban sus padres.

Sole siempre me cuenta la historia de esa empresa con nostalgia, porque según ella, los padres de Eduardo y Eloy lucharon como nadie por levantarla, empezaron desde abajo siendo dos jóvenes que querían labrarse un futuro para ellos y la familia que tenían pensado tener.

Compraron una hectárea de olivares y empezaron a producir a pequeña escala aceite ecológico que poco a poco y con el paso de los años acabaron vendiéndolo no solo en Sevilla, sino a nivel nacional.

Cuando llegaron ahí compraron más hectáreas porque llegó un momento que no daban abasto con la cantidad de pedidos que tenían. Los hermanos se criaron entre esos olivares que rodeaban el cortijo en el que vivían todos.

Yo no llegué a vivir nunca en él, pero Sole sí que lo conocía y lo recuerda con un cariño especial por lo maravilloso que es, o eso dice cuando me cuenta cosas de nuestra Sevilla querida, esa que, aunque hace años que no pisamos, siempre la llevamos en el corazón.

Mi madre y yo llegamos a la vida de los Castillo como he dicho cuando yo tenía quince años, hasta ese momento en nuestra casa solo habíamos sido nosotras solas.

Mi padre, un hombre mucho mayor que mi madre la encandiló cuando trabajaba para el en su oficina y cuando le dijo que estaba embarazada, le dio la patada y además de despedirla le dijo que el de críos no quería saber absolutamente nada.

Así que mi madre se llevó un palo enorme porque estaba enamorada de él, pero no por eso quiso deshacerse de mí, según me contó ya siendo mayor, fui su mayor tesoro desde que supo de mi existencia y se prometió que, aunque no tuviera ayuda de nadie porque era huérfana desde muy joven me sacaría adelante como fuera.

Los primeros años hizo auténticos malabares, trabajó en cualquier cosa que le saliera.

A Sole la conocía desde que eran crías porque habían ido juntas al colegio, siendo siempre las mejores amigas.

Cuando esta le dijo que los señores Castillo estaban buscando personal interno para su casa, pero la única condición era que nos teníamos que ir a Madrid con ellos, las tres, porque Sole ya les había dicho que, sí iba, llevaba siendo la cocinera en su casa desde que se casaron.

Mi madre antes de tomar una decisión habló conmigo para saber mi opinión y yo que le iba a decir, llevaba toda la vida sacrificándose por mí y ese era un trabajo mejor pagado que ninguno de los que había tenido, estaríamos con Sole y además no tendríamos que malgastar dinero en un alquiler.

Así que cogimos las cuatro cosas que teníamos y aquel verano hace ya nueve años nos vinimos a Madrid.

El primer día que llegamos a esta casa en Madrid y conocimos a toda la familia Castillo al completo supe que las cosas no iban a ser nada fáciles.

En la vida había visto yo una gente más estirada y pija como esa, no todos, eso también tengo que decirlo. La familia estaba compuesta por cinco miembros, el matrimonio y sus tres hijos.

De Eduardo ya os he hablado un poco, os he dicho que era ambicioso, pues a eso le añadimos que era serio hasta el aburrimiento. En todos los años que hace que lo conozco, que nos son pocos, no le he visto sonreír ni una sola vez.

Luego tenemos a la señora Amparo que vaya tela con ella, el palo no sé qué día se lo metieron en el culo, pero allí se le había quedado encajado porque no podía ser más estirada esa mujer, aparte de déspota, chillona y una arpía de mucho cuidado, una joya de mujer, vamos.

Y sin con ella no tuviéramos poco, la primogénita de la familia que tenía veintiséis años, la señorita Zoe era un calco de su queridísima madre, un castigo de tía en todos los sentidos. A mí no me podía ni ver y no os creáis que se cortaba un pelo en disimularlo, qué va, ¿y yo aguantaba? Pues sí, y lo hacía por lo que lo hacía, porque si no ya le había metido un repaso y la habría vestido de limpio en más de una ocasión.

Os estaréis preguntando porque aguantaba los desplantes y los desprecios de esas dos brujas y no me largaba de esa casa, pues por amor. Sí, así es, porque el hijo mediano de los Castillo me tenía enamorada desde el primer día que pisé esta casa.

Nicolas era un año mayor que yo y desde el principio no me trató como sus padres y su hermana, siempre me buscaba para bromear conmigo, para charlar o incluso para pedirme ayuda con sus estudios, sabiendo que a mí se me daba genial todo lo que estuviera relacionado con los números.

Todo eso sin que su familia lo supiera, claro.

Los años pasaron y nuestra amistad fue creciendo, así como lo hacían nuestro deseo y nuestros sentimientos, hasta que hace dos años en un viaje que hicieron sus padres y sus hermanas, al que él no fue, paso lo que tenía que pasar.

Que entré en su habitación y de ella no salí para casi nada los quince días que su familia estuvo fuera.

Desde entonces empezamos una relación secreta, los dos sabíamos que su familia no aceptaría que él estuviera con alguien a la que no consideraban una igual por no pertenecer a la alta sociedad de la que ellos se rodeaban. Y así seguimos dos años después con nuestro amor secreto y a la espera de que eso cambiara pronto.

Por último, os hablaré de la pequeña de la familia, la última hija de los Castillo, mi niña Leire.

Sin duda y aun queriendo como quería a Nicolas, ella era mi favorita de toda esa familia. Leire era la niña más dulce y cariñosa que os podéis imaginar. Tenía dieciocho años recién cumplidos y por su condición (era sorda de nacimiento) sus padres la habían apartado de su lado al igual que hizo Zoe.

Al parecer ese defecto no debía estar muy bien visto en su círculo y por eso no la dejaban participar en nada que hicieran fuera de casa, como si a la pobre debieran tenerla oculta o algo así para que no les avergonzara.

Vergüenza era lo que deberían sentir ellos al tratar así a su hija y a su hermana.

Así que desde que llegamos a esa casa cuando ella no era más que una niña de nueve años, se aferró a nosotras al ver el cariño con el que la tratábamos y así seguía.

Solía comer con nosotras en la cocina y todos nuestros ratos libres los pasábamos juntas, era sin lugar a duda mi mejor amiga a igual que yo la de ella, la diferencia de edad de siete años que teníamos nunca había sido un impedimento para llevarnos a las mil maravillas.

Solo me queda contaros por qué no he hablado aun de mi madre, porque duele mucho, muchísimo.

Mi querida Aroa nos dejó hace ya seis años cuando yo apenas había cumplido la mayoría de edad, una noche mi querida madre se fue a dormir y ya no despertó a la mañana siguiente.

Un infarto mientras dormía la arrebató de mi lado, dejándome totalmente desolada. ¿Lo he superado? Pues no, aún la lloro a diario, pero con la ayuda de Sole que la echa de menos tanto como yo, lo llevo un poquito mejor. Las dos nos damos consuelo la una a la otra.

Bueno, pues hasta aquí, nos os cuento más porque, madre mía lo que he parlado en un momento.

Capítulo 3

—Menos mal que sí que quedaba un tarro, nos hemos librado de las voces, al menos por esto.

Iba Sole con el tarro de mermelada en la mano, entrando por la puerta de la cocina.

—Ya buscarán otra cosa por la que protestar, es como si fueran adictas, no pueden pasar un día sin chillar, protestar o tocarnos la moral por algo.

Resoplé.

—¿Oye la niña Leire donde estará? Mira la hora que es y no ha venido a cenar —me dijo Sole preocupada.

La verdad es que yo también había mirado un par de veces el reloj y me lo estaba preguntado también el rato que había estado sola.

No me dio tiempo a contestarle que estaba pensando lo mismo y que si cuando terminara de cenar, Leire no había aparecido por allí iría a buscarla. Pero la niña entró por la puerta con cara de enfadada y resoplando.

Madre mía, que le habrían hecho las fieras para que estuviera así, me pregunté. No porque Leire no tuviera derecho a enfadarse, sino porque para verla a ella en ese estado sí que le tenían que haber calentado la cabeza muchísimo, porque era tan buena, que no solía enfadarse casi nunca.

—¿Qué ha pasado para que vengas tan enfada cielo?

Le preguntó antes de acercarse a ella para agarrarla de la mano y llevarla hasta una silla para que se sentara, justo la que estaba frente a mí. Así me podría ver perfectamente cuando le signara.

Sole sabía lengua de signos desde que Leire empezó a aprenderla en el colegio especial al que la llevaron.

Ella por su cuenta se había buscado la vida en Sevilla, yendo a una academia para aprender y poder comunicarse con la niña.

Fueron entre Sole y Leire las que nos enseñaron a mi madre y a mí cuando llegamos a la casa. Nico también había aprendido, no a la perfección como nosotras, pero se defendía bastante bien. Pero los señores y Zoe sabían signar apenas una docena de cosas, nunca les interesó aprender y eso decía mucho de la mierda de personas que eran. A mí me parecía vergonzoso que siendo un miembro de la familia y teniendo ese problema que ella no había pedido, sino que a saber porque nació con ello, no se molestaran en aprender para poder comunicarse con ella. Leche, si hasta su tío Eloy que la veía en contadas ocasiones sabía más que cualquiera del resto de su familia.

—Treinta veces le han pedido a Nico que me recuerde que mañana no puedo estar en la fiesta y que me tengo que quedar en mi habitación. Si, aunque no me lo pidieran no pensaba asistir de ninguna manera, menudo rollo son esas fiestas. Todos ahí vestidos como si fueran a los Oscar y siendo más falsos que un billete de siete euros.

Signaba a toda velocidad, cosa que solía hacer cuando estaba enfada. Menos mal que solía estarlo poco, porque, aunque nosotras signábamos a la perfección a esa velocidad algunas cosas nos costaba cogerlas.

—Ojalá me pidieran a mí que me quedara también en mi cuarto, ya que mañana, a Sole y a mí nos toca ponernos para servir a toda pijolandia, el traje de Sor Prudencia y Sor Soledad.

Le signé, mientras ponía los ojos en blanco.

Leire al verme decirle eso, se echó a reír a carcajadas y yo sonreí para mis adentros, porque diciéndole esa tontería de los trajes conseguí lo que pretendía que se le pasara el enfado que traía.

Sole en lo que habíamos hablado ese poco le había servido un plato de guiso a Lerie, que al verlo aplaudió dándole las gracias signando a continuación.

—¿Ya se han ido los de las flores? Porque les estaban volviendo tarumbas —le pregunté a Leire.

Porque cuando yo me había escabullido del jardín para venir a cenar, ella estaba allí sentada en un balancín leyendo un libro mientras las arpías daban órdenes a los chicos, que ponían cada cinco minutos una cara de querer estrangularlas que eran dignas de ver.

Leñe es que le habían hecho cambiar los centros de flores diez veces de sitio, las muy pesadas.

—Sí, se marchaban cuando yo me he venido para acá, pero allí se han quedado con los que han montado las mesas. Menuda les estaban dando, pobrecillos.

Hizo una mueca de hastió en la cara que nos hizo reír a Sole y a mí, a carcajadas.

—Esos no se marchan hoy hasta las tantas y si no, lo vais a ver.

Resopló.

Seguimos charlando un poquito más mientras Leire cenaba, porque yo como había pronosticado, Sole me había metido el cuenco de natillas como si me lo fueran a robar, en cuatro cucharadas me lo había comido.

Así estábamos tan a gusto compartiendo ese ratito que para las tres eran lo mejor del día, cuando el timbre de la casa sonó.

Las tres nos miramos haciéndonos la misma pregunta: ¿quién vendría a estas horas? Eran casi las nueve de la noche y visitas no podían ser, por eso nos extrañamos tanto.

—Lo mismo son los de las flores, que les han vuelto a llamar porque un jarrón está torcido y quieren que lo coloquen derecho —nos dijo Leire.

Nos hizo reír a carcajadas por su ocurrencia.

Y es que era muy dulce y parecía que con esa carita de ángel no rompía un plato, pero eso era todo fachada, porque tenía un lado gamberro que la hacía soltar cada cosa que te morías de risa con ella.

Así nos encontró la señora Amparo y la cara de vinagre que puso al vernos reír hizo que se nos cortara la risa de golpe, porque solo de verle la cara ya sabíamos que iba a soltar una de las suyas.

—Si te sobra tiempo para estar aquí riéndote, lo mismo tengo que mandarte más cosas para que no lo pierdas y te ganes tu sueldo como deberías —me dijo con esa soberbia que era su sello de identidad.

Levantó mucho el mentón para dejar bien claro quien mandaba allí, hasta pensé que se le partiría el cuello.

—Estaba cenado.

Señalé a los platos que tenía delante.

—Con todo lo que hay que hacer y tu aquí perdiendo el tiempo comiendo, es que de verdad no se pude ser más desconsiderada.

Alzó un poco la voz.

No se podía ser más gilipollas, de verdad que no, que ahora alimentarse era perder el tiempo. Esta mujer estaba para que la encerraran, pensé mientras me mordía el labio para no mandarla a la mierda.

—¿Que quiere?

Apreté los puños por debajo de la mesa y conteniéndome todo lo que podía.

—Mi cuñado acaba de llegar, sube a su habitación y colócale el equipaje dijo, dejándome de piedra.

Que Eloy hubiera venido significaba que era algo muy gordo lo que dirían mañana en la fiesta. Hacia como dos años que no pisaba Madrid. Nosotras nos enteramos de lo que le había pasado porque Nicolas me lo contó.

Eloy se casó hace casi cuatro años con la chica con la que llevaba saliendo casi desde que el resto de la familia se vino a vivir a Madrid.

A la chica, Sole y yo solo la habíamos visto una vez que vinieron un fin de semana de visita.

La relación entré Eduardo y Eloy era más bien fría y apenas tenían trato desde que la familia se marchó de Sevilla, pero en los momentos importantes sí que se habían visto.

Como cuando Eloy se casó con esa chica, que todos viajaron a Sevilla para estar en la boda. O cuando habían venido ellos a esa visita, que fue porque los señores Castillo dieron una fiesta por todo lo alto celebrando sus veinticinco años de casados.

El caso es que Nicolas me contó que pocos meses después de esa visita la mujer de Eloy que se llamaba Clara, y que ya estaba embarazada cuando vinieron, ella y él bebe perdieron la vida el día que se puso de parto.

Según me contó, hubo muchas complicaciones y aunque hicieron todo lo posible por salvarlos a los dos, la fatalidad, el destino o a saber qué, hizo que los dos fallecieran ese día.

Con Eloy había cruzado pocas palabras cuando vinieron esa vez y pocas más en las dos veces anteriores que había venido siendo aún una cría de quince y diecisiete años, que fue cuando tuvieron lugar. Pero me pareció un hombre amable, respetuoso y simpático, que nada tenía que ver con su hermano.

Me parecieron como el sol y la luna, totalmente opuestos y no solo en el físico, sino también en su carácter y personalidad.

Mientras que Eduardo era rubio con ojos negro, rasgos que compartía Nico con él porque eran dos calcos, Eloy era moreno con ojos verdes.

Siempre había oído decir a mi madre y a Sole que era el guapo de la familia, pero yo nunca me fijé en él de esa manera, era demasiado niña cuando lo conocí para fijarme en un hombre que me sacaba doce años.

Por lo que habíamos oído detrás de las puertas, que era la única manera de enterarse de algo, bueno para ser sincera, solía oírlo de casualidad porque me movía mucho por la casa limpiando, pero Sole era una profesional en la escucha tras las puertas.

El caso es que sabíamos que Eloy desde que su mujer y su hija murieron, estaba en un estado de apatía (normal en un caso así, o eso pensaba yo) que lo había apartado de la vida social.

Solo se dedicaba a trabajar desde casa, donde llevaba todo el control de su empresa y poco más. Por eso cuando la coronela me dijo que acababa de llegar, me sorprendí tanto.

Solo había dos opciones posibles: o era muy importante lo que se iba a celebrar al día siguiente o Eloy estaba mejor del palo tan gordo que se había llevado y estaba empezando a salir del pozo en el que se había metido después de perder a su familia.

Eso me acababa de generar mucha curiosidad, quería saber cuánto antes cuál de los dos era el verdadero motivo por el que Eloy acababa de llegar a la casa y por la cara con la que me miraba Sole, parecía que estaba pensando exactamente lo mismo que yo.

Capítulo 4

—¿Has oído lo que te he dicho?

Me estaba preguntando de malas maneras al ver que me había quedado unos segundos parada, perdida en mis pensamientos.

—Sí, señora ahora mismo voy.

Me cagué en ella para mis adentros.

Joder, no había hecho ya suficiente desde las seis de la mañana, que no me habían dejado respirar, para que ahora también tuviese que ir a colocar la ropa y todo lo que trajera Eloy. ¿Qué pasa que era manco, o qué?

—¿Qué quiere? —me pregunto Leire.

Dejó caer el tenedor a un lado al ver la cara de perro que me estaba poniendo su madre.

Con rapidez levanté mis manos y le signé, explicándole que acababa de llegar su tío Eloy y que tenía que subir a colocarle el equipaje. La cara de felicidad que puso cuando terminé de decírselo no tenía precio. Leire quería mucho a su tío, siempre hablaba muy bien de él.

Al parecer al contrario que hacia su familia Eloy siempre la había tratado con mucho cariño y sabíamos que solían hablar a menudo por mensaje o por videollamada.

—¿Puedo subir ahora a verlo? —le preguntó a su madre, emocionada.

—¿Qué dice? —me preguntó Amparo.

No entendía que era lo que estaba diciendo su hija. Que pena, de verdad. Que rabia me daba presenciar estas cosas. Que una madre no se comunique con su hija, no porque no pueda, sino porque no le daba la gana, es que me llevaban los demonios.

—Le pregunta si puede subir a ver a su tío.

Me contuve de no soltarle cuatro cosas.

—¡Ni hablar! Eloy estará cansado del viaje, no son horas de que vaya a molestarlo para contarle, a saber, que tonterías. Díselo.

Me ordenó, alzando la voz.

Sole y yo nos miramos pensando lo mismo, es que era para darle una hostia con la mano abierta, no se podía ser más tonta.

¿Qué daño podría hacer que la niña subiera cinco minutos a saludar a su tío, al que hacía mucho que no veía? Desde luego que no pensaba decirle a Leire la sandez que acababa de soltar su madre por la boca, como hacía siempre que la señora (que de señora tenía lo mismo que yo de monja) me mandaba decirle algo a Leire.

Solía decirle lo que me daba la gana siempre con el mensaje que tenía que recibir, pero adornándolo con buenas palabras, para que la niña no sufriera más de lo que ya lo hacía por el trato de su madre.

—Leire, cariño, dice que viene cansado del viaje. Será mejor que lo dejes para mañana por la mañana, cuando haya descansado. Estoy segura de que a tu tío le encantará que seas la primera en dale los buenos días, así le alegras el día —le dije signando.

Por la cara que puso pude ver que se decepciono un poco, pero también vi como sonreía porque mi idea le pareció genial.

Sole me miró y asintió sin que Leire nos viera, dándome a entender que había escogido las palabras perfectas para que la niña se quedara tranquila, más de lo necesario.

—Venga, date prisa que mi cuñado no tiene que estar esperando porque tu estes aquí parloteando con mi hija.

Abrió la puerta de la cocina para que saliera antes que ella, asegurándose de que no me entretenía más.

—Si no tardo te veré antes de que te vayas a la cama, si no es así, que descanses niña —le signé a Leire.

Acto seguido le di un beso en la mejilla. Gesto que su madre al verme puso mala cara, pero que a mí me dio exactamente igual.

Asentí con la cabeza a Sole y solo con eso ya me entendió, más tarde le contaría lo que pasaría en cuanto subiera a atender a Eloy.

Salí de la cocina con Amparo pisándome los talones, tendría pensado subir conmigo hasta la habitación en la que estaba su cuñado, pero se quedó con las ganas porque un chillido de Zoe en la parte del jardín la hizo pararse en seco.

—Voy al jardín seguro que mi hija se está enfadando porque los inútiles de los de las mesas no están haciendo las cosas como se las hemos ordenado.

Puso cara de parecer que estaba oliendo mierda.

Y yo pensé para mí misma… Sí, seguro que los chicos no sabían hacer su trabajo. No sería que les hubieran hecho cambiar las mesas de sitio cuarenta veces, dando órdenes contradictorias todo el tiempo, sí, seguro que eso no podía ser.

—No se te ocurra molestar a mi cuñado con tu parloteo estúpido, haz tu trabajo rápido y en silencio.

Me apuntó con un dedo antes de salir como un rayo, haciendo resonar los tacones que llevaba puestos contra el mármol del suelo.

Me acerqué a las escaleras con paso cansado y antes de subir me quedé mirando la decoración que había allí justo en el enorme hall.

Todo en esa casa hacía daño a la vista, en la vida había visto una casa más fea tanto por dentro como por fuera.

Y que los señores dijeran que era una de las más bonitas y elegantes de la ciudad, eso sí que tenía delito.

Ya cuando te acercabas por el camino de piedra y mirabas la fachada, podía hacer que te sangraran los ojos. Era como si la hubieran diseñado tres arquitectos que estuvieran en guerra los unos con los otros y cada uno hubiese querido meter con calzador sus ideas y su propio estilo. Dando como resultado una mezcla entre sí que daba pena.

Tenía columnas de estilo griego, balaustradas barrocas y unos ventanales oscuros de un estilo demasiado moderno para encajar con lo demás y como colofón, un revestimiento de mármol en algunas zonas que con el reflejo del sol si lo mirabas te quedabas ciega.

Aunque para ver esa aberración casi era lo mejor que te podía pasar.

Y cuando la ves por primera vez como me pasó a mí, piensas: bueno, quizás es el impacto del exterior y cuando entres dentro la cosa mejora. Pues no, de mejorar nada.

Al entrar ya en el hall, te echas las manos al pecho y piensas: Virgen de la Macarena, aquí viene Drácula y salé corriendo. Porque sí, la primera en la frente como se suele decir.

El vestíbulo que era la presentación de la casa, estaba presidido por una gran escalera cubierta por una gran alfombra roja, como si por ahí tuvieran que bajar las celebridades que van a los Oscar, eso era lo que se pensaban que era la madre y la hija y por eso habían mandado poner esa horrible alfombra, porque otra explicación no podía ser posible.

Pero si con eso no era suficiente, allí el suelo era de mármol negro y en él se reflejaba un lámpara de araña tan grande como fea que amenazaba a diario con desplomarse en la cabeza del osado que tuviera el valor de pasar por debajo de ella.

Y ni os cuento los malabares que tenía que hacer una vez al mes para limpiar la puñetera lampara de las narices, el día que tocaba limpiarla, ya no hacía nada más en la casa por el tiempo que me llevaba limpiar cristalito tras cristalito, siempre bajo la atenta mirada de Amparo, que desde debajo de la escalera me daba órdenes sin parar de cómo debía hacerlo.

Coño, si era tan lista, que se subiera ella a la escalera y la limpiara como le diera la gana, pensaba esos días que me tocaba sufrir tal calvario.

Sacudí la cabeza para dejar de pensar en la decoración del vestíbulo, que de verdad me daba hasta dolor de estómago y empecé a subir por las escaleras casi de puntillas como se me había ordenado que hiciera para tocar lo menos posible, la "maravillosa" alfombra y evitar mancharla con mis zapatos indignos.

Cuando llegué al primer piso me paré pensando en que habitación podrían haberle mandado a Eloy instalarse.

En ese piso estaban las habitaciones del matrimonio, la de Zoe, Nico y Leire y otras tres más que hacían: una de despacho que utilizaba Eduardo y las otras dos siempre las teníamos preparadas para los invitados. Una de ellas se usaba con mucha frecuencia por Nina, la amiguísima de Zoe, que pasaba más tiempo en esta casa que en la suya propia.

De Nina no os he hablado y sinceramente no hay mucho que decir, en estos momentos era la tercera bruja que estaba dando vueltas en su escoba, acompañando a Amparo y Zoe, y volviendo locos a los pobres chicos de las mesas.

Al igual que su amiga, Nina era otra estirada y consentida niña pija, que miraba a todo el que no estuviera en su escala social por encima del hombro y que con su manera de hablar siempre tan prepotente y soberbia dejaba claro la clase de persona era.

Nunca me extraño que ella y Zoe fueran amigas, porque las dos estaban cortadas por el mismo patrón.

Además de todas las maravillosas cosas que os acabó de contar sobre ella, debó añadir que me ponía enferma la manera tan descarada que tenía de tirarle los tejos a Nico. Siempre andaba detrás de él intentando que le hiciera caso, que le riera las gracias, esas que ella pensaba que eran maravillosas, y más penosas no podían ser.

Pues eso, que llevaba años detrás de Nico intentando como dicen en la alta sociedad, cazarlo. Pero él nunca le había hecho el menor caso, aunque la tía no cejaba en su empeño y seguía insistiendo a la mínima oportunidad.

Las puertas en esa casa no solían cerrarse, a no ser que el ocupante estuviera dentro, así que me asomé a la única que podría ser la que estuviera ocupando Eloy, pero allí no había nadie, y tampoco había rastro de ninguna maleta o equipaje de ningún tipo.

Volví sobre mis pasos hasta llegar a las escaleras para subir al segundo piso donde había el mismo número de habitaciones que en el primero, siete en total.

Sí el pasillo de la primera planta daba miedo, el de esta daba autentico pavor, pues parecía que estuvieras recorriendo la casa esa de la película del Resplandor.

Todo estaba medio en penumbras, solo iluminado por varias lamparitas que eran para tirarlas directamente al vertedero de lo feas que eran, de esas con cristalitos de colores como los de las vidrieras de una iglesia.

Había seis en total, tres a cada lado del pasillo, con una bombilla de muy baja intensidad para, según Amparo, crear un ambiente apacible. Apacible, los cojones, ahí estabas de cualquier manera menos tranquila, ahí te recorría por el cuerpo un escalofrío por el miedo que te dejaba tiesa.

Fui asomándome con mucha cautela una a una a todas las habitaciones, en todas solo metía la cabeza y siempre con el cuerpo alerta por si me tocaba salir corriendo en el caso de que apareciera un zombi o algo peor, porque ahí todo podía ser posible.

Cuando llegué a la última solté un suspiro de satisfacción, pues en esa había luz, poca eso sí, porque solo venía de la lamparita que estaba encima de la mesilla.

Miré alrededor y vi al que supuse que sería Eloy de espaldas a la puerta mirando por la ventana hacía el jardín. Sí hijo, tú mira hacía ahí abajo que seguramente podrás ver un capítulo de la serie "las tres brujas en acción", pensé, aguantándome la risa por la cantidad de bobadas que se me venían a la cabeza.

Di un par de toques en la puerta, para alertarlo de mi presencia, pero nada, que el tío no se enteraba, estaba como en trance mirando por la ventana.

Lo segundo que hice fue carraspear, pero nada tampoco.

A ver si le había mordido un zombi y se había quedado petrificado el pobre hombre, me pregunté, mordiéndome el labio para no reírme.

—Buenas noches.

Opté por decir, para que se enterara de que estaba allí.

El respingo que metió era para que lo hubierais visto, parecía que una rata le hubiera mordido el culo haciéndolo saltar en el sitio. Se dio la vuelta lentamente y cuando me vio allí parada, me echó una mirada de arriba abajo que me dejó helada. Era como si le pareciera un demonio que había venido a perturbar su paz.

Se me encogió el estómago y quise salir corriendo, en vez de hacer eso al ver que no abría la boca volví a carraspear para que dejara de hacerme ese escrutinio. Ese carraspeo al parecer lo hizo salir del estado en el que estaba y desvió la mirada.

Capítulo 5

—¿Qué quieres? —me preguntó por fin.

Me miraba frunciendo el ceño.

—Vengo a colocarle el equipaje, señor.

Me puse seria.

Al mirarlo bien a los ojos me di cuenta de que ese no era el hombre simpático y amable que yo recordaba. Este hombre que tenía enfrente se había vuelto frio y taciturno.

En su mirada se podía ver que arrastraba un gran pesar que lo tenía sumido en una gran tristeza. Sus ojos no tenían brillo, no reflejaban la luz que tenían años atrás, en esos ojos solo había oscuridad y dolor.

—¿Piensas que soy manco o inútil y no puedo colocar mis propias cosas? —me dijo en plan borde.

Vaya, otro que se había pasado al lado oscuro como casi todos los miembros de su familia. Pues conmigo lo llevaba claro, después del día tan largo que llevaba no estaba para aguantar ni una tontería más.

—Mire, yo ni pienso ni dejo de pensar, he venido a hacer lo que me han ordenado. Si no quiere que lo haga es problema suyo, pero hágame el favor de decirle a su cuñada, que no he cumplido con su mandato porque usted no ha querido. Hoy, no me queda más paciencia para oír ni aguantar un chillido más por parte de nadie —le dije.

Me crucé de brazos.

—Vaya genio que te gastas.

Alzó la ceja.

Cuando me contestó eso pude ver de una manera muy fugaz un amago de sonrisa en su boca, pero fue tan pequeño que dudé si había sido cierto o me lo habría imaginado.

—¿Sabes dónde está Leire? — preguntó, cambiando de tema.

—La niña Leire está cenando en la cocina.

Le solté antes de darme la vuelta para largarme de allí.

—Espera, ¿eres Nerea?

Este es tonto, pensé, pues quien coño iba a ser si en esa casa no había nadie más trabajando que Sole y yo.

—No, soy la Virgen María —murmuré para mí.

—¿Qué has dicho?

Lo había dicho tan bajo que no llegó a entenderme.

—Que sí, que soy Nerea— contesté con cansancio.

—Perdona, no te había reconocido —me dijo, mirándome de arriba abajo—, pero al decir lo de "la niña Leire" he sabido quien eras, ella me ha dicho que solo tú y Sole la llamáis así.

—Así es, y no tenía por qué reconocerme solo soy la que limpia en esta casa y usted y yo no hemos cruzado más de tres palabras en la vida.

Me encogí de hombros.

—No me trates de usted, no soy tan mayor.

Cogía su maleta y la subía a la cama.

—Lo siento, pero eso no será posible, no me está permitido tutear a nadie de la familia, solo lo hago con la niña Leire, porque su madre no puede entendernos.

Aunque no era verdad del todo, porque a Nicolas por razones obvias sí que lo trataba de tu, en la intimidad, claro. Si había otras personas delante tenía que tratarlo de usted, cosa que me molestaba muchísimo, por cierto, pero hasta que todo saliera a la luz era lo que había y me había resignado a hacerlo.

—Pues yo te pido, por favor, que hagas lo mismo que con Leire, llámame, Eloy al menos cuando estemos a solas. Yo no soy como mi hermano y mi cuñada, no me gustan los formalismos —volvió a pedirme.

Me quedé pensando unos segundos y me dije que, para qué discutir con él, total no creía que volviéramos a hablar a solas nunca más, así que, porque no decirle que sí, para que dejara de darme el coñazo.

—Está bien, tú ganas —le dije resignada.

Asintió con la cabeza a modo de aprobación.

—¿Crees que Leire habrá terminado de cenar? Me gustaría verla y hablar con ella un rato.

Abría su maleta.

Desvíe la mirada y me mordí el labio. La leche, y ahora que le decía yo a este hombre, me pregunté.

Sí la coronela se enteraba que la niña Leire al final había visto a su tío y no la había obedecido, aunque fuera Eloy el que fuera a buscarla, se iba a liar una buena y seguramente su madre la castigaría.

—¿Qué ocurre?

Me miró como si quisiera leerme la mente para saber lo que estaba pensando.

—¿Quieres que te ayude a colocar el equipaje? Si no, me marcho, que aún tendré que hacer algunas cosas antes de irme a la cama.

Cambié de tema a ver si así podíamos escurrir el bulto.

—Ayúdame, y mientras me cuentas porque no quieres contestar a lo que te he preguntado.

Extendió la mano para señalar la maleta que estaba abierta encima de la cama.

Solté un largo suspiro antes de acercarme a la cama como me había pedido, los siguientes minutos ninguno de los dos dijo absolutamente nada.

Eloy sacó de la maleta en primer lugar el neceser que traía y la ropa interior esa que yo no quise ni ver y miré para otro lado.

Mientras él lo colocaba en el baño y en la mesilla yo saqué la ropa que traía. Solo había un traje de muy buena calidad como no podía ser de otra manera, en color gris marengo, una camisa blanca, una corbata también gris y unos zapatos clásicos en negro de cordón. Esa ropa era la formal, supuse que se la pondría en la fiesta al día siguiente. Además de eso solo había unos pantalones vaqueros en azul claro, una camiseta negra básica, una sudadera en color tierra y unas deportivas blancas.

Al ver el poco equipaje, cosa que me extraño, fruncí el ceño y el debió de verme porque cogiéndome el calzado que tenía en esos momentos en mis manos me preguntó.

—¿Por qué arrugas el rostro? ¿Tan fea es mi ropa?

Me quedé alucinada mirándolo, porque esa vez sí que sonrió, o al menos lo intentó.

—No, claro que no, solo estoy extrañada porque es poca.

Me encogí de hombros.

—Solo he venido para la fiesta, el domingo por la mañana en cuanto me levante me marcharé de vuelta a Sevilla —me explicó.

Aunque no tenía por qué, y ahora sabiendo eso ya me cuadró todo. Solo estaría allí el fin de semana por eso viajaba con tan poco equipaje.

No le contesté solo asentí con la cabeza y el hizo lo mismo.

—Dime que pasa con Leire, y no me digas que no pasa nada porque he visto algo en tu mirada que no me ha gustado. Sí tienes miedo a que mi hermano o mi cuñada se enteren de que me lo has dicho, puedes quedarte tranquila, no pienso decir nada.

Bueno siendo así y al parecer sus palabras me sonaron muy sinceras, sí que podría decirle la verdad. Con eso conseguiría que no fuera a ver a la niña Leire y así evitarle el castigo.

Cogí aire antes de hablar y recé un poco para que de verdad cumpliera con lo que había dicho, si no, no solo la niña Leire tendría problemas. Esos también se extenderían a mí por irme de la lengua.

—La señora Amparo le ha prohibido subir a saludarlo, le ha dicho, bueno, me ha pedido que le dijera más bien que ha llegado cansado del viaje y que no son horas de molestarlo. Que lo dejara para mañana.

Ale, se lo solté todo de carrerilla y casi sin respirar.

Vi que se quedaba unos segundos pensando como si estuviera procesando mis palabras y frunció el ceño más todavía de lo que ya lo tenía de forma natural.

—¿Pero qué coño sabrá ella si estoy cansado o no?

No supe que contestar a eso, así que solo me encogí de hombros.

—Explícame eso de que te ha pedido a ti que se lo dijeras, que pasa que están enfadadas y no se hablan, ¿o qué?

La madre que me parió, en que lio me estaba metiendo yo sola por bocazas. Si es que parece tonta Nerea, me dije, riñéndome a mí misma.

—Nerea, habla —me exigió, al ver que me había quedado callada.

—Solo el señorito Nicolas se defiende un poco hablando lengua de signos. El resto apenas sabe decir cuatro cosas y no muy bien, así que la señora y los demás nos suelen usar de intérpretes a Sole o a mí, para decirle lo que sea a Leire.

Ale no quería la verdad de lo mierdas que eran sus familiares, pues ahí la tenía.

Me miró alucinado y con los ojos abiertos como platos. Yo agaché la cabeza porque no quería ver la reacción que iba a tener al saber la realidad de lo que pasaba en esa casa.

Sabía lo bien que se llevaba con su sobrina y enterarse de una cosa así estaba claro que le iba a doler. Como a cualquier persona que tuviera un mínimo de corazón.

—¿Me estás diciendo que después de dieciocho años ninguno, aparte de mi sobrino y no muy bien, ha sido capaz de aprender a signar para poder comunicarse con ella? ¿Es eso? —me preguntó con dolor.

—Así es, lo siento —le contesté.

—¿Y tú, por qué sabes hacerlo? —quiso saber.

—Cuando llegué a esta casa hace nueve años y conocí a Leire, quise aprender para poder hablar con ella.

En los dos meses siguientes la propia Leire y Sole me enseñaron a hacerlo, no te voy a decir que me resultara fácil porque no lo fue.

Al principio solo sabía las cosas básicas, pero con el paso de los meses acabé dominándolo a la perfección. Leire me ha dicho que tú también saber signar, así que sabes de lo que te hablo.

—Claro que se signar, es mi sobrina y aunque la vea poco, hablo con ella de vez en cuando por videollamada, era primordial para mí aprender para poder comunicarme con ella. Lo que me parece una auténtica vergüenza es que el resto no lo haya hecho.

Estaba muy enfadado, no conmigo por supuesto, sino con la situación.

—Yo pienso lo mismo, pero no seré yo la que diga nada. De todas maneras, mi opinión jamás sería escuchada— dije, siendo sincera.

—No me quiero ni imaginar cómo se siente Leire al ver ese desprecio y rechazo por parte de su propia familia— dijo muy disgustado.

—Al principio lo llevaba muy mal, no te voy a mentir, pero con el paso del tiempo se acabó resignando. Ella no lleva una vida como el resto, pasa más tiempo conmigo y son Sole, que con cualquier otro. Somos muy buenas amigas, las mejores.

Confesé.

—Me alegro de que os tenga a vosotras, pero esto no pienso dejarlo pasar, mi sobrina no merece ese trato —me contestó con rotundidad.

—No se lo merece, no, es un ángel— dije, estando de acuerdo con él.

—Esto ya está colocado, vamos a la cocina, quiero ver a Leire ahora y nadie me lo va a impedir.

Me pidió con la mano que saliéramos de la habitación.

—Este pasillo es tétrico.

Al oírlo decir eso no me pude contener y solté una risita, aunque bajita, pero él me oyó.

—Toda la casa lo es, estoy segura de que la casa de Drácula está mejor decorada. Cada día cuando subo a limpiar me asomo a las habitaciones con miedo.

Empezamos a bajar las escaleras.

—¿Por qué? —me preguntó.

—Por si me encuentro un ataúd en vez de una cama.

La carcajada qué soltó, hizo hasta eco en el primer piso, que era donde habíamos llegado.

—Ahora entiendo porque mi sobrina te adora, eres muy graciosa.

Consiguió decir cuando se le pasó el ataque de risa.

—No pretendía hacer ningún chiste, es lo que realmente pienso. Tú no sabes lo que es recorrer esta casa de noche. El silencio no es limpio, es denso. Si las lámparas están encendidas proyectan una luz amarillenta y enfermiza que dejan ver los horribles cuadros que cuelgan en las paredes. Entrar en el salón es lo peor de todo, el tic-tac del reloj, ese que es más antiguo que la orilla del río, parece que te susurra que tu final está cerca. No es una sensación de miedo, es de incomodidad.

Puse cara sería, pero no pude aguantarme mucho rato y se me escapó una risa, que hizo que él volviera a echarse a reír.

—Tienes razón en todo, el dinero no va unido al buen gusto y esta casa es buena prueba de ello. Cuando he entrado hace un rato he visto que las cosas van a peor con el paso del tiempo. Hace dos años no había tantos chismes inútiles por todos los sitios. Parece una tienda de antigüedades sin orden ni control, más que una casa.

—Así es, cada vez que se van de viaje o salen de compras, cuando vuelven y traen otro cacharro nuevo me entran los siete males. Siempre pienso lo mismo, que la lista de cosas inútiles aumenta y mi carga de trabajo también, porque tendré que limpiar el polvo a otra mierda más.

Llegamos al vestíbulo y la mirada de los dos se nos fue por instinto a la lámpara de araña que colgaba del techo. Eloy me miró y conteniendo a risa negó con la cabeza.

—No digas nada por favor, esa tarántula es mi mayor enemiga aquí en la casa —le dije con fastidio.

—No hay adjetivo lo suficientemente malo para describirla, así que optaré por no decir nada —dijo, conteniendo la risa.

Sin decir nada más ninguno de los dos, caminamos hasta la cocina uno al lado del otro, pero guardando las distancias como debía ser. Una cosa es que hubiéramos charlado un rato o incluso reído y otra muy distinta que no supiéramos que lugar en la casa ocupábamos cada uno, él era familia y yo parte del servicio.

Capítulo 6

Antes de abrir la puerta de la cocina, me quedé parada en ella y miré por encima del hombro a Eloy, que se había frenado en seco al verme parar a mí.

—Espera un segundo, le diré a Leire que le traigo una sorpresa, ¿te parece bien? A ella le gustan las sorpresas y esta le encantará, estoy segura.

—Me parece perfecto —me contestó.

Entré en la cocina dejando la puerta entornada y vi que Leire ya estaba terminando el postré, mientras Sole estaba sentada enfrente de ella en el lugar que había estado sentada yo, antes de irme para poder charlar con ella más cómodamente.

—¿Ya has terminado? Que rapidez la tuya —me dijo Sole, cuando me vio entrar.

—Apenas trae equipaje solo se queda hasta el domingo —le contesté hablando y signando a la vez como hacíamos siempre que estábamos las tres.

—¿Solo hasta el domingo? Vaya, que pena, pensé que se quedaría un poco más.

Puso cara de tristeza.

Sole y yo nos miramos y negamos con la cabeza, pobrecilla pensé. Su tío era la única persona de la familia que la trataba como se merecía y era normal que quisiera pasar el máximo tiempo posible con él.

—No te pongas triste, quiero ver esa bonita sonrisa en tu cara, ya. Si no, no te enseñaré una sorpresa que tengo para ti —le dije, haciéndome la misteriosa.

—¿Una sorpresa? Me encantan las sorpresas, ¿qué es? ¿Qué es Nerea? Venga dímelo.

Me lo pidió ansiosa, levantándose de la silla y dejando el postre a medias.

Me di la vuelta sin contestarle y abrí la puerta de par en par para que viera a Eloy, que estaba allí apoyado en el marco de la puerta con los brazos cruzados.

Cuando Leire siguió la dirección de mi mirada y vio a su tío allí plantado, echó a correr y se tiró a sus brazos. Esos brazos que Eloy abrió antes de que llegara para recibirla.

Sole y yo nos miramos emocionadas al ver la escena.

El abrazó que se dieron no fue educado ni breve, fue largo, apretado casi torpe, pero real y eso era lo que contaba. Fue de esos abrazos que lo dicen todo, porque hay veces que un gesto dice más que mil palabras juntas.

Verlos juntos, hizo que se me pusiera un nudo suave en la garganta, no de tristeza, sino de pura alegría.

No pude apartar los ojos de ellos, era hipnótico verlos, me fijé en todos los detalles. Vi como Eloy cerraba los ojos con fuerza intentando contener las lágrimas mientras Leire hundía la cabeza en su pecho sollozando.

Verlos así me hizo ver una verdad muy grande, que hay vínculos que el tiempo no rompe, solo espera y que el cariño cuando es verdadero no caduca.

Cuando se separaron Eloy cogió la cara de Leire y mirándola con ese amor limpio que solo te dedican las personas que te quieren, seas como seas porque así lo sienten, le dio un beso en la frente.

—Eloy, ¿has cenado, aún hay guiso si te apetece?

Le preguntó Sole, cuando tío y sobrina entraron dentro de la cocina después de cerrar la puerta y se sentaron a la mesa.

—Comí algo de camino hacia aquí, pero a unas natillas de esas no te digo que no.

Le contestó, hablando y signando a la vez como había hecho Sole.

—Eres igual de goloso que Nerea, si por ella fuera solo se alimentaria con los postres y dulces que prepara Sole —dijo Leire, haciéndonos reír a todos.

Sole sacó enseguida del frigorífico dos cuencos de natillas y puso uno delante de Eloy y otro delante de mí, la miré sonriendo y le tiré un beso con la mano que les hizo reír a todos.

—Respira entre cucharada y cucharada o te las quito.

Estaba apuntándome con un dedo y con la otra mano en la cadera en plan, madre regañona.

Y es que no sería mi madre, pero para mí como si lo fuera. Sole había estado siempre en mi vida desde el día que nací.

Los primeros años la vi menos, pero cuando nos vinimos con ella y la familia Castillo a Madrid, nuestra relación se afianzó tanto, que yo sentía que tenía dos madres y cuando me falto la mía, la de verdad, la que me había llevado en sus entrañas, Sole, se convirtió en la única madre y familia que me quedaba en este mundo.

Ella sentía lo mismo, yo lo sabía porque así me lo demostraba día a día y me lo decía también: *eres la hija que nunca tuve y siempre deseé,* me repetía a menudo.

—Eloy, ¿quieres un café también? —le preguntó, cuando vio que se estaba terminando las natillas.

—No, gracias, es demasiado tarde, si tomo un café ahora no pegaré ojo en toda la noche —le respondió con amabilidad.

—Leire, ¿un vaso de leche? —le preguntó a la niña.

—Sí, por favor— contestó ella.

—Que sean dos —añadí yo.

—¿Ahora un vaso de leche? ¿Pero dónde lo metes? Si te has comido un guiso y dos cuencos de natillas —dijo Leire riéndose.

—¿Dos?

Pregunto Eloy, alzando las cejas alucinado.

—A medio día no he comido, el trio del aquelarre no me ha dejado parar ni un minuto, llevaba con un vasito de leche y un trocito de bizcocho desde las seis de la mañana. Hoy he desgastado mucho, necesito reponerme —les contesté.

Me encogí de hombros.

Eloy me miró con el ceño fruncido, pero no supe por qué, si era por decir lo del aquelarre, porque no hubiera comido o porque me quejara de mi trabajo.

Como no quise saber la respuesta decidí callarme y no preguntar.

—¿Qué tal van tus estudios? —le preguntó Eloy a Leire.

Leire era muy buena estudiante y estaba a punto de terminar bachillerato con unas notas excelentes solo le quedaba hacer los examines finales y la PAU.

Desde siempre le había encantado todo lo relacionado con los ordenadores y su sueño era estudiar el grado de Ingeniería Informática. Pero llevaba unos días algo rara cuando le preguntabas algo relacionado con los estudios, y por más que Sole y yo le habíamos insistido no había manera de que nos contara lo que le pasaba.

—Bien, ¿y tu trabajo?

Contestó un "bien" demasiado rápido y la pregunta cambiando de tema igual de rápida.

Eloy se dio cuenta de inmediato de que algo pasaba y me interrogó con la mirada a ver si yo lo sabía, negué con la cabeza y el asintió, dándome a entender que él se ocupaba.

—¿Leire que pasa con los estudios? Y no me digas que nada, porque no me lo creo. ¿Tienes algún problema con los exámenes finales? ¿O es que no te has preparado bien la PAU?

Le preguntó serio, pero trasmitiéndole con los ojos esa confianza que la niña necesitaba.

—Leire, cielo, si no nos dices que te pasa, no podemos ayudarte. Sabes que si llevas algún tema mal para la PAU yo puedo ayudarte.

Le dije, antes de pasarle mi mano por la espalda y acariciársela con cariño.

—No voy a hacer la PAU.

Desvió la mirada para que no viéramos como sus ojos se llenaban de lágrimas.

Los tres nos miramos confusos, cuando nos dijo eso porque sabíamos de sobra la ilusión que tenía por estudiar.

—Sí no haces la PAU, no podrás empezar el grado —le dijo Sole.

—Es que no voy a hacer el grado.

Sus ojos estaban aguados.

—¿Por qué? Cuéntanoslo —le pidió su tío.

La vimos coger aire y dudar en si hacerlo o no, pero al ver nuestras caras de preocupación finalmente se rindió y con las manos temblorosas empezó a contarnos que era lo que pasaba para ese cambio de opinión de estar deseando estudiar a no querer hacer nada.

—No me voy a presentar a la PAU porque es una tontería que lo haga si no voy a poder hacer el grado que quiero después. Mamá y papá no quieren que estudie, dicen que con mi defecto no llegaré a nada en la vida y que pagarme más estudios de los que ya tengo es tirar el dinero.

—Hijos de puta… —me salió del alma decirlo, menos mal que solo lo dije con voz y no signando.

Eloy también murmuro algo entre diente que no llegamos, ni Sole ni yo a entender, pero por la expresión de su cara y por como apretaba los puños, no era muy distinto a lo que se me había escapado a mí.

—No llores mi niña —le dijo Sole, antes de envolverla entre sus brazos.

Si a mí me quería como a una hija, a Leire la quería exactamente igual. Era más madre de ella que la suya propia porque era la que la había criado desde que entró a trabajar en la casa.

—El domingo a primera hora te quiero en el vestíbulo con las maletas preparadas para venirte conmigo a Sevilla —le dijo Eloy con rotundidad.

—¿A Sevilla? —le preguntó Leire, con los ojos abiertos como platos —¿Para qué? —añadió deprisa sin dejarle contestar.

—Desde allí, podrás hacer los exámenes que te queden del curso online y aún hay tiempo para que prepares los papeles para la Pau. Después haremos la inscripción del grado en informática.

—¿Quieres que me vaya a vivir contigo a Sevilla y que estudie allí?

Le preguntó con un brillo en la mirada que me hizo sonreír al ver lo mucho que le estaba gustando la idea. Eloy asintió sonriendo.

—Me encantaría ir a vivir allí contigo, pero no me van a dejar ir, además, ya te he dicho que no me van a pagar más estudios, ni aquí ni allí —añadió.

—Leire, tienes dieciocho años, no necesitas su permiso para hacer nada. Tú solo piensa en tus sueños —le dije, animándola para que aceptara.

—Exacto, Nerea tiene razón. Ya eres mayor de edad y no tienes que pedir permiso para nada. Y por el dinero no te preocupes, cuando te he dicho que te vienes conmigo, es con todas las consecuencias. Yo te pagaré todo lo que quieras estudiar —le dijo Eloy, dejándole claro que se ocuparía de todo.

—No creo que me echen mucho de menos de todas maneras, seguro que hasta agradecen que me vaya y deje de ser un estorbo.

Le contestó a su tío, encogiéndose de hombros.

Lo más triste era que no había dolor en esas palabras. Había resignación y una calma extraña, casi peligrosa, la de quien se ha convencido de que macharse duele menos que quedarse en un sitio donde nunca se ha sentido imprescindible ni querida.

—Ve preparando el equipaje, yo me encargo de hablar con tu padre, y no pienso dejarlo para mañana, voy a hacerlo ahora mismo.

Le decía levantándose de la silla para salir de la cocina.

Las tres nos miramos alucinadas por la seguridad con la que habló y supimos que lo de irse a Sevilla era un hecho.

Capítulo 7

Mientras Leire y yo nos acabamos el vaso de leche que Sole nos había puesto, comentamos lo que acababa de pasar.

También las dos le dijimos a la niña que nos tenía que haber contado antes lo que le pasaba, nos encogió el corazón que llevara días con esa pena tan grande por el hecho de que sus asquerosos padres le hubieran quitado todas las ilusiones de un plumazo de querer estudiar.

Yo di gracias al cielo porque Eloy hubiera aparecido en el momento justo para llevársela de allí y ofrecerle vivir una vida lejos del ambiente toxico que se respiraba en esta casa, y que no le hacía ningún bien.

La puerta de la cocina se abrió de golpe rompiendo el buen momento que estábamos compartiendo, las tres nos giramos para ver quien venía con esas ínfulas. Pusimos los ojos en blanco en total sincronización al ver que era Zoe.

—Nerea deja de vaguear, mi madre quiere que vayas a regar los árboles para que mañana no parezcan demasiado secos —me dijo, así, de sopetón.

—¿Regar ahora? Si son las nueve y media de la noche.

Fruncí el ceño.

—Como si son las tres de la mañana, tú estás aquí para servir, obedecer y no cuestionar nada —me dijo alzando la voz.

—No hace falta que grites, te oigo perfectamente.

Le dije, levantándome de la silla y poniéndome delante de ella para que viera que no pensaba achantarme más.

—Lo sé, aquí la única sorda es esa —me contestó apuntando con un dedo a Leire. El desprecio con el que dijo "esa" me revolvió las entrañas y me contuve de soltarle un guantazo porque Sole, que se había puesto a mi lado me sujetó del brazo.

—¿Qué quiere?

Me preguntó Leire con miedo en los ojos al ver el estado de alteración que las palabras de Zoe me habían provocado.

—Que vaya a regar.

Le dijo Sole, ocultándole el resto, no era plan de hacerla sufrir a lo tonto.

—¿A estas horas? — preguntó alucinada.

—Sí, al parecer los árboles no pueden esperar hasta mañana —le dije, poniendo los ojos en blanco.

—¿Quieres dejar la chachara de una vez? No entiendo como mis padres te siguen teniendo aquí con lo vaga que eres y lo poco que haces, si fuera por mí, hace tiempo que estabas de patitas en la calle.

Me miraba con asco.

Desgraciada, pensé.

Que ganas tenía de ver la cara de gilipollas que se le iba a quedar cuando su hermano les contara a todos que estábamos juntos. Se le iban a quitar todas las ganas de tratarme de esta manera de un plumazo.

—Sí me marchara de esta casa os comía la mierda en tres días —le respondí.

Vi como Sole apretaba los labios para contener la risa.

—Eres una deslenguada sin educación, ni clase, con los años que llevas en esta casa ya se te podía haber pegado algo de nosotros, aunque solo fuera por vernos.

Ahí sí que ya no me pude contener la carcajada que me salió y que me hizo hasta doblarme.

—¿De qué te ríes? —me preguntó muy cabreada.

—Me rio porque confundes clase con dinero. Y eso sí que no se pega, tranquila. Llevó años aquí, sí, y te aseguro que he visto lo suficiente para saber que ni la educación ni muchas otras cosas viven en esta casa.

Le contesté, limpiándome con el dorso de la mano dos lágrimas que se me habían escapado de la risa.

—Te estás pasando, no debes olvidar cuál es tu lugar en esta casa. No vuelvas a dirigirte a mí de esa manera o atente a las consecuencias.

Me amenazó.

—Quédate tranquila que mi lugar en esta casa lo tengo muy claro, pero no soy yo la que debería preocuparse por las consecuencias.

Solté encogiéndome de hombros, sabiendo que ese gesto le molestaba muchísimo.

—¿Qué quieres decir con eso? —me preguntó confusa por mis palabras.

—Que hay cosas que, cuando salen a la luz, cambian el lugar de todos.

Esas fueron mis últimas palabras dejándola allí plantada antes de salir de la cocina para ir al jardín a regar los jodidos árboles.

Sali al jardín y vaya panorama que había allí, Amparo y Nina seguían dando órdenes a los de las mesas. Los pobres tenían una cara de cabreo que no podían con ella. Tenían que estar hasta el gorro de mover las mesas de sitio, pues llevaban allí más de tres horas y sin vistas a que ese calvario acabara pronto.

Con ellas también estaba Nico, que cruzado de brazos y con cara de aburrimiento los miraba a todos, seguramente pensando de qué manera excusarse para poder largarse de allí.

Sin decir ni una sola palabra pasé por su lado, Amparo al verme donde me dirigía no me dijo nada solo asintió con la cabeza y di gracias de que no me hablara porque con la charla que acaba de tener con su hija ya tenía bastante.

Nina ni siquiera se dignó a mirarme, para ella era menos que nada y si alguna vez me miraba lo hacía como si fuera un mosquito molesto al que tenía ganas de aplastar con el dedo.

En cambió Nico, sí que me miró y girando un poco la cabeza para que no le viera nadie me dedicó una sonrisa preciosa acompañada de un guiño.

Entré en el pequeño cuarto que estaba en la zona más apartada del enorme jardín. Porque si la casa era grande, ni os podéis imaginar cómo era el jardín. Un campo de futbol se quedaba pequeño a su lado, dicho eso dicho todo.

Pero con lo grande que era no impresionaba, sino que abrumaba. Era uno de esos espacios que gritaba dinero por todos los rincones y aun así no conseguía decir nada.

Como se suele decir el din tiene que ir con el don así que iba a juego con la casa y su fea decoración.

El césped estaba cortado de manera impecable, tanto que parecía artificial, mucho le costaba conseguirlo al chico que venía a ocuparse de él, al que le tenían loco insistiendo en como tenía que hacerlo.

Los árboles que había plantados por orden de Amparo, por supuesto, no tenían sentido alguno. Allí sin orden había una mezcla tan rara que cualquier paisajista que se preciara se quedaría calvo al verlo.

Y es que a quien se le podía ocurrir poner palmeras tropicales en un jardín en Madrid con el clima que teníamos, pero lo mejor era que junto a ellas había abetos nórdicos.

Para morirse al verlo de verdad que sí. Allí nada combinaba, nada dialogaba, era como un collage de esos que se hacen en el colegio y que vas poniendo fotografías al azar que nada tienen que ver las unas con las otras.

Y en medio del gran jardín estaba la joya de la corona, madre mía, yo cuando la vi por primera vez casi me caigo de culo de la impresión.

Estoy hablando de la piscina o más bien un intento de ella. Porque eso parecía cualquier cosa menos una piscina. Era inmensa, con una forma imposible que pretendía ser moderna y acababa siendo grotesca.

Las baldosas en todas las piscinas, al menos en las que yo había visto a lo largo de mi vida eran azules, pues estas eran rojas. ¡Rojas! Dios mío, ver aquello hacía que te sangraran los ojos.

Si al final yo acabaría teniendo razón y esta familia eran vampiros, porque si te metías en ese agua parecía que te estabas bañando en sangre.

Cuando daban fiestas y venía gente nueva que no había pisado nunca la casa, las caras de horror que ponían al ver tal despliegue de mal gusto eran para grabarlas en video y subirlas a las redes, estaba segura de que se harían virales en cinco minutos.

Lo peor de todo es que con lo grande que era el jardín y lo bonito que podría llegar a ser, ni un solo espacio te invitaba a disfrutarlo. No había ni una sola flor, nada, ni una sola. Ni tampoco una sombra donde poder sentarse a disfrutar de una buena lectura o un rato de relax.

Asientos si había claro, unos balancines sacados del siglo tres antes de Cristo y unas hamacas con unas formas tan raras que si te tumbabas en ellas era con la idea de que cuando te levantaras de allí, la siguiente parada fuera en un fisioterapeuta para que te arreglara el estropicio que te habían hecho en la espalda.

Tenía la manguera en las manos, que tela lo que pesaba la jodía. Y es que era kilométrica porque desde donde estaba el grifo hasta donde estaban los árboles se podía ir en patinete para no cansarse.

Se me cayó al suelo cuando di un respingo al notar unas manos que me abrazaron por detrás a la vez que oí como se cerraba la puerta del cuarto.

—Me has asustado —le dije.

Reconocí esas manos que tantas veces habían recorrido mi cuerpo en los últimos dos años.

—Hoy te he echado de menos, ni un beso nos hemos podido dar.

Soltó a la vez que me retiraba el pelo a un lado para besarme el cuello, cosa que sabía que me ponía como una moto.

—No me calientes, que luego me toca quedarme con las ganas hasta que vengas más tarde a mi habitación —le dije.

Apreté mi trasero contra él para rozarle su miembro con él.

—Pues a ver si llega pronto la hora de irnos todos a la cama, porque tengo unas ganas de follarte que no te haces una idea.

Pues sí que me la podía hacer porque solo con el roce de mi culo ya se puso duro como una piedra.

Me dio la vuelta de un tirón para lanzarse a mis labios, el beso no empezó suave, empezó hambriento como si hiciera días que no nos besábamos y no era así porque la noche anterior la habíamos pasado juntos. Pero es que entre Nico y yo las cosas nunca fueron calmadas siempre eran rápidas, sin contención, no salvajes, pero si derrochando pasión.

Me aferré a su camisa arrugándola con mis dedos como si temiera que se separara de mí y en esos momentos en los que la lujuria se había apoderado de nosotros, eso no era una opción.

Sus manos empezaron a recorrer mi cuerpo con prisas, con ansias, estaban por todas partes.

Los dos tuvimos que retirarnos para coger el aire que ya nos faltaba en los pulmones.

Nico separándose solo unos milímetros apoyó su frente contra la mía, aunque sin separar sus labios del todo de los míos, rozándomelos y respirando agitadamente encima de ellos me dijo:

—Voy a salir, porque si me quedo no seré capaz de controlarme y te follaré contra la pared —me dijo con la voz ronca.

—Sí vas a irte hazlo ya, porque como no lo hagas seré yo la que no te deje salir —le dije con la respiración agitada y un calentón impresionante.

Nico me miró a los ojos y vi la duda en sus ojos, pero finalmente la cordura le ganó la batalla y dio un paso atrás retirando sus manos de mis caderas.

—Espérame desnuda en la cama.

Sonó más a orden que ha petición antes de andar los pasos que le separaban hasta la puerta.

—¿Tardaras? —le pregunte mientras me recomponía la ropa.

—Intentaré que no sea así, tengo que ayudarlas a terminar con las mesas —me contestó apartando la mirada y eso no me gustó ni un pelo.

¿Qué me estaba ocultando?, me pregunté. Porque otra cosa no, pero Nico nunca me retiraba la mirada a no ser que no me quisiera contar lo que le pasaba.

—¿Por qué las ayudas esta vez? A ti nunca te han gustado las fiestas y mucho menos colaborar en su preparación.

Instentaba que se abriera y me contara que se le estaba pasando por la cabeza.

—Me han pedido que ayudara y no me he podido negar.

Se encogió de hombros como si no fuera la gran cosa. Y con ese gesto me lo dijo todo.

Lo conocía también que me conocía todos ellos, me estaba mintiendo.

Y la pregunta que se me quedó clavada en la cabeza fue, ¿por qué?

—Luego te veo, riega rápido y yo intentaré escaparme, si tardan demasiado.

Añadió con rapidez antes de salir por la puerta sin darme opción a decirle nada más.

Capítulo 8

La sensación del agua caliente cayendo por mi cabeza fue maravillosa, tenía todos los músculos del cuerpo en tensión, esa que se había ido acumulando con el paso de las horas durante el día.

Eran la once de la noche y llevaba sin parar desde las seis de la mañana y eso se notaba.

Lo que más pesaba ese día no era el cansancio físico, que también, si no el mental. Ese estaba ahí latente, como una gran losa que me apretaba la cabeza.

Todo lo que había pasado ese día no dejaba de pasar por mi mente mientras el agua seguía cayendo sin descanso, pero por más que cayera no se llevaba esos pensamientos.

Sí bien había muchos de ellos que no quería que salieran de mi mente porque eran tan buenos que quería se quedaran en mis recuerdos para siempre.

Como la sonrisa de Leire cuando su tío le dijo que se la llevaría a vivir con él a Sevilla, su sonrisa fue frágil los primeros segundos como la llama de una vela cuando la enciendes, pero segundos después cuando coge el oxígeno que necesita se hace más grande, más segura y brilla, brilla como lo hicieron los ojos de Leire a la vez que su sonrisa se hizo segura, real y preciosa.

Que Leire se fuera me hacía tener sentimientos encontrados, una mezcla extraña: felicidad y perdida al mismo tiempo. Felicidad por ella, mucha, porque volara lejos de este lugar en el que nunca la tuvieron en cuenta, en el que no la valoraron y en el que no se molestaron en verla, y en ella había mucho que ver, porque era realmente maravillosa.

Por otra parte, era inevitable que me sintiera triste y que tuviera ese ahogo en el pecho que me apretaba fuerte todo el rato para recordarme que la iba a perder.

No perderla en sí, porque la amistad y el vínculo que nos unía era de esos que perduran en el tiempo y nada ni nadie podría romperlo. Pero sí que perdería su compañía a diario, oír su risita, ver como disfrutaba de las pequeñas cosas, compartir con ella confidencias y tantas cosas que se habían vuelto tanto rutina como imprescindibles en nuestra vida.

Dolía mucho saber que ya no viviría más esos momentos, pero por su felicidad haría lo que fuera y no dejaría que viera en mis ojos ese dolor, cuando nos despidiéramos lo ocultaría, me prometí a mí misma.

Por mi mente también pasaban los ojos llenos de tristeza de Eloy, una tristeza de esas que pesan y te dejan roto para siempre. Su mirada estaba vacía, sin vida, como si le hubieran arrancado de cuajo la felicidad, y es que en verdad así era.

No me podía ni quería imaginar cómo podría sentirse pensando a diario que había tenido todo al alcance de la mano y lo había perdido, a su mujer, a su hijo, en resumen, un futuro.

Unas pérdidas que le habían arrastrado sin duda a un pozo, en el que parecía que seguía metido aun habiendo pasado tanto tiempo.

De todas las veces que había sonreído esa noche, solo una de esas veces la sonrisa llegó a sus ojos y fue en el emotivo abrazo que compartió con Leire, el resto fueron sonrisas cumplidas casi obligadas.

Después de todo lo que había pasado, de lo que si tenía una certeza absoluta es que Leire se iba a Sevilla para vivir una mejor vida, y su presencia en casa de su tío, le harían a él los días mejores, menos tristes y más llevaderos.

La luz que tenía la niña quizás era lo que necesitaba su tío para, aunque no fuera salir del pozo, sí le ayudaría para poder mirar al exterior, aunque fuera de vez en cuando.

El resto de las cosas que habían pasado ese día no eran dignas de mención, ni siquiera de dejarlas que se quedaran en mis recuerdos, eran cosas que restaban y esas había que desecharlas siempre, solo había que quedarse con las buenas, con las que suman.

Salí de la ducha y me miré el cuerpo ese que seguía igual que siempre al menos de momento, pero eso cambiaria pronto.

Tenía los dedos de las manos hasta arrugados del largo rato que había pasado debajo del agua, pero no me importó, me había quedado bastante relajada y eso era lo único que me importaba en esos momentos.

Salí a la habitación con la toalla enroscada en mi cuerpo y me senté en la cama mientras me cepillaba el pelo.

No tenía una melena demasiado larga y lo parecía mucho menos en cuanto me la secaba porque los rizos que tenía, así la hacía parecer. Tenía el mismo pelo rizado y cobrizo que mi madre y mis ojos azules también eran como los suyos, bueno la realidad es que de mi padre solo había heredado la forma de la mandíbula, el resto era un calco de mi madre y no podía estar más contenta por eso, porque de ese señor si es que se le podía llamar así no quería ni la hora, como para querer compartir rasgos.

Otro que no quería que estuviera en mi mente así que sacudí la cabeza y lo saqué de allí de inmediato.

Miré la hora mientras seguía cepillándome el pelo y fruncí el ceño, las once y veinte y Nico aún no había aparecido.

¿Qué narices seguirían haciendo a esas horas de la noche?

No me dio tiempo a preguntarme nada más porque el hombre que estaba ahora mismo en mis pensamientos abrió la puerta y la cerró con un golpe seco al entrar.

Siempre era Nico el que venía a mi habitación, la visitaba casi todas las noches, nunca se quedaba a dormir, eso estaba fuera de toda discusión.

Muchas noches después de hacer el amor se marchaba de inmediato, pero otras, se quedaba tumbado a mi lado hasta altas horas de la madrugaba, mientras charlábamos de cualquier cosa. Por esos momentos era por lo que había aguantado la larga espera de vivir lo nuestro en secreto, si no hubiera sido por ello, no podía haber aguantado tanto tiempo sintiendo su ausencia durante el día.

Nico no habló, solo me miró y se aceró a mí como si fuera un depredador. Me quito el cepillo de la mano y lo tiró encima de la cama, con la otra mano me agarró del brazo para que me levantara y a continuación me arranco de un tirón la toalla que aún tenía puesta.

Su respiración se hizo más pesada en cuanto me vio desnuda y mi pulso se disparó en cuanto sus manos me fueron acariciando desde el cuello hasta llegar a mi pecho, el que apretó con firmeza, pero sin hacerme daño.

Una de sus manos bajó lentamente acariciándome el abdomen suavemente hasta que llegó a mi monte de venus.

Nico siempre había sabido como encenderme y en ese momento los dos sabíamos que ya estaba ardiendo de deseo. Lo agarré por la camisa para juntar su cuerpo con el mío y lo besé con hambre, sin delicadeza, sin paciencia.

En esos momentos necesitaba que supiera que quería que me hiciera suya.

Ya nos conocíamos lo suficiente para saber qué necesitábamos en todo momento, la complicidad que teníamos en la cama nos daba la ventaja de saber cuándo necesitábamos sexo calmado, cargado de sentimientos o cuando la necesidad era otra. El otro tipo de sexo, ese urgente, duro, sin contención.

—Estás empapada.

Pasó su mano por toda mi vagina.

—Por tu culpa.

Separé mi boca de la suya.

—Esto va a ser rápido, los dos lo necesitamos así.

Me empujó para que cayera en la cama.

—Tócate mientras me quito la ropa, quiero verte.

Su voz era ronca y las pupilas totalmente dilatadas.

Sin dejar de mirarlo, empecé a pasar mis dedos por toda mi vagina de arriba abajo, solo parando unos segundos en mi clítoris para pellizcarlo.

El primer jadeo que salió de mi boca hizo que la urgencia de Nico por unirse a mi aumentara.

Se sacó la camisa de un tirón dejándola caer al suelo de cualquier manera, con la misma prisa se bajó los pantalones arrastrando con ellos la ropa interior y las deportivas que llevaba puestas.

Mis dedos no habían parado de moverse y estaba ya a punto de explotar, él lo vio en mis ojos y se acercó más a mí para agarrarme por las rodillas y separarme las piernas.

—Mete tus dedos y no pares hasta que te corras.

Ordenó.

Hice los que me pidió y no pare de masturbarme hasta que conseguí correrme un par de minutos después.

—Mi turno.

Me agarró de la mano para separarla de mi cuerpo antes de hundir su cabeza entre mis piernas.

Solo con su cercanía y el calor de su respiración consiguió que volviera a encenderme sabiendo lo que me esperaba. La primera pasada de su lengua por toda mi vagina hizo que mi cuerpo se estremeciera por completo y que mi espalda se arqueara.

Los siguientes minutos no me dio tregua, recorrió mi vagina por dentro y por fuera sin dejarse ni un solo trozo de piel. La combinación de su lengua dentro de mí, que solo sacaba para succionarme el clítoris hizo que en solo dos minutos me dejara ir de nuevo.

—Este siempre será mi sabor favorito.

Me miraba a los ojos y se relamía cuando se levantó un poco.

Alargué las manos para agarrarle su miembro, pero negó con la cabeza. No me dejo ni preguntarle que pasaba, tiró de mis piernas para acercarme un poco y agarrándome por la cintura me giró en la cama dejándome bocabajo.

—Esto va a ser rápido, estoy tan cachondo que no podré aguantar mucho. Ponte de rodillas y agárrate.

Me ordenó, dándome una palmada en el culo.

Apoyé las manos en el colchón y subí el trasero lo justo para quedar a su altura, no había terminado de colocarme cuando noté como me agarraba por las caderas atrayéndome hacía él, y sin esperar más entró dentro de mí de un solo empellón.

—Joder que bueno.

Empezó a bombear fuertemente en mi interior.

—Nico…—le dije jadeando —no pares, más, dame más —añadí.

Agarré las sábanas con mis manos con fuerza para frenar con ellas sus embestidas.

—No pienso parar, estoy a punto, venga córrete conmigo.

Me pidió entre dientes, conteniéndose para que llegáramos los dos juntos.

Llevé una de mis manos a mi vagina y solo con tocarme el clítoris un par de veces hizo que un nuevo orgasmo me arrastrara llevándome conmigo el de Nico también.

Nos tumbamos los dos bocarriba, nuestros cuerpos seguían calientes y vibrando por el momento tan intenso que acabamos de compartir.

Nuestras respiraciones fueron descendiendo poco a poco hasta volver a un ritmo normal al igual que lo hizo el ritmo de nuestros corazones, que hasta ese momento eran como dos locomotoras.

Nos miramos y nos sonreímos, esa mirada ya era distinta a la que nos habíamos dedicado minutos antes, la primera estaba llena de deseo y urgencia. En esa segunda había complicidad, cariño y también promesas silenciosas.

Nico me arrastró hacia él para que apoyara mi cabeza en su pecho, le rodeé la cintura con mi mano y él mi espalda con la suya.

Esos momentos eran de los mejores del día, así los dos tumbados en completo silencio después de no solo habernos entregado el uno al otro con el cuerpo sino también con el alma.

Las caricias nos salieron solas, como si nuestros cuerpos solo fueran uno.

Nico me acariciaba la espalda mientras me daba besos cortos en la cabeza y yo le acariciaba el pecho mientras también le dejaba besos allí mismo.

—¿Estás cansada? —me preguntó.

Su voz era baja cuando notó que se me escapaba un bostezo contra su pecho.

—Estoy molida, no he parado en todo el día —le contesté— ¿Qué se celebra mañana para que estén desquiciadas y no dejen parar a nadie?

Añadí, levantando la cabeza para mirarlo a los ojos.

Noté como el cuerpo de Nico se tensaba y como se tomaba unos segundos para contestarme, como si estuviera buscando las mejores palabras.

—Solo es una fiesta más, me voy, así podrás descansar.

Me dio un beso corto en los labios y levantarse de la cama.

Se vistió a toda prisa, mientras yo le miraba buscando sus ojos, pero no me dejó verlos en ningún momento, señal de que me estaba ocultando algo.

—Nerea, pase lo que pase, no olvides nunca que te quiero —me dijo antes de salir por la puerta, con pasos lentos y pesados, como de derrota.

Capítulo 9



Cuando Nico salió de la habitación me quedé unos segundos mirando el techo, rememorando en mi mente el rato que acabábamos de pasar. Que sí, que había estado muy bien, había sido rápido como casi todos los encuentros que teníamos, pero totalmente satisfactorio.

Nosotros funcionábamos así desde el principio y nos iba bien, muy bien de hecho. No siempre era así, algunas veces también teníamos momentos más calmados en los que disfrutábamos juntos sin prisas, recorriendo nuestros cuerpos con nuestras manos y nuestras bocas, pero esos eran los menos.

Repasé también en mi mente nuestra pequeña charla, pequeña, sí, porque no es que hubiéramos hablado mucho, apenas tres frases nos habíamos dicho y con rapidez, pero de lo poco que me había dicho.

Porque no creáis que soy tonta, aunque a veces me lo haga, sabía de sobra que no había querido contestarme a lo que le había preguntado de porqué ayudaba a las tres brujas, noté en seguida que había esquivado mi pregunta.

Pero lo que más me mosqueaba de todo no era lo que no me había dicho, sino lo que sí. Esa última frase que me dijo antes de salir me había dejado una sensación en el cuerpo que no me gustaba nada. Era como si mi subconsciente ya sabía algo que yo no.

—Pase lo que pase, no olvides nunca que te quiero…

Repetí en voz alta la frase que Nico dijo, a ver si así podría encontrarle algún sentido, pero nada, no conseguí sacar nada en claro.

Que lo mismo me estaba comiendo la cabeza por algo que solo me había dicho por decir, pero la duda y el malestar ese no desaparecía.

Me levanté de la cama y fui al baño para volver a entrar en la ducha, necesitaba quitarme el sudor y el olor a sexo que se me había quedado pegado al cuerpo.

La ducha no duró ni cinco minutos, al no tener que lavarme el pelo, era mucho más rápida.

Al salir cogí otra toalla grande y me la enrollé en el cuerpo. Salí a la habitación y recogí la mojada que había utilizado en la primera ducha que aún seguía en el suelo donde Nico la había tirado.

Una vez seca abrí el pequeño armario y saqué un pijama, dudé en cual ponerme, pero al final opté por ponerme uno de pantalón y camiseta de verano.

La noche anterior había usado uno de manga larga de los que me ponía en invierno y había pasado calor.

Estábamos ya a mediados de mayo y aunque no hacía un calor sofocante como si fuera verano, las temperaturas sí que se notaban mucho más altas en los últimos días.

Me volví a tumbar en la cama y cogí el móvil que había dejado en la mesilla para mirar la hora, las doce menos diez, buena hora para irse a dormir, sobre todo, porque ya daba por hecho que al día siguiente que era el día de la fiesta, la señora no me dejaría ni respirar.

Por lo menos ese día no me había dicho que tendría que madrugar tanto como el día anterior que me había hecho levantarme a las seis de la mañana porque venían a esa hora los que trajeron todas las cosas que necesitaban para montar el escenario que colocaron más tarde en el jardín.

Y, claro, tenía que ser Nerea la que estuviera en pie para abrirles la puerta y que los chicos pudieran descargar, mientras las señoras comodonas estuvieron en la cama hasta las once de la mañana, que era la hora habitual a la que se levantaban.

Allí los únicos que madrugaban eran Leonardo y Nicolás y porque tenían que ir a la empresa que, si no, tampoco lo harían, prueba de ello era que los días que no trabajaban se quedaban en la cama hasta casi la hora de comer.

La niña Leire no entraba en ese lote de vagancia y pereza por supuesto porque ella desde siempre había sido muy madrugadora, independientemente del día de la semana que fuera, como ella decía: *quien duerme mucho se pierde buenos momentos de la vida* y tenía toda la razón del mundo.

Cerré los ojos para intentar conciliar el sueño, pero tenía la cabeza tan activa por todo lo que había pasado ese día que nada, el señor Morfeo debía estar muy lejos de venir a llevarme con él esa noche. Después de quince minutos dando más vueltas que una peonza, me senté en la cama cabreada y solté un resoplido.

Encendí la luz de la mesilla y me quedé mirando todos los rincones de la habitación, esa habitación que había sido la misma desde que llegué a esta casa.

En eso tuve suerte, no lo puedo negar, si algo bueno tenía esta enorme casa, es que hasta las tres habitaciones del servicio eran grandes y tenían baño propio.

Ahora solo dos estaban ocupadas, desde que mi madre murió no habían contratado a nadie más y era solo yo, la que hacía el trabajo que antes hacíamos entre las dos.

Las habitaciones, por supuesto, estaban apartadas de las de los señores, sería totalmente inapropiado que la plebe se cruzara con los señores en el mismo pasillo a la hora de acostarse o levantarse. Estas estaban en el piso principal justo por un pasillo totalmente escondido que salía de la cocina.

Lo mejor de todo es que la señora Amparo, nunca nos impuso como debíamos tenerlas decoradas, y menos mal porque si no, no habría sido capaz de dormir tranquila si mi cama por ejemplo fuera como la de Zoe, que tenía un dosel atado a cuatro postes.

Cada vez que la veía me salía la risa sola porque me recordaba a las camas de la película "Lo que el viento se llevó".

Mi habitación al igual que la de Sole y la que fue la de mi madre, eran sencillas, pero prácticas. Tenía una cama grande, dos mesillas, una mesa redonda con dos sillas y un armario que, aunque pequeño hacía su función perfectamente, de todas maneras, para la ropa que teníamos no necesitábamos más.

El baño también estaba bastante bien, aunque no era muy grande, no tenía bañera eso sí, solo una ducha. Que, aunque la hubiese tenido tampoco la habríamos usado, al menos yo, porque eso de estar ahí a remojo como los garbanzos no iba conmigo.

Volví a mirar la hora y volví a resoplar, las doce de la noche y ahí seguía con los ojos como un búho y sin expectativas de que eso fuera a cambiar en los próximos minutos.

Giré la cabeza y me quedé mirando en la mesilla el libro que tenía allí a medio leer, que por cierto me estaba gustando muchísimo. Alargué la mano para cogerlo, pero en el último momento retiré la mano sin llegar a tocarlo como si fuera a quemarme.

Sabía lo que pasaría sin me leía la primera página, me liaría sin poder parar de leer y entonces sí que me darían las tantas y al día siguiente me tendrían que venir a levantar con una orquesta tocando porque no sería capaz de levantarme del sueño que tendría.

Retiré la sábana de encima de mi cuerpo con fuerza por la mala leche que se me estaba poniendo y me acerqué al armario para coger una bata. Mientras me la ponía en mi mente ya tenía decidido lo que haría a continuación. Iría a la cocina y me prepararía una infusión de esas relajantes que Sole siempre tenía en un cajón.

Las brujas de la casa solían estresarse a menudo y se las pedían mucho. Ya veis el no dar un palo al agua en todo el día al parecer estresa mucho más que trabajar, que ironías de la vida, ¿verdad?

Salí de la habitación sin hacer el más mínimo ruido, si algo había aprendido en todos los años que llevaba en esa casa, era a moverme por ella como un fantasma.

Nada que no pegara con la decoración, había que adaptarse al entorno y yo lo había hecho perfectamente.

Allí al parecer vivíamos toda clase de personajes, brujas, fantasmas, vampiros y un ogro, ese era Eduardo, claro. Y un hada, esa era mi niña Leire, la mejor de la casa.

Capítulo 10

Abrí la puerta de la cocina con el mismo sigilo con el que había cerrado la mía y con el mismo que había recorrido el corto pasillo que me había llevado hasta allí.

La cocina no estaba en completa oscuridad, el reflejo de la luz de la luna entraba por el gran ventanal que había y que daba a una de las zonas del jardín. Le daba un aspecto totalmente fantasmagórico, si cuando os digo que yo parecía un fantasma era porque así lo parecía moviéndome por esa casa.

—Eres tan sigilosa como un ninja.

Tuve que agarrarme a la encimera para no caerme y aguantarme el chillido que estuvo a punto de salir de mi garganta cuando Eloy me habló.

—Joder que susto, casi me da un infarto.

Dije más para mí que para él, aunque por la risilla baja que pude oír, sí que me oyó perfectamente.

—Lo siento, no pretendía asustarte solo quería que supieras que no estabas sola —me dijo ya con la voz sería, esa que le caracterizada.

Ya más recuperada, pero no del todo porque mi corazón seguía bombeando aun acelerado por el susto que me había dado, me di la vuelta para mirarlo.

Eloy estaba sentado en la isla de la cocina, esa que solo usábamos para el desayuno, ya que las comidas y las cenas las hacíamos Sole, Leire y yo en la mesa de seis asientos que había allí en una de las esquinas.

En la mano tenía una taza y por el vaho que aún salía me di cuenta de que no hacía mucho que se la había preparado.

De ella también salía un olor que envolvía el ambiente que yo conocía a la perfección.

Esas infusiones no se compraban, era Sole la que mezclando varias hiervas las preparaba en bolsitas que dejaba perfectamente guardadas en una lata especial para que no perdieran fuerza.

Las hacía de varias clases y las marcaba para que supiéramos para que eran. Las había relajantes, digestivas y hasta descongestionantes, que esas las utilizábamos cuando alguien de la casa estaba constipado.

La que sujetaba Eloy en sus manos era la misma que tenía pensado tomarme, cuando había decidido venir hasta la cocina, la relajante.

Esa llevaba varias hierbas, pero cuando la hacías, el olor que más predominaba sin lugar a duda era el de la manzanilla y la tila, que era floral y fresco, seguido por el de la lavanda que le daba un toque campestre que te recordaba a un campo lleno de ellas al atardecer.

Cuando la bebías te dejaba una sensación agradable, siendo la valeriana lo último que notabas por su matiz terroso que te dejaba una sensación de calidez que era lo que buscabas para tranquilizarte cuando la elegias entre todas las que Sole preparaba.

—No te disculpes, ha sido culpa mía por no fijarme. No esperaba encontrarme a nadie a estas horas, es tarde y pensé que todo el mundo dormía.

Le dije a Eloy, mientras sacaba lo necesario para hacerme la infusión.

Eloy se levantó y dio a una pequeña luz, que no era la grande del techo, sino una que teníamos a un lado, para momentos como ese en el que no era necesaria tanta iluminación.

—Gracias, aunque no era necesario, estoy acostumbrada a moverme en la penumbra —le dije.

—Sin luz no podremos ni vernos las caras y me gusta ver los ojos de la gente cuando me habla, ellos dicen más cosas que sus bocas.

Me contestó, antes de volver a ocupar el mismo sitio en el que estaba sentado cuando entré.

—Los ojos son el espejo del alma, y dicen más que muchas palabras, en eso tienes toda la razón.

Contesté, porque estaba totalmente de acuerdo con él.

Los míos solían no guardarse nada y me hacían parecer un libro abierto, que si la gente quería me leía enseguida, pero los suyos no se quedaban atrás, no ocultaban el dolor y la tristeza que Eloy arrastraba. Cualquiera que lo mirara más de dos segundos lo veía, sí es que quería verlo claro.

—¿Puedo sentarme? Si te molesta o prefieres seguir aquí solo, me iré a mi habitación —le pregunte, con la taza de la infusión ya lista en mis manos sin saber que hacer.

No lo conocía apenas y no sabía si le molestaría que interrumpiera ese momento de soledad y silencio del que al parecer estaba disfrutando hasta que yo llegué.

—Por favor.

Dijo alargando la mano e indicándome que me sentara enfrente de él.

Me senté donde me había pedido y se hizo el silencio, pero por alguna extraña razón no fue uno incomodo, fue necesario.

De esos silencios que se disfrutan, aunque estés acompañado.

Así estuvimos unos minutos, cada uno perdido en nuestros propios pensamientos, mientras dábamos pequeños sorbos a la infusión.

—¿No podías dormir?

Me preguntó, rompiendo el silencio que al parecer ya había sido el suficiente para los dos.

—No, ¿tú tampoco? —le pregunté de vuelta.

—No suelo dormir muy bien desde hace…

La frase dicha con pesar se quedó sin terminar y a mí se me hizo un nudo en el estómago.

—Tranquilo me imagino desde cuándo, sé lo que te pasó.

Le dije para que no tuviera que hablar de algo tan íntimo si no quería.

—¿Te lo contó Leire, supongo?

Me preguntó mientras daba vueltas a la cuchara que tenía dentro de la taza, no porque la infusión lo necesitara, sino como un gesto mecánico que se hace cuando estás nervioso y no sabes ni donde mirar ni donde poner las manos.

—No, fue Nicolas cuando volvieron de Sevilla.

Le contesté con la verdad porque no quería meter a Leire en algo que no me había contado, no sabía lo que hablaba o dejaba de hablar con su tío y no quería ponerla en ese aprieto.

—¿Qué hay entre tu y mi sobrino?

Joder, me dejó helada con la pregunta. Estábamos hablando de él y de repente me salió con esas.

—Nada.

Contesté, al parecer demasiado rápido porque me miró y sonrió de una manera que no me gustó nada. Era como si me dijera: "no te crees ni tú la mentira que me acabas de decir"

—Tu boca puede decir lo que quiera, pero los hechos hablan por sí solos y gracias a Dios no estoy ciego.

Me dijo cruzándose de brazos, dejando la taza ya vacía a un lado.

—No sé de qué me estás hablando.

Le respondí y no haciéndome la tonta, es que de verdad no tenía ni idea que quería decir con eso.

Sé me quedó mirando unos segundos, pero no vi duda en su mirada como si no supiera que decirme, lo que vi era decisión, solo estaba tomándose su tiempo para contestarme, no supe si para ponerme nerviosa o para tener tiempo en escoger bien las palabras que me dijo a continuación.

—Llevo aquí sentado bastante tiempo, más de media hora para ser exactos, tú me has visto al entrar porque venías por una infusión. Pero Nicolas también ha pasado por aquí bastante rápido, por cierto, e iba tan metido en sus pensamientos que no me ha visto.

Pero yo sí que lo he visto a él, ¿y sabes en lo que me he fijado y que me ha parecido muy revelador?

Me preguntó con una sonrisilla que lejos de tranquilizarme me puso más nerviosa de lo que ya estaba.

—¿En qué?

Conseguí preguntarle más bajo de lo que pretendía.

—Mi sobrino salía a toda prisa de ese pasillo —me dijo, señalando con la mano el pasillo que llevaba a las habitaciones del servicio —que sé que es donde están vuestras habitaciones, la tuya y la de Sole.

Pero eso no ha sido lo más relevante, porque podía venir de allí de pediros algo, por ejemplo. No, no venía de allí de hacer eso, venía de hacer otra cosa mucho más interesante —se paró un momento para observarme y aunque la luz estaba muy baja estaba segura de que pudo ver mi cara totalmente roja por la vergüenza que estaba sintiendo al pensar que Eloy sabía lo que había estado haciendo con su sobrino.

—Al pasar por aquí se iba metiendo la camisa dentro de los pantalones y se ha parado también un segundo para subirse la bragueta, después se ha pasado las manos por el pelo intentando acomodárselo porque lo tenía bastante revuelto.

Añadió, dejándome de piedra.

Mierda… dije para mis adentros. Después de dos años llevando nuestra relación en el más estricto secreto, llegaba este hombre y en una sola noche nos descubría. Es que ya era mala suerte joder.

Qué sí que podría habérselo negado hasta el aburrimiento, pero después de lo que había visto hacer a Nico, era una tontería hacerlo. Como suelen decir: "blanco y en vasija, leche fija". Vamos que nos había pillado con el carrito de los helados.

—No sé qué quieres que te diga.

Le dije antes de dejar la taza que tenía aun en mis manos en la isla, porque con el tembleque de manos que tenía de los nervios, al final se me hubiera caído.

—La verdad, eso quiero que me digas —me dijo así, sin rodeos.

—No puedo.

Susurré.

—Si puedes, sí te preocupa que le vaya a ir con el cuento a mi hermano, o a mi cuñada, puedes quedarte tranquila, que eso no va a pasar. Lo que hablemos en esta cocina se quedará en ella —me dijo muy serio.

Capítulo 11

Me quedé mirando a Eloy, analizándolo, pensándome si podía confiar en él. Y sí, después de unos segundos llegué a la conclusión de que sí que era una persona de fiar. Me lo había demostrado con el gesto que había tenido con la niña Leire.

Que se la quisiera llevar con él a nuestra querida Sevilla para darle la vida que merecía, decía mucho de su persona.

Cogí aire y lo solté lentamente mientras pensaba que decirle y que no, no hacía falta entrar en detalles. Con contestarle a lo que me había preguntado valdría, o eso pensé.

—Sí, estamos juntos.

Mi respuesta no sonó como una liberación al salir de mi boca, sino como una sentencia.

—Eso ya lo he dado por hecho, lo que quiero saber es desde cuándo y porque lo ocultáis.

Maldito cotilla, pensé.

—¿Qué más te da? —dije, intentando esquivar la pregunta.

—Sí me diera igual no te lo preguntaría, quiero saber porque mi sobrino te oculta, porque estoy seguro de que hacerlo es cosa suya. Y saber el tiempo que lleváis, es para saber si lo que tenéis es serio o es un pasatiempo.

—Eres un cotilla, ¿sabes?

Fruncí el ceño.

—No soy cotilla, simplemente me preocupo por la gente que me importa y Nicolas es mi sobrino y me importa mucho.

Vale que con esa respuesta me quedó claro que yo para él, como para el resto de su familia, menos para Leire, era menos que nada.

—Puedes quedarte tranquilo, no pretendo hacerle daño —le dije a la defensiva—. Le quiero, ¿sabes?

Añadí, poniéndome tan seria como estaba él.

—¿Cuánto lleváis juntos? —volvió a preguntar, insistiendo.

—Siendo amigos casi desde que nos conocimos y pareja desde hace dos años más o menos.

Le confesé por fin.

—¿Lleváis dos años juntos y no lo sabe nadie?

Me preguntó, frunciendo el ceño y con cara de incredulidad, dudando de mi palabra.

—Bueno eso no es cierto del todo, Sole y Leire sí que lo saben, pero solo a mis ojos. Nico no sabe que ellas lo saben y te agradecería que siguiera siendo así, no quiero que se enfade por haber faltado a mi palabra. Aunque ellas lo hayan descubierto por sí solas y no porque yo se lo contara, él lo consideraría una traición por mi parte por no habérselo negado.

Le dije preocupada, porque como este tío se fuera de la lengua se iba a liar muy gorda y hasta me podría costar mi relación con Nico y eso sí que no pensaba consentirlo.

—Puedes quedarte tranquila, te he dicho antes que lo que hablemos esta noche aquí, se quedara en esta cocina y entre los dos.

Asentí, dándole las gracias, pero no le dije nada más.

—Ahora dime porque os ocultáis.

Quiso saber y ya, total, que más daba que le contara un poco más, estaba convencida de que no faltaba mucho para que todo dejara de ser un secreto.

Me arranqué a hablar y ya no hubo quien me parara. Empecé a contarle toda nuestra historia desde el principio: como había sido un amor que no empezó como tal, sino que fue una amistad que acabó transformándose en amor cuando nuestros sentimientos cambiaron o evolucionaron, como queráis llamarlo.

Le conté que al principio los dos estuvimos de acuerdo en llevarlo en secreto porque conociendo al resto de la familia, sabíamos que ninguno se lo tomaría bien, ya que no estaba al nivel ni económico ni social de la mujer que sus padres y su hermana querrían para él.

Eloy me transmitía confianza, aunque tuviera claro que yo no era importante para él como me había dejado bien claro minutos atrás.

Aunque para hablar no hace falta que le importes a la persona, sino que te escuche y él lo estaba haciendo, así que me abrí en canal.

Le dije como me sentía al respecto, como al principio lo entendí, pero con el paso del tiempo eso fue cambiando dentro de mí, porque tener que esconderme todo el rato, en algunos momentos me hacía sentir pequeña y sucia.

No sucia de forma literal sino sucia porque parecía que yo era la mala de la historia a la que hay que esconder debajo del felpudo como si fuera un polvo molesto.

Le di las razones de porqué seguíamos así, que no eran otras que Nicolas estaba esperando que su padre le nombrara Ceo de la empresa. Y entonces y solo entonces cuando ya hubiera conseguido su objetico por el que había trabajado tanto, sería el momento de que lo nuestro dejara de ser un secreto.

—Me estás diciendo que te esconde, porque si su padre se entera de que tiene algo contigo le negará el puesto por el que lleva trabajando y preparándose desde que empezó a estudiar, sabiendo cuál iba a ser su destino en la empresa, ¿es eso lo que me estás diciendo? —me preguntó volviendo a fruncir el ceño.

A este hombre se le iba a quedar el ceño así de por vida porque había que ver la de veces al día que lo hacía.

—Así es, Nicolas no quiere verse en la tesitura de tener que enfrentarse a su padre por mí, arriesgándose a que le niegue el puesto de Ceo si no me deja. No quiere quedarse sin ninguno de los dos— contesté.

—Es que no debería tener que quedarse ni sin ti, ni sin el puesto, sus padres no son quienes para imponerle con quien tiene que estar y con quien no.

La carcajada me salió sola.

¿Pero a este hombre que coño le pasaba? ¿Después de lo que hizo su hermano obligándolo a darle su parte de la herencia todavía no se había dado cuenta de cómo era, o es que pensaba que habría cambiado? Me pregunté, sin dejar de reírme.

—No sé qué es lo que te parece tan gracioso, porque yo no le veo la gracia por ningún lado.

Me dijo cabreado, al ver cómo me reía.

—Y no es gracioso, esta situación me parece lamentable te lo aseguro. Lo que me hace gracia es que seas tú precisamente el que me diga que tu hermano y tu cuñada no son quienes para imponer nada —le contesté, ya un poco más calmada.

—¿Qué quieres decir con eso?

Me preguntó apoyándose en la mesa y con los codos en la isla para prestarme toda su atención, al parecer no quería perderse ni una sola palabra de lo que le contestaría a continuación.

—Eduardo y Amparo, jamás, y cuando digo jamás es que es así, permitirían a Nico estar con alguien como yo. Sí se lo cuenta ahora, solo para obligarlo a dejarme y que se olvide de mí, su padre no le daría el puesto de Ceo. Pero si esperamos a que ya lo sea, su padre ya no lo podría destituir. Eso quedaría fatal de cara a la galería y solo por no quedar mal delante de la gente haciéndole eso a su hijo, y por el qué dirán que es lo único que les importa, tragarán, o eso esperamos.

Le expliqué como mejor supe lo que había para que se enterara.

—¿Alguien como tú? ¿Qué tienes de malo? —me preguntó.

Jolín con el tío, todo quería saberlo, vaya tercer grado me estaba haciendo.

—¿Tú me has visto?

Le pregunté, poniendo los ojos en blanco porque su pregunta era de lo más estúpida, no hacía falta ser muy listo para saber a lo que me estaba refiriendo.

—Te veo perfectamente, veo una mujer muy trabajadora, con educación y saber estar, que además es preciosa. Y que al parecer quiere lo suficiente al hombre con el que lleva dos años, para aguantar todo lo que creo que has tenido que aguantar.

Entre muchas cosas que me puedo imaginar, estará la de quedarse siempre a la sombra, no poder hacer nada juntos, tener que soportar las borderías de su madre y su hermana y la frialdad con la que te trata su padre.

No creo que sea nada fácil tener que estar todo el tiempo conteniéndote sin poder hacerle una muestra de cariño, poder hablar con él delante de los demás, ocultar tus sentimientos…

Y lo peor de todo es tener que tratarlo como a un desconocido cuando estáis rodeados de gente —obviando lo primero que había dicho describiéndome, que supuse lo dijo para quedar bien, en todo lo demás tenía toda la razón. Una cosa era que yo lo supiera, porque lo sabía, y otra muy distinta oírselo decir a alguien en voz alta.

Desvié la mirada para que no viera como mis ojos se llenaban de lágrimas, no porque sus palabras me hubieran hecho daño, sino por lo vulnerable que me sentí en ese momento.

—Lo siento, pero no estoy de acuerdo con la decisión que ha tomado mi sobrino sobre este tema.

Frunció el ceño otra vez.

—¿Por qué?

Me atreví a preguntarle, aunque con cierto recelo a conocer su respuesta.

—Porque el amor no es algo que deba justificarse ante nadie. Porque cuando alguien ama de verdad, puede tener miedo, sí, pero no esconde a la persona que quiere como si fuera un secreto incomodo. La protege, la respeta y la reconoce públicamente, aunque eso implique enfrentarse a su propia familia.

Puedo entender que Nico quiera el puesto de Ceo porque es cierto que se lo ha ganado con creces con su trabajo, pero no a costa de sacrificar vuestra relación.

Joder me quedé tiesa con la respuesta que me dio y ni las palabras me salieron para darle replica o decirle algo, lo que fuera.

¿Qué le puedes decir a alguien que te acaba de decir a la cara y sin titubeos cuatro verdades como puños de grandes? Porque sí, todo lo que me había dicho era la pura verdad y aunque nunca lo hubiera dicho en voz alta ni delante de nadie, así era como me sentía, como un secreto incomodo que guardas en un cajón para que nadie lo vea.

El silencio que se instaló en la cocina sí fue incomodo, Eloy me miraba intentando buscar en mis ojos que estaba pensando después de decirme esas duras, pero ciertas palabras.

Quise borrar de mi mente toda la conversación que acabamos de tener, no porque me hubiera hecho daño, bueno siendo sincera un poco sí.

Lo peor de todo es que había tenido que venir alguien de fuera que no me conocía de nada para abrirme los ojos y decirme la realidad de lo que era mi vida y eso era lo que de verdad me fastidió y me hizo sentir como una autentica tonta.

No quería seguir escuchando nada más o me derrumbaría ahí mismo, porque como siguiéramos hablando se me escaparía el mayor secreto que guardaba en mi interior y que ni siquiera Nico sabia, y eso sí que no podía ser.

Así que opté por la opción más fácil, aunque fuera la más cobarde también, huir.

—Es tarde, me voy a dormir. Mañana habrá mucho que hacer y si no descanso no daré pie con bola.

Le dije, levantándome de la silla.

—Nerea, siento si mis palabras te han sentado mal.

Me dijo un poco cortado, al ver mi cara de desolación.

—No me han sentado mal.

Le contesté caminando hacía la puerta que daba al pasillo donde estaba mi habitación.

Eloy se levantó de la silla e hizo el amago de dar un paso en mi dirección, pero en el último momento pareció pensárselo mejor y se quedó parado.

—No pretendía hacerte daño con mis palabras, solo que vieras la realidad.

Se llevó la mano a la nuca, un gesto que le delató estaba incomodo por cómo había acabado una conversación que en un principio parecía ser inofensiva.

—Lo sé, el problema no han sido tus palabras, el problema es que son ciertas y eso duele.

Mis ojos se llenaron de lágrimas.

—Nerea…

Fue un tono como de súplica.

—Buenas noches —le dije, antes de darme la vuelta y salir de allí deprisa.

—Mierda…

Le oí decir desde el pasillo.

Llegué a mi habitación y lo único que pude hacer fue tumbarme en la cama y echarme a llorar, la charla con Eloy me había abierto mucho los ojos y decidí entre lágrimas que pasada la fiesta hablaría con Nico para hacerle entender que así no podíamos seguir, que teníamos que luchar, juntos, por lo nuestro.

Porque nuestro amor no se merecía silencio, se merecía poder gritarlo a los cuatro vientos sin miedo, sin dudas y sin esconderlo.

Capítulo 12



Sábado, día de la fiesta, fue lo primero que pensé nada más abrir los ojos.

Bueno, abrirlos era decir mucho, más bien hice un intento vago de hacerlo.

Me dolían un montón y no solo del sueño que tenía, sino de los mucho que había llorado la noche anterior cuando me tumbé en la cama después de venir de la cocina y tener la gran charla con Eloy.

Me senté en la cama, solté un gran suspiro e hice varias respiraciones profundas para aguantar las náuseas a las que ya me había acostumbrado.

Llevaban acompañándome los dos últimos dos meses y ya éramos viejas conocidas. Sí, náuseas, esas que tenía porque estaba embarazada, aunque supongo que eso ya lo habíais deducido por algunas de mis palabras y porque había dicho en varias ocasiones que guarda dentro de mí un secreto.

Otro más en mi vida, sí, al parecer en eso se basaba mi vida en guardar secretos. Aunque este poco tenía que ver con el de mi relación con Nico, porque por mucho que lo quisiera ocultar el tiempo pasaría y mi cuerpo lo revelaría, aunque yo no quisiera.

Hacía tan solo dos semanas que sabía que iba a ser mamá y no podía estar más contenta de lo que estaba. Al principio fue un palo, no os voy a mentir, no porque lo rechazara, porque eso no lo haría jamás. Un hijo era una bendición y si había sido el resultado del amor que se tenían dos personas lo hacía todavía más especial o eso pensaba yo.

Lo que sí que estaba además de contenta era muerta de miedo a la reacción que tuviera Nico. No es que no quisiera ser padre, sabía de sobra que sí porque lo habíamos hablado en varias ocasiones.

Entre nuestros planes de futuro esos que hablábamos a menudo en más de una conversación había salido el tema y los dos estábamos de acuerdo que queríamos formar una familia a poder ser grande.

Pero, claro, esos planes eran para cuando nuestras vidas estuvieran asentadas y pudiéramos vivir sin ocultarnos. Así que ese era mi miedo, que él no se tomara bien que nuestro primer hijo se hubiera adelantado a nuestros planes, poniéndonos en una situación límite que nos haría adelantar las cosas.

Por el momento en la casa solo Sole y Leire estaban al tanto de mi estado. Sole lo sabía no porque yo se lo contara, sino porque fue la que me acompaño al médico dos semanas atrás cuando una mañana me encontraba fatal y no pude parar de vomitar.

Su reacción cuando el médico nos dijo que estaba embarazada no me la podía haber esperado por nada del mundo. Yo, que pensé que me echaría una bronca bien grande, pues me equivoqué por completo.

Se echó a llorar abrazándome y me dijo que estaba encantada de ser abuela.

Que pasara lo que pasara, ella siempre estaría ahí para mí.

También lloramos juntas acordándonos de mi madre y de lo mucho que le hubiera gustado estar en ese momento tan importante para mí. Mis periodos nunca fueron muy regulares por eso tarde en descubrirlo y cuando el medico me revisó me dijo que estaba de casi tres meses.

El tiempo corría en mi contra porque mi cuerpo en breve si yo no lo contaba lo haría él por mí.

A Leire se lo conté ese mismo día cuando volvimos, se había quedado en casa muy preocupada pensando que estaba enferma y cuando nos vio entrar por la puerta sonriendo como dos tontas, se quedó mirándonos como si nos hubieran salido cuernos en la frente.

Su mirada fue totalmente entendible, habíamos salido de allí, yo malísima y con la cara descompuesta y Sole muy sería y preocupada, y nos veía volver riéndonos, era como para alucinar.

Corrió hasta mí y empezó a signar a tal velocidad que tuvimos que pedirle que parase, porque no nos daba tiempo a entenderle todo. Aunque podíamos hablar signando sin que nadie se enterara preferí llevarla a mi habitación para contárselo, lejos de ojos indiscretos las tres estaríamos mejor y así lo hicimos.

Una vez en mi habitación cuando le dije la verdad de lo que pasaba, primero se echó a llorar, luego a reír y finalmente empezó a saltar signando todo el rato que iba a ser tía, haciéndonos reír a Sole y a mí a carcajadas.

Con el estómago ya más calmado me levanté de la cama y me fui directamente a la ducha, todas las mañanas me ayudaba a despejarme, pero esa mañana ya no sería una ayuda sino una necesidad. Porque si no me estaba como mínimo diez minutos debajo del chorro de agua no sería capaz de arrancar.

No es que estuviera preparada para correr una maratón, pero la ducha me despejo bastante, así que salí del baño ya bastante mejor y saqué del armario un uniforme limpio.

Lo miré y negué con la cabeza, no podía ser más feo el condenado, lo único bueno que tenía es que era cómodo, no como el de monja que me tocaría ponerme por la noche, ese solo de pensar en él me entraba hasta sarpullido.

El que usaba todos los días era de color verde oscuro. Era un pantalón ancho para que no se te marcara ni una sola curva, porque según la señora Amparo, eso era algo indecente para alguien del servicio y una camiseta también ancha de manga larga y cuello alto.

Que en invierno hasta lo agradecía, pero en verano nos hacía seguir llevándolo y era asfixiante.

Una vez vestida me recogí el pelo en una coleta baja, algunas veces me hacía una trenza o un moño, lo que fuera, pero siempre recogido por órdenes de la señora. Por supuesto el maquillaje lo teníamos prohibido y también cualquier tipo de perfume.

Así que en eso me ahorraba una pasta porque entre que no lo podía usar en la casa y que salía a la calle menos que una monja de clausura, pues eso, que apenas tenía cuatro cosas de maquillaje y un solo frasco de perfume que me regaló Sole en la última Navidad.

Sali al pasillo y allí mismo me encontré con Sole, que también salía de la suya. Se me quedó mirando y arrugó el ceño antes de hablar.

—Niña, vaya cara que tienes, ¿te encuentras mal? —me preguntó preocupada.

—Estoy bien, es que he dormido poco y mal.

Le contesté, diciéndole la verdad. Con Sole no tenía secretos y al parecer mi cara lo decía todo, así que, para qué ocultárselo.

—¿Y eso?

Me preguntó sin borrar la preocupación de su cara.

—Vamos a la cocina y mientras preparamos el desayuno te lo cuento.

Le respondí, agarrándome a su brazo para caminar las dos juntas.

Mientras, solo preparaba el café para ella, un vaso de leche para mí, metí cuatro rebanadas de pan en la tostadora. A la vez que íbamos haciendo todo eso le empecé a contar todo lo que me había pasado la noche anterior sin dejarme ni una palabra por el camino.

Le conté la frase que aún seguía dando vueltas en mi mente una y otra vez y que me dijo Nico antes de marcharse de mi habitación y absolutamente toda la conversación que había tenido con Eloy.

Ya estamos sentadas en la isla de la cocina desayunando y cuando terminé de contarle todo, se quedó en silencio con la taza de café en la mano seguramente procesando todo lo que le había dicho que era mucho y muy importante como para decirme algo así a lo loco y sin meditarlo.

—Eloy tiene razón en todo lo que te dijo, a lo mejor no eligió las palabras con tacto, pero no por ello son menos ciertas.

No me sorprendieron en absoluto sus palabras, conocía a Sole tan bien como ella a mí y sabía de antemano lo que me iba a decir, más que nada porque ella ya me había dicho lo mismo en varias ocasiones.

No con las mismas palabras que uso Eloy las suyas fueron claras y directas y las de Sole siempre eran más comedidas y suaves. Pero en el fondo era el mismo mensaje dicho de dos maneras distintas.

—Lo sé, eso es lo peor de todo, que sé que tiene razón. Me abrió los ojos por la dureza con la que me habló.

Le dije, antes de dar el último bocado a mi tostada.

—¿Y qué vas a hacer? —me preguntó Sole con miedo.

—Hoy y mañana nada, dejaré pasar la fiesta y la resaca post fiesta. Pero del lunes no pasa que hable con Nico, le cuente lo del niño y también le diré que no aguanto más esta situación.

Le contesté y Sole me miro con cariño antes de asentir.

—Esto ya ha durado demasiado, Nerea.

—Lo sé, por eso le diré a Nico que, si me tengo que marchar de la casa y buscarme otro trabajo para que sus padres no tengan ninguna pega con eso, lo haré.

—Es lo mejor, no puedes seguir siendo su novia y la que sirve a su familia. Creo que dos años haciéndolo ya son más que suficientes, además, en unos meses no podrás hacer muchas de las cosas que haces ahora: nada de fregar de rodillas, coger peso y muchísimo menos subirte a esa escalera gigante para limpiar la mierda de lámpara del vestíbulo.

Me dijo, haciéndome reír por la cara de asco que puso al decir lo de la lámpara.

Seguimos hablando un poco más del tema hasta que la puerta de la cocina se abrió y por la hora que era ya sabíamos sin mirar que solo podía ser una persona, la única que madrugaba en esa casa un sábado, la niña Leire. Aunque en esa ocasión no venía sola, su tío la acompañaba. Al parecer ese hombre tampoco se parecía al resto de la familia y no era de los que se quedaba en la cama hasta tarde.

Todos nos dimos los buenos días y ellos se sentaron en la isla para desayunar. En cinco minutos entre Sole y yo, les preparamos lo que sabíamos que les gustaba, bueno lo de Leire lo sabíamos, lo de Eloy nos enteramos en ese momento cuando Sole le preguntó que quería.

Mientras ayudaba a Sole a prepararlo todo noté como Eloy buscó mi mirada en varias ocasiones, pero yo no lo miré directamente a los ojos ni una sola vez. No quería que me leyera más de lo que ya lo había hecho la noche anterior.

Recogí el vaso y el plato que había usado para desayunar y me despedí de los tres para comenzar con mis tareas diarias.

Capítulo 13



Lo primero que hice esa mañana como todas las anteriores desde los últimos años fue ir al salón y abrir todos los ventanales para que el aire fresco entrara y se llevara el aire cargado y asfixiante que había allí.

La señora amparo se empeñaba en poner velas aromáticas repartidas por todo el salón y sí esas velas tenían un olor espectacular, pero no cuando las mezclabas todas juntas.

Cuando se hace eso lo único que pasa es que tanta mezcla de olores creaban uno indefinido y tan fuerte que había veces que era irrespirable.

Y a mí, que últimamente por mi estado me molestaban mucho los olores fuertes, cada vez que entraba en ese salón se me revolvía el estómago.

Mientras dejaba que el aire se llevara esa peste, me marché de vuelta a la cocina a por todo lo necesario para preparar la mesa del desayuno para que cuando se levantara el resto de los habitantes de esa casa lo tuvieran todo listo.

—Nerea, ¿estás bien? Estás pálida.

Dijo Leire, en cuento entre en la cocina, en la que ella y su tío seguían sentados desayunado.

—Estoy bien, se me ha revuelto un poco el estómago por el olor del salón. Creo que tu madre ayer puso otra vela esta vez de olor a pachuli y era lo que faltaba para que no haya quien pare allí, es horroroso e irrespirable.

Le contesté resoplando.

—Mi intención anoche fue ir a sentarme allí a tomarme una infusión, pero cuando entré, el olor me dio tal bofetada que salí de allí huyendo.

Dijo Eloy, haciendo reír a su sobrina.

Pues que pena que le molestara el olor, sino hubiera sido así se habría quedado allí y no me lo hubiese encontrado en la cocina ahorrándome la charla y el mal rato que pasé después, pensé.

Saqué del armario donde lo tenía guardado el carrito que usaba para poder llevar todo de una vez al salón y empecé a poner cosas.

Los platos, las tazas, cinco tarros de mermeladas distintas, dos tipos de mantequilla, los cuencos donde se serviría la fruta que más tarde las llevaríamos peladas y cortadas, vasos para el zumo, cubiertos para todo.

A un lado de la isla dejé preparado, tres jarras para los tres tipos de leche que usaban y dos para el café, que también tenía que ser distinto. Además de otra jarra para el agua.

—¿Cuánta gente va a desayunar en el salón? ¿Vienen invitados a primera hora?

Preguntó Eloy, al ver el gran despliegue que estaba colocando, tanto en el carro como en la isla.

—No viene nadie, esto solo es para los señores, Nicolas, Zoe y su amiga Nina.

Le contesté, encogiéndome de hombros.

—Si esto es a la hora del desayuno, no me quiero imaginar cómo será a la hora de la comida.

Dijo alucinado y mirando todo.

—En la comida y la cena utilizamos dos carros.

Le contestó Sole, mientras me ayudaba a colocarlo todo.

—A mí a medio día no me pongáis plato allí, no pienso compartir mesa con ellos, tanta ostentación me pone de los nervios.

Nos dijo, mirando el carro con horror.

—¿Te dijo la señora ayer que tareas extras tienes que hacer aparte de lo tuyo? —me preguntó Sole.

—No, me las dirá en cuanto se levante, hoy me espera un día parecido al de ayer. Ahora dejaré colocado todo esto y subiré a hacer sus habitaciones —dije señalando a Leire y a Eloy—, en lo que desayunan haré las demás, así después ya podrá mandarme mil cosas más.

—¿Estas tu sola para limpiar y hacer todas las cosas de la casa?

Me preguntó Eloy frunciendo el ceño, algo que ya me resultó familiar de las tantas veces que se lo había visto hacer desde el día anterior.

—Todas no, Sole cocina —le contesté, agarrando el carro para irme.

—Pero es muchísimo trabajo para una persona sola.

Protestó.

—Al parecer los señores no piensan igual, es más, solo una vez se quejó de la carga de trabajo que tenía y, ¿sabes que le dijeron? Que, si no estaba conforme, que ahí tenía la puerta.

Le dijo Sole, negando con la cabeza porque ese día que me quejé acabé desmayándome de lo agotada que estaba y no me dejaron descansar.

—¿Nunca te has planteado buscar otra cosa?

Me preguntó a mi directamente, después de oír lo que le acababa de decir Sole.

—¿Y dónde voy a ir? Si me marcho, no podría vivir aquí y no podría alquilar nada, para eso hace falta un dinero que no tengo.

Le contesté un poco borde porque, que fácil se veía todo desde fuera sin saber la situación que tenía cada uno.

—Llevas años trabajando aquí, supongo que te pagan, aunque sea poco porque te descontaran el vivir aquí y la comida. ¿No tienes ahorros? Porque si no es así no entiendo en qué te puedes haber gastado el dinero.

Por lo que sé, apenas sales, en ropa está claro que no te lo gastas, ni en viajar u otras cosas que suelen hacer los jóvenes, entonces dime en qué.

Me dijo, mirándome como si me estuviera juzgando y yo fuera una derrochadora o tenía algún vicio oculto. Que pensara eso, era todavía peor.

—En lo que me haya gastado el dinero que gano no creo que sea de su incumbencia, no me conoce de nada para cuestionarme.

Le respondí, apretando los puños de la rabia que me estaba recorriendo por el cuerpo.

Pero quien coño se creía este tío para venir a darme lecciones o para cuestionar nada de lo que hacía o dejara de hacer, pensé.

—No te estoy cuestionando o criticando —me dijo enfadado.

—Sí lo ha hecho, piensa que he malgastado ese dinero —le respondí, igual de enfadada.

—Es que has tenido que hacerlo, alguien como tú y con la vida que llevas no lo ha podido gastar en algo útil.

Con esa contestación me dejó claro ya todo, era igual que el resto de su familia solo que al parecer no había dejado salir ese lado suyo hasta ese momento.

—Tío Eloy…

Empezó a decirle Leire, pero levanté mi mano para pararla.

—Déjalo, Leire, da igual.

Solté una risa amarga y negué con la cabeza.

—A mí no me da igual que te diga esas cosas, no tiene ni idea de por todo lo que has pasado y lo mucho que te has esforzado.

Me dijo enfadada, no conmigo, sino con su tío.

—De verdad que no importa Leire. Está claro que, para él, alguien como yo solo sirve para ser una fregona.

Le contesté, conteniendo mi rabia y las ganas de llorar que me estaban entrado.

—Yo no he dicho eso.

Dijo Eloy, levantándose de la silla para ponerse delante de mí.

—Pero lo has pensado y para mí es lo mismo.

Le contesté, antes de salir por la puerta de la cocina con el carro hasta arriba de cosas, para ir al salón a colocarlas.

Como me jodía la gente que juzgaba sin saber.

Eloy no tenía ni idea de por todo lo que había pasado, las muchas horas de sueño que había sacrificado, el esfuerzo tan grande que había tenido que hacer para reunir el dinero que me hacía falta y las muchas lágrimas que había derramado pensando que nunca conseguiría cumplir uno de mis sueños, al ver cómo pasaba el tiempo y no avanzaba tan rápido como yo quería.

En la casa solo lo sabían Sole y Leire, ni siquiera Nico sabía lo que había estado haciendo los seis últimos años.

Os pondré en situación para que sepáis de que hablo.

Unos meses antes de morir mi madre terminé el bachillerato, compaginando esos estudios con ayudar a mi madre a servir en la casa.

Cuando terminé, ella les dijo a los señores que mi intención era estudiar una carrera y su contestación fue que si lo hacía tendría que seguir sirviendo porque ellos no estaban dispuestos a dejarme vivir allí de gorra sin que hiciera nada, que si quería estudiar y no trabajar me tendría que marchar.

La solución fue que sin que ellos lo supieran, Sole, mi madre y yo, buscamos información y decidimos que haría la carrera que quería online, estudiando cuando terminara mis tareas y sin que nadie de la casa se diera cuenta.

Con el sueldo de mi madre era imposible que me costeara vivir fuera de allí, además de pagarme la matrícula de la facultad, de ahí que decidiéramos hacerlo así.

El primer trimestre así lo hice y me fue fenomenal, pero el destino, ese tan cabrón ese día que me arrebató a mi madre, también me arrebato mis planes de seguir con mis estudios como tenía planeado.

En un principio mi idea fue dejarlo, pero Sole me cogió por banda y me leyó la cartilla, diciéndome que mi madre y yo, no llevábamos tiempo sacrificándonos para que porque ella no estuviera dejara mi sueño de lado.

Me dijo que, aunque fuera más despacio que no lo dejara, me animó tanto, que al final acabé cediendo y eso fue lo que hice, estudiar mucho, muchísimo en realidad.

El grado que elegí fue el de Contabilidad y Finanzas, siempre me gustó todo lo relacionado con los números y no era por tirarme flores, pero se me daban muy bien.

Lo que debería de haber durado cuatro años que eran los que la gente en situación normal tardaba en terminar, para mí se extendió a seis.

Entre el poco tiempo que tenía para estudiar y que algunas veces no tuve el dinero para pagar la matricula completa, tuve que hacer malabares para hacerlo.

Pero lo hice y terminé, hacía apenas un mes que había terminado de estudiar y no podía sentirme más orgullosa de mí misma.

Y sabía, y eso para mí era lo más importante de todo, que mi madre haya donde estuviera también estaría muy orgullosa de lo que había conseguido.

No quise seguir pensando en la conversación que habíamos tenido en la cocina, así que me centré en mis tareas.

Coloqué la mesa en el salón con todo milimétricamente colocado como me habían dicho desde siempre que tenía que ser.

Una vez hecho eso, subí a la primera planta a hacer la habitación de Leire, que la verdad que aparte de hacer la cama, barrer y fregar no había mucho más que hacer.

Desde siempre había sido una niña muy ordenada y daba gusto entrar en su habitación donde nunca había nada tirado por el suelo o nada fuera de su sitio.

Ojalá el resto de la familia fueran la mitad de ordenados que ella, porque daba pena entrar en el resto de las habitaciones. Sobre todo, en las de Zoe y Nina, en las que siempre me encontraba un montón de ropa por el suelo, bragas incluidas.

Y del baño mejor ni hablamos, de la cantidad de mierda que generaban allí con todos los potingues que usaban y me dejaban una vez acabados por el suelo. Se jactarían de tener mucha clase, pero eran dos guarras de mucho cuidado.

No tardé ni diez minutos en acabar donde Leire y de ahí subí al otro piso para hacer la que había utilizado Eloy, cuál fue mi sorpresa que cuando entré la cama estaba hecha.

Me pregunté si es que no habría dormido allí o es que la habría hecho él, pero la respuesta me llegó de su boca asustándome de nuevo al no esperar que me hablara por la espalda como había hecho la noche anterior en la cocina.

—La he hecho yo, por si te lo estás preguntando.

Me dijo, cruzándose de brazos antes de apoyarse en el marco de la puerta.

—Yo no me pregunto nada, solo hago lo que se me manda. Si va a utilizar la habitación ahora, vendré más tarde.

Le dije, agarrando las cosas de la limpieza para marcharme. No tenía ninguna gana de tener otra conversación intensa con él, ya había tenido bastante con las dos últimas.

Su respuesta me dejó con la boca abierta. No me contestó, simplemente cerró la puerta y se apoyó en ella para no dejarme salir.

Capítulo 14

El aire se volvió denso y el silencio se hizo pesado, incomodo. Así me sentí yo también, muy incómoda. Con la mirada de Eloy sobre mí, hizo que se me formara un nudo en el estómago.

Me observó, me evaluó y me escaneó, todo eso a la vez y en pocos segundos, su penetrante mirada me hizo sentir totalmente expuesta y esa sensación nunca me había gustado.

Nunca dejaba que nadie leyera en mí más de lo que yo quería, pero por alguna extraña razón el caparazón que me ponía con la gente, con Eloy no parecía funcionar y eso me molestaba y me desconcertaba a partes iguales.

—Tengo que seguir con mis tareas, déjeme salir.

Le dije sin acercarme.

—¿Volvemos a los formalismos? Ya te dije ayer que no me gustaban.

Me contestó sin moverse del sitio.

—Solo me mantengo en mi sitio del que nunca debí salir.

Me encogí de hombros.

—Nerea…—no lo deje seguir, de verdad que no quería seguir hablando con él, no es que estuviera cabreada, esa no era la palabra. Lo que estaba era decepcionada, el día anterior me había parecido que Eloy era de otra manera cuando se ofreció a ayudar a Leire.

Pero claro, ella era su sobrina y de su misma clase social, era normal que la tratara de esa manera.

Pero yo no era más que una fregona y me había tratado como lo que era, ni más ni menos. Idiota de mí al pensar que podría tratarme de otra manera, como una igual, por ejemplo.

—Tengo mucho que hacer, si me disculpa.

Le dije, acercándome a la puerta para agarrar el pomo, pero se movió lo gusto para ponerse encima y no dejarme llegar a él.

—¿Qué quiere?

Resoplé.

—Primero, que dejes de llamarme de usted y segundo, que me escuches un momento —me pidió.

Me quedé mirándolo unos segundos y si tenía que oír lo que tenía que decir para que me dejara seguir con lo mío, pues lo haría. Cuanto antes hablara antes podría irme.

—Hable.

Resoplé.

—Habla —me contestó.

—Yo no soy la que quería hablar.

Contesté, haciéndome la tonta porque de sobra sabía lo que me quería decir.

—Me has entendido perfectamente, que me trates de tú, ¡joder!

Estaba empezando a enfadarse.

—Mira, di lo que tengas que decir y déjame en paz, bastante tengo encima como para tener que pensar en más cosas.

Ya estaba cansada de todo.

—¿En qué te has gastado el dinero?

Me preguntó, dejándome a cuadros antes de caminar hacia la cama y sentarse en ella. Como si yo le fuera a dar una larga explicación y necesitara estar cómodo para escucharme mejor.

—Pero y a ti que coño te importa.

Exploté.

—Sí que me importa, porque si es en drogas o algo parecido, no quiero que te acerques más a mi sobrina.

Si la anterior pregunta me había dejado a cuadros esto ya era lo último que iba a escuchar por su parte.

Ni me molesté en contestarle, en dos zancadas llegué hasta la puerta, la abrí de un tirón y antes de salir y cerrar de un portazo lo miré por encima del hombro y le dije.

—Pensé que usted era distinto, pero está claro que me he equivocado. Que tenga buen viaje de vuelta a Sevilla.

Mi última frase se la dije para dejarle claro que no volveríamos a cruzar una palabra nunca más.

Con los ojos llenos de lágrimas recorrí el pasillo y bajé las escaleras a toda velocidad. Las lágrimas no eran de tristeza sino de rabia.

¿Quién mierda se creía es tío para juzgarme de esa manera?, no me conocía de absolutamente nada y por una sola conversación en la que me negué a decirle en qué me había gastado mi dinero ya pensó lo peor de mí.

Que, si era mío y me lo había ganado trabajando, ni a él ni a nadie tenía que darle explicaciones de lo que hacía con él.

Salí al jardín y en la zona más apartada me apoyé un rato contra la pared para calmarme antes de volver a entrar y poder seguir con las tareas.

Quince minutos estuve allí llorando hasta que me calmé, dejando salir toda mi rabia en forma de lágrimas.

No podía entender a la gente que juzgaba así a la ligera a los demás sin saber nada de sus vidas. Que podía entender que tuviera dudas, pero pedirme así de esa manera que me alejara de Leire, eso me había matado.

Jamás en la vida le haría daño a la niña, la quería como a una hermana, que no lo era eso era verdad, pero en esta vida no hacen falta los lazos de sangre para considerar a alguien familia y ella para mí lo era.

Entré en la casa y las siguientes dos horas me dediqué a limpiar en piloto automático.

No me cruce con nadie y di gracias por ello, no tenía ganas de hablar y mucho menos de dar explicaciones y si Sole o Leire me hubieran visto me la habrían pedido al ver mi cara.

A las diez y media, una hora demasiado temprano para sus costumbres se levantaron todos y desde la escalera a voz de grito como hacía siempre Amparo me exigió, sí, exigir, porque pedir nunca pedía, que fuera llevando el desayuno al salón.

Llegué corriendo a la cocina y Sole me miró alzando las cejas, al verme entrar así.

—Ya se levantó la tropa, tengo que llevar el desayuno.

Sacaba el pan para ponerlo a tostar.

—¿Ya? Pero si es muy pronto — contestó extrañada.

—Yo qué sé, habrán madrugado para tener más horas para dar por culo.

Sabía que mi respuesta le iba a hacer hervir.

Diez minutos después entré en el salón y para mi sorpresa allí estaban todos los que faltaban por desayunar sentados, esperándome y Eloy y Leire de pie a un lado de la mesa.

—Ya era hora, cada día eres más lenta, llevamos aquí esperándote media hora —me dijo Zoe, con el mismo desprecio en la voz con él que me trataba siempre.

Tuve que morderme la lengua para no contestarle lo que de verdad se me había venido a la mente.

—Que vas a esperar de semejante personaje, hasta los caracoles se mueven más rápidos.

Añadió Nina y se echaron a reír las dos.

Mire a Nico y vi cómo estaba apretando los dientes y conteniéndose para no contestarle, con un gesto que solo él vio negué con la cabeza para decirle que lo dejara pasar.

Empecé a poner el pan, la fruta y el fiambre en la mesa y después empecé a servirles a todos el zumo, el café con leche o solo, como era el caso de Eduardo y dejé la jarra de agua fría en el centro de la mesa.

—Ayer, Eloy y yo estuvimos hablando y tengo algo que comunicaros —les dijo a todos, Eduardo.

Vale charla familiar en la que tú no pintas nada, me dije, antes de coger el carro y empezar a caminar hacía la puerta para marcharme, pero no llegué ni a mitad de camino.

—Nerea no te marches, traduce lo que voy a decir a mi hija.

Frené en seco.

Me di la vuelta y me puse enfrente de Leire para que me viera bien. Me miró extrañada porque me hubiera dado la vuelta y yo antes de que me dijera nada le explique.

—Quieren que te traduzca lo que van a hablar.

Asintió y esperó a que yo volviera a signar, cosa que no podría hacer hasta que el señor no arrancara a hablar o quien fuera porque todos estaban en silencio.

Repasé en dos segundos sus caras, en las de Zoe y Nina, había total indiferencia y aburrimiento.

A esas, si no era una conversación de moda, dinero, o más bien como gastarlo, viajes y cotilleos de la gente que conocían, no les interesaba nada más y si se trataba de lago relacionado con Leire mucho menos.

La cara de Amparo era de indiferencia, desgraciada, pensé, que van a hablar de tu hija, no de la vecina de la casa de enfrente. En la de Nico sí que había curiosidad y en la de Eloy seriedad.

Este último había querido buscar mi mirada y también vi que hizo el amago de hablarme, pero lo fulminé con la mirada y reculó.

—Leire se marcha de esta casa —dijo Eduardo.

—¿Dónde va? —preguntó Amparo con indiferencia, que rabia me entró, le acababan de decir que su hija se iba y era como si le hubieran dicho que ayer había llovido.

—Se marcha a vivir con mi hermano a Sevilla —le contestó su marido.

—¿Y eso por qué?

Preguntó de repente Zoe, que al parecer ahora sí que le interesaba el tema.

—Quiere estudiar y lo hará allí.

Contestó Eduardo, negando con la cabeza como si fuera una estupidez.

—No tienes bastante con todo el dinero que le has hecho gastar a papá hasta ahora que también vas a sangrar al tío Eloy.

Dijo la zorra de Zoe, eso por supuesto no se lo signé a Leire, las palabras dañinas de su hermana no hacía falta que las supiera.

—Que manera de tirar el dinero.

Añadió Nina y yo apreté los dientes porque si el comentario de su hermana estaba fuera de lugar el de ella ya era increíble. Si ni era de la familia ella, ¿qué coño tenía que opinar?

—No creo que estudiar sea tirar el dinero —dije, sin poder contenerme.

—Tú que sabrás si seguro que no sabes ni sumar.

Me contestó Amparo y ahí sí que ya tuve que coger aire y contar hasta diez.

Que me dijera eso a mí era el colmo, cuando ella no había acabado ni el bachillerato, pues en cuanto conoció a Eduardo y vio que era buen partido y que no tendría que dar un palo al agua si lo enganchaba, se pegó a él como una lapa y no lo soltó hasta que consiguió que le pusiera un anillo en el dedo.

Y ya si hablamos de las otras dos, pues era para echarse a reír. Zoe no había acabado el último año de bachillerato porque la echaron del instituto por robar los exámenes del primer trimestre.

Sus padres ni siquiera la castigaron, solo la consolaron de lo mucho que lloro (toda una pantomima claro) y le dijeron que, si no quería seguir estudiando que no lo hiciera, total, su destino era el mismo que su madre, encontrar un marido rico que la mantuviera.

Y la lista de Nina, había empezado tres carreras distintas en los últimos cuatro años y no había aprobado ni una sola asignatura, su excusa era que era demasiado joven para saber que quería de la vida.

Allí el único que había estudiado era Nico y le costó Dios y ayuda terminar la carrera de ADE.

Si no hubiese sido por mí y por lo mucho que lo había ayudado no la habría sacado ni de coña, pero claro, eso en ese salón no lo sabía nadie y así tenía que seguir siendo.

—Leire siempre ha tenido buenas notas.

Dijo Nico, intentando defender a su hermana.

—Nerea, ¿qué dicen?

Me preguntó Leire, que no se había enterado de lo último que habían dicho, porque yo no le había signado nada.

—Gilipolleces, eso dicen.

Le signé y contuvo la risa.

—Habrá tenido buenas notas porque en ese colegio le habrán regalado los aprobados, no porque ella valga para estudiar —dijo Zoe, riéndose.

—No creo que tu seas la más indicada para hablar de cómo ha conseguido los aprobados o te tengo que recordar porque no acabaste el bachillerato.

Le dijo Eloy, dejándola con la cara partida. Toma ya, habría sido un gilipollas conmigo, pero ahí estuvo sembrado contestándole eso, y si no fuera por lo cabreada que estaba con él, le hubiera hasta aplaudido.

—Ahora no estamos hablando de mí, sino de Leire —le contestó de malas maneras.

—Bueno, no vamos a perder más el tiempo hablando de otras cosas que no vienen al caso.

Añadió Amparo, intentando ayudar a Zoe.

—¿Y cuando te vas? —le preguntó Nico, signando a Leire.

—Mañana —le contestó sonriendo.

—Es de mala educación que habléis de esa manera y los demás no nos enteremos —dijo Nina, mirando mal a Leire.

—Si os hubierais molestado en aprender a signar no tendrías problemas para enteraros de las cosas.

Le dijo Eloy, fulminándola con la mirada.

—Nerea, traduce —me pidió Eduardo.

—Leire si sales por esa puerta para marcharte a Sevilla a hacer algo que te habíamos dicho que no deberías hacer y me desobedeces, en esta casa ya no serás bien recibida y dejarás de pertenecer a esta familia.

Me dolió tener que signar a Leire las duras palabras de su padre, pero era lo mejor, si decidía irse tenía que saber que no podría volver.

Cuando terminé de signar a Leire se hizo el silencio y todos esperaron a ver cuál iba a ser su respuesta, en la cara de las brujas y de su padre, vi que había una sonrisa contenida pensado que la niña se iba a acojonar y a recular aceptando quedarse en esa casa sin hacer nada. Que poquito la conocían, me dije, aguantando la risa.

—Esta, nunca la he sentido como mi casa ni a vosotros como mi familia, así que me da igual no volver. No voy a dejar de cumplir mi sueño porque vosotros no creáis en mí, yo sí creo y con eso me basta —ole mi niña, dije para mí, antes de traducir y dejarlos a todos con la boca abierta.

Capítulo 15

Con la respuesta de Leire ya no hubo más que añadir, ella misma se dio la vuelta y salió del salón con la cabeza bien alta y una sonrisa preciosa en la cara. En esos momentos me sentí muy orgullosa de ella, por fin y por una vez les había callado a todos la boca diciéndoles la verdad, dejándoles a la altura del betún.

—Nerea, sube ahora mismo y prepara su equipaje, no te dejes absolutamente nada sin empacar.

Me dijo Amparo, antes de que yo cruzará la puerta del salón dejando allí a todos los demás.

Ni cuatro pasos había dado cuando un mano me agarró del brazo y me hizo frenar.

—Nerea, podemos hablar un momento —me pidió Eloy muy serio.

—Lo siento, pero tengo que hacer lo que me han ordenado, además creo que usted y yo no tenemos nada más que hablar, ya está todo dicho.

Me solté de su agarré.

—¿Por qué dejas que te traten así? —me preguntó.

—¿Así como? ¿Haciéndome sentir como si no valiera nada, recordándome con cada palabra cuál es mi sitio o tratándome como una criada? No creo que haya mucha diferencia a como me ha tratado usted hace apenas una hora. Por lo menos ellos nunca han mostrado una cara pareciendo lo que no son, siempre han sido así —le contesté encogiéndome de hombros.

—Yo no te he tratado así, solo te he preguntado algo dos veces que no me has querido contestar. Es normal que me preocupe la relación que te une con mi sobrina, si no lo cuentas es porque algo tienes que ocultar —me dijo enfadado.

—Es que yo no oculto nada, da la casualidad que Leire sí sabe en qué me he gastado todos mis ahorros y mi sueldo de los últimos años —le dije cruzándome de brazos.

—¿Y Nicolás no lo sabe? —me preguntó el tío pesado.

—Joder, que pesado es. ¿Por qué tanto interés en querer saber cosas de mi vida? No, él no lo sabe, ¿vale?

Bufé.

—No lo sabe mi sobrino con el que se supone que llevas dos años de relación y quieres que me quede tranquilo sabiendo la relación que tienes con Leire.

Me tocó mi punto débil.

Cuando empecé a estudiar hacía seis años y pasó lo de mi madre, Nicolas como mi amigo que era, sí que sabía que había empezado a estudiar a espaldas de sus padres.

Pero cuando murió mi madre y le dije que no sabía si dejarlo o seguir como pudiera, él me dijo que no sería capaz de hacerlo, que trabajar y estudiar no era lo ideal.

Vamos, que no tuvo la más mínima confianza en mí, ni me animó para que siguiera ni tampoco se ofreció a ayudarme y eso en su momento me dolió tanto, que cuando al final decidí seguir estudiando no se lo dije y él hoy en día no sabía que había terminado la carrera y con unas notas impresionantes, aunque hubiera tardado dos años más de la cuenta.

Me quedé mirando a Eloy y me dio tanto coraje que siguiera insistiendo tanto y cuestionándome por todo, que me dije a mí misma: ¡a la mierda!

Quería saber en qué me había gastado el puto dinero, pues se lo diría de una vez por todas, a ver si así me dejaba en paz de una maldita vez, porque me tenía ya hasta el moño.

—Si le digo en qué me ha gastado mi dinero —recalqué "mi dinero" bien para dejárselo claro—, me dejará en paz y no volverá a marearme con el mismo tema ni con ningún otro ya de paso —le dije con voz cansada.

—Solo te dejaré en paz si lo que me cuentes no perjudica a mi sobrina de ninguna manera —me respondió.

—En estudiar.

Tenía una sonrisa amarga en mis labios.

—¿Qué? —me preguntó, sorprendido por mi respuesta.

—Que todo el dinero que tenía me lo he gastado en estudiar. Hace tan solo un mes que terminé el grado de Contabilidad y Finanzas.

—¿Cómo coño te las has apañado para poder hacerlo? —me preguntó cada vez más sorprendido.

—Sacrificando horas de sueño y de no salir ni siquiera a tomarme un café. El grado lo he tenido que hacer online y he tardado dos años más de lo que debería porque no podía pagarlo todo a la vez ni tampoco tenía tiempo de sacar curso por año.

—Joder, esto sí que no me lo esperaba —me dijo, mirándome con, ¿admiración? O eso me pareció, pero si era así me dio absolutamente igual, las palabras que me había dicho en las anteriores conversaciones seguían ahí y no se borrarían de mi cabeza por mucho que ahora al saber la verdad me mirara diferente.

—Supongo que no, pensaría como a dicho su cuñada ahí dentro que no sé ni sumar. Pues sí sé, es más soy buenísima con los números. Ahora que he resuelto su duda, espero que cumpla con su parte y me deje en paz.

Y por la parte de que voy a hacer daño a Leire, o de que puedo ser una mala influencia, puede quedarse tranquilo, como le dije esta mañana nunca en la vida podría hacer nada que pudiera dañarla.

Dicho esto me di la media vuelta y me fui directa hacia las escaleras.

Estaba en el segundo escalón cuando oí como sus pasos se acercaban a la escalera retumbando en el suelo de mármol al andar.

—Nerea…

Me giré para mirarlo por encima de mi hombro al ver que se había quedado callado, después de decir mi nombre, como si no supiera que decir o que palabras elegir, seguramente para no cagarla más de lo que ya lo había hecho.

—Yo quería…

Levanté la mano para cortarle porque vi en sus ojos arrepentimiento, pero el daño ya estaba hecho y una disculpa en esos momentos no tendría ningún valor para mí.

—Si va a disculparse no lo haga, no hace falta. No serviría de nada.

Le deje bien claro, antes de girarme y subir las escaleras a toda prisa.

Cuando llegué a la habitación de Leire, parecía un campo de batalla, tenía ropa extendida por toda la cama y ya había sacado del altillo del armario las dos maletas grandes que guardaba allí desde hacía años y que apenas había usado cuatro veces. Una vez fue al viaje ese que hicieron al que Nico no fue y ahí es donde nosotros empezamos con lo nuestro y las otras tres veces habían sido a Sevilla, a casa de Eloy.

Apenas tardamos una hora en tener todo listo y metido en las maletas incluido el calzado y la ropa interior.

De efectos personales solo se llevaba el portátil, el móvil y los regalos que Sole y yo le habíamos hecho a lo largo de los años.

El resto de las cosas ni siquiera hizo amago de cogerlas. Solo dejo fuera de la maleta la ropa que se pondría al día siguiente para viajar.

Las cosas de aseo tampoco se las llevaría y por esa parte estaba contenta porque su madre, la obligaba a usar un gel y un champú que no le gustaba. Me dejó bien claro que cuando llegara a Sevilla y estuviera instalada ya se encargaría de pedir por internet los productos que le gustaban.

Mientras la ayudé a preparar todo también hablamos bastante. Nada más verme la cara la entrar me preguntó que me pasaba y como nunca nos habíamos ocultado nada la una a la hora, le conté lo que me había pasado con su tío.

Ella me dijo que no se lo tuviera muy en cuenta que, aunque no lo pareciera seguía muy mal con lo que le había pasado con su familia y que había veces que cuando abría la boca no sabía si mataba o espantaba.

Le dije para que se quedará tranquila, que no pasaba nada, que ella ya me conocía y que, a mí, los enfados me duraban muy poco.

Y eso de verdad que era así, nunca había sido una persona rencorosa y si me enfadaba por algo, necesitaba mi tiempo para rumiarlo, llorarlo o digerirlo, pero después se me pasaba enseguida y no se lo tenía en cuenta a esa persona.

A parte de esa conversación también hablamos de muchas más cosas, mi embarazo, los planes de decírselo a Nico el siguiente lunes, de sus planes cuando llegara a Sevilla…

También hubo lágrimas por la pena que nos daba separarnos, pero entre lloriqueo y lloriqueo nos prometimos hablar casi todos los días por mensaje o videollamada para saber cómo nos iba la vida y estar al tanto de todo lo que pasara en ella la una de la otra.

De la habitación de Leire pasé la de las dos petardas y después a la de los señores, dejando para la última la de Nico.

Siempre lo hacía en ese orden y no era sin intención porque sí que había una, sí estaba en casa como ese día solía pasarse por allí para pasar un rato juntos y ese día no fue una excepción.

Pasamos un rato muy bueno hablando entre besos que me hicieron olvidarme de todo lo demás por un rato. Bueno, quien dice entre besos dice entre todo lo demás. Porque como siempre nos pasaba cuando estábamos solos y nos besábamos, una cosa llevaba a la otra y al final acabamos entre las sábanas amándonos. Aunque esa vez hubo algo distinto al terminar, noté a Nico un poco ausente y bastante pensativo.

También lo noté cansado, pero no un cansancio físico sino uno mental, de esos que parece que te cargan la mente con más cosas de las que puedes aguantar.

Supuse que el mareó al que le habían sometido su madre, su hermana y Nina el día anterior con los preparativos de la fiesta y lo que le quedaba ese día por delante, pues según me dijo cuando salimos de la habitación tendría que seguir ayudándolas, tenía mucho que ver.

Así que no quise insistir y diciéndole que lo quiera muchísimo nos separamos para seguir cada uno con lo nuestro, prometiendo intentar vernos antes de que empezara la fiesta. Con lo que me quedé de ese rato un poco rallada fue que me repitió las mismas palabras que me había dicho la noche anterior justo antes de irse: *pase lo pase, no olvides nunca que te quiero.*

Capítulo 16

El resto de la mañana fue un no parar, terminadas las tareas que hacía a diario, la señora me enganchó por banda y ya no me soltó.

Me hizo limpiar otra vez los malditos cristales de los ventanales que daban paso desde el salón hasta el jardín, que obsesión tenía esa mujer con los jodidos cristales, de verdad que sí.

Por si eso fuera poco también me hizo limpiar la alfombra de las escaleras, que al igual que los cristales la había limpiado a la perfección el día anterior, pero según ella, tenía muchísimas pelusas porque el día anterior no había hecho bien mi trabajo.

Lo último que me mandó antes de la hora de la comida fue limpiar el suelo del vestíbulo de la entrada de rodillas para que reluciera como el sol, palabras de ella, no mías.

Estar más de hora y media me dejó un dolor de rodillas, que ni os lo podéis ni imaginar.

Entré hasta cojeando en la cocina después de recoger todos los platos con las sobras de la comida de la familia en el salón. Leire nada más verme frunció el ceño, preocupada al verme andar así.

—Nerea, ¿te has caído? ¿Por qué andas así?

Me preguntó, a la vez que se levantaba de su silla en la que estaba sentada al lado de su tío, que también estaba allí comiendo con ella. Joder con esté hombre es que me lo tenía que encontrar hasta en la sopa, pensé.

—No te preocupes que estoy bien, un poco dolorida por estar de rodillas, pero en seguida se me pasa. Siéntate y come, anda.

Le dije, antes de darle un beso en la mejilla agradeciéndole su preocupación.

—Siéntate, que te pongo un plato de cocido que te va a quitar todos los males —me dijo Sole, mientras sacaba un plato.

—No puedo sentarme a comer ahora, solo he venido a traer el carro.

Le contesté antes de empezar a colocar los platos y demás en el lavavajillas.

—Nerea tienes que comer, no puedes estar sin probar bocado.

Me dijo Sole enfadada.

Era normal que Sole se enfadara no conmigo, sino con la situación, como una madre que cuida a sus polluelos se preocupaba por mí y porque estuviera bien. El trajín de los últimos dos días no era lo ideal para una mujer en mi estado, eso lo sabía ella, lo sabía yo, y cualquier persona con dos dedos de frente. Pero que más podía hacer, solo aguantar como pudiera el día de hoy y esperar al lunes para poder hablar con Nico y ponerlo al corriente de lo que pasaba.

—Lo sé, en cuanto termine lo que me han ordenado volveré y comeré ese delicioso cocido con el que se me está haciendo la boca agua. Sabes que, aunque sean las cinco de la tarde tu comida no la perdono.

Le contesté sonriendo, para que se quedara tranquila.

—¿Qué es lo que tienes que hacer tan importante, que no puede esperar media hora en lo que comes?

Y ahí estaba el de los interrogatorios queriendo saber todo. Leñes, que tío más pesado.

—Tengo que planchar los vestidos de la fiesta de esta noche de las tres señoritingas.

Le contesté con cansancio antes de resoplar, aunque el resoplido no lo vio porque me di la vuelta antes de soltarle eso para cerrar el lavavajillas en el que ya había acabado de meter todo lo que había traído.

—¿Los vestidos? Otra vez, pero si los planchaste ayer por la tarde —me dijo Sole cabreada.

—Al parecer anoche se los probaron para elegir que zapatos y los complementos que combinaban mejor y se han arrugado —le contesté poniendo los ojos en blanco.

—¿Y eso no puede esperar? Nerea… Sole tiene razón, tienes que comer y si te pones a planchar ahora esos vestidos que tienen más capas que la tierra, tardarás al menos una hora, se te hará muy tarde para comer —me dijo Leire, apretando los dientes y los puños.

—No puede esperar, tu madre me ha dicho que los suba ahora mismo. El maquillador y la peluquera estarán aquí dentro de una hora y para elegir el peinado que mejor combina con los vestidos los tienen que ver, sin una sola arruga por supuesto.

Le respondí, intentado mantener la calma para que ninguno viera lo cabreada que estaba por tener que volver a planchar los tres horribles vestidos que me habían hecho sudar el día anterior lo que no estaba escrito.

—¿Qué más te ha mandado que hagas cuando termines de planchar?

Me preguntó Sole cruzándose de brazos, sabiendo ya de antemano porque conocía de sobra a doña Amparo, que me habría dado tarea para el resto de la tarde.

—Algunas cosillas más, pero tranquila, que esas no las haré hasta que no coma —le dije, antes de guardar el carro.

—Más te vale que así sea porque me dará igual todo e iré a buscarte para que vengas a comer, le pese a quien le pese. La esclavitud se abolió hace muchos años y si esas tres no lo saben ya me encargaré yo de decírselo, me tienen muy harta.

Siempre te han cargado de mucho trabajo, pero lo de los últimos tiempos es pasarse de la raya y no lo voy a dejar pasar más. Sé que tú por la posición en la que estás no quieres enfrentarte a ellas, pero yo no tengo nada que perder y si tengo que salir de esta casa porque me echen por decirles cuatro verdades lo hare, pero despachándome bien a gusto.

—Sole…

Le rogué, porque por nada del mundo permitiría que ella perdiera su trabajo por defenderme a mí.

—Ni Sole ni nada, esto se acaba el lunes de una manera u otra. Si Nicolas no reacciona y te da tu sitio habrá que hacerle ver que no está haciendo lo correcto, si no lo haces tú, lo haré yo. Mi paciencia tiene un límite y solo falta la última gota para que el vaso se desborde.

Me dijo muy cabreada, mucho más de lo que yo la había visto nunca.

—Sole tiene razón, Nerea, no puedes seguir así, te están machacando.

Añadió Leire negando con la cabeza disgustada.

—Lo sé, ¿vale? Ya os he dicho que el lunes hablaré con él, yo tampoco quiero seguir así, estoy agotada y no solo físicamente— dije, aguantando las lágrimas.

Menos mal que el gran cotilla y preguntón no metió baza porque, aunque la cosa no iba con él, si hubiese abierto la boca y hubiera soltado una gilipollez de las suyas se habría llevado el premio gordo.

No tenía el día y estaba tan calentita que hubiera pagado los platos rotos con él por meterse donde nadie lo llama.

—En una hora te quiero ver aquí comiendo.

Le ordenó Sole, mirándome con preocupación y cariño.

—Lo prometo —dije, llevándome la mano al corazón—. Ahora me voy, cuanto antes empiece antes terminaré.

Añadí, antes de salir por la puerta de la cocina para subir a la habitación de las tres petardas, coger los vestidos y llevármelos a un cuarto que estaba en un lateral de la cocina que utilizábamos para planchar y en el que también estaban la lavadora y la secadora.

Lo que en un principio no tenía que haberse alargado más de una hora, porque la verdad es que los vestidos los planché en menos de veinte minutos, ya que no tenían apenas arrugas, se convirtió en hora y media.

Cuando subí con ellos para dejarlos en los armarios de sus respectivas dueñas, Amparo, quiso que los colocara encima de la cama con todos los complementos y los zapatos perfectamente colocados a su lado para que se vieran bien, haciéndome cambiar las cosas de sitio veinte veces.

Cuando por fin me pude escapar para comer, Sole, me estaba esperando con un visible disgusto reflejado en su cara, pero conseguí que se calmara cuando vio que me comí el plato hasta arriba que me puso con muchas ganas.

Con el hambre que tenía no podía haber sido de otra manera y encima me di con un cantito en los dientes haciéndome super feliz cuando me puso el postre delante.

Había preparado ni más ni menos que mi tarta favorita, de tres chocolates.

Dos trozos me comí y porque sabía que me esperaba una tarde movidita y se me hubiera salido por la boca al agacharme, que, si no, me hubiera comido un tercer trozo y me habría quedado tan pancha.

El resto de la tarde fue un no parar. Después de comer tuve que salir al jardín a limpiar las mesas, que estaban impolutas, pero por si acaso tuve que darles otro repaso al igual que a las sillas que también habían dejado los chicos que las trajeron el día anterior.

A la fiesta, por lo que había oído, a escondidas claro, vendrían unas setenta personas. Todas ellas, amigos íntimos del matrimonio, algunos trabajadores de la empresa y otros empresarios con los que Eduardo hacía negocios. También vendrían amigos de Zoe y de Nicolas con sus respectivas familias

Al terminar esa limpieza me tocó volver a regar los árboles y limpiar también el borde de la piscina y el agua para que no tuviera ni una sola hoja, que no las tenía, pero al parecer esa noche y según Zoe, había hecho aire y los árboles se habían quedado desplumados.

Todo eso lo habría soñado porque la noche anterior no había corrido ni la más suave de las brisas.

Y, por último, pero no menos importante, porque al parecer no podía terminar el día sin hacerlo, tuve que dar un repaso a los dos baños de la planta principal que serían los que usarían los invitados en caso de necesitarlos. Que los había hecho por la mañana porque era una de mis tareas rutinarias, pero me tocó volver a hacerlos para que brillaran los azulejos más que nunca.

A las ocho y media de la tarde, por fin, acabé con todas las tareas encomendadas. La señora al ver la hora que era me metió prisa para que fuera a adecentarme y cambiarme el uniforme porque en media hora los invitados empezarían a llegar y Sole y yo teníamos que estar en la puerta de entrada para recibirlos.

Capítulo 17

Me fui directamente a mi habitación y lo primero que hice fue quitarme el uniforme y dejarlo caer en el suelo del baño, necesitaba una ducha con urgencia, no poque oliera mal, pero sí que tenía pegado el sudor al cuerpo que, aunque limpio porque me había duchado por la mañana era molesto y pegajoso.

Ni siquiera esperé a que saliera el agua caliente, me metí directamente con el primer chorro de agua fría que salió, no siempre, pero había veces que necesitaba que esa frescura me despejara la cabeza, como era en ese momento el caso.

Me lavé el pelo a toda prisa y me enjaboné de la misma manera,

Una vez fuera ni me molesté en secarme el pelo, por mandato de la señora esa noche tenía que llevar un moño lo más apretado posible para que no hubiera riesgo de que alguno de mis asquerosos pelos como ella misma me había dicho no fuera a caer en alguno de los alimentos de los invitados.

No se lo creía ni ella, que iba a llevar yo un moño de esos que te estiran hasta las ideas y te levantan dolor de cabeza al rato de llevarlo. Me haría uno bajo y que se conformara con eso, total, si la bronca llegaba sería al día siguiente porque delante de los invitados no se atrevería a gritarme.

Había que guardar las apariencias de que era una buena jefa y al servicio nos trataba con respeto, ja, que falsedad.

Con el moño hecho y la ropa interior puesta, incluidas las medias, esas tupidas de color negro que daban un calor de muerte y que me harían sudar lo que viene siendo las partes bajas un montón, saqué del armario el fabuloso uniforme que usábamos para los acontecimientos.

Me puse la falda larga y negra que me llegaba hasta las espinillas, pero no penséis que era una de esas de tubo, no, eran para que os hagáis una idea como el faldón del hábito de una monja.

La camisa blanca iba abotonada hasta el cuello y te hacía que en ocasiones tuvieras que meter los dedos para separarla y coger aire de lo apretada que quedaba. La chaqueta negra que también llegaba por debajo del cuello era el final del atuendo, esa también iba abotonada hasta por encima del pecho.

Y como decoración final, una cofia en la cabeza que era tan fea y hortera que te daban ganas de arrancártela al mirarte al espejo y tirarla al primer cubo de basura con el que te cruzaras.

Me puse también los zapatos, esos que, aunque eran más feos que pegar a un padre, al menos no tenían tacón porque eso, sí que habría sido insufrible, eran planos, negros y de velcro como los que llevan los médicos en los quirófanos.

Deje el móvil cargando en la mesilla, total, no lo necesitaría para nada y llevarlo en la falda lo único que haría sería molestarme.

Unos toques en la puerta me avisaron que Sole ya estaba lista y venía a buscarme para que ocupáramos nuestros puestos.

—¿Está usted lista, Sor Prudencia?

Me dijo, riéndose cuando abrí la puerta para reunirme con ella.

—Así es, Sor Soledad.

Le contesté uniéndome a su risa.

—Pues vamos a oír el sermón.

Me dijo, agarrándome del brazo para caminar juntas.

Llegamos al vestíbulo y allí estaba doña Amparo esperándonos, para echarnos la bronca por llegar tarde, seguro, aunque aún faltaban diez minutos para las nueve y seguramente ni uno solo de los invitados sería tan puntual como para aparecer a las nueve en punto.

—Ya era hora, os dije que a las nueve empezarían a llegar los invitados y vosotras hacéis lo que os da la gana y venís cuando os parece.

Nos dijo de muy malas maneras.

—Aún quedan diez minutos para las nueve.

Le contesté, encogiéndome de hombros.

—Eres una insolente, pero que se puede esperar de una ignorante como tú —me contestó, fulminándome con la mirada—. Poneos a ambos lados de la puerta y quiero ver una sonrisa en la cara de oreja a oreja.

Añadió, dando una palmada para apurarnos.

—Como si fuéramos dos gárgolas que custodian la entrada de un castillo —murmuré entre dientes, pero Sole me oyó y tuvo que taparse la boca para no echarse a reír a carcajadas.

—¿Ya ha llegado alguien? —preguntó Zoe, nada más bajar las escaleras acompañada por su sombra, Nina, que si no fuera porque se las veía separadas la gente podría pensar que eran siamesas, donde iba una, allí tenía que estar la otra.

—Aun no, estarán a punto de llegar.

Le contestó su madre nerviosa, mientras se miraba en el gran espejo que había en el vestíbulo.

Ese espejo era como todo lo que había dentro de esa casa que cuando lo veías era para echarte a llorar.

La soga y el caldero, o sea Zoe y Nina se acercaron a ella y las tres se miraron al espejo sonriendo satisfechas con el resultado que reflejaba. Sole y yo nos miramos y las dos pusimos los ojos en blanco pensando lo mismo "aunque la mona se vista de seda, mona se queda".

Porque vaya tela los modelitos que habían elegido. La madre iba un poco más decente que las otras dos, pero su vestido no dejaba de ser dañino para la vista.

Era de un color naranja como fluorescente que al reflejo con la luz del vestíbulo te hacia entrecerrar los ojos.

El de Zoe era color, así como el de la mierda y llevaba una abertura lateral que si hacía un movimiento muy brusco se le veían hasta las bragas.

Y el de Nina, ese era para mirar en cualquier dirección que no fuera ella.

Si lo había elegido para ser el centro de atención esa noche desde luego que lo iba a conseguir, porque tenía un escote que no permitía usar sujetador y a cada paso que daba las tetas le botaban tanto, que se las tenía que sujetar para que no se le salieran del sitio.

Allí en la puerta estuvimos como dos estatuas Sole y yo hasta las nueve y cuarto que llamaron al timbre los invitados más madrugadores que resultaron ser los padres y el hermano de Nina.

Ellos no podían ser más estirados, aunque claro, siendo amigos de Amparo y Eduardo no podía ser de otra manera.

Y el hermano era absolutamente inaguantable y un baboso, a mí me tenía frita. Cada vez que venía a la casa, y daba gracias que no era muy a menudo, siempre andaba detrás de mí, insinuándose.

Y por más cortes que le metía nada, el que el tío seguía ahí pico y pala.

Hasta las diez menos veinte que no llegaron los últimos invitados no pudimos separarnos de la puerta.

En todo ese rato perdí la cuenta de las veces que Sole y yo tuvimos que poner los ojos en blanco, mordernos la lengua para no saltar ante las chorradas que tuvimos que escuchar y las que apretamos los dientes para no echarnos a reír a carcajadas al ver los modelitos que traían algunos.

Terminado el trabajo de gárgolas en la puerta, pasamos al jardín a ayudar a los camareros que habían contratado para la ocasión.

Todos ellos llevaban una bandeja en las manos mientras se paseaban entre los invitados con las bebidas, la comida ya estaba toda colocada en las mesas y de ahí la gente iba cogiendo lo que les apetecía.

Mi función y la de Sole, era ir recogiendo las copas y los platos vacíos que nos íbamos encontrando mientras recorríamos con discreción el jardín.

En uno de esos recorridos me paré en una de las mesas para llevarme dos platos que en sus principios estaban llenos de canapés y ya habían volado. Cuando se celebraban este tipo de fiestas siempre pensaba lo mismo, la gente que acudía o llevaba sin comer una semana o venían aquí a matar el hambre que pasaban en sus casas haciendo dietas imposibles.

Como decía, estaba recogiendo los platos cuando noté que alguien se ponía a mi lado, pero no para coger nada de la mesa sino para mirarme. En un principio pensé que sería el pesado de Mariano, el hermano de Nina, pero era otro pesado, más concretamente, Eloy.

Levante la cabeza y me gire hacia él para ver qué coño quería, pero estuvo unos segundos, bastantes diría yo, mirándome fijamente y repasando todo mi atuendo y por la cara que puso no sabría deciros si estaba a punto de soltar una chorrada, un insulto o echarse a reír a carcajadas.

—No se le ocurra decir ni una sola palabra, bastante he tenido que escucharlo hoy.

Le advertí, mirándolo desafiante.

—No iba a decirte nada, es que estoy impactado con tu atuendo, es difícil de describir.

Me dijo el muy cabrón, esta vez sí aguantándose la risa.

—¿No tiene nada mejor que hacer que venir a reírse de mí? —le pregunté cabreada.

—No me estaba riendo de ti —me contestó poniéndose serio.

—Ya.

Cogí los platos para darme la vuelta y apartarme de él, pero para mí mala suerte llegó Mariano en esos momentos para tocarme la moral.

—Nerea ese uniforme no te hace justicia, si quieres podemos escaparnos un rato y te ayudo a quitártelo.

Señor, dame paciencia, pensé antes de resoplar.

—Tú no te cansas nunca de incordiar, con todas las invitadas que hay, tienes que venir a darme a mí la paliza. ¿Por qué no te vas a dar una vuelta? Seguro que hay alguna lo bastante desesperada para querer cazarte —le contesté.

Oí perfectamente como Eloy tosía a mi lado ocultando la risa al oír mi contestación y volví la cabeza para fulminarlo con la mirada.

—Las demás no son tú, ellas serán esposas algún día, pero para un polvo rápido tú eres la mejor opción.

Me dijo mirándome de una manera que me dio un asco que podría haberle vomitado encima.

—Mariano, tu padre te busca, deja de molestar al servicio, están haciendo su trabajo y dentro de él no está aguantar impertinencias de nadie.

Le dijo con la voz imponente que ponía Nico cuando se enfadaba, al que yo no había visto llegar porque estaba de espaldas.

—Pues deberían de ampliar sus tareas y entretener a los invitados.

Le contestó con chulería el muy gilipollas.

—Sí mi sobrino no te salta los dientes de una hostia lo hare yo. Las mujeres no son ganado, hay que respetarlas a todas, independientemente de en lo que trabajen. Así que te aconsejo que te largues si mañana no quieres gastarte la paga que te dé papá por ser un parasito en el dentista.

La contestación de Eloy sí que no me la esperaba, y no fue solo lo que dijo sino la autoridad con lo que lo dijo.

No alzo la voz, pero tampoco hizo falta, solo con esas palabras amenazadoras y la mirada que le echó a Mariano, hizo que este tragara saliva y se diera la vuelta sin decir nada más.

—Gracias por la ayuda, a los dos, pero no era necesario, estoy acostumbrada a las bobadas y los comentarios de ese gilipollas. Es un bocazas, pero totalmente inofensivo —le dije a los dos sin mirar a ninguno.

—¿Esto ha pasado más veces? —me pregunto Eloy, apretando los dientes.

—Más de las que me gustaría recordar y no solo con él. La gente con dinero piensa que los pobres nos vendemos a la primera de cambio —le contesté encogiéndome de hombros.

—Si me disculpáis tengo que seguir con mi trabajo.

Añadí antes de marcharme cargada de platos.

No me marché enfadada ni mucho menos, era verdad lo que le había contestado a Eloy.

Desde que llegué a esa casa y empecé a trabajar ayudando en las tareas de la casa, en todas las fiestas que se habían celebrado como estaba haciendo esta noche, había tenido que aguantar todo tipo de comentario, insinuaciones y peticiones.

Unas menos ofensivas y otras totalmente asquerosas, incluso alguna vez había tenido que parar a algún hombre que tenía las manos demasiado largas.

Pero como todo en esta vida se aprende a base de palos. El primer día me quede callada, el segundo contesté cortada, pero de ahí en adelante ya no me calle más.

Capítulo 18

La velada fue avanzando mientras yo seguía con mi trabajo sin volver a hablar con nadie.

De vez en cuando me paraba unos segundos para observar a la gente que estaba allí reunida.

Todos sonreían con una copa en la mano o disfrutando de los maravillosos platos, no tanto como los que hacía Sole, porque esos eran inigualables, pero no estaban mal.

Si te quedabas mirando unos segundos podrías pensar que todo era perfecto, demasiado quizás.

La gente hablaba, sonreía e incluso algunos se permitían bromear, demasiado perfecto para ser real, porque debajo de toda esa fachada, oculta bajo vestidos caros y sonrisas impostadas estaba la verdadera realidad, la hipocresía y la falsedad de todos ellos.

Siendo parte del servicio siempre oyes y ves cosas que para el resto pasan desapercibidas, o quizá no tanto y eran unos expertos en mirar para el lado que les convenia.

Aunque solo hacía falta ser un poco observadora para enterarte de ciertas cosas y yo había aprendido a serlo de la mejor, Sole.

No había nadie como ella para enterarse de todos los cotilleos interesantes que pasaban en esas veladas, siempre discreta, siempre atenta, pero siempre presente donde estaba el chisme.

En esa velada había de todo, mujeres amargadas por estar atrapadas en un matrimonio seguramente impuesto por su posición, esas sonreían por inercia, pero sus sonrisas nunca llegaban a sus ojos, eran las que más pena me despertaban o quizá no tanta si lo que tenían lo habían aceptado por vivir una buena vida, aunque no fueran felices.

También había otras enamoradas de sus maridos, solo había que verlas como los miraban, pero en la mayoría de los casos no eran correspondidas, bien porque ese matrimonio había sido un acuerdo o porque habían dejado de quererlas o se les había cruzado en su camino una mujer con la mitad de años, y el doble de ambición.

Fuera como fuese en noventa por cierto de los presentes no eran felices con sus vidas, aunque quisieran aparentar que sí, estaba claro que el dinero no da la felicidad y ver a toda esa gente allí era buena prueba de ello.

La comida se fue terminando y en las mesas apenas quedaban cuatro platos que seguían teniendo comida, pero como siempre se hacía no se retirarían hasta que la fiesta no hubiera terminado por si algún hambriento de última hora quería comer algo entre copa y copa.

El champan seguía estando presente, no lo había dejado de estar en ningún momento de la noche. El vino también estuvo, como no podía ser de otra manera, todos los que se sirvieron eran caros y de cosechas exclusivas. Aunque en ese momento de la noche en el que la gente ya había cenado, los camareros ya habían sacado hacia rato, las bebidas más fuertes.

En una barra montada especialmente para ello, se servían cocteles con nombres impronunciables, sobre todo para las mujeres.

Y para los hombres lo más reclamado era el whisky, el bourbon y vodka, todos los más caros que había.

Aunque en la barra, por supuesto, había muchas más bebidas, más de las que se puede ver en un bar cualquiera. Sería una completa vergüenza para los anfitriones que uno de sus invitados pidiera algo que no tenían.

Todo en esa fiesta era un derroche de dinero insultante, desde la comida que, aunque estaba rica y era muy apetecible a simple vista, eran mezclas imposibles que te hacían quedarte con un sabor indescifrable en la boca y con hambre, eso también.

Porque muy bonito para mirarlo, sí, pero para llenar el estómago te tenías que comer al menos veinte canapés y eso solo como entrante.

La cantidad de dinero en bebidas era otra de las cosas que nunca llegaría a entender, si alguien pide algo y no lo hay pues pides otra cosa y ya está, pues no, eso no podía ser.

Luego estaba la orquesta que habían contratado para esa noche y a la que seguramente habrían pagado un pastón para amenizar el ambiente desde que los primeros invitados habían tocado el césped del jardín. Por lo menos era música suave que invitaba a estar relajado mientras charlabas.

Las conversaciones allí por donde pasaras eran todas parecidas. Entre los grupos de hombres hablaban de negocios, del coche nuevo que tenían pensado comprarse, del partido de pádel que tenían pendiente con fulanito o menganito o de algún pobre desgraciado que se había arruinado.

Las conversaciones de las mujeres ya era otro cantar, entre ellas los negocios no se tocaban jamás.

Ellas hablaban de: tratamientos de belleza, de moda, del próximo viaje que harían, o de la estupenda tarde de compras que habían tenido recientemente, gastándose cantidades indecentes de dinero en trapos que lo mismo nunca llegaban a ponerse.

Pero entre todas las conversaciones siempre había una que era la estrella y la más utilizada en cualquier reunión de todos esos ricos hipócritas, ¿cuál?, pues muy sencillo, criticar a cualquiera que estuviera presente mientras esa persona estaba en la otra punta del jardín, o de otras personas que no habían asistido por cualquier circunstancia, a esas las vestían de limpio y se despachaban bien a gusto.

Desde la puerta de la cocina que daba al jardín donde me había parado unos segundos a descansar, porque a esas alturas del día ya estaba reventada de cansancio, me quedé observándoles a todos unos momentos.

Mi mirada sin ordenárselo siquiera busco como no podía de ser de otra manera a Nico.

Estaba en una parte central de jardín hablando con su padre y otros dos hombres que seguramente serían empresarios como ellos con los que ya tenían negocios o pensaban tenerlos.

Eduardo nunca daba puntada sin hilo y a esa fiesta nunca invitaría a nadie del que no pudiera sacar beneficio de una manera u otra.

Me fije bien en Nico y su cuerpo estaba en tensión, nunca le había gustado este tipo de fiestas, ya me lo había dicho en muchas ocasiones, que nada le gustaría más que poderse librar de ellas porque le aburrían mortalmente.

Fruncí el ceño al observarlo más atentamente porque su postura no era de aburrimiento, era de nerviosismo y su mirada era la de alguien que parecía que en breve le iban a sentenciar a muerte, y por si eso no fuera poco para que mi preocupación aumentara pensando que podría pasarle, en sus manos tenía una copa con lo que parecía whisky y Nico en raras ocasiones bebía y mucho menos bebidas tan fuertes.

—¿Qué miras con tanta atención?

Me susurró Sole cuando se puso a mi lado, ya la había visto venir por el rabillo del ojo por eso no me asusto.

—A Nico, míralo, le pasa algo —le contesté preocupada.

Sole se puso a mi lado y pasó la mirada por todos los invitados hasta que dio con él. Se quedó unos segundos observando cómo había hecho yo y la vi como fruncía el ceño.

—Está nervioso y está bebiendo, eso no es normal.

Me susurró para que nadie que pasara por allí de casualidad la oyera.

—Eso pienso yo, nunca le había visto así.

—Sí sabe que su padre, esta noche le va a nombrar Ceo es normal que esté nervioso, es mucha responsabilidad.

Dijo Sole en voz alta, lo mismo que se me estaba pasando a mí por la cabeza en esos momentos.

—Son casi las doce de la noche no creo que Eduardo tarde mucho más en anunciar lo que sea que vaya a decir, si es que hay algo, claro. Lo mismo esta fiesta es solo una más y no tienen nada que anunciar

Añadió Sole, encogiéndose de hombros.

—Puede ser, pero algo me dice aquí dentro —le dije llevándome la mano al corazón —que no es así. Esta fiesta se ha hecho para anunciar algo, estoy segura de que en breve nos enteraremos, como has dicho son las doce. Algunos invitados tienen cara de cansancio y en nada empezaran a marcharse.

Le dije, antes de volver a salir al jardín para seguir recogiendo.

Capítulo 19

Sole y yo allí mismo en la puerta de la cocina nos quedamos unos minutos más observando lo que pasaba en todo el jardín.

Las risas y las conversaciones seguían como si afuera de esa casa y ese horrible jardín no existiera nada más.

Tan solo unos minutos después vimos como con un gesto casi imperceptible, aunque no para nuestros ojos, porque esos estaban muy atentos sin perderse ningún detalle de lo que teníamos delante, Amparo le hizo un gesto con la cabeza a Eduardo.

Con ese simple seña, Eduardo le susurró algo a Nico para que solo él lo oyera, ya que aun seguían en compañía de los dos hombres con los que estaban hablando desde hacía ya largo rato.

No hubo respuesta por parte de Nico, al menos no verbal, porque la tensión de sus hombros, el asentimiento de cabeza y el gesto de tragar saliva que Sole y yo vimos, nos indicó que esa era respuesta suficiente a lo que fuera que le había dicho su padre y que no le había gustado nada lo que oyó.

Eduardo y Nico les dijeron algo a los dos hombres y estos se marcharon con un asentimiento cabeza.

En lo que ellos se iban, llegaron junto a padre e hijo, Amparo, Zoe y Nina.

Y para nuestra sorpresa dos segundos después se unieron a ellos los padres de Nina y el pesado de su hermano.

Los ocho bastante sonrientes, bueno no todos porque la cara de Nico era la de una figura tallada en piedra, no podía estar más serio y hasta parecía estar pálido, o al menos eso me parecía desde donde yo estaba apoyada observando sus movimientos.

Como decía los ocho empezaron a caminar mientras hablaban en susurros hasta el escenario que estaba montado en la parte derecha del jardín.

Cuando todos subieron los músicos dejaron de tocar y eso hizo que todos los invitados sin excepción miraran hacía allí.

—¿Qué está pasando?

La pregunta no vino de Sole que seguía a mi lado, sino de Eloy, que en dos segundos se había unido a nosotras al salir de dentro de la cocina a la que, a saber, para que había entrado.

Ni tiempo ni ganas tenía de pensar en ello, bastante tensión se estaba acumulando en mi cuerpo viendo lo que tenía delante, como para preocuparme de bobadas sin importancia.

—Pues si no lo sabe usted, nosotras menos.

Le contesté sin ni siquiera girarme para mirarle, no podía apartar la mirada del escenario.

—No tengo la menor idea de lo que tienen pensado decir o hacer.

Añadió, mirando con atención como estábamos haciendo nosotras hacia el escenario.

—Si van a anunciar que Eduardo pasa el testigo a Nico y le nombra el nuevo Ceo de la empresa como creíamos, ¿qué pintan los demás ahí arriba? —preguntó Sole, frunciendo el ceño.

—No creo que sea eso —dijo Eloy bastante convencido.

—Y si no es eso, ¿qué puede ser?

Preguntó Sole, pero no a él, sino más como si se lo estuviera preguntando ella misma.

—En unos momentos nos enteraremos, mi hermano acaba de coger un micrófono —añadió Eloy.

Efectivamente y como Eloy acababa de decir, Eduardo había cogido un micrófono que le había dado uno de los componentes de la orquesta y con él en la mano se puso en el centro del escenario.

A su derecha estaba Amparo y al lado de esta Zoe. En el lado izquierdo de Eduardo estaba Nico y su lado Nina, a la que seguían a su otro lado su familia. Con una sonrisa de triunfo en sus labios el anfitrión de la noche acercó el micrófono a su boca.

—Buenas noches a todos, lo primero que quiero hacer, es agradeceros a todos que estéis aquí acompañándonos a mí y a mi familia en una noche tan muy especial para nosotros —hizo una pausa cuando la mayoría de los invitados aplaudió para agradecerle sus palabras—. *El motivo de celebrar esta fiesta aparte de para pasarlo bien, como lo hacemos en todas, es uno que me llena de orgullo y por el que tanto yo, como mi mujer estamos muy contentos. Quiero haceros participes a todos y anunciaros que mi hijo y su novia Nina, están oficialmente comprometidos desde esta misma noche y que se casaran en seis meses…*

Los vítores y aplausos que siguieron a las palabras de Eduardo retumbaron en mis oídos como si una bomba acabara de explotar en el jardín.

—Dios mío…—dijo Sole, acompañado de un jadeo.

—¿Qué coño…? —preguntó Eloy, a saber, a quién.

—No puede ser…—dije, agarrándome al marco de la puerta para no caerme.

Mientras decíamos cada uno una frase acompañada de nuestra cara de incredulidad no había podido apartar la mirada del escenario y lo que pasó a continuación hizo que mi corazón se rompiera en mil pedazos.

Nico después de las palabras de su padre, mientras de fondo sonaba la algarabía de la gente, agarró a Nina por la cintura y le dio un beso en los labios que al parecer quería que fuera corto por el sitio en el que estaban tan rodeados de gente.

Pero ella no parecía pensar lo mismo porque lo agarró de la nuca y prolongó el beso todo lo que pudo, aunque lo peor de todo no fue eso, sino que él no se apartó ni la paró, sino que le siguió el beso con las mismas ganas que ella puso.

No pude apartar la mirada de ellos mientras veía como se besaban, fue algo superior a mis fuerzas. Era como si necesitaba memorizar ese momento para dejarlo grabado en mi memoria para que me recordara durante el resto de mi vida el momento justo en el que mi futuro junto al hombre que quería se acaba de ir a la mierda.

Cuando se separaron el uno del otro, Nico lo primero que hizo fue repasar con su mirada a toda la gente buscando con insistencia con sus ojos.

Eran los míos los que buscaba, lo tuve claro cuando su mirada se paró en mí y me miró con arrepentimiento, vergüenza y culpa.

Le mantuve la mirada unos segundos para devolverle parte de las emociones que estaba sintiendo en ese momento, dolor era lo que más, pero también mis ojos le trasmitieron traición. Esa que él mismo había provocado a mi corazón.

No puse soportar seguir mirándolo más tiempo, me sentía tan rota, tan traicionada y dolida que aparté mi mirada para que se diera cuenta del daño que acababa de hacerme. No era solo por el hecho de que me fuera a abandonar para casarse con otra mujer sino la manera que había tenido de decírmelo.

Por la manera en la que se habían besado tuve claro que no era la primera vez que lo hacían y eso significaba que llevaba tiempo engañándome.

Podía habérmelo dicho antes y no dejar que me enterara de esta manera sabiendo lo mucho que me iba a doler, a mis ojos solo había en esos momentos una palabra para definirlo, cobarde.

Las lágrimas sin pedir permiso empezaron a formarse en mis ojos a la vez que mi respiración empezó a acelerarse y mi corazón que parecía haberse parado momentos antes, empezó a bombear como una locomotora. Ya había pasado por ese estado alguna vez al poco de morir mi madre y sabía perfectamente lo que me pasaba, me estaba dando un ataque de ansiedad.

Capítulo 20

—Nerea, cielo, respira.

Me dijo Sole, sujetándome por la cintura al ver cómo me tambaleaba.

—No…no pue…do.

Le contesté, arrastrando las letras porque no podía ni hablar.

—¿Qué le ocurre?

Oí que le preguntaba Eloy con voz preocupada.

—Le está dando una crisis de ansiedad —le contestó Sole, intentando agarrarme más fuerte.

—No quie…ro que me ve…an así, no pueden ver…me —dije como pude.

Lo siguiente que pasó no me lo esperaba y me pilló totalmente desprevenida. Mis pies se despegaron del suelo como si un vendaval me hubiera levantado.

Pero cuando abrí los ojos que había cerrado momentos antes, me di cuenta de lo que pasaba. Eloy me había cogido en brazos y caminaba con paso ligero pasando por la cocina en dirección al pasillo que daba a nuestras habitaciones.

Por el rabillo del ojo vi que Sole signaba y eso me extraño, así que giré un poco la cabeza que tenía pegada al pecho de Eloy y vi que la niña Leire que al parecer estaba en la cocina y había visto como había estado a punto de caerme nos seguía con la cara desencajada.

—Tumbala en la cama por favor —le pidió Sole a Eloy.

Él, con mucha delicadeza me tumbó como le había pedido Sole y acomodó la almohada detrás de mi cabeza para que estuviera más cómoda.

—Bebe un poco de agua cariño.

Me pidió Sole, poniéndome un vaso medio lleno que había cogido de la mesa que tenía en mi habitación donde siempre había una botella y un vaso por si me apetecía por la noche, no tener que estar saliendo a la cocina.

Leire al ver como estaba y sabiendo que no podía signar en esos momentos no hizo intento de preguntarme nada, pero su gesto me valió para saber lo mucho que me quería igual que yo a ella.

Se sentó a mi lado y empezó a acariciarme el pelo con movimientos muy lentos, queriendo tranquilizarme, y para asombro de todos, gracias a esas caricias llenas de ternura que me dio con una mano mientras con la otra me agarró mi propia mano para transmitirme que estaba allí conmigo sujetándome y que no me iba a dejar, conseguí que mi respiración empezara a calmarse y que mi corazón descendiera las pulsaciones.

Así estuvimos varios minutos bajo la atenta mirada de Sole y Eloy, que no nos quitaron ojo en ningún momento.

Sole nos miraba emocionada conteniendo las lágrimas y Eloy a su sobrina la miraba con orgullo y admiración por la entereza y madurez que demostró ayudándome de la manera que ella creyó que era la mejor, con paciencia y cariño.

Y a mí me miró con ternura, pero también con pena, seguramente pensando en lo que acababa de pasar en el jardín.

—Ya estoy mejor, gracias a los tres.

Les dije con una media sonrisa que, aunque no me llego a los ojos no pude dejar de dárselas por lo bien que se estaban portando conmigo.

—¿Podéis decirme que ha pasado?

Les preguntó Leire a su tío y a Sole.

Eloy me miró como pidiéndome permiso para ser él quien pusiera al tanto a su sobrina, yo asentí con la cabeza y con eso le bastó para empezar a contarle a Leire todo lo que había pasado en ese escenario que se había convertido minutos antes para mí en una autentica sala de tortura, por la cantidad de golpes que había recibido viendo lo que pasó allí.

—¿Pero cómo va a casarse con esa petarda, si es tonta del culo? —dijo Leire enfadada.

—Pues eso mismo pensamos todos —dijo Sole indignada.

—¿Cómo coño puede hacerte esto? Como ha podido engañarte así, joder, Nico te quiere, yo misma he visto cómo te mira y eso no se puede ocultar, los ojos no mienten.

Añadió Sole, cada vez más enfadada y ya tenía que estarlo porque ella rara vez decía palabrotas y en una frase había dicho dos.

—Yo no le he visto muy contento que digamos, aquí hay algo que no cuadra —dijo Eloy pensativo.

—Sea como sea, lo que está claro es que se va a casar.

Les dije aguantando otra vez las lágrimas que ya había conseguido que dejaran de salir momentos antes.

—¿Qué vas a hacer?

Me preguntó Sole preocupada y las tres cruzamos una mirada pensando lo mismo.

En esa casa y con lo que acababa de pasar no podía quedarme, en poco más de un mes mi embarazo ya no se podría ocultar y eso era algo que me preocupaba bastante.

Si Nico se casaba con esa mujer que era puro veneno no quería que mi hijo tuviera ningún contacto con ella. Aparte de que sería insoportable para mí tenerles que ver juntos a diario.

Y todo eso sin contar los innumerables desprecios que mi hijo recibiría por parte del resto de la familia. No, ni hablar, tenía que largarme de allí, pensé.

—¿Qué está pasando?

Preguntó Eloy al darse cuenta de la mirada que nos echamos las tres.

—Nada.

Dije demasiado rápida y eso fue una cagada por mi parte porque hizo que se pusiera más alerta todavía.

—No me mientas, que estáis ocultando.

Respondió cabreado, cruzándose de brazos.

—¿A usted que más le da?, lo que sea que pase es problema mío.

Le contesté antes de levantarme de la cama para ir hasta mi armario y abrirlo de par en par.

Leire me toco en el hombro para que me girara y la mirara para poder hablarme, pero cuando vio que mi cara ya estaba otra vez llena de lágrimas no dijo nada, solo me abrazó para consolarme.

Mi cabeza era un torbellino de emociones, ya no solo podía pensar en la traición de Nico, sino en lo que sería de mí y de mi hijo.

No tenía dinero para marcharme lejos y los trabajos no caían del cielo, por mucha suerte que tuviera tardaría tiempo en encontrar uno. Tiempo que no tenía. Pensar en todo eso me estaba agobiando muchísimo.

Cuando estuve un poco más tranquila me separé de Leire y ella misma me seco las lágrimas que me quedaban en las mejillas.

Le di un beso en las mejillas antes de separarme del todo y la miré con agradecimiento por ser tan cariñosa conmigo, no sabía ni ella ni nadie lo bien que me había venido en ese momento el abrazo que me dio.

En esos momentos me acorde de mi madre, si todos los días la echaba de menos, ahí, mirando la maleta que tenía guardada encima del armario mucho más.

Esa maleta llevaba allí desde que nuestra vida cambio cuando decidimos venir a Madrid y no la había vuelto a utilizar, pues mira tú por donde la usaría para marcharme y empezar una nueva vida en otro lugar como hicimos mi madre y yo nueve años atrás.

—¿Nerea, dónde vas a ir?

Me preguntó Sole, acercándose a mí al ver que sacaba la maleta.

—No tienes dinero, tendrás que buscar un trabajo y no creo que nadie te lo de.

Dijo Leire y Sole asintió dándole la razón.

—No puedo quedarme, lo sabéis también como yo, lo despreciaran y eso sí que no pienso permitirlo.

Les dije a las dos con la voz ahogada por la rabia que estaba sintiendo en esos momentos.

Nico con sus actos no solo me había condenado a mí, sino también a su propio hijo, aunque no supiera de su existencia.

—¿A quién despreciaran?

Preguntó el mayor cotilla de todo el reino.

—¡A mi hijo!

Le grité, harta ya de todo y pagando con él mi frustración, que puede que no se lo mereciera, pero es que ya no sabía ni lo que hacía del estado de nervios en el que estaba.

—¿Estás embarazada? Y aun así el gilipollas de mi sobrino va a casarse con esa arpía.

Dijo cabreado, pero cabreado de verdad porque sus ojos al oírme chillarle eran pura tormenta, llenos de ira.

—Nico no lo sabe, iba a contárselo cuando pasara la fiesta, las tres pensamos que lo que iban a anunciar era su nombramiento como Ceo.

Le explicó Leire a su tío, porque yo no quería seguir dándole explicaciones tenía que decidir adónde ir y no podía perder más el tiempo.

—Puede ser que casarse con Nina sea la condición que le ha puesto mi hermano para darle el puesto.

Dijo Eloy pensativo.

Las tres nos miramos y supimos en ese momento que había dado en el clavo con su suposición. Lo que había pasado era algo que se había cocido a fuego lento.

Me podía imaginar que Amparo, Zoe y Nina que siempre había estado detrás de Nico de alguna manera habían convencido a Eduardo para que le pusiera la condición de casarse para conseguir el puesto que tanto deseaba y no había podido negarse.

Pero, aunque eso fuera cierto, lo que dolía y mucho es que, sí, el puesto era importante, pero lo había elegido por encima de mí y eso era algo que yo jamás hubiese hecho. El amor que yo sentía por él iba por delante de cualquier cosa.

—El amor debería ser lo primero, tenía que haberla elegido a ella.

Dijo Leire disgustada.

—No podemos juzgarle sin saber de verdad lo que ha pasado, en esta vida no siempre se puede tener todo lo que se quiere. Hay elecciones que hay que hacerlas con la cabeza y no con el corazón.

Le contestó Eloy intentando defender a su sobrino y eso también dolió, porque ahí me di cuenta de que pasara lo que pasase ese hombre siempre se pondría de parte de su familia.

Pero claro, que podía esperar de él, a pesar de saber que había estudiado, para él siempre seguiría siendo la chica del servicio.

Sole se adelantó con el ceño fruncido para contestarle, pero negué con la cabeza para que no lo hiciera, total para que gastar saliva a lo tonto.

Cogí la maleta y la abrí encima de la cama para empezar a meter las pocas cosas que tenía, pero no llegué a meter ni una porque unos golpes en la puerta anunciando que alguien había llegado me hicieron pararme en seco.

En ese momento un miedo atroz me recorrió el cuerpo, si era Amparo que venía a ver porque me había ausentado de la fiesta y nos veía ahí a todos, sabría de inmediato que algo pasaba y eso no traería nada bueno.

Con las manos Sole me pidió calma y fue ella la que se acercó a la puerta para abrir, dejó la puerta entreabierta para quien estuviera afuera no nos viera y sacó la cabeza para hablar.

—¿Qué quieres? —le preguntó a quién estaba fuera.

—Necesito hablar con ella —le contestó Nico y al oírlo mi cuerpo se tensó de inmediato.

¿Como se había atrevido a venir a mi habitación con el panorama que había fuera?, me pregunté.

—Deberías volver a la fiesta Nicolas, a tus padres no les gustara que dejes sola a tu prometida.

El tono irónico de Sole y la mala leche con la que se lo dijo, si hubiéramos estado en otras circunstancias me hubiera hecho reír, pero no estaba el asunto como para tal cosa.

—Me da igual, necesito verla ahora, por favor.

La manera en la que rogó con tanta amargura en su voz, hizo que Sole se ablandara y abrió del todo la puerta.

Cuando Nico entró si se sorprendió de ver a su tío y a su hermana allí no dijo nada, es más, ni los miró.

En esos momentos solo tenía ojos para mí.

Capítulo 21



Sole, Eloy y Leire dudaron unos segundos cuando Nico entró en la habitación y me preguntaron todos con la mirada si estaría bien quedándome con él a solas.

Qué remedio me quedaba, aunque las cosas no fueran a cambiar, necesitaba respuestas.

No pensaba quedarme sin saber por qué Nico me había traicionado así, asentí con la cabeza y los tres, aunque un poco reticentes salieron de la habitación.

—¿Qué hacían todos aquí?

Me preguntó, apoyándose en la pared, al parecer ni se atrevía a acercarse a mí.

—¿En serio, eso es lo primero que me vas a preguntar? Lo tuyo no tiene nombre.

Negué con la cabeza con amargura.

—Nerea…

Se levantó de la cama como si estuviera agotado.

—Ni Nerea ni nada —le dije enfadada —¿A qué has venido?

Pregunté, cruzándome de brazos delante de él para que viera el cabreo que tenía.

—Quería explicarme y decirte que te quiero —me dijo a media voz.

De mi garganta salió una risa amarga que no pude contener.

—Después de lo que me has hecho presenciar hace un rato tienes el valor de venir aquí a decirme que me quieres, no se puede ser más cínico de verdad te lo digo.

Negué con la cabeza.

—Es la verdad, eso no quiero que lo dudes nunca, para mí no hay otra mujer que pueda ocupar mi corazón más que tú.

Me dijo antes de levantarse para agarrarme la mano, pero yo fui más rápida y la retiré a tiempo.

—Pero aun así vas a casarte con otra. ¿Tú te estás oyendo lo contradictorio que suenas?

—No he podido negarme, si lo hacía me quedaría sin lo que siempre he querido.

Me dijo, pasándose las manos por la cara con cansancio.

Y ahí estaban mis sospechas confirmadas, le habían puesto entre la espada y la pared para darle el puesto de Ceo.

—Cuando te cases con ella, tu padre te dará el puesto de Ceo, no antes, ¿verdad?

Le pregunté sabiendo de sobra la respuesta, pero queriendo que me lo confirmara.

—Así es.

Confirmó.

—Pues enhorabuena, por fin vas a conseguir un cargo que nunca he puesto en duda que era tuyo por derecho y por el que has trabajado mucho para conseguirlo. Pero también has perdido —le contesté.

—¿El qué? —me preguntó confuso.

—El qué, no, a quien. A mí, me has perdido a mí.

Le aclaré y me miró con los ojos como platos al ver la rotundidad de mis palabras.

—No, por favor, no quiero perderte, no puedes dejarme, yo te quiero —dijo y me quedé a cuadros.

¿Pero qué coño me estaba contando? ¿Que pretendía, que fuera la otra, la amante?

—Pretendes seguir conmigo mientras te casas con otra. Quieres que sea la otra, que sigamos llevando la relación a escondidas y me convierta en tu amante, ¿es eso lo que me estás diciendo?

Le pregunté para estar segura y que fuera el mismo quien lo dijera en voz alta.

—Solo sería por un tiempo y …

No lo deje ni terminar la frase porque en esos momentos el dolor que había sentido en el jardín con lo que me estaba proponiendo se estaba convirtiendo en pura rabia y estaba a nada de abofetearlo.

—Mira Nico, te quiero con toda mi alma, pero no voy a tragar con esto. ¿Tú lo harías? ¿Serias capaz de mirar hacia otro lado y soportar a diario verme besarme con otro, saber que me acuesto con otro, verme casándome con otro? ¡Dime! ¡¿Lo harías?!

Le pregunté alzando la voz por lo alterada que estaba.

No se atrevió a contestarme, pero sus ojos me lo dijeron todo, en ellos había un rotundo no.

—Contéstame una cosa que necesito saber —le pedí y el imaginándose lo que quería saber trago saliva y asintió para que siguiera hablando —¿Desde cuando estás con ella? ¿Y hasta dónde has llegado?

Mis preguntas le hicieron cerrar los ojos, no supe si por vergüenza, por arrepentimiento o porque sabía que lo que me iba a decir me iba a acabar de rematar y no quería verlo.

—Desde hace cinco meses y hasta el final.

Susurró, antes de echarse a llorar.

A llorar, se echó a llorar como un crio pequeño dejándome a cuadros ¿Os lo podéis creer?

Acababa de confesarme que llevaba cinco meses siéndome infiel con la mujer con la que se iba a casar obligado (según él, claro) y con la que se había acostado a la vez que conmigo, cosa que me produjo en ese momento un asco impresionante.

Y tenía los santos cojones de echarse a llorar. ¿Qué tenía que haber hecho en esos momentos, consolarlo?

Pues lo sentí mucho pero no pude hacerlo, estaba demasiado herida para empatizar con él.

—Cuéntame todo.

Le pedí, antes de sentarme en una de las sillas que tenía en la habitación.

Tardo unos minutos en calmarse y mientras tanto, solo lo miré con los brazos cruzados, esperando que arrancara a hablar de una vez.

—Hace cinco meses mi padre me llamó a su despacho, cuando llegué allí estaba también mi madre. Los dos me dijeron que estaban muy orgullosos de todo lo que había trabajado para ser el siguiente Ceo de la empresa cuando mi padre lo dejara. En esos momentos no te imaginas lo bien que me sentí, no solo porque ya era un hecho que me darían el puesto, sino porque por fin pensé que en cuanto eso estuviera hecho lo nuestro dejaría de ser un secreto y por fin podríamos cumplir todos nuestros sueños y hacer todo lo que teníamos planeado.

—Pero el nombramiento tenía una condición, ¿no? —le pregunté cortándole.

—Así es, en un principio, cuando mi madre me dijo que antes de tener el puesto tenía que casarme, porque de cara a la gente de nuestro entorno era lo mejor para hacerme parecer un hombre más serio y responsable, me negué en rotundo.

Yo quiero casarme contigo y si les decía eso sabía perfectamente que no habrían aceptado.

Le dije bien claro que no tenía pensamientos de casarme, porque no estaba enamorado de nadie, ni salía con nadie para que eso pudiera pasar en un futuro cercano. Me pareció lo mejor en ese momento para salir del paso.

—Pero lo que no esperabas es que ya tuvieran elegida a la mujer que iba a ocupar ese puesto, ¿no?

En su círculo como él lo llamaba los matrimonios por conveniencia eran de lo más normal, pocos matrimonios eran por amor, la mayoría eran negocios.

—Exacto, y no solo es que ya la tuvieran elegida, es que Nina estaba totalmente de acuerdo. Sabes que siempre ha estado detrás de mí, así que está más que encantada con la idea y mi hermana, más encantada aún porque su amiga será también su cuñada.

Siguió contándome todos los argumentos que le habían dado sus padres para convencerlo.

Que si era un buen partido, que si la conocían perfectamente y era la mejor candidata para ser la esposa perfecta de uno de los Ceos más importantes del país, que es en lo que se convertiría Nico cuando le dieran el cargo.

Nina era elegante, sabía comportarse en público, era discreta, y sería una magnifica anfitriona cuando tuvieran que dar fiestas como las que daban ellos, porque la propia Amparo, se había encargado de enseñarle todo eso para que cumpliera su papel a la perfección.

Cuando me dijo eso último me pregunté si es que era tan iluso como para pensar que esto era algo que había surgido recientemente, porque estaba claro que todo esto llevaba planeándose mucho tiempo, lo que pasa es que habían esperado el momento oportuno para que él no pudiera negarse y chantajearlo con el puesto. Porque eso era un chantaje en toda regla y quien no lo viera es que estaba ciego.

—¿Así que aceptaste?

Le pregunté, más decepcionada a estas alturas de la historia que enfadada.

—No me quedó más remedio, mi padre no me lo dijo con estas palabras, pero no hizo falta: "o pasaba por el aro o no había puesto". Así que acepté, prometiéndome a mí mismo que cuando tuviera el cargo en mis manos, entonces y solo entonces me enfrentaría a ellos y los mandaría a la mierda incluida a Nina, por la que no siento nada, por si tienes alguna duda.

Me dijo mirándome para que viera la sinceridad en sus palabras y era verdad que era sincero, pero no por eso dolía menos.

—Aun así, te has acostado con ella.

Afirmé, dejándole claro lo mucho que eso me dañaba.

—Si no lo hubiera hecho no habría sido creíble, al principio solo salíamos, charlábamos, nos conocíamos vaya. Pero pasó el tiempo y ya no pude demorarlo más, habría sido extraño que no quisiera acostarme con la mujer que me voy a casar. Pero te juro que a la única a la que quiero y la única que está en mis pensamientos y en mi corazón eres tú, Nerea, siempre has sido tú y siempre lo serás.

—Yo también te quiero más que a nadie, pero lo siento, no voy a ser la otra, ni puedo, ni quiero —le dije con rotundidad.

—Lo comprendo, pero te juro que cuando sea Ceo, me divorciaré y entonces podremos estar juntos como teníamos planeado y formaremos una familia como siempre hemos querido los dos.

Ese era el problema, aunque él no lo supiera. Que la familia que íbamos a formar se había adelantado y nuestro hijo no podía esperar y estar oculto hasta que, a él, su querido padre le diera el puesto que merecía, pero tragando con todo lo que le exigían.

—Dime que me esperarás.

Me rogó, poniéndose de rodillas delante de mí y agarrándome las manos para besármelas.

—No puedo prometerte algo que no se si seré capaz de hacer, ahora mismo estoy rota. No solo por lo que ha pasado, sino porque deberías habérmelo contado desde el principio, no me dejaste elegir Nicolas. Tú has elegido tragar para conseguir lo que quieres, pero a mí no me diste la opción de decidir si quería ser parte de este circo en el que se ha convertido tu vida. Preferiste callar y hacerme daño por cobardía. Pero ahora si voy a elegir, elijo irme, no quiero tener que ver y sufrir cada día como estás con ella

—Lo entiendo, pero te juro que cuando esto termine iré a buscarte allá donde decidas irte y te rogaré de rodillas si hace falta hasta que me perdones y vuelvas conmigo. No quiero perderte y voy a luchar lo que haga falta para tener la vida que planeamos juntos.

Sus palabras sonaron firmes, sinceras y con rotundidad.

No hubo ni pizca de duda en su voz y eso hizo que se me ablandara un poco el corazón, porque no solo fueron sus palabras sino el amor con el que me miraba.

Y quise creerlo, de verdad que sí, quise creer que después de todo, podríamos conseguir nuestro final feliz.

Pero algo dentro de mí me decía que no cediera tan fácilmente y le hice caso, puede que lo hiciera mal, pero hice lo que sentí en ese momento que era lo correcto. Solo el tiempo diría si me había equivocado.

—No puedo prometerte que todo se arreglará, porque ahora mismo soy incapaz de hacerlo. Lo único que puedo decirte es que mi puerta no está cerrada del todo. Cuando todo acabe, ya veremos lo que pasa. No es un sí, pero tampoco es un no —le dije, explicándome lo mejor que pude.

—Con eso me vale —me dijo, antes de cogerme la cara con las dos manos, para darme un beso en los labios, el último que nos daríamos, o quizás no.

Capítulo 22



Después de besarme, Nico, me miró por última vez con ruego en los ojos y salió de la habitación dejándome allí con el corazón hecho trizas.

Me tumbé en la cama unos minutos y cerré los ojos intentando relajarme, cosa que no conseguí.

Mi cabeza no paró de darle vueltas a todo, no solo a lo que había pasado sino también haciéndome cientos de preguntas sobre qué pasaría a partir de este momento.

Mi futuro y el de mi hijo era incierto y eso es lo que más me preocupaba. ¿Qué haría? ¿Dónde iría? ¿Qué sería de nosotros? Esas preguntas fueron las que más se repitieron en mi cabeza.

Unos golpes en la puerta me hicieron abrir los ojos de golpe, sin abrir la puerta ya me podía imaginar quien era.

Sole y Leire estaban muy preocupadas por mí y sabía de sobra que no me dejarían sola, aunque a la última le quedaban apenas unas horas para marcharse de la casa también.

Me levanté de la cama y abrí la puerta para dejarlas pasar, pero al ver a la persona que estaba al otro lado la sonrisa ensayada que tenía puesta en la cara para ellas se me borró de golpe.

—¿Qué quieres? ¿Dónde están Sole y Leire?

Le pregunté a Eloy, que era el que había osado venir a perturbarme con su parloteo y seguramente con sus críticas.

—Sole ha tenido que volver a la fiesta, Amparo vino a buscaros y ella le dijo que estabas indispuesta, pero ella no ha podido librarse. Y a Leire al verla en la cocina la ha mandado a su habitación, no de muy buenas maneras tengo que añadir. No sabes lo que me he tenido que contener para no montar una escena.

Me explicó frunciendo el ceño, algo habitual en él.

—Ese comportamiento es normal en ella, nada que me sorprenda.

Le contesté negando con la cabeza, porque sin estar me podía imaginar las voces y los malos gestos de doña Amparo hacia su hija, que eran los mismos que utilizaba siempre con Sole y conmigo.

—Gracias por informarme, ahora si no le importa, tengo mucho que hacer. Aún no he empezado a hacer la maleta y me quiero marchar cuanto antes —le dije, intentando cerrar la puerta.

Pero una vez más, Eloy, me sorprendió. Nunca sabía que esperar de este hombre, me tenía totalmente desconcertada. Parecía que tenía un trastorno bipolar, por momentos era amable y parecía que me comprendía y empatizaba conmigo, y en otros me criticaba y me trataba con inferioridad.

Con rapidez paro la puerta con él impidiéndome cerrar.

—¿Qué hace?

Sujeté la puerta con firmeza para que no pudiera abrirla del todo con el pie.

—¿Puedo pasar? Me gustaría hablar contigo un momento.

Me pidió con amabilidad, y ahí estaba su lado amable, a ver cuánto tardaba en sacar el lado borde, me pregunte.

—Si lo que quiere es convencerme de que me retire y no moleste a su sobrino o le exija que no se case, no se moleste. Ya le he dicho que me voy a marchar, así que, quédese tranquilo —le dije con la voz cansada.

—No vengo a convencerte de nada, bueno puede que de algo sí, pero si no me dejas hablar no sabrás lo que es.

Sus palabras me dejaron desconcertada e intrigada a partes iguales.

Quise saber de lo que estaba hablando, porque conociéndolo lo poco que lo conocía, no tenía ni idea de por dónde saldría.

Me separé de la puerta dando dos pasos atrás y él, al ver mi gesto de rendición que quería decir que podía pasar y que lo escucharía, entró a la habitación y cerró la puerta a su espalda.

—Sí no le importa mientras habla voy a ir metiendo cosas en la maleta, el tiempo corre en mi contra.

Le dije, antes de sacar varias prendas del armario y ponerme a colocarlas en el fondo de la maleta.

—¿Dónde tienes pensado ir?

Me preguntó y yo resople, porque no era una conversación como me había dicho sino un interrogatorio.

—Dijo que quería hablar no hacerme un tercer grado.

Le di la espalda para sacar más cosas.

—Y voy a hablar, pero solo después de conocer cuáles son tus planes, depende de lo que me contestes, te diré una cosa u otra.

Dijo dejándome todavía más confundida si eso era posible.

—No tengo ni idea de dónde voy a ir ni de lo que voy a hacer, solo sé que tengo que salir de aquí cuanto antes. Comprenderá que en mi estado el que se empezara a notar en breve, no es buena idea compartir casa con el padre de mi hijo, su futura mujer y su familia, la cual no me tiene ningún aprecio, aunque creo que esto último no hace falta que yo se lo diga lo ha podido comprobar por usted mismo.

Suspiré.

—Por el momento mañana buscaré una pensión, la más barata que encuentre, cuando le dije que no tenía ahorros quería decir que no tengo la gran cantidad que debería tener si no me lo hubiera gastado en estudiar, de lo que por cierto en estos momentos me estoy arrepintiendo porque si no lo hubiera hecho tendría el dinero suficiente para largarme hasta del país.

Hice un silencio antes de seguir.

—Pero como no es así, con el poco dinero que tengo, no me quedará más remedio que adaptarme a lo que venga. Cuando esté en la pensión buscaré trabajo en lo que sea, a mí no se me caen los anillos por hacer ningún trabajo. De lo que he estudiado tengo claro que no voy a encontrar nada y aunque tuviera la suerte de encontrarlo en cuanto se dieran cuenta de mi estado me echarían. Lo mejor es buscar algo de limpieza, de camarera o sirviendo donde sea.

Se lo solté todo de carrerilla y sin apenas coger aire entre palabra y palabra.

—¿No te importaría servir en otra casa, hasta que puedas encontrar algo de lo tuyo?

Me preguntó y pensé que este hombre era idiota, si se lo acaba de decir, ¿por qué narices me lo volvía a preguntar?

—Le acabo de decir que no, trabajaré en lo que sea, no pienso dejar que mi hijo, ni pase hambre, ni que no tenga un techo en el que dormir cuando nazca.

Le dije, antes de meter las últimas prendas que me quedaban en la maleta.

—Estate lista mañana al amanecer, vendrás con Leire y conmigo. Tu necesitas trabajo y yo a alguien que se ocupe de mi casa. La señora que trabajaba en ella se jubiló hace un mes y aún no he tenido tiempo de contratar a nadie.

Tuve que sentarme en la cama cuando me dijo eso para no caerme de culo allí mismo. Quería que me fuera a su saca con él y con Leire, que lo de irme con la niña me pareció una idea maravillosa, pero lo de tener que compartir espacio con él y que se convirtiera en mi jefe con lo coñazo que era, no sabía si sería buena idea.

Aparte de que su familia sabría dónde estaba y eso no me hacía la más mínima gracia.

—¿No dice nada?

Me preguntó al ver que me había quedado callada sumida en mis pensamientos.

—Es que no sé qué decir. ¿Por qué quiere ayudarme?

Esa pregunta en los anteriores segundos se me había pasado al menos tres veces por la cabeza.

—Es algo mutuo, yo te ayudo a ti, dándote trabajo y un sitio donde vivir y tú me ayudas a mí, poniendo en orden mi casa. Te aviso para que no te sorprendas cuando lleguemos de que está de pena, el último mes nadie ha limpiado y está todo manga por hombro. He tenido mucho trabajo y he hecho lo justo.

Me dijo un poco avergonzado y eso me sorprendió porque no pensaba yo que ese hombre pudiera avergonzarse por nada.

—Da por hecho que voy a aceptar— dije, sabiendo que no me quedaría más remedio que hacerlo.

—¿Tienes otra opción mejor?

Me respondió mirándome con seriedad.

—No, eso ya lo sabe.

De repente un pensamiento se me vino a la cabeza y un escalofrió me recorrió el cuerpo. En ese momento se me vinieron a la mente su mujer embarazada y el hijo que había perdido y aunque Eloy no es que me cayera muy bien, imaginé lo mal que podría sentirse viéndome cuando mi vientre creciera.

Sería un recordatorio constante de lo que había perdido y no sería justo para él hacerle pasar por eso.

—¿Qué se te está pasando por la mente? Pareces preocupada, te aseguro que allí estarás, estaréis bien. Además, Leire estará encantada de tenerte a su lado, hace un rato he podido comprobar lo mucho que os necesitáis las dos.

Decidí ser sincera y poner en su conocimiento los pensamientos que habían pasado por mi mente, de verdad que me sentía muy agradecida por que me diera una salida, pero no a costa de que él lo pasara mal.

Yo no era una persona egoísta y no podía consentir pensar solo en mí.

Me arme de valor y le dije lo que pensaba respecto a que tuviera que verme cuando mi estado fuera evidente y que eso le trajera todo tipo de recuerdos a la mente y estuviera día sí y día no, por ello.

Cuando terminé de hablar, una vez más me sorprendió con su reacción.

—No te puedo decir que ya no me duela la perdida porque te estaría mintiendo. Clara y nuestro bebé siempre tendrán un lugar muy especial en mi corazón. Pero gracias a las muchas sesiones a las que he tenido que acudir con mi psicólogo para superarlo, ahora ya estoy mejor y he entendido por fin, que cada persona tiene su destino escrito.

Suspiró.

—Por equis circunstancias que no comprendo porque yo los amaba más que a nada, ellos no eran mi destino.

Cada palabra pesaba.

—He tenido que aprender a vivir y seguir adelante sin ellos, como me ha hecho ver mi psicólogo Clara no querría que estuviera muerto en vida y llorándolos todo el tiempo. Así que puedes quedarte tranquila, verte embarazada y después ver a tu bebe no hará que me hunda. Puede incluso que me ayudes más de lo que crees, porque verte me traerá buenos recuerdos y con esos es con los que he decidido quedarme.

Sus palabras me hicieron hasta emocionarme, había dolor en ellas, sí, pero también aceptación, fortaleza y decisión. Había decidido seguir adelante no sin ellos, sino por ellos y eso era algo digno de admiración.

—¿Entonces qué me dices?

Me preguntó con una sonrisa en la cara la primera de verdad, de esas que te llegan a los ojos y eso me hizo sonreír.

Porque quizás el destino había querido que nos cruzáramos en este momento para ayudarnos mutuamente.

Yo le ayudaría a acabar de sanar y con su casa y él a mí, me daría el refugio que necesitaba en esos momentos y una oportunidad de empezar de cero.

—¿A qué hora dice que tengo que estar lista?

Contesté, haciéndolo reír.

—A las ocho en punto en la cocina, desayunaremos algo y nos iremos después, ¿te parece bien?

Me preguntó antes de levantarse de la silla donde minutos antes se había sentado mientras hablábamos.

—Me parece perfecto y, Eloy, muchas gracias —le dije más bajo de lo que pretendía.

—Las gracias a los curas, con que no me vuelvas a llamar de usted me vale como pago —me contestó abriendo la puerta.

—Lo intentaré —le dije conteniendo la risa.

—No lo intentes, hazlo, por favor. El usted me pone de los nervios.

Y ahí ya sí que no me pude contener, la risa se me escapó sola, porque que le irritaba el "usted" lo sabía de sobra por eso llevaba usándolo desde el día anterior y lo recalcaba bien cada vez que hablaba.

Él me había tocado la moral en varias ocasiones pues lo justo era que yo se lo devolviera de alguna manera y esa fue la más fácil que encontré.

—Lo hacías adrede para irritarme, no porque pensaras que debías usar un trato formal, ¿verdad?

No le contesté con palabras, solo me encogí de hombros haciéndome la inocente y eso fue suficiente para que se diera cuenta de la verdad.

—Fue lo que pensé y al parecer no me equivocaba en mi suposición. Que descanses —me dijo, antes de marcharse riendo y negando con la cabeza.

Capítulo 23

Acabada la maleta y recogidas todas mis pertenencias que no eran muchas decidí salir para ver si ya se había marchado la gente y poder subir sin ser vista hasta la habitación de Leire.

Sabía que se había quedado preocupada por mí y no quería que pasara mala noche.

Además, estaba ansiosa por contarle las novedades, estaba segura de que le encantaría la idea de que me fuera con ella a Sevilla.

A la que no le gustaría tanto verme partir sería a Sole, pero sabía que entendía perfectamente que allí no podía quedarme.

Llegué a la cocina y allí estaba Sole, refunfuñando por lo bajo y metiendo en una bolsa de basura los restos de la poca comida que había sobrado.

Por supuesto esa comida no era aprovechable y los señores no se rebajarían a comerla al día siguiente, eso era algo impensable entre la gente de dinero.

Las sobras se tiraban independientemente de si eran pocas o muchas. Aunque como habíamos hecho siempre que había una fiesta, Sole en varios recipientes solía guardar las cosas que estaban realmente buenas y nosotras nos las comíamos al otro día y eso estaba haciendo en esos momentos separando lo que le parecía y tirando el resto.

Que pena de la gente que no tenía para comer y estos desgraciados lo tiraban como si fuera un chicle muy mascado, pensé mientras me acercaba a ella.

—¡Nerea! Que susto me has dado criatura, no te había oído llegar.

Me dijo, llevándose la mano al pecho de forma dramática cuando me puse a su lado.

—No me extraña que no me hayas oído, tus maldiciones no te dejaban oír nada más. ¿Qué te pasa para que estés así de enfadada?

Le pregunté mientras me puse a ayudarla a seleccionar y tirar.

—Aparte de lo cabreada que estoy por lo tuyo, que no quiero pensarlo mucho porque salgo a ese jardín y los ahogo uno por uno en la piscina. La señoritinga ha venido a decirme que el jardín tiene que quedar perfectamente limpio al acabar la fiesta, que le daba igual que estuvieras indispuesta como le he dicho que estabas.

Sus palabras exactas han sido: "dile que limpie todo sino quiere tener que atenerse a las consecuencias que le va a acarrear su vagancia".

El enfado de Sole estaba a un nivel que pocas veces le había visto, así que me apresuré a calmarla contándole las buenas noticias.

—Pues se va a quedar con las ganas porque no va a poder gritarme como le gustaría, cuando se levante mañana ya no estaré aquí —le dije sonriendo.

—Nerea, sé que estar aquí viendo a Nico con esa tiparraca será duro. Pero piénsalo bien antes de hacer una locura, yo puedo darte el poco dinero que tengo, pero entre lo mío y lo tuyo no podrás juntar mucho. Si no encuentras un trabajo pronto no quiero ni pensar en lo que podría pasar —me dijo muy preocupada.

—Ya lo tengo —le dije, dejándola con la boca abierta.

—¿Lo tienes? ¿Cómo? ¿Cuándo?

Levanté mi mano para parar las preguntas a tropel que salían por su boca, pidiéndole que me dejara hablar.

Mientras seguimos recogiendo toda la comida y la cocina que gracias a los del catering había quedado manga por hombro, le conté toda mi conversación con Eloy.

Como me había pedido que fuera con ellos a su casa diciéndome que no tenía ayuda en casa desde hacía un mes y que por el momento hasta que encontrara algo de lo mío el puesto sería para mí.

—Nerea, cuanto me alegro —me dijo emocionada al ver que mi futuro más inmediato estaba resuelto y no me tendría que quedar en la calle—, allí vas a estar muy bien ya lo veras. Eloy es un poco gruñón, pero nada que tu no puedas manejar y encima estará contigo la niña Leire.

Añadió abrazándome.

—Te voy a echar mucho de menos.

Lloriqueé en su hombro.

—Yo también cielo, pero lo mismo no es por mucho tiempo. Estoy muy harta de esta casa y de todos los que viven en ella. Si he aguantado todos estos años ha sido por la niña Leire y por ti. Pero ahora que os vais me plantearé buscar otra cosa y por supuesto en Sevilla para estar cerca de vosotras. Por la edad que tengo no será fácil, pero lo intentaré.

Me dijo mientras limpiaba las lágrimas que se nos caían a las dos por la cara de la pena tan grande que sentíamos por separarnos.

—También necesito una cocinera, si te interesa, el puesto es tuyo —dijo Eloy, sobresaltándonos.

Nos giramos las dos a la vez y ahí estaba, plantado en la puerta de la cocina apoyado en el marco con los brazos cruzados.

Por lo que le había dicho a Sole estaba claro que había oído parte de nuestra conversación si no toda.

—Siempre apareces como un ninja en el momento justo —le dije sonriendo.

—Mas vale llegar a tiempo que rondar un año —me contestó sonriendo también.

—Siento haber escuchado vuestra conversación sin permiso, solo venía por una infusión y…

Añadió algo apurado al ver que ninguna de las dos le decíamos nada.

—No te preocupes, que nos vamos a echar de menos no es un secreto para nadie, Sole es como mi madre y es normal que nos sintamos así.

Le dije mientras me separaba de la propia Sole y terminaba de cerrar la bolsa de basura que había tenido antes en mis manos.

—Eso no hace falta que lo jures, se ve el cariño que os tenéis de lejos, lo mucho que os cuidáis la una a la otra y como ella hace el papel de mamá gallina contigo.

Me respondió, apuntando a Sole con la cabeza por sus últimas palabras.

—Somos familia —añadió Sole, como si con esas dos palabras estuviera todo dicho.

Y lo estaba, al menos para nosotras, que teníamos un concepto de familia muy diferente al que se respiraba y vivía en esa casa. En la que cada uno iba a lo suyo y que en determinados momentos les daba igual hacer algo que pudiera dañar a otro solo por salirse con la suya.

Buena prueba de ello era lo que habían hecho los señores con Nico.

—Entonces no puedo permitir que la familia se separe, lo del puesto de cocinera no era una broma, si lo quieres es tuyo Sole, piénsatelo —le dijo poniéndose serio.

—En otras circunstancias podría pensármelo, pero en esta ocasión no tengo nada que pensar. No solo influye que esté hasta el higo de esta casa, lo que más me gusta de todo es que mis niñas estarán allí, así que, sí, acepto —le dijo a Eloy, que sonrió al escucharla

Yo, pues que os voy a decir, echarme a llorar fue poco, hasta hipidos salieron de mi boca mientras abrazaba a Sole, que me devolvía el abrazo con la misma efusividad.

Eloy seguramente no sabía el alcance de lo que acababa de hacer. Para nosotras poder permanecer juntas era en estos momentos de nuestras vidas, sobre todo sabiendo que en pocos meses nuestra pequeña familia aumentaría, era poco más que un sueño.

—Muchísimas gracias —le dije a Eloy, abrazándolo cuando solté a Sole.

Noté como su cuerpo se tensaba, cuando mis brazos lo rodearon, pero no por eso dejé de abrazarlo.

Estaba tan agradecida que no pensé que le molestaría, quise pensar que no era eso lo que le pasó, sino que no estaba acostumbrado a esas muestras de cariño, al menos en los últimos tiempos.

Seguramente no recibía un abrazo de verdad desde que perdió a Clara, de ahí su desconcierto.

A los pocos segundos y al ver que no lo soltaba su cuerpo no se relajó del todo, pero si lo suficiente como para devolverme el abrazo con mucha menos efusividad, pero para mí fue suficiente.

—No tenéis que agradecerme nada, solo con veros así de contentas y emocionadas es suficiente pago para mí —me dijo, sonriendo cuando lo solté.

—No es por nada, pero creo que lo mejor es no decir donde nos vamos, no creo que a los señores les haga ninguna gracia que las dos nos vayamos precisamente a tu casa —le dijo Sole preocupada.

—Por el momento y hasta que se les pase el cabreo cuando se enteren que os vais las dos a la vez, es lo mejor. Si después se enteran, que se enterarán, ya me encargaré yo de decirles que ellos no son quienes para meterse en las decisiones que toma la gente. Ni en la vuestra de iros a trabajar donde os de la gana ni en la mía de contratar a quien quiera —le contestó estando de acuerdo con ella. No era plan que cuando les comunicáramos en un rato que nos íbamos, decirles donde porque conociéndolos como los conocíamos sabíamos que pondrían el grito en el cielo, llamándonos a los tres, menos guapos, de todo.

—Voy a subir a ver a Leire y a ponerla al tanto de todo, sé que se ha quedado preocupada antes —les dije a los dos muy emocionada.

No penséis que se me había pasado el disgusto de esa noche, porque no era así. Mi corazón seguía roto en mil pedazos, pero como se suele decir: la procesión va por dentro.

Nico no había salido de mi pensamiento en ningún momento, él y todas las cosas que habíamos vivido juntos pasaban una y otra vez por mi mente incluso cuando estaba hablando con Sole y Eloy.

Mi estado de ánimo estaba dividido, era algo raro de explicar. Por una parte, solo quería llorar por la pérdida de Nico y toda la trama que rodeaba nuestra reciente ruptura, una que aún no estaba segura de sí sería definitiva o solo un parón de unos meses.

Por otra parte, la sonrisa me salía sola pensando que en unas horas volvería a mi querida Sevilla, a la que había echado muchísimo de menos.

Solo quien ha vivido allí podría entender cómo me podría sentir, porque sí, todas las ciudades tienen algo especial, pero es que Sevilla era otra cosa, estaba a otro nivel, al menos para mí.

Y si encima podía volver con Leire y Sole a mi lado, eso era ya lo mejor que me podría haber pasado en esos momentos en los que mi futuro se presentaba complicado.

Tenerlas a ellas a mi lado sería de gran ayuda, sabía que no me dejarían derrumbarme, como sabía que me pasaría. Sobre todo, cuando me viera como mi vientre crecía y pensara que mi bebé podría crecer sin su padre, ese que había decidido dejarnos a un lado para conseguir ese puesto tan deseado.

—Sí, sube y cuéntaselo, se va a poner como loca cuando sepa que nos vamos con ella. Porque, aunque se iba contenta sé que también se llevaba esa pena dentro por separarse de nosotras— dijo Sole, algo que yo ya sabía.

Conocía muy bien a la niña Leire y sabía que tenía sentimientos encontrados, estaba feliz por irse a cumplir su sueño, pero triste a la vez por dejar su casa, que, aunque le hubiera dicho a su madre que no la sentía como suya, era porque por una vez sacó el orgullo a relucir para que todos no vieran el daño que le hicieron las palabras de sus padres y de su hermana.

Pero, sobre todo, estaba triste por alejarse de nosotras, a las que consideraba su familia como nos había dicho en muchas ocasiones a lo largo de los años.

—Aprovecha que siguen todos en jardín para subir sin que te vean, porque si no lo mismo no te dejan ni verla. Yo he venido por una infusión porque tanto pasteleo y tanta hipocresía me han dado dolor se estomago —me dijo Eloy, antes de sentarse en uno de los taburetes de la isla y aflojarse la corbata que llevaba puesta.

Se veía a leguas que no estaba acostumbrado a llevar trajes en su día a día, porque ya había notado en varias ocasiones durante la noche, como se tiraba del cuello de la camisa y movía la corbata para abajo como si quisiera quitarse una sensación de ahogo que no era real o como se desabotonaba la chaqueta para momentos después volver a abrocharla, con un movimiento mecánico.

—Sí, me voy ya, porque estarán a punto de empezar a marcharse los invitados. El desfile por el hall no tardará en empezar y entonces será cuando no pueda subir las escaleras sin ser vista —les dije antes de salir por la puerta a toda prisa.

Con esa misma prisa subí las escaleras al ver que se acercaban voces desde el salón que era por donde los invitados habían accedido al jardín y por donde tendrían que salir para marcharse.

Capítulo 24

Leire al verme entrar en su habitación con una sonrisa en la cara, se quedó muy confundida. La preocupación en su cara no se fue disipando hasta que después de pedirle que se sentara en la cama porque tenía que contarle algo importante, la puse al día.

Le conté la conversación que había tenido con su tío en la que me ofreció irme con ellos, su cara de felicidad y las lágrimas de emoción que derramó abrazada a mí fue algo que no olvidaré en la vida.

Decir que estaba contenta al saber que estaríamos las dos juntas en Sevilla es quedarse corta.

Pero cuando le conté que además tenía otra sorpresa ahí ya sí que no pudo contenerse y se levantó de la cama, signando para pedirme que hablara de una vez a tal velocidad que no me enteré ni de la mitad.

En el momento que le agarré las manos y levanté las mías para decirle que Sole también nos acompañaba, eso ya fue impresionante. Bailó dando palmas por toda la habitación sin dejar de reírse y llorar al mismo tiempo.

Cuando conseguí que se calmara un poco, ya nos pusimos más serías y me pidió que le contara que había pasado con su hermano.

La conversación fue dura, no solo por el dolor que vio en mis ojos al saber la decisión que había tomado su hermano de aparcar lo nuestro hasta conseguir su objetivo. Lo peor es que puso el grito en el cielo cuando le conté como se habían dado las cosas.

Que todo era parte del plan que su madre, su hermana y Nina habían tramado para salirse con la suya poniendo a Nico contra las cuerdas, sin dejarle otra salida posible. Leire me repitió varias veces que no estaba de acuerdo con lo que había hecho su hermano, que sí que ese puesto tenía que ser suyo, pero no a costa de sacrificar lo nuestro.

Intenté defender un poco la postura de Nico, pero se me quedó mirando y a continuación con esa madurez que siempre tenía a pesar de su edad me dijo:

—Ni se te ocurra defender lo indefendible, sí tanto te quiere debería haber tomado otra decisión.

Su cara de enfado lo decía todo, y no solo estaba enfadada con su hermano sino con el resto de su familia también.

—No hay otra decisión posible Leire, si se enfrenta a tus padres no le darán el puesto —le dije con pesar.

—Pues que se metan el puesto por el culo, esto ya no es solo porque lo obliguen a casarse con una mujer que no quiere. Sino que lo manipulan como su fuera un títere manejando los hilos para decidir cómo tiene que vivir su vida y el deja que lo hagan. ¿Quieres que te diga lo que de verdad pienso? —me preguntó, mientras andaba de un lado al otro de la habitación.

—Sí, sabes que para mí tu opinión es muy importante.

Le respondí, sabiendo de antemano que lo que me iba a decir no me iba a gustar y no porque me lo dijera para hacerme daño sino porque sería una gran verdad.

—Mi hermano es un cobarde, debería enfrentarse a mis padres y no solo por ti, sino por el mismo. ¿Crees que mi padre no le dará el puesto? Claro que lo hará se case o no, siga contigo o no. Si no se lo da a él no tiene a nadie más al que pasarle es testigo y te aseguro que su orgullo no le permitiría dárselo a alguien que no fuera su propio hijo. Y eso mi hermano lo sabe de sobra, pero lo que no quiere son conflictos.

Conoce a mi madre muy bien y sabe que si se planta y les dice que no va a pasar por el aro, ella le hará la vida imposible por no dejarse manipular como lleva haciendo toda la vida con él y con Zoe, a la que ha metido esas chorradas en la cabeza de que no vale para nada más que para ser la esposa de un rico —se me quedó mirando unos segundos y volvió a mover las manos para terminar de decir todo lo que llevaba dentro.

—Te aseguro que mi hermano, se va a arrepentir de hacer lo que ha hecho. Que sí, que va a tener el puesto de quiere, pero será lo único. A su lado tendrá a una mujer a la que no quiere, una familia que seguirá diciéndole que hacer siempre por no haberse plantado y lo peor de todo es que te perderá a ti y a su hijo.

En conclusión, no tardará en darse cuenta de que lo único que tiene es un trabajo y nada más, porque se sentirá muy solo. Y la soledad rodeada de gente es lo peor del mundo. Será muy infeliz.

Me quedé con la boca abierta sin saber que decir, porque, joder, si lo pensabas bien tenía mucha razón en su razonamiento.

—Es un iluso si piensa que cuando tenga el puesto va a poder divorciarse y luchar por ti, no le van a dejar. Mi madre y las otras dos ya se encargarán de que eso no pase. Sí se casa, echara su vida a perder —dijo, finalmente lamentándose.

—Leire, no sé si seré capaz de esperarlo y volver con él después de saber todo lo que ha estado pasando entre ellos y lo que pasará a partir de ahora. —le dije, echándome a llorar.

Que sí, que lo quería con locura, pero como me acababa de decir su hermana, Nico me había dejado en el último puesto de sus prioridades.

No había pensado en mí en ningún momento, en cómo me podría sentir viendo al hombre que quería compartiendo su vida con otra mujer, mientras yo me sentaba viendo el tiempo pasar, esperándolo.

¿En qué lugar me dejaba eso a mí? En el de tonta, me dije a mí misma. Una tonta que no se había dado cuenta de lo que estaba pasando delante de sus narices.

En todos esos meses que Nico llevaba con Nina sí que es verdad que delante de mí no habían tenido nada más allá de lo que habían tenido siempre, amistad por parte de él y un coqueteo incesante por parte de ella.

Desde luego que Nico había sabido esconderlo muy bien a mis ojos, para poder seguir con las dos. Que me quisiera muchísimo no lo ponía en duda, pero igual era mejor que me quisiera un poco menos, pero mejor.

—Si cumple con lo prometido, que no lo tengo muy claro. Es una decisión difícil que nadie puede ayudarte a tomar. Solo tú sabes cómo te sientes y si serás capaz de perdonarle la infidelidad de estos meses y la vida que va a llevar el tiempo que estéis separados.

No todo el mundo sería capaz de perdonar algo así, por eso los demás no podemos influir en tu decisión. Haz caso a tu corazón y a tu cabeza, escúchalos y cuando lo tengas claro, entonces y solo entonces toma una decisión.

Pero no te precipites, si vuelves con él o no, tiene que ser sin dudas de ningún tipo. Si hay dudas espera lo que haga falta hasta que estas desaparezcan porque si haces lo que sea sin pensarlo bien puede que luego te arrepientas.

Me dijo, antes de sentarse a mi lado para abrazarme al ver que mis lágrimas no dejaban de salir de mis ojos.

Tenía razón en todo lo que me había dicho, tenía que pensar muy mucho que haría, no podía tomar una decisión solo por lo que me dictara el corazón o lo que me aconsejara mi cabeza, tenía que ser una mezcla de las dos. En la que la razón y los sentimientos se unieran, en la situación en la que estaba uno no podía estar sin el otro.

Seguimos hablando un poco más antes de decirle a Leire que lo mejor es que nos fuéramos a descansar, que ahora que íbamos a vivir juntas y lejos de allí podríamos seguir hablando del tema sin la presión de tener que estar escondiéndonos en su habitación como estábamos haciendo en esos momentos.

En la casa de Eloy tendríamos total libertad de movimiento para hablar sin tener que estar siempre vigilando nuestra espalda. Ya era bastante tarde y al día siguiente tendríamos que madrugar para salir temprano hacía Sevilla.

El viaje era largo, unas cinco horas en coche era lo que se tardaba más o menos en llegar, eso sin contar las paradas que hiciéramos por el camino.

Nos despedimos con un abrazo y un beso deseándonos las buenas noches y salí de allí con el mismo sigilo con el que había entrado.

Capítulo 25

En los pasillos reinaba el silencio y la música ya no sonaba afuera, eso me indicó que la fiesta había llegado a su fin.

Seguramente todos se habrían retirado ya a sus habitaciones, bueno seguramente no todos porque Eduardo, estaba segura de que estaría en su despacho tomándose la última copa de whisky como era su costumbre diaria antes de acostarse.

Eso me hizo bajar las escaleras decidida y sin miedo. No quería encontrarme a nadie y tener que dar explicaciones de dónde venía. Pero toda la calma con la que bajaba se fue al garete en cuando pisé el último escalón porque justo en ese momento del salón salió toda la familia.

Me quedé clavada en el sitio y a ellos pareció pasarles lo mismo cuando me vieron. En decimas de segundos repasé sus miradas y en ellas pude ver reacciones muy distintas.

En la de la señora había furia, en la de Eduardo enfado por no ponerlo al nivel del de su mujer. En las de Zoe y Nina diversión seguramente pensando en lo mucho que iban a disfrutar a continuación cuando su madre me humillara, insultara o me echara una bronca de campeonato, pues iban listas si querían eso.

Y en la de Nico había conformismo y miedo a mi reacción no a la de los demás. Sabía de sobra como era su madre y lo que pasaría a continuación y el no haría nada, como siempre.

Verlo así y como me retiró la mirada dieron más veracidad a las palabras que minutos antes me había dicho Leire, era un cobarde y siempre lo había sido. Nunca me había defendido de ningún ataque de los muchos que había recibido por parte de cualquiera de los que ahora mismo le acompañaban y eso dolía.

Cuando quieres a alguien como él decía quererme a mí, lo defiendes, lo proteges y lo consuelas cuando hace falta. Las veces que me había disgustado tanto, por algo que me habían hecho y había terminado llorando, el simplemente me había dicho que no tenía que tomarme las cosas tan a pecho.

—¿Tú no se suponía que estabas indispuesta? Ya sabía yo que era una burda mentira, tú lo que no querías era trabajar más, eres una vaga indecente —me dijo Amparo, en cuanto reparó en mi presencia.

Decidí ignorarla porque con todo lo que llevaba encima por lo que había pasado esa noche estaba segura de que no podría contenerme y acabaría mandándola a la mierda, así que solo me encogí de hombros y seguí caminando en dirección a la cocina. Pero el grito que pegó me hizo pararme en seco.

—¡¡¡Te estoy hablando, estúpida!!!

El grito debió de oírse hasta en la cocina, porque ni tres segundos después y sin que a mí me diera tiempo a reaccionar aparecieron Eloy y Sole corriendo.

—¿Qué coño pasa? —dijo Eloy mirándonos a todos, esperando que alguien le diera una explicación.

Cuando clavó su mirada en mí negué con la cabeza para decirle que lo dejara estar.

—Está estúpida, que a fingido estar enferma para no trabajar —le contestó Zoe mirándome con asco.

—Lo primero no insultes, a ti nadie te ha faltado el respeto y lo segundo, no hables de lo que no sabes —le contestó su tío, con voz amenazante.

—Eloy, no te metas en esto porque tú tampoco sabes lo que ha pasado. Ella es parte del servicio de esta casa y es mi mujer la que se tiene que encargar de ponerla en su sitio. No ha cumplido con su trabajo y encima es una mentirosa —dijo Eduardo.

Miró con severidad a su hermano.

—Me meto en lo que sale de los cojones y si alguien aquí sabe lo que ha pasado ese soy yo. La he tenido que llevar en brazos a su habitación porque ha estado a punto de desmayarse.

El enfado que tenía Eloy era impresionante y la manera en la que me defendió me dejó helada.

Nunca nadie había sacado la cara así por mí. Ojalá esa defensa hubiera venido por parte de Nico alguna vez. Pero ni siquiera esa vez fue capaz de abrir la boca, solo agachó la cabeza y dejo que su madre y el resto siguieran atacándome.

—Pues te ha engañado muy bien, no sé cómo has podido ser tan tonto como para creerla. Como puedes ver está perfectamente, aquí la tienes paseándose por la casa.

Esas palabras vinieron por parte de Zoe, que al parecer tenía ganas de gresca y no dejaba de cizañar.

Miré de reojo a Sole y vi como estaba apretando los puños conteniéndose para no soltarles cuatro frescas a todos. Me miró y negué como había hecho con Eloy, pidiéndole que lo dejara, total para lo que nos quedaba en esa casa era ganas de discutir por chorradas.

—Esta no estaba enferma, lo que la pasa es que se ha llevado el disgusto de su vida al ver que sus planes se han venido abajo —dijo Nina sonriendo.

—¿Qué planes? —le preguntó Eloy frunciendo el ceño.

—¿Quieres contárselos tú Nerea? Seguro que a Eloy le interesa saber cuáles eran tus planes para dejar de ser una don nadie. Estoy deseando verle la cara cuando lo sepa y vea a la clase de persona que acaba de defender.

Las palabras de Nina hicieron que un escalofrió me recorriera todo el cuerpo.

No sabía a qué planes se refería, pero en su cara se reflejaba la maldad pura y eso no me gustó ni un pelo, estaba segura de que lo que diría a continuación haría que nos quedáramos pasmados.

—¿No hablas? —me preguntó —Tranquila, que ya se lo cuento yo. Verás, Eloy, aquí la mosquita muerta, lleva muchísimo tiempo detrás de Nico, yo diría que desde que llegó a esta casa. Le ha intentado seducir de todas las maneras posibles hasta que el pobre terminó cayendo. Su único objetivo acercándose a Nico es que él le acabara poniendo un anillo en el dedo y la convirtiera en su mujer.

Tras esas palabras el silencio cayo en el hall como una losa, Sole a mi lado no dejaba de negar con la cabeza. Eloy me miró directamente a los ojos y lo que vi en ellos me dolió más de lo que estaría dispuesta a reconocer, duda, eso es lo que había en ellos.

Con la mirada me preguntó si lo que acaba de decir Nina era verdad y si yo era una aprovechada que lo único que quería era cazarlo para que me hiciera su mujer y poder disfrutar de una vida de lujos sin tener que volver a trabajar.

Estaba tan harta de que siempre me estuviera juzgando que le retiré la mirada para que no viera nada en mis ojos, que pensara lo que le diera la gana, pensé.

—¿Eso es cierto? ¿Has tendido un lio con ella? —le preguntó Eduardo a Nico, horrorizado.

Vi como Nico dudaba si responder o no, pero finalmente y con mucho esfuerzo acabó asintiendo con la cabeza confirmándole a su padre que sí que era verdad que habíamos estado juntos.

—¿Tu sabías esto? —le preguntó Eduardo a su mujer, enfadado.

—Así es, no te he querido decir nada para que no te disgustaras —le contestó Amparó, haciéndose la pobrecilla.

—Esto es intolerable. ¿Cómo te has atrevido a acercarte a mi hijo con malas artes para cazarlo? —me dijo Eduardo, gritando.

Busqué con la mirada a Nico, necesitaba que fuera él el que aclarara la situación, porque dijera lo que dijera yo, Eduardo no me creería, con las palabras que había dicho Nina que de sobra sabía ella que eran mentira, me había sentenciado.

—Las cosas no han sido así, ella no ha pretendido cazarme en ningún momento y el acercamiento a sido por parte de los dos —dijo por fin Nico, haciéndome soltar el aire que estaba conteniendo.

Por primera vez me defendió delante de sus padres y eso hizo me mi corazón, aunque solo fuera un poquito se pusiera de su parte, aunque mi cabeza un segundo después me dijera que no corriera tanto, que todavía quedaban muchas cosas por pasar.

—Me da igual de qué manera haya sido, no se te vuelva a ocurrir acercarte a mi hijo bajo ninguna circunstancia —me dijo, apuntándome con el dedo de forma amenazadora—. Ahora es un hombre comprometido y tiene una imagen que debe cuidar, no puede andar revolcándose con el servicio.

Cuando Eduardo añadió esas palabras me di cuenta de que nunca, pasara lo que pasara me verían de otra manera que no fuera una fregona y eso dolió porque, como me había dicho Leire, si acabábamos juntos, su familia nos haría la vida imposible.

—No se tiene que preocupar por eso, no pienso volver a acercarme a él —le contesté, hablando por primera vez desde que Nina había soltado su veneno por la boca.

—Mas te vale, tú a trabajar que para eso se te paga, no para ser la fulana de nadie.

El jadeo que salió de la boca de Sole al oír a Amparo llamarme así se oyó en todo el hall.

—No me ha entendido, no pienso volver a acercarme a él porque mi estancia en esta casa se acaba hoy —le contesté a Amparo, que me miró con el ceño fruncido.

—¿Te marchas? No puedes hacer eso, tenemos una boda que preparar y ahora no tengo tiempo para buscar a otra para que limpie, así que deja de decir tonterías y sal al jardín a recoger lo que queda.

La carcajada que salió de mi garganta les dejó a todos pasmados, bueno a todos no, porque en la cara de Sole vi una sonrisa, sabiendo lo que vendría a continuación.

Hasta ahí había llegado mi paciencia y mi límite, no pensaba callarme más y dejarle que siguieran pisándome. Me iba sí, pero por una vez sería yo la que diría la última palabra.

—Sí quiere ver el jardín limpio para mañana cuando lleguen los amiguitos de sus hijos para la barbacoa de la tarde, le aconsejo que salgan y lo limpien entre todos porque yo no pienso hacerlo, bastante les he limpiado ya durante años para la mierda que me han pagado —le dije cruzándome de brazos.

—Eres una desagradecida, deberíamos haberte echado a la calle cuando murió tu madre, está visto que la buena acción que hicimos contigo no ha servido para nada —dijo Amparo, fulminándome con la mirada.

—¿Quién es ahora la mentirosa? ¿Buena acción? Usted no sabe lo que es eso, si me dejaron seguir en esta casa es porque sabían que se ahorrarían un sueldo como ha pasado todos estos años.

Deberíamos ser dos personas limpiando para una casa tan grande y lo sabe de sobra. Pero no, ustedes me han cargado de trabajo como una burra aprovechándose de mí. Pero eso se acabó, a ver que tal les va cuando contraten a una chica tras otra y les digan todo lo que tiene que hacer. ¿saben lo que va a pasar? ¿No? Pues yo se lo digo, le van a mandar a la mierda el primer día.

—Eres una insolente.

Me dijo, acercándose con la mano en alto hacía mi para cruzarme la cara de una bofetada, pero esta no llegó porque Eloy fue más rápido que yo en retirarme y la agarró por el brazo.

—Ni se te ocurra ponerle una mano encima. ¿Pero qué clase de persona eres tú? —le dijo Eloy mirándola con furia.

—Una que no aguanta las faltas de respeto —le contestó con soberbia.

—El respeto se gana, no se impone y ni tu ni nadie de esta familia hacéis nada porque eso pase. Es vergonzoso el comportamiento que tenéis todos, pero que voy a esperar después de lo que me hicisteis a mí —dijo Eloy, lamentándose.

Soltó a Amparo la mano y está mirándome con un odio que no pudo disimular quiso decir la última palabra, pero lo que no sabía ella es que esa la iba a tener la última persona que menos esperaba.

—Recoge tus cosas y largarte, mañana no te quiero ver aquí o llamaré a la policía para que te saque de mi casa a rastras.

—Sole, sal al jardín y limpia todo, lo quiero impecable para mañana —le ordenó antes de darse la vuelta.

—Como ha dicho Nerea, si lo quiere limpio, remánguese y hágalo usted misma, porque yo me macho con ella. Podría decir que ha sido un placer trabajar aquí todos estos años, pero eso sí que sería una mentira.

Capítulo 26

Las palabras de Sole les dejó a todos impactados, siempre era una mujer muy calmada que no decía una palabra más alta que la otra. Pero al parecer su paciencia había llegado al límite tanto como la mía.

Ella llevaba más años que yo trabajando para ellos y había visto y aguantado de todo.

Y por si fuera poco con las palabras que les dijo quiso dar el último golpe de efecto. Se quitó con parsimonia el mandil que llevaba puesto y lo dobló antes de acercarse a Amparo con pasos lentos y ponérselo en las manos dejándola con la boca abierta.

—Vamos niña aquí ya hemos hecho más que suficiente.

Me dijo Sole, agarrándome de la mano para que la siguiera de camino a la cocina.

Antes de entrar miré por última vez por encima de mi hombro a todas las personas que se quedaron en el hall.

Amparo estaba impactada por la actuación de Sole, al no esperarse que reaccionara de esa manera después de tantos años callando y tragando.

Eduardo estaba en un estado muy parecido al de su mujer, pero en su mirada también vi algo de preocupación seguramente pensando que sería de ellos de cara a la gente si se enteraban de que las dos mujeres del servicio que tenían se habían despedido el mismo día.

Por parte de Zoe y Nina, como no podía ser de otra manera, en ellas no había nada significativo en sus miradas como si todo les diera igual, ellas mientras siguieran teniendo sus tarjetas de crédito y la vida vacía que tenían con eso les bastaba.

Mi última mirada fue para Nico, que no había dejado de mirarme en ningún momento.

Cuando nuestras miradas se cruzaron nos dijimos muchas cosas entre ellas lo mucho que nos echaríamos de menos y lo mucho que nos queríamos. En la suya también había tristeza, esa que no pudo ocultar sabiendo que me perdía.

Pero él lo había querido así y ya nada se podía hacer. Mi último gesto para él fue un asentimiento de cabeza a modo de despedida que me devolvió con los ojos aguados en lágrimas, esas misma que yo no dejé salir, al menos allí delante de todos.

Sole y yo entramos en la cocina y nos pusimos sin decir nada sincronizadas a preparar una infusión de esas relajantes que ella preparaba. No dijimos nada, estuvimos en completo silencio, no uno incomodo sino uno necesario que las dos necesitábamos.

Con la taza humeante nos sentamos en la isla y ninguna de las dos habíamos dado ni un sorbo cuando la puerta de la cocina se abrió.

Cerré los ojos con cansancio pensando que volvería a ser Amparo para venir a darnos el último repaso.

Pero me equivoqué, lo supe cuando la persona que había entrado se sentó a mi lado y el olor tan único que tenía, ese que yo nunca había olido en nadie más, me llegó de lleno a las fosas nasales.

No era un olor ni invasivo ni exagerado, era un olor que dejaba huella sin pedir permiso. Era de esos olores que no se huelen, se sienten, porque cuando entraba en una habitación no entraba antes que él, sino que se quedaba en el aire cuando se iba.

Era una mezcla que yo conocía muy bien al menos los ingredientes porque Sole los usaba para sus mezclas y sabía distinguirlos a la perfección.

En ella se distinguía perfectamente el limón y un toquecito de hierbabuena, eso hacía que le diera un toque muy fresco como si siempre estuviera recién duchado, pero no solo era el perfume sino la manera que se mezclaba con su piel lo que lo hacía tan especial.

—¿Estás bien?

Me preguntó con preocupación al ver que estaba con los ojos cerrados.

—Solo cansada —le contesté, antes de girar la cara y abrir los ojos para mirarle.

—¿Y tú Sole? —le preguntó también a ella.

—Perfectamente —le contestó ella con una sonrisa.

—Eloy, si por lo que ha pasado quieres echarte atrás y no quieres que vaya a trabajar a tu casa, lo entiendo perfectamente, no quiero que te sientas obligado a seguir con esto porque no quieras disgustar a Leire.

Me sentí en la obligación de ponérselo fácil, había visto perfectamente la duda en sus ojos cuando Nina habló y no quería estar bajo el mismo techo que alguien que pensara tan mal de mí.

—No pienso echarme atrás y no es por disgustar a Leire, de verdad que quiero que vengáis conmigo.

Me contestó mirándome a los ojos para que viera que sus palabras eran sinceras, y sí lo eran y eso me hizo respirar más tranquila. Al parecer esa duda que vi en sus ojos fue momentánea y ya no había ni rastro de ella.

—Vale— contesté, y el asintió con la cabeza.

Los siguientes minutos, la conversación que tuvimos no tuvo nada que ver con nada de lo que había pasado, cosa que les agradecí a los dos, porque tenía la cabeza tan llena de cosas que si no me estallaba esa noche no lo haría nunca.

Hablamos de Sevilla, de lo poco que había cambiado según él desde que nosotras nos habíamos marchado nueve años atrás. También hablamos de Leire y de lo ilusionada que estaba por estudiar.

La charla duro en lo que Sole y yo nos tomamos la infusión, era tardísimo y todos necesitábamos descansar unas horas para afrontar el viaje que teníamos al día siguiente, así que nos despedimos con un, buenas noches, quedando en vernos temprano en esa misma cocina para desayunar antes de marcharnos.

Llegué a mi habitación y lo primero que hice fue pasar por la ducha, era casi una necesidad por destensar el cuerpo que por otra cosa.

Estuve casi veinte minutos debajo del chorro de agua caliente disfrutando del silencio, del agua cayendo por mi cuerpo, pero, sobre todo, intenté dejar la mente en blanco para que también se destensara y lo conseguí, aunque fuera por unos pocos minutos.

Salí de la ducha y me sequé con rapidez, sin ponerme absolutamente nada como era mi costumbre, me tumbé en la cama y pensé que con todos los acontecimientos del día que me tenían los nervios a flor de piel no conseguiría pegar ojo, pero al parecer el cansancio ganó la partida a los nervios porque cinco minutos después caí dormida.

Para mi sorpresa cuando abrí los ojos porque me sonó la alarma del móvil me noté muy descansada, no me había despertado en toda la noche ni tampoco había soñado con nada, al menos que yo recordara y eso hizo que me sintiera bien. Porque si hubiera tenido que viajar muerta de cansancio se me habría hecho muy duro aguantar tantos kilómetros dentro del coche.

Me levanté de la cama y como ya me había duchado por la noche no me hizo falta pasar otra vez por la ducha.

Me vestí con la ropa que había dejado ya preparada, cuando me puse los pantalones me costó abrochármelos y eso que no eran muy apretados, pero al parecer mi cintura ya empezaba a ensancharse por el embarazo.

Tendría que ir a comprarme ropa holgada y cómoda en cuanto tuviera un momento libre en Sevilla, porque el resto de las prendas que tenía eran todas parecidas, pensé.

Ya vestida y peinada, metí el neceser en la maleta, que era lo único que me faltaba y la cerré.

Como no tenía mucha ropa y la maleta era grande, el portátil en su funda acolchada también lo había metido dentro, así no tenía que cargar con él.

Antes de salir en la misma puerta me quedé mirando la habitación. Y una sensación de tristeza me embargó. No por dejarla, porque, aunque había dormido allí los últimos años nunca la había considerado mía, sino por todos los recuerdos que dejaba allí, que eran muchos.

Las largas charlas con mi madre, los muchos consejos que tanto ella, como Sole me habían dado sentadas allí en esa mesa mientras yo las escuchaba con atención sentada en la cama. Las muchas horas que pasé allí también compartiendo el rato, risas o incluso viendo alguna película con Leire.

Pero sobre todo se me encogió el corazón y se me llenaron los ojos de lágrimas son poder evitarlo en pensar todas las largas horas que Nico y yo habíamos pasado allí juntos.

Aunque la virginidad la perdí en su cama, nuestro primer beso y los miles que nos dimos después también fueron en esa cama de la que me estaba despidiendo, en ella también nos habíamos dicho nuestro primer te quiero unos de los muchos días que habíamos hecho allí el amor cuando el resto de la casa dormía, pero nosotros no.

No quise seguir torturándome, así que me sequé las lágrimas de las mejillas, cerré la puerta y agarré la maleta para recorrer ese pasillo hasta la cocina por última vez.

Entré en la cocina y dejé la maleta en un lado junto a la de Sole, que ya la tenía allí también. Ella era la única que estaba en la cocina, empezando a preparar el desayuno.

Las dos nos miramos a los ojos y sin decirnos nada nos lo dijimos todo. Ese día nuestras vidas iban a cambiar y esperábamos que fuera para bien, nos sonreímos y asentimos a la misma vez y acompañadas del silencio, entre las dos preparamos el desayuno para los cuatro.

No habíamos terminado de poner los platos en la mesa cuando Eloy y Leire, que venían bromeando entraron por la puerta de la cocina.

Nos dieron los buenos días y para nuestra sorpresa y aunque les dijimos que no hacía falta, nos ayudaron a terminar de poner todo. La charla durante el desayuno casi toda la llevó Leire, mientras los demás las mirábamos y sonreíamos o le contestábamos.

Estaba tan nerviosa y emocionada por llegar a Sevilla como lo está un niño pequeño el día de Navidad. Y así entre risas pasamos el desayuno. Media hora después, los cuatro sentados en el coche de Eloy sin ser vistos por nadie, ya que todos dormían, dijimos adiós con la mirada a un lugar que al menos nosotras tres sabíamos que no volveríamos.

Capítulo 27

El viaje hasta Sevilla no se hizo tan largo como yo me esperaba. En el coche las conversaciones salieron solas.

Yo hubo un rato que estuve callada mientras hablaron del cortijo en el que vivía Eloy, ya que era la única que no lo conocía.

Leire por razones obvias había estado allí muchas veces, la última no quisieron comentarla porque fue cuando toda la familia viajó dos años atrás para el entierro de Clara la mujer de Eloy.

Sole, aunque solo había estado un par de veces cuando empezó a servir a la familia Castillo, parecía recordar muy bien como era el lugar y por lo que hablaba de él tenía pinta de ser un sitio precioso y muy especial.

Hicimos un par de paradas por el camino, una para repostar y usar los baños en un área de servicio y otra para comer algo sobre la una de la tarde. Que, aunque era pronto para comer, como todos habíamos desayunado pronto nos pareció buena idea ya advertidos por Eloy, de que en su casa el frigorífico seguramente tenía más telarañas que productos.

Por lo que nos dijo, el último mes al no tener a la mujer que le cocinaba y limpiaba había sobrevivido de precocinados, comida a domicilio o comiendo fuera de casa.

Para ir al cortijo de Eloy que estaba a las afueras teníamos que recorrer prácticamente la ciudad entera.

Ya en las primeras calles por las que pasamos no me pude contener y bajé la ventanilla para empaparme de ese paisaje que seguía grabado en mi memoria como si hubiera estado allí el día anterior.

El aire era más cálido, más envolvente, no se percibía un olor fuerte, era una mezcla sutil y reconocible que solo con la primera respiración que llegó hasta mí, me hizo sonreír. Ese olor era el del azahar que al ser primavera era aún más potente.

Lo mejor de todo no fue lo que olí sino lo que despertó en mí, a mi mente volvieron miles de recuerdos de mi niñez que tenía archivados.

La primera imagen fue una paseando con mi madre cerca del rio, agarradas de la mano siendo yo una niña de cinco años.

Su cara reflejaba cansancio, en todos mis recuerdos de niña el cansancio siempre estaba presente por todas las horas que trabajaba para sacarme adelante, pero aun así siempre tenía una sonrisa preciosa, una broma o una caricia para mí. Dios, cuanto la echaba de menos, pensé con un nudo en la garganta.

El coche seguía adelante y el paisaje seguía pasando ante mis ojos trayendo a mí cabeza más recuerdos. Como nos había dicho Eloy en una de las conversaciones que tuvimos, la cuidad no habían cambiado apenas nada, y lo poco que lo había hecho desde luego que no la había hecho perder su esencia.

Las fachadas blancas reflejaban la luz haciéndolas brillar tanto como el mismo sol. Algunas calles llenas de naranjos a ambos lados con ese olor que desprendían y que se mezclaba con el del azahar me hizo hasta sacar la cabeza un poco fuera de la ventanilla para empaparme de él.

Ese olor era hogar para mí, aunque hubiera pasado casi una década desde la última vez que pude disfrutar de él.

No me di cuenta cuanto había echado de menos mi tierra hasta que minutos antes empezamos a recorrer las calles.

Lo que sí que noté con intensidad fue el calor que hacía en mi querida Sevilla, ese que muchos visitantes eran incapaces de soportar, pero los que habíamos nacido allí estábamos acostumbrados.

Estábamos en mayo y en otras partes de España seguramente aun estarían con rebecas gordas o incluso en algunas zonas no se habrían quitado el abrigo, pero aquí ya apretaba el calor, anunciando que el verano estaba a la vuelta de la esquina y como siempre pasaba allí podríamos hasta freír un huevo en el suelo en las horas centrales del día que era cuando el sol apretaba más.

—Nerea, ¿estás bien? —me preguntó Sole, al verme secar una lágrima que se me había caído por la mejilla.

Ella iba sentada en la parte de atrás con Leire mientras yo iba en el asiento del copiloto al lado de Eloy.

—Sí, demasiados recuerdos de golpe —le contesté sonriendo, para que no se preocupara.

—Le hubiera encantado volver aquí, amaba esta tierra como pocas personas que yo conozca —me dijo, refiriéndose a mi madre.

—Lo sé, siempre la estaba recordando en cada conversación —le contesté antes de volver la cabeza de golpe para volver a mirar por la ventanilla.

Allí ante mis ojos, aunque un poco lejos todavía estaba la Giralda, solo con verla sentí que me seguía imponiendo tanto como cuando era niña. Verla recortada contra el cielo no era solo ver un monumento era sentir que la ciudad seguía en su sitio, firme, reconocible, especial.

—Este olor, no es solo Sevilla para mí, es ella.

Le dije a Sole, sin apartar la mirada de la Giralda.

Después de decir eso, el silencio volvió a envolvernos. Eloy solo conducía atento a todo, pero nosotras tres fuimos disfrutando del paisaje hasta que veinte minutos después Eloy tomo un desvío y fuimos dejando las calles atrás hasta que llegó un momento que ya no hubo más.

El cortijo, según me dijo Eloy mientras comíamos estaba a media hora del centro y a quince minutos en coche del resto de Sevilla. Otra de las cosas que también hice a espaldas de la familia Castillo, fue sacarme el carnet de conducir en cuanto cumplí los dieciocho años.

Eloy me había dicho que en el cortijo aparte del coche que él estaba conduciendo en estos momentos había otros tres.

El que tenía él para usar a diario que era mucho más pequeño y los otros dos que los usaban algunos trabajadores de los campos de olivares cuando era necesario.

Al saber que tenía carnet al igual que Leire a las dos nos dijo que podíamos utilizar el que quisiéramos si queríamos bajar a Sevilla.

—Ya estamos en casa —dijo Eloy, antes de tomar un desvió de tierra.

El paisaje que dos minutos después tuve frente a mis ojos era imposible de describirlo con palabras, en la vida había visto algo tan bonito. Me quedé embobada mirándolo, incluso echándome hacia delante para empaparme bien de todo.

—Es bonito, ¿verdad?

Me preguntó y pude notar como al hablar lo hacía con orgullo por ser dueño de algo tan maravilloso.

—Es mágico.

Le contesté, y al oírme decir eso su sonrisa se amplió más.

El campo de olivares que se extendía ante nosotros era impresionante, no solo era una hilera de árboles, es que parecía que estaban dibujados sobre un lienzo perfectamente colocados y con un color que contrastaba a la perfección con el ocre de la tierra.

Y al fondo del todo estaba lo más bonito de todo, el cortijo: todo pintado de blanco, con las tejas rojizas y los marcos de las ventanas del mismo color.

Si por fuera era bonito no podía ni imaginarme como sería por dentro.

Por lo que los había oído comentar en la comida, tenía un patio interior que debía ser el alma de la casa, todo lleno de flores y con un pozo antiguo del que, aunque ya no sacaban agua, Eloy no había querido deshacerse porque al parecer le traía muy buenos recuerdos de su infancia.

También había un par de limoneros o eso habían dicho que eran los que daban sombra a la mesa que había allí y que era donde cuando el tiempo lo permitía podías disfrutar de un buen rato sentada comiendo, tomando café, leyendo un buen libro o simplemente manteniendo una conversación por la noche como Eloy había hecho tantas veces con sus padres o con Clara cuando vivía.

Eloy paró el coche directamente en la puerta para que no tuviéramos que venir cargadas con las maletas desde el garaje que estaba en la parte de atrás y escondido en esos momentos de nuestra vista.

Él mismo se bajó del coche el primero y una a una fue descargando nuestras enormes maletas, y la pequeña que él había llevado a Madrid.

—Bienvenidas a su nueva vida señoritas —nos dijo sonriendo, antes de abrir la puerta y darnos paso a las tres antes de hacerlo él.

Capítulo 28

Nada más poner un pie dentro del cortijo supe que estaba en el sitio correcto, fue una sensación tan rara como buena.

No sabría explicaros mejor lo que sentí en esos momentos, pero podría resumirlo en pocas palabras, me sentí más en casa de lo que me había sentido en ningún sitio de los que había vivido.

Aparte de la casa de los Castillo en Madrid cuando vivía con mi madre aquí en Sevilla habíamos vivido en al menos seis casas distintas, todas de alquiler, así que, sí, había estado viviendo en varios sitios, pero como me sentí en este no me había sentido en ninguno.

Solo con cruzar la puerta era como cruzar una frontera invisible entre el ruido del mundo y la calma antigua del campo, te daba una sensación de calma que era como si todo lo malo desapareciera de repente.

La puerta de entrada que se cerró a nuestras espaldas cuando entramos los cuatro era enorme, más que ninguna que yo hubiera visto nunca. Era de madera oscura con clavos oscuros y una aldaba de hierro forjado que me moría de ganas por saber que sonido hacia al golpearla, evidentemente no lo hice, no quería que los tres me miraran raro por hacer una cosa tan estúpida nada más llegar, pero me lo apunté mentalmente para hacerlo cuando estuviera sola, sin saberlo no me iba a quedar, eso lo tenía claro.

El aire que se respiraba allí dentro era totalmente desconocido para mí nunca había olido algo igual. Estaba segura de que a cada paso que diera sería un nuevo descubrimiento y estaba ansiosa por descubrirlos todos.

Como os decía, el olor era distinto, pero no malo, sino especial.

Olía a cal, a tierra seca, a madera y a flores, aunque en ese momento no supe distinguir de cual se trataba, le preguntaría más tarde a Sole, estaba segura de que ella lo sabría perfectamente.

El espacio en el que estábamos era amplio, justo enfrente se podía ver parte del patío del que habían hablado, aunque no todo. A la derecha se habría un pasillo que parecía llevar a otras salas y a la izquierda lo mismo.

—Sí os parece, os enseño antes de nada las habitaciones para que elijáis la que más os guste y así podáis dejar el equipaje y refrescaros.

Dijo Eloy, sacándome del embobamiento en el que estaba metida mirando todo lo que me rodeaba.

—Sí, por favor, necesito una ducha con urgencia, no recordaba ya el calor que puede hacer en Sevilla —le contestó Leire signando.

—Niña, que calor ni calor, si aún no hace nada. Verás cuando llegue el verano, eso sí que es calor y lo demás tonterías.

Le dijo Sole, haciéndonos reír a todos no por su comentario, sino por el resoplido de Leire al verla decir eso y pensar en la que nos esperaba.

Ellas dos empezaron a caminar detrás de Eloy, que había dado ya unos pasos para la parte derecha donde se habría ese pequeño pasillo que os había comentado antes, pero yo no pude seguirles.

Una fuerza invisible que no supe de donde salió tiro de mí en otra dirección.

Dejé la maleta allí olvidada y sin decir nada, mis piernas se movieron solas hasta el patio al que al parecer mi cuerpo y mi mente no pudieron resistirse a ver en esos momentos.

Cuando estuve en medio del patio di una vuelta completa sobre mí misma para no perderme ni un solo detalle de lo que allí había. Era exactamente como lo había imaginado en mi cabeza cuando los oí a los tres describirlo mientras comíamos.

No era bonito, esa palabra se quedaba corta, casi sería insultante describirlo así, era… por más que busque no encontré un adjetivo que pudiera definirlo.

Mi cuerpo hasta tembló estando allí rodeada de todas esas flores, la sensación de hogar que trasmitía y el olor penetrante de los limoneros que había llegado hasta mí sin permiso.

En mi mente apareció como por arte de magia una imagen que me hizo sonreír sin remedio.

Allí sentada en esa mesa tan imponente que había, me vi, a mí misma sentada con mi bebé en brazos y fue maravillosa. Me dije que mi hijo o hija sería feliz, lejos de la hipocresía, las manipulaciones o la maldad que hubiera visto si nos hubiéramos quedado en la casa de Madrid.

—¿Te gusta?

Me preguntó Eloy a mi espalda, sobresaltándome y haciendo que la imagen tan bonita que tenía en mi cabeza en esos momentos se esfumara tan rápido como había venido.

—Decir que me gusta sería quedarme corta, me fascina, sí, esa es la palabra que mejor define como me siento —le contesté, sonriendo.

—Tiene algo que te atrae, aunque no quieras.

Me dijo mirando todo como estaba haciendo yo, con una sonrisa preciosa en su cara.

—Tiene alma.

Le respondí, antes de acércame a la mesa y pasar mi mano acariciándola para notar su rugosidad.

—Eso es exactamente lo que decía mi madre.

Lo dijo con nostalgia, seguramente mi comentario le había hecho recordar algún momento de su vida pasada.

Nos quedamos unos minutos más allí sin hablar, solo disfrutando de lo que nos rodeaba, cada uno perdido en sus pensamientos.

—¿Vamos?

Le dije empezando a caminar de vuelta a donde había dejado mi maleta. Eloy asintió con la cabeza.

Cogí mi maleta y le seguí por el pasillo que al parecer llevaba a las habitaciones.

Dos de ellas estaban abiertas y al pasar pude ver en una a Sole con la maleta encima de la cama sacando prendas y llevándolas a un armario que estaba a su espalda.

En la otra estaba la maleta de Leire también encima de la cama, pero no había resto de ella. Agudicé el oído y pude oír el agua caer, como había dicho necesitaba una ducha y al parecer era lo primero que había hecho al llegar a la habitación.

En ese pasillo había seis puertas, Eloy me explicó que todas eran habitaciones. Cinco un poco más pequeñas y de esas tres serían las que usaríamos nosotras.

Le pregunté si no tenía habitaciones para el servicio para que Sole y yo las ocupáramos y no tener que usar esas que parecían ser de invitados.

Me dejó bien claro que, aunque las hubiera habido, no nos habría dado esas, que veníamos a trabajar sí, pero que no tenía pensado tratarnos como sirvientas sino como familia y eso me calentó el corazón como no podía imaginarse. La última habitación del pasillo me dijo que era la suya y la más grande de la casa.

En el pasillo había seis habitaciones como he dicho, tres a cada lado. Leire y Sole estaba en las dos primeras del lado izquierdo. Yo pensé que sería para mí la que seguía a la de ellas, pero me equivoqué.

Me dio la que estaba en medio del lado derecho que era la que estaba al lado de la suya.

No supe en ese momento el porqué de esa elección, pero enseguida salí de dudas en cuanto traspasé el umbral.

Esa habitación daba directamente al patio y era lo que se veía por el gran ventanal que tenía.

Le sonreí dándole las gracias con un asentimiento por tener ese detalle conmigo, seguramente se había dado cuenta de lo enamorada que me había quedado del patio y quería que disfrutara de sus vistas nada más me levantara por las mañanas en cuanto abriera la ventana.

Eloy se marchó a su propia habitación y nada más cerrar la puerta, lo primero que hice fue repasar la habitación.

Era muy grande y espaciosa, tenía una cama de matrimonio con una colcha que parecía hecha a mano, que era para exponerla en un museo de lo bonita que era.

También había una mecedora, en cuanto la vi corrí hacia ella para probarla y la sensación fue alucinante. Una mesa con dos sillas era el esto del mobiliario, todo era sencillo, pero daba una sensación acogedora que me cautivo al instante.

Al acabar de verlo todo, abrí la maleta y saqué el portátil que lo dejé encima de la mesa. Lo siguiente fue la ropa que tenía, al ser poca, en menos de quince minutos ya la tenía toda colocada en el armario.

Me quedé mirando como había quedado colocado y lo primero que pensé fue que esa misma noche o al día siguiente sin falta desde el portátil me compraría unas cuantas prendas, entre que me quedaban demasiado justas y que allí hacía mucho más calor que en Madrid, las necesitaba con urgencia si no quería morirme de calor o estar embutida como una salchicha.

Veinte minutos después salí de la habitación y al no oír nada que proviniera del resto de habitaciones me aventuré a ir al otro lado de la casa donde seguramente estaba la cocina y el resto de las estancias que me moría por ver.

Caminé despacio fijándome bien en todos los detalles grabándolos en mi memoria y con las mismas entré en ese pasillo que tenía cuatro puertas.

Abrí la primera puerta y ante mi apareció un baño completo. La siguiente era un despacho, equipado con todo. En cuanto le di un repaso rápido supe que era donde Eloy trabajaba a diario, era como decirlo… muy él.

La tercera puerta cuando la abrí me quedé con la boca abierta, era un salón enorme. En él había una mesa gigante para al menos diez comensales, tres sofás en color crema con cojines en tonos azul claro que te invitaban a tumbarte para dormir una siesta tan necesaria en los días de mucho calor.

Ya me había fijado que en toda la casa había aire acondicionado, así que allí se tenía que estar de lujo cuando afuera hubiese más de cuarenta grados que eran a los que llegaríamos cuando el calor apretara en verano. Una tele grande estaba frente a los sofás, pero sin duda lo mejor de todo y lo que más me gustó de todo lo que tenía el salón era la chimenea de piedra que había en un lateral de los sofás.

Allí no se usaría mucho porque el frio no era como en otras zonas del país, pero, aunque fuese en Navidad tenía que ser una maravilla verla encendida, pensé.

Fui con pasos decididos hasta la única puerta que me quedaba y me imaginé que sería la cocina, cuando abrí vi que no me había equivocado. Era la cocina más grande, más bonita y mejor equipada que había visto nunca.

Como supuse cuando traspasé la gran puerta de entrada cada rincón de ese cortijo era una autentica pasada. No había detalle que no me gustara, si ese cortijo fuera mío no cambiaría absolutamente nada, lo dejaría tal cual estaba, desde luego la persona que lo había decorado, seguramente la madre de Eloy o Clara, habían acertado en todo y tenían buen gusto.

Capítulo 29

Al entrar en la cocina vi que había sido la última en llegar, pues allí ya estaban los tres sentados en la isla de cocina hablando.

—Nerea, ya estás aquí —me dijo Sole nada más entrar —¿Qué te parece la cocina? Es un pasada, ¿verdad? No le falta detalle, aquí voy a disfrutar cocinando como en ningún sitio.

Añadió, haciéndonos reír a todos por la efusividad que puso en sus palabras.

—Es maravillosa, como todo en este lugar. no creo que haya lugar mejor en el mundo para vivir, nadie en su sano juicio prefería vivir en otro sitio —le contesté.

Vi como Eloy sonreía por mi comentario, pero un segundo después, también un rastro de dolor pasó por sus ojos, fue muy fugaz, pero yo pude verlo y me pregunté que se le habría pasado por la mente para que apareciera ese dolor momentáneo.

—A Clara no le gustaba mucho este sitio, siempre decía que aquí estábamos muy aislados, que no había vida. Antes de pasar lo que pasó compré una casa en el centro de Sevilla para irnos a vivir allí. A ella le gustaba el bullicio de la ciudad y no el silencio que se respira aquí —dijo muy serio.

Se me formó tal nudo en la garganta que ni la saliva me pasaba pensando en la metedura de pata que acababa de hacer.

—Lo siento yo no…

Titubeé al hablar y ni la frase pude terminar, no porque no pudiera, la realidad es que no sabía que más decir.

—No te disculpes, no es culpa tuya que ella fuera la única persona que conocí que no pensara como nosotros. Yo también creo que no hay mejor lugar en el mundo para vivir. Ahora echando la vista atrás y pensándolo en frio, sé que ella hubiera sido feliz viviendo en el centro de Sevilla, pero yo no, y eso con el tiempo nos hubiera pasado factura.

La quería con locura, pero reconozco que éramos muy diferentes y que no queríamos las mismas cosas —dijo abatido.

Todo eso lo dijo hablando y signando como hacíamos siempre para que Leire también se enterara.

Al terminar ninguna de las tres fuimos capaces de decir absolutamente nada. En realidad, ¿qué más se podía añadir a lo que acababa de decir? Nada.

—Tranquilas, ha pasado mucho tiempo y ya no duele como antes, puedo hablar de ello con normalidad, así que por favor no os cortéis en decir lo que penséis, no estéis midiendo las palabras. Fue una parte bonita de mi vida, que ya no volverá y tengo que seguir adelante.

Nos dijo y las tres a la vez soltamos el aire que estábamos conteniendo, haciéndolo reír.

—Bueno, Nerea, ¿nos ponemos a la acción? —me preguntó Sole, arremangándose.

—Vamos, esto nos lo ventilamos nosotras en un pis pas. Yo me pongo a limpiar y tú si quieres mira lo que hace falta comprar y luego hacemos un pedido.

Le dije antes de arremangarme también e irme derechita a un armario en el que supuse que estaban las cosas de la limpieza, y que al abrirlo efectivamente había de todo y menos mal porque si no, no podríamos haber hecho nada.

—Tomároslo con calma, sobre todo tú, Nerea, no quiero que a ti o al bebé os pase algo, por darte una paliza limpiando —nos dijo Eloy, mirándome preocupado.

—Tranquilo, cuando dijiste que estaba todo muy mal me lo imaginaba mil veces peor, está un poco sucio, pero no indecente. Tendré cuidado, no te preocupes —le contesté y el asintió conforme.

Eloy y Leire se fueron al despacho para ir mirando lo de los estudios de ella y poder dejar todo listo para poder hacer el examen de la PAU. Allí en Sevilla y por lo que nos contaron después, también estuvieron mirando las opciones que tenía para estudiar el grado que ella quería.

Lo suyo es que lo hubiera hecho presencial pero esa opción ella no la quiso, prefería hacerlo a su ritmo en casa Y de modo online.

Mientras ellos hacían eso, Sole como acordamos hizo una buena lista de la compra porque la verdad es que apenas había cuatro cosas en la despensa y en el frigorífico ya ni os cuento, estaba el pobre como si lo acabaran de llevar de la tienda, vacío.

Ni para desayunar al día siguiente había, así que nada más hacer la compra lo siguiente que hizo Sole fue hacer un pedido al supermercado más cercano y tuvimos suerte porque nos lo sirvieron ese mismo día a última hora de la tarde.

Yo, mientras tanto, me dediqué a limpiar la cocina a fondo, que la verdad para llevar un mes sin pasarse ni un paño por ella no estaba muy mal, no tarde ni una hora en tenerla lista. De ahí me fui a nuestras habitaciones e hice los cuatro baños, ya que cada habitación tenía el suyo propio.

Las sábanas de nuestras camas estaban limpias, así que solo cambié las de Eloy y limpié el polvo, barrí y fregué el suelo de todas. El salón y el despacho los dejé para el día siguiente porque cuando terminé con eso ya era tarde y en breve sería la hora de la cena.

Y no lo dejé solo por eso, sino porque Eloy vino a buscarme para reñirme y decirme que se acabó de limpiar por ese día.

No lo hizo en plan mal, sino todo lo contrario se le veía que se preocupaba por mí y por mi estado. Lo que le había pasado con su mujer estaba claro que le había marcado, aunque yo no era nadie para él, estaba claro que tenía miedo de que nos pudiera pasar algo a mí o al bebé.

Cosa normal que le hubiera pasado con cualquier mujer embarazada que estuviera en su vida fuera de la forma que fuera.

Llegamos los dos a la cocina y justo en ese momento los dos chicos del reparto acababan de traer el enorme pedido de comida y algunos productos de limpieza que le dije a Sole que me harían falta.

Y entre los cuatro lo colocamos todo en un momento.

Para cenar Sole nos hizo unos filetes con patatas y ensalada, que era lo más rápido de preparar, que, aunque era una cena sencilla a todos nos supo a gloria el toque que le daba Sole a cualquier cosa que cocinara.

Al terminar Sole se quedó recogiendo, Leire se fue a leer a su habitación y Eloy al despacho, según nos dijo tenía que revisar algo de trabajo que tenía atrasado y yo pues me cogí el portátil para mirar la ropa que quería comprarme y salí al patio a sentarme en la mesa para hacerlo.

Allí me encontró Eloy casi una hora después de haberme sentado, mientras seguía mirando prendas, apenas había metido cuatro cosas en la cesta aparte de ropa interior nueva. La verdad es que costaba decidirme que comprar porque serían prendas que no volvería a usar y no quería malgastar el dinero.

Vestidos no podía pedir porque con ellos no podría trabajar a gusto, tenía que ser todo prendas frescas, cómodas y cortas si no cuando apretara el calor no podría soportarlo.

—¿Qué haces?

Me preguntó Eloy sentándose a mi lado con una taza humeante, supe que era una infusión por el aroma que salía y para mi sorpresa en la otra mano traía otra para mí.

—Gracias —le dije cogiendo la taza cuando me la puso delante—. Desesperandome, eso hago —añadí resoplando.

—¿Por qué? —quiso saber.

—Necesito ropa porque la que tengo apenas me vale y no encuentro nada que me guste.

Le contesté, antes de apartar el portátil hacia un lado para coger la taza que me había traído y darle el primer sorbo.

—¿Puedo? — dijo, señalando el portátil.

—Claro, todo tuyo —le contesté acercándoselo.

Los siguientes minutos estuvo trasteando con él muy concentrado, tecleaba, fruncia el ceño, y daba un sorbo a la infusión, así unas cuantas veces hasta que por fin terminó de hacer lo que fuera que estuviera haciendo y sonrío dando la vuelta al portátil para enseñarme lo que había encontrado.

En la pantalla había abierta una página de venta de ropa premamá online que así con la primera mirada me pareció que tenía ropa chulísima y cómoda, pero cuando vi los precios de las dos primeras prendas que seleccioné, me desinflé.

Con el dinero que tenía en la cuenta no podría ni comprarme tres prendas de las que salían ahí.

—¿Qué pasa no te gustan? Yo creo que son bonitas y cómodas, para vivir aquí es lo mejor —me dijo, confundido al ver mi cara de decepción.

No quería decirle la verdad así que mi mente trabajó a toda velocidad para buscar una excusa posible.

—Son muy bonitas, gracias por ayudarme, luego seguiré mirando.

Le dije para salir del paso porque cuando se marchara, seguiría navegando incluso buscaría tiendas o páginas en las que vendieran ropa de segunda mano.

—Nerea, no me mientas, he visto perfectamente la cara que has puesto al ver las dos prendas que has mirado. De primeras parecía que te gustaban, pero luego ha pasado algo que te ha hecho mirarlas de otra manera. ¿Qué ha pasado? —me preguntó, frunciendo el ceño.

—¿Porque conoces esta página? —le pregunté en vez de contestarle.

—Es en la que Clara compraba muchas cosas para cuando estábamos aquí en el cortijo, por eso sé que son cómodas.

Pero es que yo no tengo un marido rico que me pagué esas prendas, ni lo quiero tampoco, quise contestarle, pero me mordí la lengua y no lo hice.

Sabía por boca de Leire que desde el momento que Eloy y Clara empezaron a vivir juntos antes de casarse, ella dejó el trabajo de secretaria en una oficina que tenía y vivía más o menos como lo hacían Amparo, Zoe y Nina.

Su vida era cómoda, sin preocupaciones, sin la presión de faltarle el dinero porque su pareja le pagaba todo.

Pero ese no era mi caso, yo no tenía ni un marido, ni un novio ni nadie que me ayudara en esos momentos económicamente.

Que tampoco lo quería, dicho sea de paso. Para eso era muy orgullosa y no me gustaría ser una mantenida, a mí me gustaba ser económicamente independiente. Que otras mujeres eran felices así, pues muy bien por ellas, pero yo no.

—Nerea, no me has contestado. ¿Qué pasa con esa ropa? —volvió a preguntarme.

—No pasa nada, es bonita sí, pero no es para mí. Te agradezco que me la hayas mostrado de verdad, pero prefiero seguir mirando —le dije, cerrando el portátil.

—¿Por qué no es para ti? Es que no lo entiendo.

Joder que pesadito se estaba poniendo con el tema, no quería decirle la verdad, pero no me iba a quedar más remedio que hacerlo para que me dejara en paz de una vez.

—Porque no me la puedo permitir, ¿vale? Por eso no es para mí —le dije, antes de darle el último trago a la infusión.

—¿Sí quieres yo…?

Le corté de inmediato lo que iba a decir porque ya me imaginaba lo que sería y eso sí que no lo se lo iba a permitir, demasiado había hecho por mí, ofreciéndome un trabajo como para que encima me diera dinero para comprarme una ropa carísima que me pondría solo unos meses.

—No termines esa frase, —le dije, levantándome de la silla.

—No pretendía ofenderte —me dijo apurado.

—Y no lo has hecho —le contesté, porque era verdad que no me había ofendido, él lo había hecho con toda su buena intención—. Gracias por el ofrecimiento, pero no puedo aceptarlo, no es por orgullo, es porque se cuál es mi lugar.

Le dije antes de despedirme, deseándole buenas noches y al ver mi sonrisa al decírselo, me la devolvió quedándose más tranquilo.

Capítulo 30

Los días, las semanas, incluso los meses fueron pasando a una velocidad pasmosa. En concreto habían pasado tres meses desde que llegamos al cortijo.

La vida era rutinaria allí, pero no por eso aburrida ni mucho menos, además, entre todos se había formado un vínculo que visto desde fuera y sin saber la verdad de nuestra relación cualquiera pensaría que éramos una familia.

Sole seguía al mando de la cocina como siempre, aunque también en las últimas semanas me echaba una mano a limpiar lo que se me hacía muy pesado o difícil por mi estado.

Como, por ejemplo, las lámparas o los sitios altos, eso fue desde el día que Eloy me vio con la panza subida a una escalera y puso el grito en el cielo, prohibiéndome limpiar cualquier cosa que no estuviera a mi alcance o en la que tuviera que agacharme mucho.

La niña Leire como era de esperar aprobó en junio la PAU con una nota buenísima y no tuvo ningún problema para optar a la matriculación del grado que quería hacer. Ya tenía todo preparado para empezar a finales del mes siguiente, ya que estábamos a finales de agosto.

Se había comprado un portátil de lo mejorcito para todas las cosas que tendría que hacer, que no serían solo trabajos, sino también cosas practicas con un programa especial que le facilitaría la facultad.

Para que tuviera su espacio para estudiar sin tener que ser el mismo en el que dormía, Eloy nos había pedido que vaciáramos la habitación libre que estaba al lado de la de Leire y allí montamos una sala de estudio que tenía absolutamente de todo.

Decir que estaba emocionada y ansiosa por empezar era quedarse corta y nosotros felices de verla así. Nunca desde que la conocía la había visto tan contenta, el brillo que tenía en los ojos era increíble y no solo por los estudios.

Ese brillo también era debido a que andaba enamorada, sí, enamorada, ¿os lo podéis creer?

Os contaré como se dieron las cosas para que mi niña, ahora ya una mujercita tuviera novio.

A las dos semanas de llegar al cortijo vio por internet que en Sevilla había un grupo de apoyo para personas sordas en el que ofrecían todo tipo de servicios tanto de interprete, guías para los que querían estudiar o simplemente apoyo o amistad.

El caso es que se apuntó al grupo y unos días después bajó a Sevilla para conocer a los que habían montado ese grupo que era sin ánimo de lucro. Lo hacían porque querían ayudar sin pedir nada a cambio. Allí ese mismo día conoció a todos, Lolo que era el novio de Leire el que al parecer había tenido con ella el mismo flechazo que ella con él, era el fundador del grupo.

Él no era sordo pero su hermana melliza que se llamaba Yoli, sí. Ella también había nacido sorda como Leire y desde niños Lolo se volcó con ella para que no se sintiera desplazada o distinta.

De ahí le vino la idea de montar el grupo, porque sabía de sobra que no todas las personas que sufrían de lo mismo habían tenido la misma suerte que su hermana, de que alguien les apoyara o entendiera desde el principio.

Las otras tres personas que le ayudaban en el grupo eran amigos suyos y de su hermana. Uno abogado, el otro médico y el último profesor.

Lolo era interprete, según nos conto tuvo muy claro lo que quería estudiar para ayudar a su propia hermana y a todos los demás que lo necesitaran.

Se le veía un hombre muy humilde, familiar y centrado y aunque le sacaba unos añitos a Leire, concretamente ocho, eso no fue ningún impedimento para que a los pocos días de conocerse empezaran una relación que iba viento en popa.

El muchacho ya había venido varias veces al cortijo como también lo había hecho su hermana, que se había convertido en una buena amiga para Leire.

Y desde el minuto uno los dos encajaron perfectamente con nosotros, Sole, Eloy y yo, estábamos encantados con ellos por lo bien que veíamos que trataban a Leire y él por lo mucho que la quería porque solo hacía falta estar cinco minutos con ellos para ver en sus miradas que allí había amor del bueno.

En resumen, que estábamos muy contentos con esa relación que la había hecho salir del caparazón en el que vivía. Ahora estaba haciendo cosas que no había hecho nunca en Madrid.

Salía a comer o a cenar, había ido por primera vez semanas atrás a una discoteca a bailar y también se había marchado tres días de viaje a Cadiz donde vivía un amigo de Lolo y Yoli para pasarlos en la playa.

Si sus padres o sus hermanos la vieran se quedarían helados, porque no era ni la sombra de la tímida Leire que había salido de Madrid, ahora era lo que siempre fue, pero ya sin esconderse para no recibir critica tras critica, que era lo que le daba su madre a la mínima ocasión que tenía. Ahora vivía una vida normal de una chica joven y con eso todos estábamos encantados y ella la que más.

Eloy seguía trabajando, llevando su manejo del cortijo como había hecho siempre, llevaba la vida sencilla y tranquila que siempre había querido y se le veía contento por ello. Apenas bajaba a Sevilla, en eso los dos coincidíamos, para un rato de compras, tomar algo y dar una vuelta estaba bien. Pero cuando eso se acababa dando paso al final del día, como volver al silencio del cortijo y sentarse el patio no había una cosa mejor.

Desde aquella conversación nocturna el primer día en el que yo estaba mirando ropa, la que por cierto acabé comprándome en una tienda online de segunda mano que tenía auténticas maravillas, se había vuelto nuestro momento cada noche.

Al terminar de cenar, los dos solos o en algunas ocasiones también se nos habían unido Sole o Leire, aunque esas eran las menos, todos los días sin excepción nos sentábamos debajo de los limoneros a charlar.

Durante esos tres meses las conversaciones nos habían cundido mucho, los dos ya sabíamos la vida del otro al dedillo. Yo le había contado como acabamos mi madre y yo yendo a trabajar a casa de su hermano.

Le hablé de todo lo que había vivido con su sobrino, de cómo había sido mi estancia en esa casa en la que nunca me trataron muy bien. De lo que más le hable en esas charlas fue de mi madre y de lo muchísimo que la echaba de menos.

En eso era en otra cosa que coincidíamos porque él también echaba mucho de menos a los suyos. Reconociéndome en varias ocasiones que, desde la muerte de Clara, se había sentido muy solo allí, en el cortijo sobre todo cuando se acababa en día y el silencio se hacía, acompañado de la oscuridad, esos habían sido los peores momentos para él.

Eloy por su parte me habló de lo que había pasado años atrás con su hermano cuando tuvo que pedir un préstamo desorbitado para darle la parte de la herencia de sus padres y lo mucho que tuvo que trabajar para solventarlo.

Me habló como había hecho yo, muchísimo de sus padres y de cómo era su vida en el cortijo cuando ellos vivían.

Y como había hecho yo contándole mi historia con Nico él me contó la suya con Clara. Como se conocieron, se enamoraron y se casaron. Aunque conociendo toda la historia y vista desde fuera no era todo tan bonito como parecía. Como le había dicho a Eloy cuando me contó toda la historia y porque ya teníamos mucha confianza entre nosotros.

Clara y él no pegaban ni con cola o eso me parecía a mí por todas las cosas que me contó.

Él era un enamorado del campo, ella no, a él no le gustaba mucho viajar para estar tirado en una playa vuelta y vuelta, era de los que les gustaba ver cosas y ella todo lo contrario.

A Clara no le gustaban los niños y a Eloy le encantaban, es más, su embarazo fue porque fallo el DIU que tenía puesto y se llevó un disgusto enorme queriendo incluso abortar, cosa que no hizo porque a él le costó sudor y lágrimas convencerla.

Esa era una de las cosas que más le pesaban y que más cargo de conciencia le daban, decía que si no la hubiera convencido para tener ese hijo lo mismo estaría viva.

Pero tanto su psicólogo como yo le habíamos dicho muchas veces que eso nunca podría saberlo, si su destino estaba escrito así y tenía que morir joven era porque tenía que ser así y si no hubiera sido el día que dio a luz podría haber sido otro y por cualquier otra cosa, pero que él no podía culparse toda la vida por ello.

Durante esos tres meses de quienes no habíamos tenido noticas, había sido de ninguno de los integrantes de la casa de los Castillo, ni una sola vez habían llamado para saber cómo estaba Leire, dejaron bien claro que si se marchaba no querían volver a saber nada de ella y los muy sinvergüenzas lo habían cumplido.

Del que sí había tenido noticias era de Nico, pero eso fue desde el primer día que nos marchamos.

Nunca me había llamado eso sí, su comunicación era siempre por mensaje.

Al principio los mensajes eran diarios y bastantes, pero con el paso del tiempo se habían espaciado un poco más, a lo que estaba muy agradecida si tengo que ser sincera, porque al principio era hasta agobiante.

En los mensajes siempre me decía lo mismo, me preguntaba a donde me había ido, cosa que no le había dicho. Qué, que tal me iba, que si tenía trabajo, que me echaba mucho de menos y que me quería.

Pero el que más se repetía una y otra vez era en el que me pedía que lo esperara, que como mucho unos meses después de casarse o a lo más tardar un año cuando se hubiera hecho del todo con el puesto de Ceo se divorciaría y podríamos estar juntos.

Os tengo que confesar que no es que ya no sintiera nada por él, porque os estaría mintiendo y también me mentiría a mí misma.

Pero ya no sentía ese enamoramiento loco que tenía antes, ahora lo que sentía por él era mucho cariño por todo lo que habíamos pasado juntos y nostalgia, eso también porque lo echaba de menos, pero, aunque sea triste decirlo cada día era un poquito menos.

Dicen que la distancia hace el olvido y al parecer eso era lo que nos iba a pasar a nosotros. No es que nos olvidáramos, eso no, porque no era posible, pero sí que se olvidarían nuestros sentimientos.

Esos se estaban enfriando por parte de los dos, el no vernos, no tocarnos y no compartir los ratos que antes teníamos, aunque fueran pocos, era lo que estaba haciendo que lo nuestro fuera de cabeza a caer en el pozo del olvido.

Al igual que yo le había dado mi opinión a Eloy sobre su relación con Clara, él, aunque siendo más cauto, porque era su sobrino y el padre de mi hijo, lo hizo también.

Me vino a decir más o menos que esa relación estaba condenada al fracaso desde el principio y no porque no nos quisiéramos, sino porque había veces que el amor no era suficiente para que una pareja acabara junta.

Me dijo bien claro algo que yo ya sabía y que Sole también me había dicho en alguna conversación, incluso Leire también era de la misma opinión.

Que, aunque Nico se hubiera enfrentado a sus padres y por mucho que hubiéramos hecho, ellos nunca me habrían aceptado y no nos hubieran dejado hacer nuestra vida en ningún momento.

Por eso sabía en el fondo de mi corazón que no me buscaría como seguía prometiendo en esos mensajes.

Ya veríamos si era verdad o no.

Capítulo 31

Otro mes que se nos pasó como un suspiro, nos metimos a finales de septiembre casi sin darnos cuenta.

El calor seguía apretando de lo lindo, todo el verano había sido caluroso y aunque había acabado hacía ya unos días no había aflojado ni un poquito.

Menos mal que en el cortijo con el aire acondicionado no lo habíamos pasado mal.

Salir, habíamos salido poco, eso también os lo digo, bueno la niña Leire sí, a esa con su enamoramiento como le decía Sole no le afectaba el calor, pero nosotros tres habíamos hecho horas extras dentro de la casa y por la noche que era cuando se podía respirar un poco en el patio.

Allí Eloy y yo seguimos disfrutando noche tras noche de esas charlas que estaban llenas de confidencias y risas.

No sabría deciros lo que había cambiado entre nosotros en ese último mes, pero sí que había cambiado algo al menos por mi parte.

Aunque creo que, por la parte de Eloy, o al menos esa es la sensación que yo tenía, también.

Los meses anteriores la complicidad entre los dos creció de tal manera que hoy en día puedo decir que éramos muy buenos amigos. Pero este último mes había crecido algo a lo que me aterraba ponerle nombre y decirlo en voz alta, por ser él quien era.

Las miradas cargadas e intensas que nos dedicábamos noche tras noche estaban ahí como cuando pones un puchero en la lumbre y esperas a que se haga, haciendo crecer algo dentro de nosotros a fuego lento.

Cuando nos quedábamos enganchados en la mirada del otro y nos rodeaba el silencio, no uno incomodo, sino uno necesario que flotaba entre nosotros como queriendo darnos el momento justo para que pensáramos lo que estaba pasando entre nosotros sin poder evitarlo y que por fin uno de los dos se atreviera a decirlo en voz alta.

Pero ese momento no había llegado, ninguno de los dos al parecer había reunido el valor para hacerlo y cuando eso pasaba, bien uno o el otro retiraba la mirada, carraspeaba y decía la primera tontería que se le pasaba por la cabeza para aligerar el momento.

Estaba tumbada en la cama girada de lado viendo por la ventana el amanecer mientras pensaba en todos eso momentos que os acabo de contar y que cada día me tenían más confundida.

¿Sería posible que me estuviera enamorando de Eloy? ¿O solo eran sentimientos de agradecimiento y amistad que estaba confundiendo con lo otro?

Puede que al pasar tanto tiempo con él fuera lo que me hacía sentir eso, pensaba, intentando obviar lo evidente.

Cada vez que me hacía esas preguntas y lo analizaba en mi mente, que no eran pocas veces, porque en los últimos días era algo que estaba en mi mente presente día y noche, siempre llegaba a la misma conclusión, estaba jodida, porque sí, no eran imaginaciones mías, ni un capricho, ni la cercanía constante que teníamos a diario.

Era lo que era y no había más vueltas que darle, me estaba enamorando de él y eso era algo que me tenía muy triste. Porque por segunda vez me enamoraba de un hombre que no era para mí.

Sacudí la cabeza, intentado que todos esos pensamientos que me hacían más mal que bien, porque con ellos solo me hacía daño a mí misma, abandonaran mi cabeza al menos por un rato y me dejaran un poco estar en paz.

Porque cuando en pequeños momentos del día aceptaba que sí que le quería, lo siguiente que se presentaba en mi mente era la esperanza y eso era no era nada bueno, porque por mucho que quisiera que Eloy me quisiera a mí, sabía que eso no podría pasar jamás.

Primero, porque sabía que seguía queriendo a su mujer, segundo porque yo iba a tener un hijo de su sobrino y eso era como poco raro y tercero, que como me había pasado con Nico, los dos estábamos a diferente nivel social.

Que sí, que Eloy no era como el resto de los Castillo y a él eso le daba lo mismo, porque más sencillo y humilde no podía ser, pero también era algo que no podíamos dejar de lado. Porque lo miráramos como lo miráramos yo seguía siendo una fregona y el un hombre de negocios importante y de cara a la sociedad no estaría bien vista nuestra relación.

Estaba claro que los hombres que elegía mi corazón no eran los adecuados para mí y tendría que hacerme a la idea de que, si no había conseguido tener una vida con Nico, tampoco podría tenerla con Eloy, para mi desgracia.

Me metí en la ducha para ver si con el agua fría cayéndome por la cabeza se me enfriaban los pensamientos y al menos ese día podía pasarlo un poco tranquila, al menos por ese tema.

Porque hoy estaba también atacada por otra cosa, tocaba revisión con la ginecóloga a las diez y media de la mañana y estaba no solo nerviosa por ver a mi bebé sino también ansiosa por saber si todo iba bien y por saber si se dejaría ver de una vez por todas y salíamos de dudas de lo que era.

Al parecer era tímido y en las anteriores revisiones a las que me había acompañado siempre Sole, nos habíamos quedado con las ganas porque el señorito o la señorita no le había dado la gana de mostrarnos sus vergüenzas.

Salí de la ducha y como ese día al poco tiempo después de desayunar nos iríamos a Sevilla, porque aparte del ir al médico queríamos hacer unas compras, me puse un vestido corto y fresquito para no achicharrarme cuando nos tocara caminar por la calle. Me recogí el pelo en una trenza y me calcé unas sandalias planas que me había regalado Leire y que eran comodísimas. Y así ya preparada, porque maquillarme no lo hacía nunca, cogí el móvil y el bolso y salí en dirección a la cocina.

—Buenos días —dije a Sole, Eloy y Leire.

Los dos últimos estaban sentados en la mesa de la cocina con tazas de café en la mano y un plato de tostadas y fruta frente a ellos.

Y Sole estaba apoyada en la encimera con una taza de lo que parecía ser una infusión en las manos, cosa que me extrañó porque, aunque le gustaban por las mañanas ella siempre bebía café, una taza bien grande y cargada para como le había oído decir siempre le diera el chute de energía necesario para empezar a funcionar.

Les hice un repaso rápido a los tres mientras me acercaba y al ver sus caras fue cuando me di cuenta de que algo no iba bien y eso hizo que saltaran todas mis alarmas.

Leire tenía el ceño fruncido y parecía molesta, su tío estaba igual, pero en su semblante además se veía una clara preocupación que le hacía fruncir el ceño de manera distinta a cuando era por enfado, desconcierto o sorpresa. Sí hasta eso me sabía ya de memoria de él, sus muchas maneras de fruncir el ceño.

En el último rostro que me fijé con detenimiento fue en el de Sole y ahí ya supe con certeza que era por ella, por la que estaban los otros dos así. Tenía ojeras, no muy pronunciadas, pero sí visibles, además sus mejillas estaban enrojecidas y no por vergüenza o rubor, no, eran por otra cosa. Me acerqué con rapidez hasta ella y cuando fui a tocarla se echó hacía atrás para que no lo hiciera.

—No te arrimes mucho a mi cielo, es mejor que guardes la distancia —me dijo, echándose otro paso más hacia atrás.

—¿Qué te ocurre? ¿Estás enferma? —le pregunte muy preocupada.

—Un catarrillo de nada, no te preocupes —me contestó, intentando sonreír sin conseguirlo pues el cansancio evidente que tenía ni eso le dejaba hacer.

—De catarrillo nada que estás ardiendo de fiebre.

Dijo Leire enfadada, marcando bien las palabras con las manos, cosa que siempre hacía cuando quería dar énfasis a lo que decía como lo hacíamos los hablantes levantando la voz unos tonos más alto de lo que era habitual en nosotros.

—¿Si estás con fiebre que narices haces aquí que no estás en la cama? —le pregunte yo enfadada al enterarme de lo que pasaba.

—Porque es una cabezota, que por narices ha tenido que levantarse para prepararnos el desayuno. Mira a ver si tú tienes más suerte, te hace caso y se va a la cama de una vez —me contestó Eloy.

Negaba desesperado con la cabeza.

Su gesto me dio una pista de que antes de llegar yo a la cocina habían intentado entre él y Leire convencer a Sole de que se quedara guardando cama si no se encontraba bien. Pero conociéndola como la conocía sin estar presente supe lo que había pasado.

Ella les había dicho que no era para tanto, que estaba bien, que en cuanto se tomara un paracetamol estaría como nueva y bla...bla…bla…

Yo ya había pasado por esta situación alguna vez en la casa de Madrid y sabía que a cabezota no le ganaba nadie, ella primero tenía que atender a los demás y al acabar ya se ocupaba de ella misma. Pues eso sería en Madrid porque aquí no se lo iba a consentir y al parecer contaba con dos aliados que me iban a ayudar con ello.

—A la cama —le dije, acercándome a ella y quitándole la taza de la mano.

—Nerea estoy…—no la dejé terminar levantando la mano en alto.

—No me digas que estás bien ni me cuentes el rollo de siempre cuando te acatarras, ese discursito me lo sé de memoria y no quiero oírlo. Ahora mismo te vas a tomar un paracetamol, te vas a meter en la cama a sudar y a dormir. Tus ojeras dicen que llevas así toda la noche y no has pegado ojo, así que, arreando que es gerundio —le dije, señalando la puerta de la cocina.

Lo que tenía Sole sabía que no era grave por eso le hable así, en verano con el aire acondicionado siempre le pasaba lo mismo un par de veces. Ella era una persona que sudaba mucho y si se ponía demasiado rato o cerca de donde salía el aire acababa cogiéndose un pasmo, como solemos decir.

Cuando le pasaba eso estaba un par de días con fiebre, aunque no demasiado alta y con mocos, pero nunca pasaba de ahí.

Lo que necesitaba era descanso y líquidos y se pusiera como se pudiera iba a descansar en la cama hasta que se recuperara, de eso me encargaría yo.

Ahora ya no estaba Amparo para estar achuchándola y pidiéndole que cocinara esto o lo otro sabiendo que no estaba bien, así que en eso también ganábamos.

—Está bien, tú ganas —me dijo, dándose por vencida, ya tenía que encontrarse cansada para haber cedido tan pronto, claro que solo había que verle la cara para saber eso —¿Y qué pasa con el médico? ¿Vas a ir tú sola?

Me preguntó disgustada por no poder acompañarme y pensar que tendría que ir sola.

—Yo iré con ella —dijo Eloy, alto y claro y sin opción a replica.

Capítulo 32

Acompañé a Sole a su habitación, pero antes de salir de la cocina cogí una botella de agua y un vaso, así como el plato de fruta que estaba encima de la mesa que había preparado para mí.

—Venga a la cama —le dije poniéndome en plan mandona.

Dejé el plato, el vaso y la botella en la mesilla del lado en el que solía dormir para que lo tuviera cerca y después de encender la luz de la lamparilla para ver hasta que saliera, me fui a la ventana y bajé la persiana.

No eran ni las nueve de la mañana y ya había afuera un solazo de aúpa. Otro día que se presentaba muy caluroso, pensé mientras cerraba también las cortinas.

—Menos mal que Eloy ha dicho que va contigo, ya me estaba poniendo de los nervios pensando que tendrías que ir sola— dijo, mientras se sentaba en la cama.

—Y cualquiera le dice que no, según lo ha dicho nadie se atrevería a contradecirlo —le contesté riéndome.

—Nerea, ¿qué pasa con él? —me preguntó mirándome a los ojos para ver la verdad en ellos, esa que sabía que a ella no podría ocultarle porque me conocía y me sabía leer muy bien.

—No lo sé —le contesté, no por querer esquivar el tema sino porque era la pura verdad.

—Sí lo sabes, los dos lo sabéis, pero estáis siendo tan cautos que estáis perdiendo un tiempo precioso. Solo hay que estar con vosotros cinco minutos sentados en al patio por la noche para darse cuenta de que algo bonito a nacido entre vosotros. Se valiente niña, dile lo que sientes y ayúdalo a que él también lo haga. Sé que tienes miedo por el pasado que arrastras, pero él también lo tiene, se le ve en los ojos cuando te mira. No se atreve a decirte nada por miedo a que le rechaces o le digas que aun sigues enamorada de Nico.

—No sigo enamorada de Nico y cada día que pasa me pregunto si realmente lo estuve alguna vez de verdad o solo fue un encaprichamiento adolescente que se intensifico por las circunstancias.

Le dije con los ojos aguados en lágrimas, porque esa idea me estaba torturando desde hacía días.

—Eso ya lo sabía yo desde hace mucho, pero nunca te he dicho nada porque tampoco me habrías escuchado, tenías que ser tu sola la que llegara a esa conclusión. Confundiste amistad, atención y cariño con amor y solo verías la verdad cuando la tuvieras delante. Al igual que pienso que a Nicolás le pasaba lo mismo, tú eras su amiga, la que mejor lo entendía en esa casa, la que siempre le apoyaba y ayudaba.

Lo vuestro era amistad, agradecimiento y cariño, no amor. La separación os ha venido muy bien para daros cuenta de la verdad, tú ya lo has hecho y estoy segura de que si él no lo ha hecho ya lo hará pronto.

¿Qué podía contestarle a eso? Pues nada porque tenía razón en todo, no se había equivocado en absolutamente nada.

Joder con Sole, había puesto con tres frases las respuestas a todas las preguntas que llevaba días dándole vueltas en mi cabeza.

Siempre había sido una mujer observadora y sabia y al parecer con el paso de los años no había perdido esas capacidades, todo lo contrario, se habían intensificado, sabiendo siempre lo que pasaba incluso antes que los interesados.

—Eloy sigue enamorado de su mujer Sole, no quiero ser la sustituta de nadie, ni quiero que mi hijo sea el remplazo del que perdió —le dije, dejando escapar de mis ojos las primeras lágrimas.

—No creo que siga enamorado de ella, simplemente el cariño que le tenía sigue ahí y probablemente no se vaya nunca y eso dice mucho de él para bien, pero si tienes dudas de ello, es simple, pregúntale, no hará falta que te conteste, sus ojos lo harán por él y esos sabes que no mienten.

Y en eso también tenía que darle la razón, aunque Clara ya no estuviera era bonito que la llevara con él en un hueco de su corazón recordando lo mucho que la quiso.

—Y lo de que no quieres ser la sustituta de nadie quítatelo de la cabeza, ni tú ni tu hijo lo seríais. Eloy no es así, no creo que busque eso en ti, solo hay que ver cómo te mira para darse cuenta. Su mirada es limpia, no he visto en ningún momento que te mire pensando que puede ser lo que perdió.

Las palabras de Sole me dejaron un poco más tranquila porque de verdad que eso era una de las cosas que más me atormentaban, ser la sustituta.

—Siempre sabes qué decir para animarme —le dije, acercándome para darle un abrazo, pero puso su mano en mi pecho y me paró.

—No te acerques cariño, no quiero contagiarte, en tu estado no es nada bueno enfermar. Haremos lo que sea para evitarlo, ¿sí? Pero no te preocupes cuando este bien te voy a dar todos los abrazos y los besos que te debo de estos días, los iré apuntando para no perder la cuenta, tranquila —dijo, haciéndome reír.

—Valeee —le contesté haciéndola reír a ella.

—Ahora ve a desayunar, que al final se te va hacer tarde. No se te olvide traerme una copia de la ecografía, quiero ver a ese pequeñajo.

Lo de pequeñajo me lo dijo recalcándolo, porque Sole estaba convencida que era un niño. Desde el principio era lo que había dicho y no había manera de hacerla cambiar de opinión.

—Cualquier cosa me llamas, aunque la niña Leire se queda en casa para preparar algo de unos papeles de la facultad. Estoy segura de que te vigilara como un halcón —le dije, antes de acercarme a la puerta para salir.

—Lo sé, seguro que en un rato ya la tengo aquí a ver si estoy dormida o si necesito algo.

Eso fue lo último que me dijo poniendo los ojos en blanco y haciéndome reír.

Llegué a la cocina y aunque Eloy y Leire ya habían terminado de desayunar, seguían allí. En el sitio que estaba mi desayuno, ese que Sole me había preparado antes de que yo llegara. Mi vaso de leche seguía caliente, una tostada, un par de lonchas de pavo y para mi sorpresa un plato con fruta cortada.

La mía se la había llevado a Sole a su habitación, pero Eloy en lo que me marché con ella se había encargado de lavar, pelar y cortarme dos clases de frutas distintas para que las tuviera listas cuando volviera.

Bueno, tampoco me sorprendí la verdad, porque tenía que reconocer que me cuidaba mucho y estaba en todo momento pendiente de mí. Siempre preguntándome si me encontraba bien, si necesitaba algo o si me apetecía tal o cual cosa.

Que me cuidara de esa manera me despertaba una ternura y una sensación en el corazón desconocida para mí. Porque Nico no se había preocupado por mí de esa manera. En Eloy se veía que lo hacía porque le nacía de dentro y no por obligación y porque fuera una trabajadora a su cargo.

Cuando terminé de desayunar entre Eloy y yo recogimos todos los platos y tazas de todos y mientras el limpiaba la mesa de la cocina yo barrí y fregué el suelo dejando la cocina limpia y recogida.

Por la comida no nos teníamos que preocupar, porque antes de salir Sole de la cocina ya la avisó de que al volver de Sevilla la traeríamos nosotros, así que una cosa menos.

Capítulo 33

A las diez menos cuarto salimos del cortijo para ir a Sevilla, aún faltaba casi una hora para la cita médica, pero no queríamos llegar justos de tiempo así que por eso salimos con tiempo de sobra.

Nunca se sabe que imprevistos se pueden encontrar por el camino: el tráfico, no encontrar aparcamiento o mil cosas más que pueden pasar.

Además, tanto Eloy como yo, odiábamos la impuntualidad. Esa era otra de las cosas que teníamos en común, la verdad es que había tantas en las que coincidíamos que casi había perdido la cuenta.

Teníamos una visión de la vida muy parecía y eso se notaba para bien en nuestras conversaciones, porque de momento no habíamos discutido ni una sola vez por no estar de acuerdo en algo.

Noté que Eloy desde que nos habíamos montado en el coche estaba preocupado, sabía leerlo tan bien que descifraba enseguida su estado de ánimo al igual que él mío.

No había dicho ni una sola palabra desde que habíamos salido y eso era muy raro en él porque no es que fuera un parlanchín, pero cuando estábamos juntos, sin buscarlo la conversación salía sola.

—¿Qué te ocurre?

Le pregunté poniéndome un poco de lado en el asiento para verle mejor, que no es que pudiera moverme mucho la verdad porque tenía ya un barrigón que daba miedo.

Y no porque hubiera engordado más de la cuenta sino porque la criatura venia grande o eso me dijeron en la última revisión.

—Nada, no te preocupes estoy bien.

Me contestó con voz cansada y ahí ya fue cuando me di cuenta de que lo que le pasaba era más preocupante de lo que me hubiera podido imaginar.

—Eloy, sí me preocupo porque sé que me estás mintiendo. No querías venir conmigo a Sevilla, ¿es eso? —le pregunté con miedo.

—No por Dios, no solo me he ofrecido a acompañarte por cumplir, lo he hecho porque de verdad quería hacerlo, deseaba hacerlo —me contestó muy seguro.

—¿Entonces qué pasa? Sabes que si puedo ayudarte con algo lo haré encantada —me ofrecí.

Se tomó unos minutos dudando de si contármelo o no, pero al final vi cómo se rendía y cogiendo aire para llenar los pulmones y soltándolo lentamente empezó a contarme que era lo que le pasaba.

Al parecer llevaba tres días volviéndose loco con las cuentas de la empresa porque había algo que no cuadraba y no había sido capaz de encontrarlo por más vueltas que le había dado. En tres días tenía que presentar los papeles para el cierre del trimestre y no podía hacerlo si no estaban bien.

Ese tema le traía de cabeza y le estaba estresando muchísimo, según me dijo, los números nunca habían sido lo suyo y le costaba mucho cada mes cuadrarlo todo.

Había tenido hasta hacia un año un asesor que le echaba una mano con todo el papeleo, pero el hombre era un pieza de cuidado que había estafado a otros dos clientes para los que también trabajaba y si no hubiera sido porque Eloy actuó con rapidez él hubiera sido el tercero.

Cuando se enteró de lo que había hecho ese hombre por boca de un amigo, lo despidió en el acto como es lógico.

Pero el rechazo y la desconfianza que le había provocado habían provocado que no hubiera contratado a otro y ahora lo llevaba todo él.

—Cuando volvamos te ayudaré —le dije muy convencida.

—¿Qué? —me preguntó confundido.

—Que cuando volvamos luego a casa, te ayudaré a revisarlo.

Le dije sonriendo porque en esos momentos estábamos parados en un semáforo y me estaba mirando.

Al verle la cara de confusión que tenía puse los ojos en blanco.

—Te recuerdo que he estudiado contabilidad y finanzas, los números son lo mío. Aunque siga siendo una fregona, puedo hacer un parón y dejar el mocho un rato y ayudarte con las cuentas para que puedas presentarlas en condiciones.

Su cara de alucine al oírme era para enmarcarla, tuve que aguantarme una carcajada para que no pensara que me estaba riendo de él.

—Pues si me ayudas y encuentras el fallo te estaré eternamente agradecido, porque de verdad que me estoy volviendo loco —me dijo esperanzado.

—Cuenta con ello, después de comer me lo enseñas y nos ponemos a ello —le dije, zanjando el tema.

El resto del trayecto lo hicimos hablando con normalidad como lo hacíamos siempre.

El ceño fruncido y la preocupación desaparecieron de su cara desde el momento en el que me ofrecí a ayudarlo.

Hablamos del tiempo que seguía apretando sin darnos ni un día de tregua, de lo que teníamos que comprar después, que eran hierbas en un herbolario al que Sole siempre iba cuando bajamos a Sevilla para hacer sus infusiones.

También necesitaba comprarme unas deportivas nuevas y un par de camisetas de esas básicas que por la noche usaba para dormir, desde siempre en Madrid solía dormir desnuda, pero desde que llegué al cortijo no sabía por qué, siempre lo hacía en camiseta.

El centro de salud que me tocaba estaba en uno de los primeros barrios nada más llegar a Sevilla, por cercanía era el que nos habían asignado a las tres cuando llegamos meses atrás al cortijo y nos empadronamos allí.

Las veces que había ido con Sole no habíamos tenido problemas en encontrar aparcamiento y esta vez no fue distinta, no encontramos ninguno en la misma calle, pero si dos más adelante.

Nada más parar el contacto del coche y antes de que nos bajáramos solté un gruñido seguido de un suspiro y Eloy se me quedó mirando con las dejas alzadas preguntándome que me pasaba.

—Lleva un rato dándome un montón de patadas esta última ha sido bien fuerte —le expliqué antes de sonreír.

Cuando le dije eso se me quedó mirando primero a la cara, pero segundos después fue bajando lentamente por todo mi cuerpo hasta que se quedó con la mirada fija en mi barriga.

Pude ver en su mirada las ganas que tenía de sentir como se movía el bebé, pero también vi que no se atrevería ni a preguntármelo. Así que decidí seguir el consejo de Sole y ser yo la valiente. Alargué mi mano y cogí la suya y sin darle tiempo de reacción la llevé hasta mi vientre y la puse donde el bebé estaba pateando en ese momento.

La sonrisa que puso al sentirlo se me quedaría grabada en mi memoria el resto de mi vida, porque era la más bonita que le había visto poner desde que le conocía.

Levantó la mirada y con los ojos me pidió permiso para ir un poco más haya, asentí dándole luz verde y a continuación llevó la otra mano.

Con una mano a cada lado de mi vientre empezó a acariciarme lentamente sintiendo en todo momento todos los movimientos que estaba haciendo el bebé, que eran bastantes, porque llevaba desde que me había levantado de lo más guerrero.

—Gracias, me moría de ganas de hacer esto, pero no sabía cómo decírtelo, no sabía si te podía molestar —me dijo emocionado.

—No me des las gracias y a partir de ahora no hace falta que me preguntes, cuando te apetezca sentirle ya sabes lo que tienes que hacer. Sí quieres repetir claro.

Le dije eso último para que no se sintiera obligado a hacerlo por lo anterior que le había dicho.

—Claro que quiero…querría tantas cosas…

Dejó la frase sin terminar antes de quitarme las manos de encima y evitar mi mirada.

Nos bajamos del coche y cuando nos pusimos en la acera uno al lado del otro, sin pensármelo más decidí que como había dicho Sole era una tontería que estuviéramos perdiendo en tiempo por miedo. Antes de que empezara a andar le agarré del brazo y al verme frenarle me miro a los ojos interrogándome con la mirada, ahí cogí aire y me lancé.

—Yo también quiero muchas cosas.

Le dije, antes de acercarme hasta él y posar mis labios contra los suyos para besarlo, pero al ver que se puso tenso como un palo y que no hizo ni un pequeño amago por devolverme el beso, me retiré rápido totalmente avergonzada.

—Lo siento muchísimo yo creí… da igual, de verdad que lo siento, no volverá a pasar.

Dije, antes de agachar la cabeza y empezar a caminar en la dirección que teníamos que ir sintiéndome fatal por haber pensado lo que no era, seguramente con lo que acababa de hacer habría jodido hasta la amistad que teníamos, pensé lamentándome.

—Nerea, espera —me dijo, poniéndose a mi altura y agarrándome por el brazo como había hecho yo un minuto antes.

—Eloy, de verdad que siento muchísimo lo que he hecho, si quieres marcharte lo entiendo perfectamente. Cuando terminé ya volveré en taxi —dije sin mirarlo siquiera y soltando todo de carrerilla.

—Nerea, mírame —me pidió, a la vez que levantaba mi cara con su mano puesta en mi barbilla.

—Yo no siento que lo hayas hecho, has sido la más valiente de los dos —me dijo sonriendo y ahí ya sí que me quedé totalmente descolocada.

—¿Qué? —me atreví a preguntarle.

—Que yo también me moría de ganas de besarte desde hace tiempo, pero no lo he hecho porque pensé que no querrías lo mismo —me dijo antes de lanzarse a mis labios.

Y ahí ya sí, eso sí que fue un beso de verdad y totalmente correspondido por parte de los dos.

En ese beso no hubo prisa, pero tampoco paciencia, al principio fue un beso tímido como si nuestros labios estuvieran comprobando que lo que estaba pasando era real.

Pero eso cambió en seguida, el beso se volvió más urgente, más pasional, con más necesidad, como si fuera algo que llevaras mucho tiempo esperando y ahora que ha llegado no quisieras que se acabara nunca.

Pero sí que tuvo que terminar, primero por la falta de aire que nos empezó a ahogar a los dos y segundo porque no era el sitio más adecuado para seguir besándonos ahí con esas ganas que nos teníamos, a la vista de todo el mundo.

—Cuando lleguemos a casa quiero que hablemos de esto, no quiero que se quedé solo en un beso en una calle cualquiera —me dijo, casi rogando en voz baja contra mis labios.

—Me parece bien, yo tampoco quiero que se quede solo en un beso, creo que ya es hora de que pongamos las cartas sobre la mesa y hablemos claro —le contesté, antes de darle un beso corto en los labios y separarme de él.

Sin decirnos nada más, pues ya estaba todo dicho, los dos empezamos a caminar, pero no habíamos dado ni dos pasos cuando Eloy alargó su mano y agarró la mía para que camináramos así por la calle.

El primer roce de su mano contra la mía fue como el principio del beso tímido, pero al ver que yo entrelazaba mis dedos con los suyos con seguridad él hizo lo mismo.

Y de esa manera como si fuera algo normal entre nosotros, algo que habíamos hecho mil, veces por lo bien que se sentía y lo bien que encajábamos, llegamos a la puerta del ambulatorio.

Seguimos agarrados y solo nos soltamos cuando me levanté para ir a la consulta de la ginecóloga.

—¿Quieres pasar conmigo? —le pregunté cuando la enfermera vino a llamarme, para que entrara en la consulta.

—Me encantaría —me contestó sonriendo.

—Acompáñenme por aquí por favor —nos dijo la enfermera.

—¿Estás nerviosa? —me susurró al oído al ver que desde que me había levantado de la silla no dejaba de mover las manos retorciéndomelas.

—Sí, bastante —le contesté.

—Estoy aquí, ¿vale? —me dijo volviendo a agarrar mi mano —Y no solo hoy, para siempre si quieres —añadió y yo me emocione como una tonta.

Capítulo 34

Entramos en la consulta de la ginecóloga que me saludo con amabilidad, ya nos conocíamos de las veces anteriores que había venido y siempre me había tratado con un trato muy cercano.

Se la veía que amaba su profesión y eso era algo que se notaba enseguida por cómo te hablaba, por la paciencia que tenía en todo momento, sin importarle tener que repetir las cosas las veces que hicieran falta si no lo habías entendido.

Y qué decir de la hora de la exploración, ahí ya era fabulosa. Te trataba con una delicadeza y una ternura que te hacía sentir confiada y tranquila.

Le presenté a Eloy como un buen amigo, no sabía de qué otra manera hacerlo, por el momento eso era lo que éramos, al menos hasta que no habláramos y decidiéramos entre los dos que era lo que queríamos de cara al futuro.

Mientras la doctora me hacía las típicas preguntas que ya conocía porque siempre eran las misma cada vez que iba, noté como Eloy estaba atentó a todo lo que hablábamos para no perderse ni un solo detalle de la conversación.

No preguntó nada, pero vi que se quedó con las ganas en varias ocasiones. Como también noté lo nervioso que estaba, el no saber dónde poner las manos o como movía una de sus piernas como si tuviera tembleque que dieron buena pista de ello.

Al terminar la ronda de preguntas como las veces anteriores me mandó a subirme a la camilla para empezar con la exploración.

Eloy no dudo en levantarse de la silla y acercarse a mí para ayudarme a subir, no es que anduviera torpe y no pudiera, pero la camilla era un poco alta y me costaba un poco subirme, por eso me agarró de la cintura y sin esfuerzo por su parte me alzo un poco para que me sentara.

—¿Preparada para ver este bebé tan vergonzoso que todavía no nos ha dejado ver lo que es? —me preguntó la doctora con una sonrisa.

—Sí, estoy lista. A ver si hoy que tenemos un espectador nuevo nos da la sorpresa y se deja ver. Aún no he comprado ni un simple babero, si hoy nos vuelve a mostrar el culete, compraré todo blanco o colores neutros, porque si no al final nace y no tengo ni donde ponerlo a dormir —le contesté, haciéndola reír.

—Sí, es verdad que se está haciendo de rogar, no es lo habitual, pero hay veces que pasa. He tenido pacientes que no lo han sabido hasta el final esperemos que este no sea uno de esos casos.

Me contestó, antes de ponerme una sabanita para tapar un poco mis piernas y mis partes que se quedaron al descubierto cuando me subí el vestido.

—Es una niña —dijo de pronto Eloy sin mirarnos a ninguna de las dos, ya que tenía la vista clavada en mi barriga que ya estaba al descubierto.

—¿Eso crees? O solo es por llevarles la contraría a Sole y a Leire, que han dicho que será un niño desde el principio —le pregunte soltando una risita.

—Estoy convencido de que así será —me respondió muy seguro.

—Pues vamos a ver quién tiene razón —dijo la doctora, antes de echarme el gel ese que usaban y que estaba tan frio que me hizo estremecer.

Con mucha delicadeza como hacía tiempo, Triana, que así se llamaba la ginecóloga empezó a dar suaves pasadas por toda mi barriga. Con una mirada de lo más profesional vimos como iba apuntando mentalmente todo o que iba viendo.

Eloy y yo nos miramos un segundo, el único que retiramos la mirada de la pantalla donde iban saliendo las imágenes del bebé al que ya se le veía perfectamente formado. Se distinguían perfectamente sus extremidades, la cabeza y el cuerpo.

Sin yo pedírselo y él sin pedir permiso alargó la mano y la entrelazó con la mía. Fue un gesto tan natural, sencillo como si para nosotros fuera lo más normal. No sabía lo que sentiría él, pero yo en esos momentos me sentí, querida, protegida y acompañada como nunca lo había estado en la vida.

—Pues el nuevo espectador que tenemos hoy nos ha traído suerte, porque la vergonzosa por fin nos ha mostrado algo más que el culete.

Dijo la doctora con una sonrisa antes de apuntar con el dedo la parte de la pantalla en la que se suponía que estaban las partes íntimas del bebe, eso que ni yo ni Eloy éramos capaces de distinguir.

—Ha dicho vergonzosa, ¿lo he odio bien? —le preguntó Eloy.

—Así es, es una niña. Y está perfectamente, viene un poco grande, pero eso ya lo sabíamos.

—Una niña… tenías razón —le dije a Eloy con los ojos llenos de lágrimas por la emoción—. Verás la que te van a dar las chicas por haber acertado y ellas no —añadí haciéndolo reír.

Pero, aunque se rio también tenía los ojos aguados por la emoción de estar viviendo este momento, que seguramente para él era muy duro, al acordarse del hijo que perdió.

—¿Por qué venga grande puede haber problemas, en el parto? —le preguntó Eloy a la doctora, dejando salir en voz alta su mayor miedo.

Que era que me pudiera pasar algo malo a mí o al bebé como le había pasado Clara y a su hijo.

—No tiene por qué, sí Nerea por él tamaño de la niña no puede traerlo al mundo de forma natural no dejaremos que ninguno de los dos sufra en ningún momento, se practicaría una cesaría para no correr riesgos de ningún tipo. Aunque te voy a adelantar lo que va a pasar, no es que sea adivina ni nada, pero mis años de experiencia así me lo dicen —nos dijo mirándonos a los dos.

—¿Qué pasará? —le pregunté yo con miedo.

—No vas a llegar a término, esta niña se va a adelantar en llegar al mundo. Aun te faltan dos meses, pero ya está perfectamente colocada y en un peso ideal. Incluso sí naciera ahora mismo no tendría ningún problema, así que ya te aviso que seguramente el siguiente mes no, pero en cuanto llegues más de la mitad del octavo mes puede nacer en cualquier momento. No te lo digo para que te asustes, te lo comento para que te vayas haciendo a la idea de lo que va a pasar y estés preparada, ¿vale?

Me explicó con toda la calma del mundo, dejándome más tranquila.

Terminada la exploración y resueltas nuestras dudas, me levanté de la camilla con la ayuda de Eloy.

Una vez que la doctora me quitó todos los restos del líquido de la barriga y con un par de recomendaciones más salimos de allí de lo más emocionados sabiendo que era una niña lo que estaba en camino.

Nada más que la doctora me reveló el sexo tuve claro cómo se llamaría mi hija, era algo que desde que supe que estaba embarazada lo tenía decidido si era una niña.

Se llamaría Aroa como mi madre. Ya que no habían podido conocerse me parecía que estar unidas llevando el mismo nombre era una idea maravillosa.

Salimos del ambulatorio y lo primero que hicimos fue entrar en una cafetería que estaba justo en la acera de en frente.

Hacía mucho calor y nos apetecía tomar algo fresquito, yo pedí un zumo y un pincho de tortilla para acompañar y Eloy, una cerveza sin alcohol y una tostada de jamón.

Allí estuvimos medía hora disfrutando del almuerzo que nos supo a gloria a los dos mientras comentábamos lo que había dicho la doctora. Eloy me preguntó si ya tenía pensado un nombre.

Cuando le dije que desde el principio si era niña tenía decidido que se llamaría como mi madre, le pareció un gesto precioso por mi parte que le hiciera ese homenaje a mi madre.

También le dije que si hubiera sido niño no tenía ningún nombre decidido y que me hubiera tocado buscar uno a la carrera y eso le hizo reír.

Al salir de la cafetería la siguiente parada que hicimos como teníamos pensado fue ir al herbolario para coger la lista de cosas que me había pedido Sole.

Ahí no tardamos apenas nada, además, ni siquiera tuvimos que coger el coche porque estaba a tres calles del ambulatorio.

—¿El resto de las compras quieres que las hagamos en el centro comercial? Allí estaremos más frescos y cuando acabemos de comprar, allí mismo podemos coger la comida, ¿qué parece?

Me propuso Eloy, cuando nos montamos en el coche después de comprar las hierbas.

—Me parece fantástico, hace demasiado calor para estar paseando por las calles —le contesté sonriendo.

Quince minutos después llegamos al centro comercial que estaba más cerca de donde habíamos aparcado el coche.

Nada más parar el coche Eloy dio la vuelta con rapidez para ayudarme a bajar porque era verdad que me costaba bastante al ser bastante alto.

Ese día había llevado el mismo con el que fue a Madrid porque decía que era más espacioso para que yo fuera más cómoda en el asiento, y por si comprábamos varias cosas cupiera todo en el maletero sin tener que meterlo a presión.

Agarrados de la mano algo que ya desde que habíamos salido del ambulatorio para nosotros era algo de lo más normal empezamos a recorrer las tiendas.

La primera parada fue en una de ropa premamá donde entré a comprar como ya os había comentado lo que necesitaba, aunque también cogí un par de sujetadores y braguitas que estaban bien de precio y me hacían falta.

De ahí fuimos a por las deportivas que tenía pensado comprarme, en las dos tiendas tuve que pelearme con Eloy porque quería pagarme él las cosas, al final me salí con la mía y conseguí que no me pagara nada.

Como última parada entramos en una tienda donde tenían de todo para bebés, al pasar y ver el escaparate los dos nos miramos y asentimos con la cabeza sonriendo.

No tenía pensado comprar nada ese día, porque quería mirar también por internet y comparar precios, pero la ilusión de saber que era una niña pudo conmigo y aunque fuera solo para mirar todas las maravillas que tenían allí hizo que no me pudiera resistir a entrar al igual que Eloy, al que parecía hacerle tanta ilusión como a mí.

—¿No te gusta nada? —me preguntó al cabo de un rato al ver que miraba y miraba, pero no cogía nada.

—Me gusta todo —le contesté sonriendo.

—¿Entonces, por qué no coges nada? —dijo, con el ceño fruncido.

—Quiero mirar también por internet cuando lleguemos a casa, tengo que hacer una lista de cosas que necesitaré y ver el presupuesto que tengo —le contesté con sinceridad.

—Nerea, no me has dejado ni regalarte las deportivas, ni me dejaste hace tiempo comprarte la ropa que necesitabas. Lo he dejado pasar, pero esto no lo dejaré. Déjame por favor comprarle cosas a la niña, de verdad que no lo hago porque quiera restregarte mi dinero. Quiero hacerlo porque así me nace, sé que no soy su padre y no tengo ningún derecho a nada, pero me gustaría hacer esto por las dos. Me gustaría formar parte de vuestras vidas, de la manera que tú me dejes y quieras —sus palabras me tocaron el corazón de una manera que ni os lo imaginaríais. Y no solo fue lo que dijo sino el cómo lo dijo, con ese ruego y esa esperanza en su voz pidiéndome que le dejara ser participe en la vida de la niña y en la mía. Y que iba a hacer, pues claudiqué, como no hacerlo con la forma con la que me miraba.

—Te dejaré comprar lo que quieras, con una condición —le dije acariciándole la cara.

—Lo que quieras —me contestó, antes de darme un beso corto en los labios mientras me abrazaba por la cintura pegándome a él.

—Que no te gastes mucho, ni te líes la manta a la cabeza y compres caprichos que no necesitamos —le dije, dándole otro beso como él había hecho conmigo.

—Trato hecho —me contestó sonriendo y con un brillo en la mirada que me enamoró más de lo que ya estaba.

Las siguientes dos horas, entre los dos elegimos de todo lo que le hace falta a un bebé. Lo primero el cochecito, ropa de primera puesta, productos de aseo y varias cosas más. Incluso después de mucho insistir Eloy acabó convenciéndome para coger la habitación que montaríamos en el cortijo para la niña.

Ahí sí que no conseguí que mirara los precios, argumentando que sería para muchos años y que era mejor coger algo bueno, lo último que elegimos antes de marcharnos fue un moisés para los primeros meses.

Capítulo 35

Con el coche hasta los topes de cosas y no solo en el maletero sino en los asientos traseros, llegamos al cortijo.

También cogimos en el centro comercial la comida antes de salir, como no queríamos que fuera algo que al enfriarse perdiera calidad, nos decidimos por coger dos pollos asados con patatas panaderas.

Eloy paró el coche en la misma puerta para poder descargar todas las cosas y llevarlas directamente a la habitación que sería para la niña. En el coche, Eloy, me propuso que lo mejor sería montarle a ella la que yo tenía porque era la que estaba en el centro y en la que mejor luz entraba.

Y yo me mudaría a la de al lado, aunque eso Eloy me lo dijo con la boca pequeña y con una sonrisa, porque no especificó a que habitación se refería, si a la que quedaba a la derecha de la de la niña o a la suya.

Lo primero que hice mientras empezó a bajar bolsas y las dejaba en la entrada de la casa fue ir a la cocina y dejar allí la bolsa de la comida, aún era pronto así que en cuanto dejáramos todas las bolsas y paquetes que triamos en la habitación me encargaría yo misma de hacer una ensalada para acompañar los pollos y así Sole ese día descansaría todo lo que necesitaba, aunque estaba segura de que en cuanto se acercara la hora de comer ya la tendríamos por la cocina pululando.

—¿Es Navidad?

Preguntó Sole riéndose, que estaba acompañada de Leire en la entrada del pasillo que daba a las habitaciones al ver tal despliegue de cosas.

—Son las cosas para nuestra niña —le contesté sonriendo.

—¿Es una niña? —volvió a preguntar Leire contentísima.

—Una niña grande y muy bonita —contestó Eloy con una sonrisa enorme.

—Una niña…—dijo Sole emocionada llevándose las manos al pecho.

—Aroa —le contesté, solo con eso ella me entendió y no hizo falta decirle nada más al igual que a Leire, que también supo el porqué de ese nombre.

Entre los cuatro, aunque a Sole le reñimos varias veces para que no hiciera nada, sin convencerla, llevamos todas las bolsas de momento a la habitación que estaba desocupada al lado de la mía.

A partir del día siguiente y poco a poco ya iríamos colocando todo. La habitación, nos habían dicho en la tienda que nos la traerían en tres días, así que teníamos tiempo de sobra para tener todo listo cuando mi hija quisiera venir al mundo.

Después de colocar todo, tanto Eloy como yo pasamos por la ducha antes de ir a comer. En el centro comercial no pasamos calor, pero en el trayecto hasta el coche cuando salimos y en el rato que habíamos descargado todo del coche sí, y estábamos pegajosos de sudor.

Durante la comida Eloy y yo les contamos a Sole y a Leire todo lo que nos había dicho la ginecóloga y les enseñé las copias de las ecografías que me había dado. Sole se empeñó en decir que la niña era un calco mío, Leire no dejaba de reírse porque la rebatía diciendo que no que era igual que ella.

Y así entre risas, peleas cariñosas y una charla en familia terminamos de comer.

—¿Necesitas algo?

Me preguntó Eloy cuando entré en el despacho en el que se había metido nada más comer, mientras yo me quedé recogiendo la cocina, ya que, aunque Sole dijo que ya estaba mejor no la dejé mandándola de vuelta a la cama.

—Dije que vendría a ayudarte, recuerdas —le dije, acercándome hasta donde él estaba sentado.

—Cierto, pero me he concentrado tanto en esto, que ya no se ni lo que hago o pienso —dijo con desesperación en la voz—. Me estoy volviendo loco con tanto número.

Añadió, pasándose las manos por la cara con un gesto de cansancio.

—Dijiste que tenías que ir también esta tarde a los olivares, ¿no? —le pregunte pasándole la mano por el pelo para que se relajara un poco.

—Pues ve y despéjate de esto, yo lo miraré mientras tú estás allí —añadí.

—Te lo agradezco de verdad, porque ya me veía otra noche sin dormir, pero antes de irme necesito otra cosa —me dijo, agarrándome de las manos para acercarme a él.

No me dio tiempo a preguntarle que quería, se levantó de la silla y me cogió de las caderas con mucho cuidado para sentarme encima de la mesa después de retirar con el antebrazo todos los papeles que tenía allí extendidos.

—¿Qué haces? —le pregunté, cuando se colocó entre mis piernas y empezó a acariciarme los muslos por debajo del vestido.

No me contestó con palabras, con sus ojos me pidió permiso para ir un poco más allá y se lo di asintiendo.

Me subió el vestido enrollándolo por debajo del pecho dejando mi vientre al descubierto. Empezó lentamente a acariciarlo con una lentitud y un mimo que me hicieron estremecer.

Bajo la cabeza y fue dejando varios besos por él mientras yo le acariciaba el pelo.

—Siempre has sido preciosa, pero el embarazo te hace estar más guapa si eso es posible —me dijo con la voz entrecortada.

No pude ni contestarle, pero el rubor de mis mejillas se lo dijo todo haciéndolo reír.

—Me muero de ganas de besarte por todo el cuerpo y hacerte mía, Nerea, pero antes de dar un paso más quiero saber que quieres tú. No quiero que pienses que esto es un calentón o que solo quiero eso de ti, yo…

Dejó la frase sin terminar, pero yo ni quise, ni pude callarme.

—Me he enamorado de ti, soy una tonta lo sé, porque sé que nunca podrás corresponderme, pero en este —le dije llevándome la mano al corazón —ni yo ni nadie manda y al parecer no ha podido evitarlo.

Susurré antes de apartar la mirada porque se me llenaron los ojos de lágrimas.

Agarró mi cara con las dos manos para que volviera a mirarlo antes de hablarme para que viera sus ojos cuando lo hiciera.

—Entonces los dos somos tontos, porque yo también me he enamorado de ti —me dijo, juntando su frente con la mía.

—Pero ¿y Clara? Yo pensé…—no me dejó continuar porque me tapó la boca dándome un beso corto.

—A Clara la quise mucho, eso no te lo puedo negar y siempre se quedará en una parte de mi memoria. Pero lo que siento por ti va mucho más allá. No sé cómo ha pasado, pero así ha sido. Estoy loco por ti desde el momento en el que entraste a colocarme el equipaje en la casa de mi hermano.

Ella es mi pasado, pero tú, quiero que tu seas mi presente y mi futuro. Y también si me dejas, aunque no sea como padre, al menos ser alguien en la vida de Aroa.

Las últimas palabras las dijo con cierto miedo, esperando con ansias a ver qué era lo que yo le contestaba.

—Sí a todo —le dije con las mejillas llenas de lágrimas, esas que no había podido contener al oírlo.

Con sus manos y mucha delicadeza me limpió las lágrimas antes de dejarme varios besos por toda la cara.

Cuando se retiró se me quedó mirando, dudando en si preguntarme algo que al parecer le daba más miedo decirme que todo lo anterior. Al final no queriéndose quedar con la duda cogió aire y le echó valor.

—¿Qué hay de mi sobrino? —me preguntó.

—Lo quiero, tampoco te lo voy a negar —ahí le vi fruncir el ceño—, pero no de esa manera que se te acaba de pasar por la cabeza. Le quiero como el amigo que ha sido siempre. Desde que empecé a sentir lo que siento por ti me di cuenta de que nunca estuve enamorada de él realmente, confundí las cosas y creo que a él le pasó lo mismo —le dije, para que se quedará tranquilo y todo quedara claro entre nosotros.

Cuando terminé de hablar ya no hubo más palabras, todas las cartas habían sido puestas sobre la mesa y los dos nos habíamos dicho lo que el otro necesitaba saber.

El beso que vino después de la conversación no fue un simple beso cargado de deseo y cariño fue la manera de sellar nuestro presente y el futuro que los dos queríamos tener juntos.

Nuestras manos se unieron al beso para acariciarnos incapaces de quedarse quietas. Eloy me sacó el vestido por la cabeza que cayó al suelo, seguido por mi sujetador y su camisa, la que yo desabotoné sin dejar de besarle.

—¿Estás segura? Este no es el mejor sitio, me gustaría tenerte en mi cama y tomarme todo el tiempo del mundo para perderme en tu cuerpo —me dijo con la voz ronca por la excitación que recorría su cuerpo y que era exactamente la misma que la mía.

—Esta noche puedes perderte en mí todo lo que quieras, igual que quiero hacer yo en ti, pero ahora necesito que me hagas tuya —le dije, pasando mi mano por encima de su pantalón acariciándole la gran erección que tenía.

Atrapó mi boca, con hambre, con urgencia, pero volcando todos los sentimientos que tenía guardados en su interior.

Sus manos acariciaron mis pechos con firmeza, pero sin hacerme daño, cuando me pellizcó los pezones con dos dedos no pude contener el primer jadeo. Siempre había sido una de las zonas en la que más sensibilidad tenía, pero desde que estaba embarazada mucho más.

Una de sus manos bajó hasta mi centro y la pasó por encima de la braguita, esa que estaba ya chorreando por lo mojada que estaba.

Bajó la otra mano y la agarró por los laterales para bajármela, yo le ayudé levantándome un poco para que le resultara más fácil. Empezó a acariciarme dando pasadas cortas por toda mi vagina, deteniéndose en ese punto que ya solo con tocarlo la primera vez noté como el orgasmo no tardaría en llegarme.

Mientras el seguía dándome placer quise hacer lo mismo, con rapidez le desabroché los pantalones y se los bajé llevándome de paso su ropa interior.

Rodeé su miembro y empecé a subir mi mano con movimientos firme de arriba abajo, estaba duro, mucho.

Sus jadeos se mezclaron con los míos y solo con oírle y el placer que me estaba dando no pude aguantar más y me dejé ir en su mano.

—Para, no quiero acabar en tu mano, quiero hacerlo dentro de ti y que tu vuelvas a correrte conmigo —me dijo separando mi mano de su miembro.

Se acercó más a mí y yo me acerqué más al borde de la mesa para que pudiera entrar mejor en mí.

—Iré despacio, pero cualquier cosa que notes dímelo y paro en el acto, ¿sí? no quiero haceros daño.

Sus palabras me calentaron el alma, su consideración fue increíble, pensando primero en nosotras y nuestro bienestar, que en él y su placer. Asentí y se acercó despacio y con un poco de miedo, pero con decisión.

Primero pasó su miembro por toda mi abertura unas cuantas veces, dándome un placer que no había sentido nunca.

—Por favor… —le rogué antes de agarrarlo de la nuca para acercar sus labios a los míos y besarlo con pasión.

Ya no me hizo rogarle más, entró en mí despacio, tanto que lo sentí como una tortura, deliciosa eso sí.

Los siguientes minutos en el despacho solo se oyeron los jadeos de ambos entre beso y beso, mientras Eloy no dejó de entrar y salir de dentro de mí, solo acelerando sus movimientos al final cuando notó que yo estaba a punto de dejarme ir de nuevo, para hacerlo los dos a la vez.

Al terminar no se separó de mí, siguió besándome y acariciándome varios minutos más y eso me encantó.

Capítulo 36

Terminado el maravilloso encuentro en el despacho, nos vestimos para poder salir de allí y pasar por la ducha.

No me dejó que me duchara en mi habitación, me llevó directamente de la mano a la suya. Nos duchamos juntos, pero allí no paso nada, sexual me refiero, porque ternura y amor sí que hubo en aquella ducha.

Eloy quiso ser él, quien me enjabonara todo el cuerpo y yo pues que queréis que os diga, me dejé hacer. Al igual que él me dejó hacerle lo mismo después.

Allí mismo me pidió que a partir de ese día durmiera con él, me dijo que ya habíamos perdido demasiado tiempo por miedo como para esperar más a empezar a compartir cosas y lo primero era poder dormir abrazados, cosa de la que los dos teníamos muchas ganas.

Al terminar la ducha y ponernos ropa limpia, volvimos al despacho y me mostró los papeles que tenía que revisar antes de dejarme allí para irse a los olivares a ocuparse de otros asuntos.

No sin antes prometerle que cualquier cosa que necesitara o quisiera le llamara de inmediato.

Estuve allí más de tres horas liada con los números, era verdad que había un par de fallos que a simple vista eran imposibles de encontrar sino te metías de lleno y lo revisabas muy a fondo.

Pero como he dicho en varias ocasiones los números eran lo mío y a esos no iba a dejarles que se me revelaran, como acabó pasando cuando encontré los fallos y volví a hacer todas las cuentas desde el principio para que cuadrará todo perfectamente y Eloy no tuviera ningún tipo de problema.

Mientras estuve allí sumergida entre los números, Leire, me hizo una visita corta para decirme que ya había terminado de preparar todo lo suyo de los estudios que comenzaría oficialmente en una semana.

También me avisó que no estaría a la hora de la cena y que tampoco vendría a dormir porque seguramente se le haría tarde y no quería volver de noche, porque Lolo la había llamado para decirle que su madre los esperaba a los dos para cenar en su casa, y ella aceptó encantada.

Los padres de él la trataban con mucho cariño desde el primer día y ella a ellos igual. Según nos contó, porque nosotros aún no los conocíamos era un matrimonio con unos valores impresionantes que trataban a todo el mundo con mucho respeto y cariño, ella que no estaba acostumbrada a ver eso habiéndose criado con sus padres, cuando iba a su casa siempre volvía encantada hablando maravillas de ellos.

Cuando me faltaba un ratito para terminar también, Sole vino a hacerme una visita y para traerme una infusión y algo de comer, porque según ella, la niña no podía quedarse sin merendar.

Se llevó buena bronca por haberse levantado de la cama para venir a traerme ese pequeño tentempié, que, sí que se lo agradecí en el alma, pero leñes, que estaba enferma. Y que hizo ella pues hacer oídos sordos y alegar que ya estaba perfectamente.

La conocía demasiado bien para saber que lo que la había llevado hasta allí no solo era para cuidarnos a la niña y a mí, que también, sino las ganas de saber el último cotilleo sobre Eloy y yo. Y echándome a reír así se lo hice saber.

—Traerme la merienda te ha dado la excusa perfecta para venir y que te cuente todo, ¿no? —le dije antes de dar un sorbo a la infusión que estaba deliciosa.

—Sí ya lo sabes para que preguntas —me contestó poniendo los ojos en blanco—. Venga, no te hagas de rogar y empieza a largar —añadió impaciente.

—Estamos juntos —le dije, encogiéndome de hombros.

—Eso ya lo he deducido yo solita por las miradas que os habéis echado mientras comíamos. Quiero saber cómo se ha dado todo: quien ha dado el paso, que os habéis dicho, en que habéis quedado… Vamos, que me cuentes todo con pelos y señales —me dijo y no pude por más que soltar una carcajada antes de negar con la cabeza.

—Venga coño deja de reírte y habla que no tenemos todo el día —me dijo cruzándose de brazos y haciéndome reír más porque su vena cotilla no la dejaría dormir si no se enteraba de todo antes de irse a la cama.

Después de unos segundos haciéndome la interesante y haciéndola rabiar, le conté como había pasado todo.

Como nos habíamos dado nuestro primer beso al bajarnos del coche, quedando en hablar más tarde para hablar las cosas.

Como había estado de atentó en todo momento en la consulta y como me había acabado convenciendo en el centro comercial para comprar él todas las cosas de Aroa.

Y por último le conté la conversación que habíamos tenido un rato antes en ese mismo despacho, en la que a partir de ese momento tendríamos una relación de pareja, habiendo dejado claro por parte de los dos, los sentimientos que teníamos y que el pasado con Nico y Clara se quedaba en eso, en el pasado, aunque los dos reconocimos que los seguíamos queriendo, yo como amigo y el cómo un buen recuerdo.

La parte del sexo y la ducha la obvié, claro, eso solo era algo nuestro y ni Sole ni nadie tenía porque conocer.

—Me alegro muchísimo por los dos, Nerea, os merecéis toda la felicidad que podáis daros el uno al otro. Tu no has tenido una relación normal, que te dio buenos momentos, sí, pero más allá de eso no hubo más. Cuando algo se esconde no se disfruta, eso es lo que tuviste con Nicolás. En dos años no salisteis a cenar, a comer, ni siquiera un día al cine, eso no era vivir, era ver la vida pasar.

Y Eloy, pues todavía lo ha pasado peor que tú, perder una pareja es muy duro, pero perder un hijo es lo peor que le puede pasar a una persona en la vida. Aroa no será una sustituta en su vida, pero si le curará o calmará un poquito ese dolor que debe tener dentro.

La va a querer con locura, eso ya te lo digo yo y a ti también, por supuesto. Es un buen hombre que os cuidará y os querrá como os merecéis —me dijo poniendo en voz alta mis propios pensamientos porque era lo mismo que yo pensaba.

Hablamos un rato más, pero no mucho porque vi cómo se le empezaban a colorear las mejillas señal de que le estaba volviendo a subir la fiebre y aunque me costó conseguí que volviera a la cama, y haciéndole prometerme que no se levantaría más el resto del día.

Ni siquiera para hacer la cena de la que le dije que me encargaba yo.

Y haciendo la cena fue precisamente donde me encontró Eloy cuando volvió de los campos.

Lo primero que hizo nada más entrar sin decirme ni siquiera hola fue acercarse a mí para darme un beso en los labios y después otro en la barriga.

Me preguntó que tal había ido todo y le dije que si quería mientras terminaba la tortilla de patatas que era lo que estaba haciendo, se diera una ducha, se le veía acalorado y lleno de polvo, pero según me dijo no había querido ir directamente a la ducha sin saludarme, y que mientras cenáramos le contaría todo.

Y así lo hicimos, aunque cuando terminé de preparar la cena y antes de que Eloy volviera fui a la habitación de Sole y le llevé una bandeja con un trocito de tortilla y un poquito de caldo de verduras que había preparado también para ella.

Cuando Eloy volvió a la cocina a la que yo acababa de volver también después de llevar a Sole lo suyo, me dijo que si me apetecía cenar en el patío que parecía que esa noche corría un poco de aire y allí estaríamos estupendamente y así lo hicimos.

Sentados a la mesa mientras cenábamos le conté los fallos que había encontrado en las cuentas y cuando le dije que ya estaban perfectas y listas para presentar, poco más y le falta hacerme una reverencia.

Me ofrecí a ayudarlo a partir de ese momento con las cuentas sabiendo que le costaban un montón y aceptó encantado.

A mí no me costaría nada hacerlas pues solo había que apuntar algunas cosas a diario cosa que no me llevaría nada de tiempo y a él le descargaría mucho el trabajo y también le evitaría muchos dolores de cabeza.

—¿No viene Leire a cenar? Es bastante tarde, no suele retrasarse tanto.

Me preguntó nervioso mirando el reloj.

—Lo siento, con lo de las cuentas se me ha pasado decírtelo. Hoy cenaba en casa de los padres de Lolo y seguramente como siempre que va allí la cosa se alargará. No vendrá a dormir se quedará a dormir en el piso de Lolo.

Le dije, sintiéndome culpable por no habérselo dicho antes y dejar que se preocupara.

—No te disculpes por Dios, yo tampoco he preguntado antes, esto de las cuentas me tenía loco.

Me contestó, dando por zanjado el tema, quedándose tranquilo sabiendo que la niña Leire estaba en buenas manos.

Como el resto de las noches después de cenar nos preparamos unas infusiones y nos sentamos debajo de los limoneros en el balancín que Eloy había comprado dos meses atrás para que estuviéramos más cómodos que sentados en una silla.

Esa noche todo parecía igual que el resto de las que habíamos pasado allí hablando, pero no fue así, la complicidad fue la misma y también las miradas, pero el ambiente se sentía distinto.

En él flotaba a nuestro alrededor todo ese amor que los dos nos habíamos estado guardando por miedo a no ser correspondidos.

También fue distinta la manera de sentarnos, mientras que siempre habíamos guardado las distancias aun estando sentados juntos esa noche en el balancín estuvimos abrazados mientras charlábamos, dándonos varios besos entre frase y frase.

Como me pidió esa fue la primera noche de las muchas que vinieron después que dormimos juntos y abrazados en su cama.

Después de hacer el amor por supuesto, dejándonos llevar por la pasión y demostrándonos el deseo que sentíamos el uno por el otro, pero no solo el deseo, sino también el amor que nos teníamos.

El día fue al menos para mí perfecto y pensando en todo lo que había pasado ese día que no fue poco, fue como me quedé dormida entre sus brazos con una sonrisa de felicidad en la cara.

Capítulo 37

Nada más abrir los ojos esa mañana como todas las anteriores lo primero que hice fue girar la cabeza hacía el lado en el que sabía que estaría Eloy tumbado a mi lado.

Fruncí el ceño cuando vi que su lado de la cama estaba vacío y también frío, lo comprobé alargando la mano y pasándola por la sábana.

Era la primera mañana desde hacía un mes que dormíamos juntos que no estaba a mi lado al despertar.

Me quedé pensando a qué podía ser debido y entonces recordé que ya me había avisado el día antes justo antes de dormir que no estaría a mi lado cuando me despertara.

Seguramente me había costado recordarlo porque la última semana arrastraba más sueño que una camada de perezosos juntos.

La barriga cada vez pesaba más y en la cama me costaba muchísimo encontrar la postura y eso hacía que no descansara todo lo que necesitaba, en la última revisión que habíamos ido hacía una semana la ginecóloga ya me avisó que en cualquier momento me pondría de parto, ya que la niña apenas tenía sitio ya ahí adentro.

Pensé un segundo en las últimas palabras que Eloy me había dicho antes de dormirnos y ahí encontré la respuesta a mi pregunta de por qué no estaba a mi lado siendo tan temprano.

Ese día empezaba la recogida de las primeras aceitunas para que posteriormente se hiciera el aceite que vendía Eloy y eso era algo que a él no le gustaba perderse.

Desde que se hizo cargo del negocio siempre estaba presente al menos los primeros días de la recogida para controlar que todo se hiciera como a él le gustaba.

En el último mes como yo me había ocupado de las cuentas como le dije que haría, estaba mucho más relajado y también tenía más tiempo libre al no tener que pasar las horas muertas metido en el despacho entre números.

Eso que yo le llevaba a la perfección y que apenas me costaba hacer. Todo el tiempo libre que tenía me lo dedicaba a mí y yo estaba encantada de que así fuera.

Esos ratos los dos habíamos hecho muchas cosas juntos, entre ellas y a lo que dimos prioridad los primeros días fue a montar la habitación para Aroa, que había quedado de princesa de cuento, decir que era preciosa era quedarme corta.

Eloy se encargó personalmente de pintar las pareces en un bonito rosa pastel con nubes blancas como si fuera un cielo de lo más original. También Sole y Leire contribuyeron en el montaje y colocación de todas las cosas.

Mientras lo hacíamos, los cuatro pasamos allí dentro unos momentos únicos compartiendo risas y anécdotas de cuando nosotros éramos niños.

Las de Eloy nos las contó el mismo, pero las de Leire y las mías fue Sole las que las contó, muchas de ellas añadiendo las coletillas que le daba la gana para hacerlas más graciosas de lo que eran.

Durante ese mes las cosas nos habían ido muy bien a todos.

Leire había empezado las clases y estaba super contenta y más ilusionada que nunca.

Su relación con Lolo estaba cada día más consolidada y como le dije a Eloy una noche mientras estábamos en el balancín disfrutando de nuestra compañía con nuestra infusión en las manos, cualquier día la niña volaba del nido diciéndonos que se marchaba a vivir con el hombre de su vida, porque sí, Lolo lo era.

Eloy, al oírme decirle eso abrió los ojos como platos, para un segundo después fruncir el ceño acompañando ese gesto con unas palabras que nos hicieron a los dos darnos cuenta de lo rápida que pasa la vida y de lo tonta que es la gente por no disfrutar del momento.

Esas palabras fueron: *¿Cuándo se nos ha hecho la niña tan mayor?* Porque sí, él la conocía desde su nacimiento y la había visto en todas las épocas de su vida, pero yo la conocí siendo niña y había estado a su lado viéndola convertirse en la mujer fuerte, decidida y especial que era hoy en día.

Y haber compartido todos esos años de su vida a su lado para mí era lo mejor de todo lo que me pasó desde que dejé Sevilla diez años atrás hasta que había vuelto a mis orígenes.

Al día siguiente de empezar Eloy y yo juntos, cuando Leire volvió de casa de Lolo donde se quedó a dormir. Entre los dos la pusimos al corriente de como estaban las cosas entre nosotros y ella hasta lloró de emoción de lo feliz que se puso al saber que estábamos juntos y que teníamos pensado compartir un futuro.

Antes de empezar la conversación yo estaba muerta de miedo pensando que lo mismo no se lo tomaría bien, al haber estado con su hermano dos años y que ahora lo estaba con su tío.

Me ponía en su lugar y era normal que lo viera raro, pero una vez más Leire nos sorprendió diciéndonos que esto ya se lo veía venir desde que nos había visto hablar en Madrid y que estaba encantada de que al final hubiéramos dejado nuestros miedos y reticencias a un lado y hubiéramos dado el paso de estar juntos.

No dijo que estábamos hecho el uno para el otro y que nos merecíamos ser felices juntos.

Sole en el último mes siguió como siempre, entre pucheros, hierbas y comportándose como la mamá gallina que era con todos. Eloy y yo le habíamos pedido varias veces que nos acompañara a Sevilla cuando bajábamos a comprar algo o a comer, pero no había querido ni una sola vez. Según ella, estaba muy a gusto en el cortijo y fuera de allí no se le había perdido nada que tuviera que salir a buscar.

Y entre Eloy y yo, que os puedo decir, para mí sin lugar a equivocarme os puedo decir que había sido el mejor mes de mi vida.

La complicidad entre nosotros esa que se fue cociendo a fuego lento bajo los limoneros y la oscuridad de la noche seguía ahí, fuerte, solida, irrompible.

Este último mes habíamos hablado mucho, muchísimo, haciendo planes de futuro en los que él siempre incluía a Aroa.

Si hablábamos de viajar, comprar, ver o hacer, la niña siempre estaba incluida en el lote y eso para una madre soltera como yo, era algo que te hacía encoger el corazón, porque tenía claro por como hablaba y por las cosas que decía, que la iba a tratar como si fuera su hija, aunque no llevara su sangre. Bueno, eso no sería del todo cierto porque parte de su sangre si llevaba.

Aparte de todo eso, en la cama nos iba de maravilla, nuestras noches, bueno y las mañanas, las visitas al despacho y el balancín del patio habían sido testigos de primera mano de cómo se nos iban las cosas de las manos en cuanto nos besábamos o acariciábamos haciendo que nos encendiéramos sin remedio.

La misma complicidad que teníamos para hablar cuando nos acostábamos también estaba presente, si a eso le sumamos la química que había entre nosotros, era el coctel perfecto para ser uno solo cuando nos uníamos.

Arrastré los pies fuera de la cama y me quedé unos segundos sentada sintiendo los buenos días de mi hija, que llegaron a modo de patadas, bastante fuertes.

Que ganas tenía de que llegara el momento y poder verle la carita, pensé, mientras me acariciaba la barriga.

Con un poco de esfuerzo me levanté de la cama y fui directamente a la ducha para quitarme el sudor de la noche y despejarme un poco porque seguía bastante adormilada.

—Buenos días.

Le dije a Sole cuando entré a la cocina, veinte minutos después. Ya lista para afrontar un nuevo día.

Aunque aún no sabía en estos momentos que este día sería muy distinto a todos los anteriores por la sorpresa que estábamos a punto de llevarnos las dos cuando estuviéramos sentadas desayunando.

—Buenos días, corazón, tienes cara de cansancio.

Me contesto Sole, preocupada al verme bostezar mientras me sentaba a la mesa para dar buena cuenta del desayuno que ya me había preparado.

—No he dormido muy bien, ya no sé cómo ponerme —le dije antes de llevarme a la boca el primer trozo de fruta del bol que me había preparado.

—Lo sé, me lo ha dicho Eloy antes de irse, estaba bastante preocupado por ti, me ha pedido que no te quite el ojo de encima en todo el tiempo que él este fuera. Como si no lo fuera a hacer de todas maneras —me dijo, soltando una risilla que me hizo reír a mí también.

—Ayer le dije que no podíamos seguir así, se tira toda la noche pendiente de mí y si yo no duermo, él no lo hace tampoco. Le dije que hasta que naciera la niña lo mismo era mejor que me fuera a otra habitación para que él pudiera descansar. Ni terminar de hablar me dejó, me dijo que ni se me ocurriera siquiera pensarlo, que si estábamos juntos era para lo bueno y para lo malo y que si tenía que estar unos días durmiendo poco que lo haría encantado con tal de estar a mi lado. Y encima se atrevió a bromear con el tema diciéndome que así practicaba para cuando le tocara levantarse por las noches a atender a Aroa, para mecerla, cambiarle el pañal o lo que hiciera falta.

Puse los ojos en blanco y resoplé a la vez.

—Os quiere Nerea, no puede negarlo, porque es tan evidente que hasta un ciego se daría cuenta —me dijo, acariciándome el brazo.

—Lo sé, me lo demuestra cada día. Y yo lo amo de una manera que no podría describirla con palabras.

Le contesté con una sonrisa resplandeciente en mi cara, la misma que se me ponía, siempre que hablaba o pensaba en él. Lo que venía siendo casi las veinticuatro horas del día, porque en mis sueños también se colaba a diario.

—¿Te duele?

Me preguntó Sole preocupada al verme fruncir el ceño de repente y llevarme la mano al vientre.

—No, ha sido una patada, desde que me he levantado no ha parado ni un momento. Hoy, está especialmente movida, más de lo habitual.

Le contesté sonriendo porque ya había pasado el momento patadón, hasta que llegara el siguiente, claro, cosa que seguramente no tardaría en pasar.

—Está revoltosa mi niña. Lo mismo está decidiendo si sale o hoy no.

Me dijo Sole riéndose mientras pasaba la mano por mi vientre en círculos, intentando calmarla.

No pudimos seguir desayunando ni hablando porque Sole salió de la cocina para abrir la puerta de entrada a la que habían llamado, cosa que nos extrañó porque no esperábamos a nadie, ni tampoco ningún paquete.

Cuando Sole volvió a la cocina y le vi la cara supe de inmediato que algo no iba bien y lo confirmé cuando se retiró a un lado y vi a la persona que venía con ella. Allí delante de mí estaba ni más ni menos que Nico.

Capítulo 38

—Nico…

Solo pude decir su nombre porque se me puso tal nudo en la garganta y tal estado de nervios que si no hubiera estado sentada me habría caído redonda al suelo.

—Vaya sorpresa encontraros aquí, aunque la verdad es que sí que lo pensé algunas veces, que mi tío os hubiera traído con él era una posibilidad y al parecer no me equivoqué.

Nos dijo a las dos, pero no reprochando nada, sino en plan bien, contento porque estuviéramos allí y bien.

Mientras hablaba me quedé mirándolo fijamente, haciéndole un repaso de arriba abajo y lo que apreciaron mis ojos de su persona no me gustó ni un pelo.

Que no estuviéramos juntos no significaba que no me preocupara por él, seguía siendo mi amigo, le quería y eso no cambiaría nunca.

Estaba mucho más delgado que la última vez que nos vimos, hacía ya más de cinco meses. Su cara estaba demacrada y se le marcaban unas profundas ojeras, que me dijeron que hacía mucho que no descansaba en condiciones.

Fuera lo que fuera lo que le estaba pasando estaba claro que le estaba afectando a su salud y eso sí que no pensaba dejarlo pasar, sí necesitaba ayuda yo sería la primera que estaría ahí para él, al igual que harían su hermana, su tío y Sole.

Si había venido hasta aquí y al parecer solo, era por algo importante.

Lo sabía por como acaba de decir que Sole y yo estábamos aquí, así que esa visita no era por mí.

Más bien, pues algo dentro de mi pecho me lo decía, que Nico estaba en el cortijo haciendo una llamada de auxilio, aunque seguramente su orgullo no le dejara decirlo en voz alta.

No podía ni quería postergar más el momento de que supiera la verdad, ya que a estas alturas sería imposible guardar más el secreto que me traje a Sevilla ocultándoselo a él y al resto de su familia incluida su futura esposa.

Me levanté de la silla en la que estaba de lado por eso al entrar no se había dado cuenta de mi gran barriga y me puse frente a él, para que me viera bien y se llevara la sorpresa de su vida.

—Joder… ¿Esto qué es, Nerea?

Me dijo, hiperventilando y todo antes de sentarse en la primera silla que encontró, agachando la cabeza, mirando hacía el suelo y resoplando una y otra vez.

—Pues lo que tiene ahí dentro aire no es, te lo aseguro —le dijo Sole y yo la miré como diciendo: ¿en serio? Antes de negar con la cabeza.

—Sole, dale un poco de agua, a ver si conseguimos que se calme o terminara desmayado en el suelo.

Le pedí a Sole, antes de coger mi móvil que estaba encima de la mesa a toda prisa y abrir la aplicación de mensajes.

Con rapidez abrí el chat de Eloy y tecleé a toda velocidad.

Nerea: *Eloy, ven a casa por favor.*

Sabía que estaría pendiente del móvil porque ya me había avisado días antes que estuviera haciendo lo que fuera el móvil lo tendría siempre a mano por si me ponía de parto o lo necesitaba para cualquier cosa.

Y así fue, ni un segundo después de que los dos tics se pusieran azules me contestó.

Eloy: *¿Qué ocurre? ¿Estás de parto? Ya he salido de las tierras voy corriendo.*

Me podía imaginar lo nervioso que se había puesto al ver mi primer mensaje rogándole que viniera, por eso tecleé a toda velocidad para que supiera que no era por mí, por quien le pedía que viniera.

Nerea: *Yo estoy bien, tranquilo. Pero Nico está aquí y al verme se ha puesto muy nervioso, creo que le va a dar un tabardillo, no tardes.*

Eloy: *¿Nico? ¿Qué coño hace aquí?*

Nerea: *No lo sé, le pasa algo malo Eloy, no está bien y no solo es por verme la barriga, ya lo verás por ti mismo cuando llegues.*

Eloy: *Llego en cinco minutos, tranquila.*

Dejé el móvil otra vez en la mesa y me acerqué con cautela hasta Nico, que parecía que ya respiraba mejor. Sole estaba a su lado sosteniendo en su mano el vaso que le había dado un minuto antes por si quería beber más.

—Nico, ¿estás mejor?

Le pregunté y aunque lo hice en voz baja y con tranquilidad, una impostada, porque estaba de los nervios al verlo en ese estado para no ponerlo más nervioso de lo que estaba, aun así, se sobresaltó.

—Nerea… ¿Cómo no me dijiste lo que pasaba? —me preguntó lamentándose, pero no recriminándomelo.

No me dio tiempo a contestarle porque Eloy entró corriendo en la cocina y cuando se fijó en Nico y en el estado tan lamentable en el que estaba, me miró con horror y asintió con la cabeza sin decirme nada, dándome a entender que ahora entendía lo que minutos antes le había dicho en mi mensaje, de que Nico estaba mal y no era por mí.

—Nico, ¿qué ocurre? ¿Qué haces en Sevilla? ¿Le ha pasado algo a alguien? —le dijo Eloy, acercándose a él y agachándose un poco para ponerse a su altura y verlo bien.

—Eloy no lo atosigues espera que se recupere un poco, el impacto de ver a Nerea ha sido grande —le pidió Sole compadeciéndose del pobre Nico.

Los tres atentos a todos sus movimientos esperamos sin quitarle ojo de encima a que se recuperara un poco, mientras respiraba cogiendo grandes bocanadas de aire y soltándolas poco a poco, y bebiendo agua que le volvió a ofrecer Sole.

—¿Estás más tranquilo? —le preguntó Eloy, cogiendo una silla para sentarse a su lado.

—Sí, gracias —le contestó, pasándose las manos por la cara.

Nico levantó la mirada y se me quedó mirando varios segundos sin decir nada, busco mis ojos con insistencia queriendo preguntar mil cosas, pero sin ser capaz de decir ninguna en voz alta.

Yo miré a Eloy e hice lo mismo, entre los dos ya no necesitábamos poner palabras de por medio para entendernos pidiéndole una ayuda silenciosa.

Me daba miedo la reacción de Nico, no porque se fuera a poner violento ni nada al saber porque le había ocultado que iba a ser padre, sino porque empezaran los reproches y, sobre todo, porque se lo dijera a sus padres. Eso era lo último que quería porque con tal de hacerme daño y conociéndolos eran capaces hasta de intentar quitarme a la niña.

—¿Nerea podemos hablar a solas?

Me pidió Nico con voz cansada, no enfadada, sino cansada y eso hizo que algo se me removiera por dentro. Que estaba mal era más que evidente, pero me dio la sensación de que las cosas estaban peor de lo que nos imaginábamos.

Miré a Eloy a los ojos y el asintió diciéndome que estaba ahí en todo momento para mí, pero que Nico tenía razón, nos debíamos una conversación a solas.

—¿Salimos al patio?

Le pedí a Nico, que asintió con la cabeza antes de levantarse para seguirme.

—Nerea…

Dijo Eloy antes de que saliera por la puerta, recordándome que estaba ahí y que no se volvería a marchar hasta que todo estuviera aclarado.

—Lo sé —le dije sonriendo—, Eloy, yo también —él con esas dos palabras entendió de sobra lo que le quería decir que era lo mismo que me acaba de decir con la mirada. Te quiero.

Nico y yo salimos al patio en el que como era temprano hacía buena temperatura para estar sentados allí sin que el calor fuera agobiante. ´

Le pedí con la mano que nos sentáramos en el balancín y el entendió enseguida que allí era donde más cómoda estaría y accedió enseguida.

—Antes de que me expliques porque te lo callaste, aunque estoy seguro de saber el motivo, quiero que me digas como estás, si has tenido algún problema y si el bebé está bien, es lo que más me importa saber en estos momentos.

—Estoy bien, las dos estamos bien, todo a marchado perfecto. Aunque viene un poco grande y según me han dicho nacerá antes de tiempo. Hasta el mes que viene no salgo de cuentas, pero no llegaré a cumplir, está lista ya para nacer en cualquier momento.

Le dije, y vi como soltaba el aire que estaba conteniendo desde que nos habíamos sentado al saber que todo estaba bien.

—¿Es una niña?

—Sí, se va a llamar Aroa, como mi madre —le contesté sonriendo.

—No podría llevar un nombre mejor, su abuela era una gran mujer como lo es su madre también —me contestó, sonriendo también.

—Nico… yo siento haberme marchado sin decirte nada, pero…

No me dejo continuar y él se adelantó a poner mis miedos en voz alta pues pensaba lo mismo que yo.

—No me lo dijiste por ellos —dijo refiriéndose a su familia —y lo entiendo, yo en tu lugar hubiera hecho lo mismo. Yo mejor que nadie sabe cómo son.

Esas palabras las dijo con pesar y con más trasfondo del que parecía, dándome la última pista que necesitaba para saber que algo había pasado con su familia y por eso estaba en ese estado.

—Te habrían hecho la vida imposible, incluso me atrevería a decir que mi madre hubiera hecho lo que hiciera falta para quitarte a la niña, para taparlo todo. Son unos enfermos. Todos, sin excepción —dijo, apretando los dientes.

—Ese fue mi mayor miedo, nunca nos hubieran permitido estar juntos y mucho menos que yo tuviera una hija tuya. Para ellos sería una vergüenza que la criada tuviera un hijo ilegitimo con el heredero de su negocio —le dije con dolor expresando mis miedos por fin en voz alta.

—Por eso no deben enterarse nunca de que esta hija es mía —alargó la mano y la pasó por mi vientre con total naturalidad, como si lo hubiera hecho desde el principio y eso hizo que me tensara —si no ninguno viviremos nunca en paz. Yo ya estoy condenado, pero no dejaré que a vosotras os amarguen la vida —añadió, negando con la cabeza.

—Nico, hay algo más que tienes que saber —le dije con miedo, no quería que me pidiera o insinuara que retomáramos la relación y tener que rechazarlo, prefería decirle lo de Eloy antes de que él hablara.

—Lo sé —me contestó riéndose bajito.

Me quedé a cuadros cuando me dijo eso, porque no sabía a qué se estaba refriendo, ni que era lo que le hacía gracia para que se riera de esa manera.

—¿El qué sabes? —le pregunté frunciendo el ceño.

—Que estás con mi tío.

Me soltó así, de sopetón, quedándose tan pancho, cosa que, a mí, me dejó congelada o petrificada más bien y le miró boqueando como un pez sin llegar a articular palabra.

—No me mires así —dijo riéndose más alto—, las miradas que os habéis dedicado en la cocina me lo han dicho todo. En la de él había preocupación, pero por ti no por mí, además de protección, una muy fuerte. Un hombre que mira cómo te ha mirado él solo puede ser porque te ama con locura, no ha podido ocultarlo al menos a mis ojos. Y tú… tú le has mirado como nunca me miraste a mí. Estás enamorada de él, de mí nunca lo estuviste.

Me dijo sin dudar de ninguna de sus palabras, pero no había reproche en ellas, sino aceptación.

—Nico yo te quise mucho, aún te quiero, pero…

—Me quieres de la misma manera que yo te quiero a ti, como los mejores amigos que somos, pero nada más. La distancia nos ha hecho a los dos darnos cuenta de la verdad.

—Me costó verlo y aceptarlo —le dije, cogiéndole la mano para que viera que seguía siendo muy importante para mí.

—A mí también, estar separados creo que ha sido lo mejor que nos ha podido pasar para darnos cuenta de que confundimos amistad con otra cosa.

—Yo también lo creo —le contesté contenta, porque las cosas al final se hubieran dado así entre nosotros. Terminando lo nuestro sin dramas, sin reproches, entendiendo los dos la situación como era y lo más importante, sabiendo que pasara lo que pasara la amistad que formamos hacía ya tantos años no se rompería.

—Me alegro muchísimo de que tengas a Eloy en tu vida, es un buen hombre con el que serás muy feliz —me dijo emocionado, haciendo que mis ojos se llenaran también de lágrimas.

—Me quiere muchísimo y yo a él también y está loco con la niña.

—Después de lo que le pasó me alegro de que tenga una segunda oportunidad de ser feliz y no creo que haya podido elegir una mujer mejor.

—Él sabe cuál es su lugar, no ha querido nunca quitarte el derecho de ser el padre, solo quiere estar presente en la vida de Aroa —le aclaré para que no pensara que teníamos pensado sustituirlo o negarle su derecho de padre. Que no se lo hubiera dicho todavía no quería decir que no tuviera pensado hacerlo cuando las cosas estuvieran más calmadas y el ya fuera Ceo.

—Y lo estará, más de lo que él piensa —me contestó, dejándome confusa porque en ese momento no entendí sus palabras. Pero pronto lo haría y no sería la única sorprendida cuando supiera porque las dijo, como si su cabeza hubiera encontrado la solución a todos los problemas del mundo.

—Antes de contarte poque estoy aquí, necesito más que nada en el mundo un abrazo de mi mejor amiga, a la que he echado muchísimo de menos —me pidió o más bien me rogó. Y yo se lo di, como no hacerlo si lo había echado tanto o más de menos que el a mí.

Capítulo 39

Nos acercamos con cautela como midiendo el espacio entre lo que fue y lo que es. Nuestros cuerpos se acercaron con suavidad, sin la urgencia del deseo, solo buscando consuelo y cercanía.

Cuando nuestros brazos se entrelazaron del todo, el abrazo fue natural, firme, pero sin tensión, como si nuestros cuerpos reconocieran que ya no había fuego entre nosotros, sino refugio.

Nuestras mejillas se rozaron y los dos suspiramos al tiempo, no por nostalgia, sino por la paz que sentimos al saber que nuestro vinculo seguía ahí, presente, aunque hubiera cambiado.

El silencio nos envolvió, pero fue uno necesario lleno de compresión, calidez y respeto. Las palabras no fueron necesarias, ya estaba todo dicho y con ese abrazo solo sellamos una amistad que perduraría para siempre.

Un carraspeó hizo que nos separáramos, no de golpe, sino con complicidad, al saber quién era el artífice que había roto ese momento seguramente pensando lo que no era al vernos así.

—Eloy tenemos que hablar.

Le dijo Nico muy serio cuando nos separamos del abrazo, bueno del todo no porque al separar nuestros cuerpos su mano se había entrelazado con la mía buscando apoyo y ayuda para lo que fuera que tenía que decirle a su tío.

Los ojos de Eloy se fijaron en nuestras manos entrelazadas y lo primero que vi en su mirada fue sorpresa, seguida de dolor, seguramente pensando que por segunda vez el destino le arrebataba a la mujer que quería.

—Creo que poco más hay que decir, hay gestos que dicen más que muchas palabras.

Le contestó, apuntando con la cabeza nuestras manos antes de darse la vuelta para marcharse.

—Quiero que seas el padre de Aroa —soltó Nico, antes de levantarse arrastrándome con él, para estar a la misma altura que Eloy.

Eloy se dio la vuelta tan deprisa que pareció que le hubieran dado un latigazo y se le quedó mirando con la boca abierta y los ojos como platos.

Y yo pues… mi cara era más o menos como la de Eloy, pero podemos añadir que mi corazón empezó a latir a toda velocidad al comprender la petición de Nico.

Iba a renunciar a su hija para protegerla, para protegernos, en ese momento se me vinieron a la cabeza las palabras que me había dicho minutos antes: *"Y lo estará, más de lo que él piensa"* y ahí entendí por qué las había dicho.

—¿Cómo dices? —le preguntó al fin Eloy saliendo del estado de alucine que tenía.

—Que tienes que ser el padre de Aroa, yo no puedo serlo, no me dejaran serlo, no deben saber nunca que lo soy, o las dos sufrirán el rechazo, el desprecio y a saber que más por parte de todos. Es la única manera de protegerlas. Aunque sí no quieres…

Las últimas palabras las dejó en el aire para darle a Eloy la opción de elegir.

—Lo seré, por supuesto que lo seré, ya la quiero como si lo fuera —contestó Eloy con rotundidad, entendiendo perfectamente el alcance de la petición de Nico y por qué lo hacía.

—Aunque me gustaría formar parte de su vida de la manera que sea, aunque nunca sepa que soy su padre —nos pidió a los dos.

—Siempre formaras parte de su vida —le dije yo y él sonrió dándome las gracias.

—Ahora tío, cuéntame cómo te has enamorado de mi mejor amiga y que has hecho para que ella te ame tanto.

Le pidió, guiñándole un ojo acompañado de una risilla maliciosa.

—¿Sabes que estamos juntos? —la pregunta de Eloy fue para Nico, pero a la vez me miró para que se lo confirmara y asentí haciéndole sonreír.

—Lo sé, y ni falta me ha hecho que me lo contara Nerea, solo con ver como os mirabais en la cocina durante dos segundos ha bastado. Aunque ya la mirabas así los días que estuviste en Madrid, aunque ahí ningunos de los dos supierais todavía lo que surgiría entre vosotros.

—Te contaremos todo lo que quieras saber, pero antes tienes que contarnos que te pasa, lo tuyo es prioridad, lo nuestro puede esperar —le dije, y Eloy asintió dándome la razón.

Nico resopló y se dejó caer a plomo en el balancín en el que minutos antes habíamos estado sentados.

—Traigo infusiones calmantes para todos, y sí, antes de que digáis nada ya estoy enterada de todo, el patio no tiene puertas y se oye todo.

Vaya tela, pensé, aguantando la risa por el descaro de Sole y el morro que le echaba reconociendo sin ningún problema que era una cotilla de manual.

—Te lo agradezco Sole, aunque una copa de Whisky hubiera sido mejor opción —le contestó Nico, enderezándose.

—¿Cuántas de esas, te has estado tomando últimamente a deshoras? —le preguntó Eloy preocupado.

—Muchas más de las que debería y no las suficientes para sobrevivir semejante calvario —le contestó con sinceridad.

—Cuéntanos que está pasando —dijimos Eloy y yo a la vez.

Nico cogió aire y después de dar el primer sorbo a la infusión que Sole le había puesto en sus manos, empezó a contarnos como había sido su vida desde que nos marchamos de Madrid.

Iba a empezar a hablar cuando la voz se le cortó de golpe cuando fue envuelto por unos brazos que nadie vio venir. Leire había entrado corriendo en el patio al ver a su hermano y sin poder resistirse y sin saludarlo siquiera se lanzó a sus brazos llorando.

Era al único que había echado de menos de todos los miembros de su familia y por el que sufría a diario por no tener noticias de cómo le iba. El abrazó duro el tiempo justo en el que los dos se demostraron el cariño de hermanos que se tenían y lo mucho que se habían echado de menos.

Cuando se separaron Leire me preguntó a mí directamente porque estaba allí su hermano y que le pasaba para que estuviera tan delgado y demacrado.

Después de tranquilizarla diciéndole que no estaba enfermo porque fue lo primero que pensó. Le explique rápidamente lo que había pasado desde que entró Nico por la puerta hacía más o menos media hora y que había llegado justo a tiempo para saber lo que le pasaba porque estaba a punto de contárnoslo.

Se sentó a su lado en el balancín para estar de frente a mi para que pudiera traducirle todo lo que su hermano fuera diciendo. Y así lo hicimos, Nico hablaba y yo movía mis manos la vez que él sus labios.

Ya no faltando nadie de la familia Nico empezó por fin con su relato.

Las exigencias de Nina habían aumentado exponencialmente, queriendo que asistieran a todo tipo de fiestas, bailes, cenas y demás actos sociales todos los días para que todo el mundo viera lo bien que iban las cosas entre ellos y lo enamorados que estaban.

Cosa que no era cierta, ni ahora ni nunca la había querido como Nico nos dejó bien claro.

A medida que pasaron los días y por su comportamiento posesivo y agobiante lo único que había conseguido era que sintiera por ella un completo rechazo.

Su hermana Zoe, poniéndose de parte de su amiga lo tenía loco, exigiéndole día y noche que tenía que comportarse de esta u otra manera con ella, llegándole a decir hasta la ropa que tenía que ponerse o qué decir en ciertos momentos.

Lo de Amparo rozaba ya la enfermedad, siempre había sido una manipuladora a la que le gustaba que las cosas se hicieran como y de la manera que ella quería. Estaba totalmente desquiciada preparando la boda, decidiendo ella absolutamente todo. Eso sin contar que le había dicho cuando tenía que llegar el primer hijo, como tenían que llamarlo y cuanto tenían que esperar para tener el segundo.

Eduardo estaba totalmente de acuerdo con las tres víboras y no dejaba de decirle en todo momento, que él oír, ver y callar. Que las dejara a ellas hacer, que eran las que sabían moverse en sociedad. Aparte de amenazarlo con no nombrarle Ceo a todas horas si se le ocurría contradecirlo a él o a su madre.

—Muchacho, te conozco desde que llevabas pantalones cortos y no levantabas más de un palmo del suelo y nunca había visto en tu mirada semejante amargura y tristeza al hablar. ¿De verdad merece la pena pasar por esto?

Le preguntó Sole, conteniéndose para no llamarles a todos de todo menos guapos, por hacerles pasar a Nico por tal calvario.

—No Sole, no merece la pena, por eso me he marchado, necesitaba aire. Allí me estaba ahogando, no quiero esa vida, no quiero ser una marioneta toda mi vida. Ellos no van a cambiar y pretenden dirigir mi vida hasta mi muerte o la suya.

No puedo más, yo quería ese puesto, me lo merecía, he estudiado y trabajado como un cabrón para conseguirlo.

Pero no lo quiero si para tenerlo tengo que entregar mi vida y la posibilidad de ser feliz a cambio. No quiero casarme y mucho menos con una mujer que detesto, no voy a hacerlo y si eso significa que no seré Ceo, pues que así sea.

El atractivo que tenía para mí el puesto se ha perdido por el camino, si siéndolo tengo que ser una copia de mi padre y vivir su misma vida, vacía y corrupta, no lo quiero.

Sus palabras nos hicieron mirarnos entre nosotros y con la mirada nos lo dijimos todo, no podíamos dejar que volviera a Madrid.

Si lo hacía acabaría convirtiéndose en una persona amargada e infeliz, más de lo que ya lo era. Era doloroso oírlo hablar así, ver lo mal que lo había pasado y lo solo que se había sentido.

—¿Quieres quedarte aquí? —le preguntó Eloy.

—¿Qué? —le preguntó Nico confundido.

— Necesito a alguien que me ayude con la empresa, no serás Ceo, pero serás feliz. Veras a tu hija a diario, nadie te dirá que hacer o decir, solo tú tomarás tus propias decisiones. No tiene que ser para siempre si no quieres, pero creo que un cambio de aires te vendrá bien. Te estás consumiendo Nico, solo hay que mirarte dos segundos para darse cuenta de que si te quedas allí explotarás en cualquier momento.

Nos miró a las tres por turnos para saber si estábamos de acuerdo con lo que le acaba de proponer Eloy. No hizo falta que le dijéramos nada, las tres a la vez como si estuviéramos sincronizadas le sonreímos y asentimos al mismo tiempo.

—Me quedo —dijo con decisión.

—No te arrepentirás —le dijo Eloy, antes de acercarse a él para darle un abrazo.

Nosotras tres empezamos a aplaudir a la vez que reíamos y llorábamos de alegría. Sin dejarlos separarse nos acercamos cada una por un lado y nos unimos al abrazo.

—Casi me da un infarto cuando os he visto agarrados de la mano, pensando que te perdía —me dijo Eloy al oído antes de besarme allí mismo entre los brazos de todos.

—Eso nunca, soy tuya, y este es tuyo —le conteste poniéndome la mano a la altura de mi corazón.

—El mío también es tuyo, te amo —me susurró en los labios antes de volver a besarme.

—Esto se me merece una buena celebración, hoy haré paella que es el plato favorito de Nico. A este muchacho lo engordo yo en dos días, que se me ha quedado esmirriado —dijo Sole, haciéndonos reír a todos.

—Ni te imaginas lo que he echado de menos tus platos —le contestó Nico.

—Creo que yo hoy no como en casa —les dije a todos, que me miraron extrañados. Hasta que les señalé el suelo para que vieran que había roto aguas.

Capítulo 40

La mirada de Eloy bajó desde mi cara hasta el suelo donde acababa de señalar el charco que calaba el suelo y también mis sandalias.

El color se le fue de la cara quedándose tan pálido que parecía un vampiro y por si eso fuera poco, Nico, tuvo que agarrarlo al verlo tambalearse para atrás.

Sabía que llegado el momento lo pasaría mal, muy mal. El miedo que tenía a que me pasara lo mismo que a Clara, era algo que le quitaba el sueño y en esos momentos hasta el aire le quitó también.

—Eloy…estoy bien, estamos bien, todo irá bien, ¿vale?

Le dije intentando tranquilizarlo, pero fue en vano. Estaba en tal estado de nervios al saber que el momento había llegado que no era capaz de articular palabra, solo se pasaba las manos por el pelo compulsivamente y caminaba en círculos resoplando.

—Sole, creo que sí que necesitamos ese whisky o lo más fuerte que haya en la casa —le dijo Nico, sonriendo, pero totalmente en serio.

—Sí, yo también lo creo, Leire trae la botella de la vitrina del salón necesita un lingotazo para calmarse o se perderá todo —le pidió Sole a la niña, que salió corriendo.

Ni tres minutos después Leire entró corriendo con la botella en la mano y se la tendió a Sole que en la misma taza que Eloy había bebido su infusión echó una cantidad bastante generosa.

Miró a Nico y con la cabeza le señaló la silla más cercana a Eloy para que lo agarrara y lo sentara en ella. En dos zancadas Nico llegó hasta él y arrastrándolo por el brazo lo sentó.

—¡Bebe! —le ordenó Sole, poniéndole la taza en las manos.

Eloy, que no había estado atendo a nada de lo que se había hecho o dicho en el patio los últimos minutos, se llevó la taza a los labios y se la bebió de un trago pensando que era infusión.

Nos quedamos todos helados cuando un segundo después con la misma rapidez que el líquido había entrado en su boca salió escupiéndolo en el suelo.

—¿Qué coño me habéis dado? —preguntó, limpiándose la boca con el dorso de la mano mientras fruncia el ceño.

—Joder macho, no lo desperdicies así que es un whisky de los buenos —le reprochó Nico en broma.

—No quiero alcohol, si estoy borracho no podré llevar a Nerea al hospital y no veré nacer a mi hija —dijo sin dirigirse a nadie en concreto.

—Primero, ni de coña te voy a dejar conducir, yo mismo os llevaré y segundo, si no te calmas te perderás el nacimiento igualmente porque no te dejaran pasar —le dijo Nico y los demás asentimos con la cabeza dándole la razón.

—Venga amor, respira, todo saldrá bien —le dije antes de cogerle la cara para darle un beso en los labios.

—Es lamentable que seas tú la que me tengas que estar animando a mí y no al revés —me dijo, antes de darme un abrazo.

—Es normal que te sientas así, todos entendemos que tus recuerdos se han hecho presentes y son los que te hacen actuar así —le dije, acariciándole la cara.

—¿Nerea, donde tienes la bolsa del bebe y la tuya? Iré a por ella para poder irnos.

—En la habitación de la niña encima del cambiador están, pero no corras tanto que antes de irnos, me voy a dar una ducha y a cambiarme de ropa y de calzado.

—¿A ducharte? ¿Ahora? Pero que dices loca, a ver si no nos da tiempo a llegar y la niña nace en el coche. No me jodas Nerea, que si pasa eso no será solo a Eloy al que le dé un infarto— dijo Nico, mirándome con horror.

—Sole, dales a los tres unas infusiones bien cargadas en lo que vuelvo, no pienso ir de esta guisa. Voy al baño —les dije a todos dejándolos con la boca abierta, por mi temple.

Me fui directamente al baño y abrí el grifo de la ducha, dejé que se fuera calentando en agua mientras volví a salir a la habitación para coger del armario un vestido suelto, la ropa interior y otras sandalias.

Volvía al baño y me desnudé con tranquilidad, por raro que parezca no estaba nerviosa ni tenía miedo, y diréis, claro, si todavía no había empezado con los dolores por eso está tan pancha, pero es que, sí que tenía dolores, no muy fuertes, pero ya había empezado a sentir las primeras contracciones nada más romper aguas en el patio.

Pero con el panorama y el estado en el que estaba Eloy y también Nico, cualquiera decía nada, por eso me había callado. Total, ninguno de los que estaban fuera podían hacer nada para aliviar los dolores que me atravesaban el vientre, buena gana de preocuparlos y ponerlos más nerviosos.

Quince minutos después volví al patio donde todos me estaban esperando. Eloy paseando de un lado al otro, Nico le acompañaba haciendo el mismo recorrido, pero en dirección contraria.

Sole los miraba a los dos poniendo los ojos en blanco, negando con la cabeza conteniéndose para no soltarles cuatro frescas. Y la niña Leire estaba sentada aparentemente tranquila con las bolsas en su regazo.

—Leire, ve a por el coche grande, tú nos llevarás.

Me acerqué a ella para que me diera las bolsas, aunque Sole al ver mis intenciones se me adelantó y las cogió ella.

—¿Va a conducir Leire? ¿Por qué? — preguntó Nico extrañado.

—Porque quiero llegar de una pieza al hospital, y vosotros ahora mismo no sabéis ni de qué lado os llega el aire.

Le contesté riéndome, pero la risa se me cortó de golpe por el dolor que me atravesó y por instinto me doblé un poco llevándome las manos al vientre.

—¡¡¡Nerea!!! —grito Eloy, acercándose a mí con rapidez para agarrarme por la cintura.

—¿Son muy seguidas? —me preguntó Sole preocupada.

—Aun no, tranquila, hay tiempo.

Le contesté para que se quedará tranquila, aunque no era verdad del todo, porque desde que había salido de la ducha sí que las contracciones eran más fuertes y seguidas.

—Oigo el coche, ya está Leire en la puerta, vámonos —dijo Nico, agarrándome por el lado contrario al que estaba Eloy.

Entre los dos me ayudaron a subir al coche, para que estuviera más cómoda.

Me senté en el asiento del copiloto y en la parte trasera, se sentaron Eloy, Nico y Sole.

Ninguno de los tres dejó de estar pendientes de mí, los veinte minutos que duraron el trayecto hasta el hospital, preguntándome todo el rato si estaba bien, que se lo agradecí, pero las últimas siete veces no les contesté.

No estaba para charlas, porque me estaba viendo venir que al final Nico iba a tener razón y la niña iba a nacer en el coche.

Por suerte no fue así, llegamos al hospital de una pieza y con la niña todavía dentro de mí.

Al verme la cara en la recepción creo que pensaron que, o me pasaban ya o les iba a poner aquello guapo porque ni cinco minutos después de llegar estaba ya tumbada en una camilla y mi ginecóloga que ese día le tocaba consulta allí estaba entre mis piernas mirando.

—Nerea, ¿va a pasar alguien contigo al paritorio? Porque si es así hay que salir a buscarle, nos vamos ya, esta niña viene con prisa— dijo sin ni siquiera haberme sacado la mano de entre las piernas.

—¿Puedo pedirle un favor? Se que le parecerá raro, pero me gustaría si es posible que se hiciera una pequeña excepción con una cosa. Si no es posible lo entenderé, pero por preguntar no pierdo nada.

—Pide, ya te diré si podemos hacerlo o no —me dijo, levantándose de la silla que estaba sentada.

En tres minutos le resumí la situación tan complicada que tenía, estando fuera el verdadero padre de mi hija y el que lo sería legalmente, pidiéndole por favor que les dejara pasar a los dos para que vieran nacer a la niña.

Al acabar de contárselo me sonrió y antes de guiñarme un ojo se volvió hacía la enfermera que estaba allí con nosotras y le dijo:

—Sal para buscar a los dos hombres que han venido con ella y llévalos al paritorio, nosotras nos vamos ya.

Emocionada porque me concediera mi petición aun sabiendo que las normas no lo permitían, la agarré de la mano y asentí con la cabeza para darle las gracias.

—Soy una romanticona —me dijo, encogiéndose de hombros y haciéndome reír—. Vámonos ya, o ninguno vera salir a la niña, que viene con prisa.

Añadió, pidiéndole al celador que empujara la cama para llevarme al paritorio.

Salimos los tres de la habitación y el celador con destreza, esa que solo te la dan los años de experiencia me llevó en la cama con rapidez por los pasillos hasta llegar al paritorio.

Los siguientes minutos fueron los más emocionantes de mi vida, acompañada por los dos hombres de mi vida a los que quería con todo mi corazón, aunque fuera de manera distinta, mientras ellos me agarraban cada uno de una mano llegó al mundo llorando a todo pulmón nuestra niña, Aroa.

Como estaba previsto era grande, pero eso no fue un impedimento para que naciera sin ningún problema más allá de que a mí me tuvieran que dar unos cuantos puntos de los que ni me enteré.

La emoción que sentí cuando me la pusieron encima del pecho es imposible describirla con palabras.

Que era la misma que debían sentir Nico y Eloy por la llorera que tenían los dos mirándonos con un cariño y un amor tan grande que era capaz de encoger el corazón a cualquiera, hasta a la ginecóloga se le escaparon un par de lagrimitas al vernos a los cuatro.

—Es preciosa Nerea, se parece mucho a ti —me dijo Nico acariciando la cabecita de Aroa que aún seguía en mi pecho.

—Sole tenía razón es una fotocopia tuya. ¿Estás bien, amor? —me preguntó Eloy, aun algo preocupado antes de darme primero un beso a mí en los labios y otro a Aroa en la cabeza.

—Sí, quédate tranquilo. Ha estado chupado, la próxima vez ya seré una experta y no necesitaré ni puntos —le contesté, haciendo reír a Nico y a la ginecóloga. Eloy solo sonrió por el trasfondo de mis palabras preguntándome con la mirada si de verdad querría tener más hijos con él.

Cuando vio como asentía con la cabeza confirmándoselo, no se pudo contener y volvió a dejar que las lágrimas que estaba conteniendo salieran de sus ojos, antes de acercase a mi cara y decirme que me amaba más que a nada, que lo quería todo conmigo y besándome de una manera que hasta la ginecóloga se ruborizó.

Una vez limpias las dos y con los controles rutinarios de Aroa hechos, nos llevaron a una habitación a la que entraron ni dos minutos después Sole, Leire y para mi sorpresa también, Lolo y su hermana Yoli a los que Leire había avisado de que iba a ser tía esa misma mañana.

Las felicitaciones, los besos y los abrazos volaron en todas las direcciones y también las miradas cargadas de cariño.

Aunque entre los presentes hubo un cruce de miradas del que el resto nos dimos cuenta y supimos en ese momento que en esa habitación estaba a punto de comenzar una bonita historia de amor.

Epílogo

Cuatro años después…

—Mama, el tío está muy guapo.

Me dijo mi hija Aroa, mirándolo con una admiración y un cariñó que me hizo sonreír igual que a él, que sin poder resistirse a su zalamería la cogió en brazos para darle un montón de besos por toda la cara y el cuello haciéndola reír.

—Tú sí que eres guapa, la más guapa de todas.

Le contestó Nico, haciendo que sus mejillas se pusieran rojas como le pasaba siempre que alguien le hacía un cumplido.

—Bueno, hoy Yoli será la más guapa que para eso es la novia.

Le respondió ella, poniendo los ojos en blanco como si Nico hubiera dicho una tontería.

—¿Estáis listos? El novio no puede llegar tarde a su propia boda.

Dijo mi marido, entrando por la puerta de la habitación de Nico, que era donde estábamos los tres, ayudándolo con los últimos retoques.

—Papá, tú, no eres el novio hoy, pero también estás super guapo —le dijo Aroa a Eloy con ojillos, haciendo que él se derritiera de amor.

—Venga zalamera, vamos al coche que Sole ya estará allí esperándonos —le dije agarrándola de la mano.

—Mamá Yoli estará muy guapa hoy, pero para mí, no la hay más guapa que tú que para eso eres mi madre.

Me susurró bajito, pero aun así Eloy y Nico la oyeron y se echaron a reír a carcajadas, porque es que era para reírse, era una zalamera de cuidado que nos tenía a todos comiendo de su mano.

—No te pondrás de parto hoy, ¿no?

Me preguntó Sole, mientras íbamos los cinco de camino a Sevilla donde Nico se casaba con Yoli.

—No puedo prometer algo que no sé si seré capaz de cumplir, eso no lo decido yo, sino Alejandro, si él dice que hoy quiere ver a su tío recién casado, ahí yo ya no puedo hacer otra cosa más que empujar —les contesté, haciéndoles reír a todos.

Bueno a todos no, porque a Eloy se le fue todo el color de la cara y me preguntó con la mirada si bromeaba o de verdad estaba de parto.

Cuando me vio negar con la cabeza soltó todo el aire que se le había quedado atascado en los pulmones, haciendo a los demás reír más fuerte.

Mientras vamos de camino a la iglesia donde se casa mi querido Nico, os contaré que tal nos ha ido a todos durante los cuatro años que han pasado desde que Nico apareció en el cortijo coincidiendo con el día en que mi hija llegó a este mundo para llevarnos a todos de luz y alegría.

Empezaremos por Nico, ya que hoy es su día.

Recordáis que en la habitación del hospital el día que nació Aroa todos vimos un cruce de miradas que prometía.

Pues vaya si acertamos, porque entre Nico y Yoli desde ese mismo día empezó una bonita historia de amor, que todos vivimos a su lado disfrutando de como se hacía cada día más fuerte y sólida.

No todo fue color de rosa, sobre todo para Nico, que una semana después del nacimiento de mi hija viajó a Madrid acompañado de Eloy para enfrentarse a sus padres y decirles que hasta ese día había llegado su manipulación, que él iba a vivir su vida, iba a buscar su felicidad y todo eso lejos de ellos.

¿Se lo pusieron fácil? Pues no, para que mentir, estuvieron mucho tiempo acosándolo, llamándolo y mareándolo para que cediera a sus deseos. Pero gracias sobre todo a Yoli y a todos nosotros que lo apoyamos sin dudar, consiguió ser fuerte y aguantar todos esos intentos de joderle la vida, hasta que al ver que no cedería por fin lo dejaron en paz.

Y desde entonces pudo vivir una vida tranquila en el cortijo a nuestro lado, trabajando con Eloy y disfrutando a tope de su propia historia de amor con Yoli, con la que se casaba hoy.

Mi niña Leire, porque para mí siempre sería mi niña por muchos años que tuviera, acabó sus estudios con unas notas excelentes y enseguida encontró trabajo en una empresa de informática en la que nunca la trataron diferente por su condición, sino todo lo contrario, su jefe hasta propuso al resto de los empleados que no eran muchos que se darían clases gratuitas de lengua de signos para quien quisiera aprender. ¿Y sabéis qué?, ni uno solo dijo que no.

Si es que hay gente buena por todos los sitios, no todos van a ser como la familia Castillo.

Leire sigue saliendo con Lolo y siguen igual de enamorados que nunca. En unos días después de que su hermano se case, cogerá todos sus bártulos y se mudará a Sevilla para irse a vivir con su chico, nos da mucha pena que deje el cortijo, pero tenía que llegar el día en que volara del nido, y ese día ya había llegado.

De la familia Castillo no sabemos nada desde que Nico cortó todos los lazos con ellos y tan tranquilos que vivimos así.

Ellos nos borraron de su vida porque no estábamos a la altura ni de su vida, ni de su estatus, ni de nada, pues nosotros hicimos lo mismo no queriendo saber nada de ellos. Hay gente que, si no te suma y solo te resta, cuanto más lejos mejor.

Mi querida Sole sigue con nosotros como habéis visto al pie del cañón, haciendo de madre para todos y de la mejor abuela del mundo para mi hija. Nos cuida, nos mima y nos riñe al mismo nivel, como debe ser.

Y de nosotros que os puedo decir, pues que Eloy y yo seguimos igual de enamorados después de unos cuantos añitos, bueno me atrevería a decir que incluso más.

Nuestra vida en el cortijo sigue siendo tranquila, aunque después de nacer Aroa, esa tranquilidad es a ratos porque es un torbellino que no para en todo el día y trae a su padre loco con sus cosas.

Eso sí, pase lo que pase nuestro rato nocturno debajo de los limoneros en el patio no lo perdonamos por nada. Es nuestro momento especial, en el que charlamos, nos miramos, compartimos silencios que lo dicen todo y nos damos cariñitos.

Ese patio era nuestro refugio, nuestro sitio especial y fue testigo de cómo crecían nuestros sentimientos. Pues ese fue precisamente el sitio en el que elegimos sellar nuestro amor. Sí, es lo que estáis pensando, debajo de los limoneros nos dimos el “sí quiero” hace casi tres años y medio.

Cuando les comunicamos a todos que nos casábamos y donde hubo reacciones de todo tipo, risas, resoplidos y hasta ojos en blanco, pero a nosotros nos dio igual, era nuestra decisión y eso era lo que valía.

Fue una boda íntima en la que solo estuvieron la familia, en la que incluimos a Yoli y Lolo y algún trabajador de la empresa de Eloy que también eran amigos.

La empresa que, por cierto, iba de maravilla y cada día mejor. La incorporación de Nico fue muy bien recibida y lo fueron más sus ideas innovadoras que tras estudiarlas a fondo entre los dos, se arriesgaron a probarlas y funcionaron de maravilla.

En el trabajo tío y sobrino se entendían a la perfección y eso era un punto a su favor. En el tema de los números mi marido seguía odiándolos a rabiar, así que, aquí esta señora es la que se sigue encargando de las cuentas y él agradecido a más no poder.

Y, por último, pero no por eso menos importante, yo diría que para mí y para todos en realidad es la que más arriba de la lista está, os hablaré de la luz de mi vida.

Como sabéis mi hija tiene ya cuatro años, pero en unos días u hoy si las cosas se ponen emocionantes y doy la nota en la boda de Nico, mi hija dejará de ser la única niña el en cortijo convirtiéndose en la hermana mayor de su hermano Alejandro, que es el nombre que entre Eloy y yo hemos elegido.

Mi niña está super emocionada y ansiosa por que llegue su hermano, para el que ya tiene hecha una lista de cosas enorme que tiene pensado hacer con él. El día que su padre vio esa lista, casi tenemos que llamar una ambulancia cuando vio todo lo que había puesto. Trepar a los árboles, cazar ratones, hacerse un tatuaje y esas son algunas de las cosas más flojas, haceros idea del resto.

—Ya hemos llegado —me dijo Eloy, tocándome en el brazo cuando paró el coche.

Todos se fueron bajando y Eloy como el protector que era y había sido siempre conmigo dio la vuelta al coche con rapidez para ayudarme a bajar. Para que no tuviera que andar mucho con el calor que apretaba aun siendo octubre, había parado el coche en la misma puerta de la iglesia.

—Procura aparcar cerca —le dije, antes de darle un beso en los labios.

Cuando se separó de mis labios me miró con ese ceño fruncido que ahora pensándolo muchos años después fue una de las primeras cosas que me hicieron fijarme en él.

—Nerea…

—Tranquilo, estoy bien, solo es por precaución —le dije sonriendo.

—¿Segura?

—Que sí, que yo creo que aguanta ahí dentro al menos hasta que Nico diga el "sí quiero" —le contesté sonriendo.

—Joder Nerea no me digas eso, que ya me están temblando las piernas.

—Es una broma amor, hoy no nace, ya te lo digo yo —le dije tranquilizándolo un poco, pero solo un poco.

—Sole vigílala, en lo que aparco el coche que no me fio ni un pelo, la otra vez se fue a duchar tan tranquila y la niña casi nace en el coche. Esta es capaz de no decir nada y Alejandro nos nace en la iglesia.

—Pues mira si es así el cura puede bautizarlo nada más llegar al mundo.

Cuando Sole dijo eso la cara de horror de Eloy nos hizo a todos soltar una carcajada tan alta, que tuvimos que taparnos la boca para no dar el espectáculo en la puerta de la iglesia.

Ni cinco minutos tardó mi marido en volver y ponerse a mi lado para agarrarme de la mano y no soltarme ni durante la ceremonia, que fue preciosa, ni después cuando salimos directos de allí al coche para ir al restaurante donde sería la comida.

La boda fue preciosa de principio a fin y nunca había visto tanto brillo en los ojos de Nico como ese día y eso tanto a Eloy como a mí, nos llenó de alegría. Menos mal que se quedó con nosotros si no nunca habría sido feliz.

—Son felices —le dije a Eloy al oído mientras bailábamos agarrados al lado de los novios.

—Nosotros también lo somos —me dijo, antes de besarme suavemente en los labios.

—Y se aman —añadí sonriendo.

—Nosotros también, nunca imagine que se pudiera amar tanto.

—No supe lo que era el amor hasta que llegaste a mí.

—Nuestro destino era descubrirlo juntos.

Mis redes sociales:

Facebook: Marta Flores
Instagram: martaflores_escritora